

A man with dark hair and a serious expression is shown from the chest up. He is wearing a dark brown suit jacket over a white shirt. His right hand is raised to his chin, with his index finger pointing upwards. He has a glowing green eye, which is a key visual element. The background is dark and moody.

*clamor  
de sangre*

SILVANA G. SÁNCHEZ

UNA NOVELA DE LA HERMANDAD ANTINATURAL  
LIBRO II

# CLAMOR DE SANGRE

UNA NOVELA DE LA HERMANDAD ANTINATURAL

SILVANA G. SÁNCHEZ



Copyright © 2019 SILVANA G. SÁNCHEZ

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción parcial o total de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta es un obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y situaciones son productos de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier parecido con personas vivas o muertas (o inmortales), eventos o establecimientos comerciales es pura coincidencia.

Diseño de portada: Selfpub Designs.

*Con todo mi corazón,  
Este va para tí, Iker.*

*“Cuando nos separamos  
En silencio y con lágrimas,  
Con el corazón medio roto,  
Para apartarnos por años,  
Tu mejilla se volvió pálida y fría,  
Y más frío tu beso;  
En verdad aquella hora predijo  
El dolor de esta.”*

— CUANDO NOS SEPARAMOS. LORD  
BYRON.

## ÍNDICE

Dido y Eneas

I. La Casa del Dragón

II. El Divisor del Cráneos

Hechizo de Sangre

Agua

La Canción del Diablo

1. Todos se hundan

Acerca del Autor

Agradecimientos

Otras Obras de Silvana G. Sánchez

## DIDO Y ENEAS

A GRANDES PROFUNDIDADES BAJO TIERRA, un hogar llameante rompe la oscuridad de la habitación. Dentro de las llamas crecientes, los recuerdos de los días marchitos cobran nueva vida.

Inútil precisar el momento en que sus ojos mortales habían puesto su mirada sobre él bajo una luz diferente. Una fuerte sensación de pertenencia la había aferrado a él desde una tierna edad, cierto; pero fue estando a punto de perderlo cuando ella había descubierto cuánto habían cambiado esos sentimientos.

Acostado en la banca de madera junto a la chimenea, su ropa empapada se pegaba a su cuerpo tembloroso. Solo de verlo, su corazón se comprimía de dolor. Y sus profundos ojos azules se abrieron más cuando observaron el cuerpo de un joven que parecía mucho mayor de dieciséis años.

Hermoso, aún más, ahora que su corta melena negra brillaba, y sus labios carnosos, pálidos y con un matiz azul, temblaban. Algunas gotas de nieve derretida rodaron por su rostro impecable... El rostro de un ángel.

*Está muriendo.*

Su padre abofeteó su mejilla y le sacó algunas palabras. Con voz baja y nerviosa, los condujo hacia el lago. Pero Alisa sabía que el mensaje de Iván era inútil: Viktor estaba muerto. Su hermano nunca sobreviviría al clima helado, y mucho menos si se había ahogado, como era su sospecha.

*Viktor se ha ido. Pero tú... no puedes abandonarme. No puedes morir. No puedo imaginar la vida sin ti.*

—Vas a sobrevivir —le dijo en voz baja, pensando todo el tiempo que esas palabras pretendían calmar su ansiedad más que consolar la de su hermano.



Iván había sobrevivido. Después de una vida de evitar a la Muerte magistralmente, había escapado de ella una vez más. Y entonces, la fragilidad de la vida la convenció, más que nunca, de que era hora de actuar acorde a sus sentimientos... Un viaje a Europa bastaría.

—Iván —susurró, sosteniendo firmemente el dije de oro pendiendo de su cuello—. Te necesito.

Atrapada, en la oscuridad, una canción hace eco en su cabeza. El *basso continuo* de la vieja melodía toca en su mente, una y otra vez. Un disco rayado...

# PARTE I

# LA CASA DEL DRAGÓN



我很樂意在天堂漫步，  
但它很遙遠，沒有道路。

*Con gusto vagaría en el Paraíso,  
Pero está muy lejos y no hay camino hacia él.*

DE SUSTANCIA, SOMBRA, Y ESPÍRITU.  
TAO CHIEN

## IVÁN

**S**e suponía que no debería estar aquí.

Iván apagó el motor del auto y salió de su Ferrari rojo. Enderezando las solapas de su chaqueta, cruzó las puertas corredizas y entró en la sala de emergencias.

Su abogado lo había estropeado todo. *Haz la donación*, había dicho. *No es necesario mencionar mi nombre*. El deseo de anonimato de Iván había sido claro, pero no lo suficientemente claro para Edgar Bolden.

En el momento en que realizó el depósito Iván recibió una llamada telefónica de la junta directiva. Querían conocerlo. No aceptaron un no por respuesta, y a decir verdad, su insistencia apeló mucho a su vanidad. La junta incluso había movido el horario para que coincidiera con el horario de preferencia de Iván: por la noche, siempre por la noche.

Iván tomó una respiración profunda.

—Solo un rápido saludo... —musitó—. Un discreto *gracias*, y luego, me voy de aquí.

Detrás de la recepción de la Sala de Emergencias se encontraba una mujer voluptuosa de piel bronceada y ojos llamativos. Atendía una llamada telefónica. Sus ojos color café claro registraron cada uno de sus movimientos mientras se dirigía al pasillo.

La mujer colgó el teléfono. Lentamente, se levantó de su asiento y sus manos se encontraron en el aire en el comienzo de una inminente ovación.

Ella aplaudió una vez más con el mismo ritmo constante. Si se movía lo suficientemente rápido tal vez podría huir de la escena.

—Sr. Iván Lockhart —dijo la recepcionista, dándole una mirada de complicidad—. Hizo bien.

Docenas de cabezas giraron en su dirección. Imposible permanecer invisible ahora. Iván le dio las gracias con un rápido asentimiento, un gesto muy sutil.

—Oh, Dios mío —dijo una enfermera—. Es realmente él. —Se detuvo en el medio del pasillo y se unió a la ronda de aplausos.

*¿Cómo es que ella me conoce?*

Un hombre salió de la multitud que lo rodeaba y estrechó la mano de Iván.

—¡Bien hecho, Sr. Lockhart!

—¡Dios lo bendiga, señor! —Una mujer le tiró del brazo—. Salvó la vida de mi sobrino.

*Si Dios existe, me temo que no me quiere mucho.*

Huir no era una opción, ya que la multitud que lo rodeaba se convirtió en una horda furiosa. Levantando ambas manos en el aire, les rogó que pusieran fin a esta locura, y por suerte funcionó. El silencio prevaleció en la habitación, un tosido aquí y allá (después de todo, este era un hospital). Docenas de ojos expectantes lo miraban.

—Me temo que no puedo tomar el crédito —dijo—. Son ustedes y solo ustedes quienes merecen mi reconocimiento... Sigán con el buen trabajo.

*¿Sigán con el buen trabajo? ¿Qué estaba pensando? Fue un discurso tan horrendo...* Otra ronda de aplausos resonó en la sala de espera. Pero esta vez, Iván se había ganado el derecho de alejarse.

PRIMER PISO.

*¿De verdad se había sonrojado? Su rostro se sentía cálido.*

Un grupo de ejecutivos de apariencia hosca se encontraba al final del pasillo, esperando junto a las puertas corredizas que conducían al ala más nueva del hospital. Y, ¿qué les parece? El circo mediático ya había llegado: cámaras, micrófonos y teléfonos móviles colgando sobre sus cabezas.

—¡Ah! Ahí está —dijo el hombre con cabello salpimentado— ¡El hombre del momento!

Rostros llenos de curiosidad se volvieron hacia él. Los flashes de las cámaras destellaron ante sus ojos, cegándolo por unos segundos.

*¿Por qué había aceptado venir aquí? Oh, es cierto. El error de su abogado, el miserable Edgar Bolden.*

—Es un placer conocerlo finalmente. —El hombre le estrechó la mano a Iván. Rápido como un mago, deslizó un folleto en el bolsillo superior de su

chaqueta—. Soy Thomas Novak, presidente de la junta.

—El placer es todo mío —dijo.

Novak se dirigió a la multitud.

—Les presento al Sr. Iván Lockhart. Sin duda es gracias a su generosidad que una nueva estrella brilla en el Hospital Saint Paul. Lo que comenzó como un sueño, ahora... —El hombre continuó con su discurso, pero la atención de Iván se concentró en la cinta roja en la entrada. ¿Se esperaba que él cortara esa cosa? Ver su nombre en los periódicos y su rostro en las noticias de las seis no era en absoluto su taza de té.

Pero no importaba, la gente vitoreaba y sonreía, y lo animaban a acercarse al podio. Y él que había creído que su pequeño discurso abajo había sido lo más destacado de la noche.

A poca distancia del micrófono, habló:

—*Los sueños en verdad son ambición, ya que la propia sustancia de lo ambicioso es meramente la sombra de un sueño.*—Iván sonrió. Después de haber citado una de sus líneas favoritas en Hamlet, se preguntó si alguien presente captaría su pequeño juego—. Esta noche, el sueño llega a su fin y comienza el verdadero desafío. Y no se equivoquen, Saint Paul está a la altura del desafío.

—Bien dicho, Sr. Lockhart. —Novak le entregó las tijeras.

Las cámaras destellaron de nuevo. Una ronda de aplausos comenzó cuando completó el rito obligatorio de la inauguración. Cuando todo terminó, la gente le estrechó la mano y extendió sus felicitaciones.

—Es un placer conocer al hombre detrás de la Fundación Lockhart —dijo una mujer—. Es usted un verdadero humanitario.

*¿Lo soy?*

No, Iván no era humanitario. Esta causa no significaba nada para él. Su repentina generosidad respondía al consejo de su abogado. La donación había sido el medio perfecto para manejar sus impuestos.

—Disculpe por decir esto pero... —La mano de la mujer aterrizó en su brazo—. Es más joven de lo que esperaba. ¿Cuántos años tiene, Sr. Lockhart?

—Perdona mi intrusión —dijo Novak—, pero es hora de una breve visita al pabellón Lockhart.

*¿El pabellón Lockhart? Esto sigue mejorando.*

El brazo de Novak aterrizó en los hombros de Iván.

—Por favor, venga conmigo.

*Bien, estoy aquí ahora. Veamos cuánto vale mi dinero.*

—EL LABORATORIO ESTÁ TOTALMENTE EQUIPADO CON TECNOLOGÍA DE PUNTA — dijo Novak mientras comenzaba la visita. Los obturadores de las cámaras dispararon varias veces antes de que se movieran a la habitación contigua—. La siguiente área se diseñó para procedimientos pequeños como tomas espinales y terapia intratecal. Si miran más de cerca, verán...

La atención de Iván cambió a otra habitación donde la gente se sentaba en cómodos sillones de cuero. Sus ojos se fijaban en las pantallas de televisión mientras el líquido carmesí más puro se vertía en sus venas a través de varias líneas intravenosas.

—Veo que ha descubierto el centro de transfusión. —Novak estaba a su lado—. Debido a la gran demanda, nos vimos obligados a iniciar las labores anticipadamente.

—Por supuesto. —Iván dio un paso atrás. El hambre temblaba débilmente en las profundidades de su alma voraz.

—Más adelante está el área de hospitalización, y luego, el banco de sangre. Si es tan amable de seguirme, Sr. Lockhart.

*¿El banco de sangre?*

—Desde luego —respondió, pero algo completamente diferente hizo eco en su mente. *¿En qué me he metido?* Iván sacó el folleto de su bolsillo.

CENTRO DE MALIGNIDADES HEMATOLÓGICAS  
UNA NUEVA ESTRELLA EN EL CORAZÓN DEL HOSPITAL SAINT PAUL

—Esto tiene que ser una broma —murmuró.

—Las habitaciones están equipadas con los más altos estándares, proporcionando... —La voz de Novak se amortiguó en la distancia a medida que avanzaban en el pasillo.

La boca de Iván se secó. Su corazón se aceleraba. La habitación dio un fuerte giro a su alrededor.

*Tengo que salir de aquí.*

La oportunidad llegó cuando la prensa abordó a Novak para una entrevista. Sin pensarlo un minuto más, Iván activó el tono de llamada de su teléfono móvil.

Los ojos de Novak se volvieron hacia él. Con el ceño fruncido, Iván sacudió la cabeza y apretó los labios: el pretexto perfecto de una llamada de



emergencia. Luego deslizó el teléfono móvil dentro del bolsillo de su chaqueta y se acercó a Novak.

—Me temo que el tour termina aquí, Novak —dijo Iván—. El deber me llama.

—Lamento escuchar eso, Sr. Lockhart. —Novak se apartó de la prensa—. No hace falta decir que siempre será bienvenido. Permíteme ver que lo escolten a su vehículo.

—Gracias, pero eso no será necesario —dijo Iván—. Estaremos en contacto.

Sin pena alguna, los miembros de la prensa y la junta engulleron a Novak una vez más. Iván aprovechó el momento para alejarse.

Moviéndose por el pasillo, giró a la izquierda, luego a la derecha... ¿Dónde estaba esa maldita salida?

## PHILLIP

**E**ra un hábito repugnante, un vicio que corría profundamente en su sangre, imposible de sacudir a través de los años. Los segundos de ansiedad que precedían a su pecado eran preciosos. Su respiración se aceleraba, su sangre se agitaba, y la emoción que seguía valía la pena cada vez.

*¿Cómo puede ser tan malo si se siente tan malditamente bien?* Una pregunta para los siglos.

Phillip dio un golpe más a su cigarrillo. El humo se arremolinó en el aire de la noche y se desplazó hacia la bahía, donde un mar de luces multicolores parpadeaba. A lo lejos las olas rompían en la playa y desaparecían en un ciclo que adormecía sus sentidos.

8:15 p.m.

Un golpe más a su cigarrillo y luego lo apagaría. Los músculos de Phillip se relajaron mientras exhalaba los venenosos vapores que llenaban sus pulmones y los soltaba al fresco viento de septiembre. Dejó caer el cigarrillo y lo pisó antes de abrir las puertas corredizas del balcón.

Una balada de rock lo recibió en la sala. La música estallaba de los parlantes mientras el video se reproducía en el televisor montado en la pared. La repentina fragancia de rosas llenó sus pulmones. Un rastro de pétalos rojos yacía esparcido sobre el piso alfombrado. El ramo descansaba sobre el tocador. Una idea genial, en general. El perfume de las rosas era mucho más deseable que el hedor de la muerte.

Debajo de las sábanas de raso blanco estaba su presa, una mujer pelirroja de unos treinta y tantos años, con un gusto por el peligro que finalmente la había llevado a su fin. Y aunque parecía dormir, su quietud antinatural y la palidez de su piel contaban una historia diferente, una que Phillip había escrito

hacía unos minutos.

Noche tras noche, Phillip mataba y bebía sangre humana. Era un hábito repugnante, un vicio que corría profundamente en su sangre, imposible de sacudir a través de los años... Después de todo, era un vampiro.

## JIAO LONG

**E**n medio de los murmullos apresurados de la creciente horda reunida en la Sala de Asambleas, los clamores se elevaban y se disipaban en el eco de sus voces.

—¡Él nunca volverá! Han pasado cincuenta años, ¿por qué iba a volver ahora?

La multitud se movió, y un puño se elevó sobre cientos de cabezas.

—¡Lo hará! ¡Él es Rey y Señor por siempre!

—¡Cállate, tonto! —respondió una voz. Risas y gritos de furia siguieron.

—¡Mírennos! —Un anciano emergió de la multitud—. ¡Estamos sin rumbo, divididos! Nuestra Hermandad es débil. ¡Nuestra sangre ancestral está casi gastada!

—Escúchenme mis hermanos. —Su voz eclipsó a la asamblea. El silencio prevaleció. Todas las cabezas se volvieron hacia él con ojos inquisitivos.

Desafiando las leyes del aquelarre, Jiao Long subió los tres escalones sagrados y se detuvo junto al trono vacío. El sillón renacentista dorado, forrado en terciopelo rojo, tenía un heraldo bordado en la parte posterior, un árbol cosido con hilo dorado. Tallada en una exuberancia de detalles reales, esta no era una silla común, pero su valor intrínseco superaba cualquier valor histórico que alguna vez podría poseer. El *Trono Rojo* era la clave del poder absoluto, y aguardaba el regreso de su guardián, El Divisor de Cráneos, Eirik Bjorn.

—Cincuenta años... —comenzó Jiao—. Hemos esperado durante cincuenta años, y todo ese tiempo no hemos hecho más que escondernos en la oscuridad. Hemos dejado de vivir, esperando el día en que Eirik Bjorn se digne regresar y nos devuelva a la vida... —Jiao hizo una pausa—. Pero les digo esto, mis

hermanos: Eirik Bjorn no volverá a presidir la asamblea de nuestro aquelarre.

—¡Mentira! —gritó una voz.

Los ojos color avellana de Jiao Long brillaron con un fuego antinatural. Apretó los puños, listo para hacer que esa voz desapareciera para siempre cuando recordó su verdadero propósito.

—Un hijo de la Casa del Dragón jamás miente —dijo con voz serena—. Esta noticia les traigo tal cual llegó a mí desde El Divisor de Cráneos.

El aquelarre se movió, asombrado por la revelación de Jiao. El miedo se forjaba en sus corazones inmortales, miedo de saberse desairados por el vampiro milenario, Eirik Bjorn.

—No tengan miedo, mis hermanos —dijo Jiao—. El tiempo para llorar nuestra pérdida ha terminado. ¡El pasado es Muerte y yo soy Vida! ¡Júrenme su lealtad y les haré resucitar de las cenizas! Daré a nuestro aquelarre una nueva era, ¡una era de Luz!

Una ola de aplausos llegó como respuesta.

—¡Bien dicho! —dijo Liam. Era un aprendiz tan confiable como podría haber entre sus hermanos.

Otras voces se unieron a Liam en celebración. Sin embargo, Jiao Long levantó su mano y los aplausos se detuvieron.

—¡Recíbanme como su líder y los entregaré al mundo como la fuerza más letal que la Historia haya conocido!

—¡Estamos contigo, Jiao! —El grito solitario de un vampiro sobreexcitado en el fondo de la habitación.

Un bajo zumbido se agitó en la asamblea. Hombres y mujeres bebedores de sangre patearon el suelo en un ritmo lento. Entonces, el canto se hizo claro.

—*¡Regem In Tenebris!*

Rey en la Oscuridad. Sus delgados labios se estiraron en una sonrisa maliciosa. Jiao Long había esperado este momento por siglos. Con los ojos brillando a la luz de las antorchas, Jiao abrió los brazos en un gesto de bienvenida.

—¡Nuestro aquelarre prosperará de nuevo! —dijo, y las voces clamorosas se alzaron aún más—. ¡Soy Jiao Long, hijo de la Casa del Dragón, y desde esta noche en adelante, orgulloso líder de La Cueva del Diablo!

—*¡Regem In Tenebris!*

El canto continuó, y con él, un delicioso calor envolvió su cuerpo, exaltando sus sentidos preternaturales.

Jiao echó un vistazo al antiguo sillón, sus dedos se deslizaron sobre sus

brazos de terciopelo. Y mientras cientos de voces anunciaban el comienzo de su reinado de oscuridad, Jiao se sentó en el Trono Rojo: su trono.

## IVÁN

Iván estaba lejos de encontrar el estacionamiento. Se movía por un pasillo largo y estrecho. Tal quietud llenaba el aire que le hacía estremecer.

Nunca en trescientos años habría imaginado contribuir en la construcción de un Centro de Malignidades Hematológicas, eso había sido pura diversión. Su abogado había elegido bien, ajeno a la inclinación hematológica de Iván.

Un juego de puertas dobles metálicas estaba al final del pasillo.

—Esta debe ser la salida... —Iván abrió las puertas— ...o no.

Frío como una piedra, contempló la bolsa de cadáveres negra estirada en la camilla delante de él.

—Genial—Lanzando un profundo suspiro—. Encontré la morgue.

Iván hizo a un lado la camilla cuando sus ojos preternaturales capturaron la visión más interesante: el cuerpo de un adolescente en una mesa de disección, listo para un examen post mortem. A pesar del fuerte olor a muerte que emanaba de ella, la chica parecía dormir.

Siendo el demonio chupador de sangre que era, la muerte no era ajena a él. Tenía muchas caras, algunas tan jóvenes y atractivas como esta. Sin embargo, no era la chica lo que había llamado su atención, sino el tatuaje en su muñeca, una criatura antigua, un símbolo demasiado familiar.

—La Casa del Dragón —musitó—. Uno de los *demisangre* de Jiao. —A Jiao Long, el maldito bastardo, le importaba poco la edad de sus víctimas. Mientras más jóvenes, mejor satisfacían su pernicioso paladar.

—Estoy tan muerto como tú... —le susurró—. Pero el diablo que llevo dentro desea vivir y debe ser alimentado.

Las luces fluorescentes de la morgue zumbaban y parpadeaban. Retrocediendo, tropezó con otra camilla. Entre los destellos de luz y

oscuridad, los ojos de Iván captaron toda la escena: no uno o dos, sino docenas de cuerpos llenaban la habitación.

Las luces volvieron. Iván se movió a través de las camillas, horrorizado mientras el maldito símbolo aparecía una y otra vez. Un cuerpo tras otro, el Dragón entintaba brazos y muñecas, cuellos y hombros.

*Demasiadas muertes en una noche.*

Asombrado, Iván retrocedió a una esquina. Fue entonces cuando vio la línea verde pintada en el piso. Siguió el camino y encontró la puerta, y encima, el prodigioso letrero verde de SALIDA.

—JAMÁS DEBÍ HABER VENIDO AQUÍ... —MURMURÓ, SOSTENIENDO LAS LLAVES del auto con fuerza en su mano. El hambre latía fuertemente en él ahora.

La vista de un estacionamiento nunca le había atraído más. En un charco de luz mercurial estaba su rojo Ferrari 458 Spider. Si tan solo pudiera tomar un bocado rápido antes de irse a casa...

—¡Dámelo todo, hombre! —La afilada hoja de una navaja aterrizó en su cuello—. La billetera, el reloj... ¡Dame todo lo que tengas!

La esquina de los labios de Iván se curvó en una sonrisa maliciosa.

—Oh, te daré todo lo que tengo... —musitó—. Y más. —En un instante, tomó la muñeca del matón y tiró lo suficientemente fuerte como para agarrar su cuello y levantarlo del suelo.

—¿Qué...? ¿Qué demonios?

Iván inclinó levemente la cabeza hacia la izquierda.

—¿Eres de los que gritan? Hmmm... No me lo pareces. Hizo una pausa. — Bueno, supongo que no importa.

En un movimiento rápido, golpeó a su presa contra la pared de ladrillo y clavó sus colmillos profundamente en su cuello, rasgando la arteria carótida. La sangre brotó en rondas pulsantes que Iván tragó en un completo frenesí.

Cuando su víctima llegó al punto de la muerte, Iván se mordió el pulgar y selló las marcas de sus mordiscos con su sangre ancestral. El solo contacto de su sangre antinatural con la herida borró todo rastro de su ataque vampírico.

Liberó al hombre de su agarre fatal. El cuerpo resbaló contra la pared y aterrizó con fuerza en el pavimento.

Iván se giró, enderezando las solapas de su chaqueta. Peinó su cabello con sus dedos. Satisfecho en su sed oscura, sonrió.

—Malignidades hematológicas —dijo en voz baja—. No tienen ni idea.



## PHILLIP

**E**n la oscuridad, llegó. Atravesó sus sueños con el toque malicioso de un asesino.

El lúgubre inicio de la melodía le provocó una desesperación silenciosa. Afilado como un rayo de luna, una voz apareció, y su brillo elevó las notas sombrías a un nivel de belleza profano.

*Oh, déjame llorar por siempre:  
Mis ojos ya no recibirán el sueño  
Me esconderé de la vista del día  
Y suspiraré mi alma lejos  
Se ha ido, su pérdida deplora*

Y nunca lo verá más. Lentamente, el velo de la oscuridad se disolvió. El deslumbrante brillo ámbar de un hogar parpadeó en la distancia. Phillip siguió la luz, disfrutando del creciente calor mientras se acercaba. Aunque sabía que esto era un sueño, los detalles cincelados de la repisa de la chimenea se sentían tan reales en sus dedos como si estuviera despierto.

Él no estaba solo. Oculta en las sombras, ella se levantó. Un brillo rápido delineó los puños de cuentas de su vestido cuando sus manos se juntaron sobre su falda.

—Noche tras noche, siempre estas canciones tristes... —Phillip se acercó—. Este dolor tuyo... No puedo soportarlo.

La música se detuvo. Profundos ojos azules atravesaron las sombras con una mirada inquisitiva. El brillo del hogar murió lentamente y la oscuridad

prevaleció una vez más.

El sueño había terminado. Nunca pasaba más allá de este punto, sin importar lo que hiciera o dijera Phillip... Una presión repentina, fría y fuerte, le tomó la mano.

—*Encuéntrame...* —le susurró al oído. Su aliento helado aterrizó en la nuca de él. Un escalofrío recorrió su espalda. Phillip sacudió su brazo rápidamente y se liberó del agarre de la mujer.

*¡Despierta, Phillip!*

—*¡Encuéntrame!* —La voz hizo eco en la habitación.

PHILLIP ABRIÓ LOS OJOS.

El reloj de la mesita de noche marcaba las 9:23 p.m. El televisor de pantalla plana montado en la pared reproducía videos sin volumen. Ante él, el balcón de la habitación ofrecía una impresionante vista de la bahía de San Francisco. El cielo estaba despejado y lleno de estrellas.

Phillip se sentó en la cama. Deslizó sus dedos en su melena rubia cenicienta y la sacudió bien.

*¿Qué demonios pasó?*

—Me quedé dormido... —musitó. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Phillip no había conciliado el sueño en semanas.

Pero si se había quedado dormido, eso también significaba otra cosa. Haciendo una mueca, se volvió hacia la cama. Suaves rizos de pelo rojo oscuro enmarcaban el pálido rostro de la mujer... Un toque de azul ya teñía sus labios.

Como regla general, un vampiro no debería compartir la cama con el cadáver de su presa, ni con ningún mortal, para el caso. Pero la privación del sueño tiene un modo extraño de actuar cuando uno menos lo espera.

La siesta de Phillip estuvo lejos de ser pacífica. El mismo sueño lo había perseguido durante el último mes. Era por ese sueño que últimamente evitaba dormir.

Una mano invisible presionó su hombro.

—*Encuéntrame, Phillip...* —le susurró una voz al oído.

Se giró tan rápido que se mareó. Su corazón latía fuertemente contra su pecho. Se asomó sobre la cama, separando el pelo de la mujer de su cara. Ella estaba muerta. Y a menos que los muertos pudieran hablar, no había forma de que la voz viniera de ella.

*Genial. Ahora sí he perdido la razón.*

Phillip había escuchado historias de bebedores de sangre afectados por la locura. Por lo general les sucedía a los más antiguos, pero su falta de sueño podía ayudar a la aparición temprana de la locura vampírica.

Cogió su camisa del tocador y se la puso. Mientras lo sujetaba, algo en el espejo llamó su atención. Una mujer estaba detrás de él, peligrosamente cerca. Llevaba un vestido oriental bordado en oro con cuentas multicolores. Reconoció la penetrante mirada de sus ojos azules delineados de kohl: era la mujer en el sueño. Una belleza sorprendente, sin duda, pero tan rara que le horrorizaba.

—¿Quién eres? —preguntó, mirando hacia atrás.

Ella había desaparecido.

## IVÁN Y PHILLIP

—No escucharé más de esto.

—¡No te vayas! —Al borde de las lágrimas, ella apretó mis manos, casi cayendo de rodillas—. ¿No puedes verlo, cariño? Podemos estar juntos, vivir la misma vida. Solo necesitas es compartir esta Sangre Oscura conmigo.

*En silencio, sostuve la mirada de Alisa, horrorizada por su pedido.*

*Durante doce años, habíamos vivido en armonía, o al menos eso pensaba. Miseria, ella había llamado a nuestra vida juntos. Miseria.*

Una frase, una melodía, la sola palabra de un anuncio... casi cualquier cosa en el mundo cambiante le recordaba a *La Ville Lumière*. Y en esos pensamientos, entrelazada como una hierba perenne en el jardín de los recuerdos de Iván, ella siempre estaba allí. Siempre, Alisa.

Ineludible, el nombre hacía eco en la profunda oscuridad de su alma. Y su corazón se hundía en ella mientras revivía su engaño, y esas imágenes caían en cascada ante él sin remedio.

Su mente preternatural le jugaba trucos, evocando los viejos tiempos con tanta viveza que a veces no los distinguía de la realidad.

*Por la madriguera del conejo, una vez más.*

—¿Iván? —Los ojos azules de Phillip aparecieron ante él. Un par de parpadeos lo sacaron del trance.

Trescientos años en lo profundo de la Oscuridad, Iván había vivido para ver el mundo levantarse y caer. La Ilustración había llevado a la revolución, la revolución había conducido al crecimiento industrial... Las ruedas del Tiempo habían girado presentando guerra tras guerra, y después, períodos de paz

largamente deseados.

Este era el siglo XXI. San Francisco era su hogar ahora. El calor del día moribundo habitaba en la brisa. Las gaviotas graznaban en la distancia mientras las suaves olas chocaban contra los pilares del muelle.

En esta cafetería tranquila cerca del Embarcadero, Iván había accedido a reunirse con su aprendiz. Aparentemente, Phillip tenía algo que discutir y el asunto no podía esperar.

Iván dobló la servilleta y la deslizó debajo de su humeante taza de café. La bebida era solo para guardar las apariencias, por supuesto. Era un recordatorio de París, donde se había familiarizado por primera vez con la bebida... Pero hoy en día, todo le recordaba a París.

—Me estabas diciendo del hospital... —dijo Phillip—. ¿Te perdiste cuando salías?

—Es cierto... —Iván se rió por lo bajo—. Di una vuelta equivocada y terminé en el maldito banco de sangre. Imagínate eso: yo, en una habitación llena de refrigeradores zumbando, rodeado de cientos de unidades de sangre lista para llevar.

Phillip insinuó una sonrisa. Cogió su copa de vino tinto y la agitó con rapidez, parte del disfraz mortal. Luego se reclinó en la silla y levantó su barbilla ligeramente antes de hablar.

*Oh... Aquí viene el discurso.*

—Personalmente, prefiero mis bebidas calientes y animadas—dijo Phillip—. No creo en el asunto de las unidades de sangre. Es como la versión de una Cajita Feliz para No Muertos, ¿sabes? —Levantando la ceja—. El concepto me resulta muy desagradable.

—Honestamente, tampoco me agrada mucho... —dijo Iván, arrugando la nariz—. Por otro lado, el cuidador del banco de sangre era un tipo bastante apetecible.

Phillip apartó el vaso.

—¿Lo hiciste?

—¿Qué cosa? —*Dilo, Phillip. No es pecado llamarlo por su nombre.*

—Ya sabes... ¿Lo mataste?

—Por supuesto que no. —Iván resopló—. ¿Por qué me tomas, Phillip? ¿Acaso soy una bestia incapaz de dominar sus propios impulsos?

—Espera, yo jamás dije...

—Te diré quién es la verdadera bestia. Es ese amigo tuyo, Jiao Long. ¿Qué piensas de eso?

—Eso no es sorprendente viniendo de ti, Iván. Nunca te ha caído bien.

—¿Hay algo que valga la pena sobre él? —Iván frunció el ceño—. ¿Sabes? Al salir del hospital, tropecé con la morgue. No creerías la cantidad de víctimas que Jiao tomó anoche... Bueno, salí de allí y eso fue todo.

—¿Lo fue? —murmuró Phillip.

—No tengo paciencia para estos juegos... —Iván metió la cuchara en la taza de café y lo revolvió con prisa—. Si quieres decir algo, te sugiero que lo digas sin rodeos.

—Lo siento, Iván. Pero es solo que últimamente pareces algo extraño. Estás aquí conmigo, pero tus pensamientos vagan a kilómetros de distancia... Estoy preocupado, eso es todo. —La mano de Phillip alcanzó la suya con tal calidez que podría haber derretido el frío corazón de Iván, el corazón de un asesino. Verdadero interés brillaba en los ojos de su aprendiz.

—Estoy bien. —Iván deslizó su mano fuera.

—Escucha, he estado pensando... Quizás es hora de que regrese a casa.

*Volver a casa...* La idea hizo que el corazón de Iván se saltara un latido. ¿Realmente estaba pasando esto?

—Villa Belle Vedere siempre ha sido tu hogar... y siempre lo será —musitó Iván—. Durante años te he pedido que consideres regresar... ¿Qué ha cambiado?

Phillip se encogió de hombros.

—¿Por qué tengo la sensación de que hay algo más, algo que no me estás diciendo?

—Iván...

—Lo descubriré... en algún momento.

—Bien —Phillip suspiró—. Es mi departamento... Está embrujado.

Iván ahogó una risilla. Cómo había logrado no estallar en carcajadas escapaba su entendimiento.

—¿Embrujado?— Iván se relajó en la silla. Cubriendo sus labios con los dedos, entrecerró los ojos, listo para leer la reacción de Phillip a su siguiente pregunta—. Me pregunto, ¿qué podría sacudir el alma del feroz asesino sentado frente a mí? Hmmm...

—Ríete todo lo que quieras... No sé lo que era, pero fue lo suficiente para que yo saliera de ahí. —Phillip bajó la mirada. La luz ámbar de la vela votiva llenó sus ojos por un segundo. En su sereno desprendimiento, Phillip era la criatura más hermosa del lugar.

*Phillip Blackwell, eres una estrella.*

Iván lo supo desde el primer momento en que lo vio. El año era 1926. Phillip se llamaba Dorian Graham en aquel entonces. A pesar de lo prometedor que era en su desempeño como estudiante de Derecho, hubiera sido mejor que Phillip se convirtiera en actor. Iván bien podía imaginarlo en la escena de Hollywood, mostrando su sonrisa carismática ante la lente de la cámara. Y hubiera tenido un gran éxito... si no hubiera elegido convertirse en un vampiro.

—No voy a reír —susurró Iván—. Cuéntame todo sobre eso. Deja que te ayude.

—No sé si puedes ayudarme —dijo Phillip.

*¡Oh, hombre de poca fe!* Iván quería decir, pero eso ofendería el orgullo de su aprendiz.

—Ponme a prueba —dijo Iván, sonriendo al final.

Phillip se adelantó en su asiento, esquivó su mirada y se aclaró la garganta.

—Ah... Está bien. —Hizo una pausa—. Comenzó hace aproximadamente un mes mientras dormía. En mis sueños había oscuridad, fue entonces cuando lo escuché.

Iván apartó la taza de café, deslizándola con el dorso de su mano.

—¿Qué escuchaste?

—Una mujer, cantando —dijo—. Cuando llegué al borde de la conciencia, la música se detuvo y un grito desgarrador me despertó.

—No es una forma agradable de comenzar la noche —reflexionó Iván.

—Cuando abrí los ojos, sentí otra presencia en la habitación... Busqué en todo el lugar y no encontré nada.

—Suenan como una pesadilla infernal.

—Yo también pensé lo mismo al principio. Así que aparté mis preocupaciones de mi mente y casi me olvido de todo el incidente... hasta que sucedió nuevamente al día siguiente.

—Ya veo...

—Ha sucedido todos los días desde entonces. —Phillip hizo una pausa—. Pero esta noche... todo cambió.

—Cambió, ¿cómo? —Iván odiaba interrumpir, pero la molesta costumbre de Phillip de apoyarse en largos y significativos silencios no le dejaba otra opción. Tenía que instigar a su aprendiz para que esta historia no durara horas.

—La vi —dijo.

—Phillip, fue un sueño.

—Estaba despierto cuando sucedió... Ella me habló.

Iván se estremeció, perplejo ante la historia de Phillip.

—¿La viste? —Esto no era un fantasma—. Ella te habló... —Esta era una comunicación telepática, del tipo que usan algunos inmortales antiguos y poderosos. ¿Pero para qué decírselo a Phillip? Sus nervios ya estaban bastante sacudidos—. ¿Qué quería ella?

—*Encuéntrame*, es lo que ella dijo —Phillip frunció los labios—. Escucha, sabes que tengo el mayor respeto por Lo Desconocido. Cualquiera que sea o haya sido su problema, no quiero ser parte de eso.

»No voy a volver a ese departamento. No me podría importar menos el cadáver podrido que dejé en mi cama...

—El... ¿qué? —El solo pensamiento era simplemente demasiado horrible para considerarlo.

—Lo que escuchaste, Iván. ¡No voy a volver! —Testarudo y molesto, Phillip cruzó los brazos sobre el pecho y se reclinó en la silla.

---

—¡NO PUEDO CREER QUE ME HAYAS ARRASTRADO HASTA AQUÍ! —PHILLIP arrojó sus llaves en el cuenco junto a la entrada.

—Lo siento, Phillip. Por lo general, no juego la carta de “*Yo soy tu creador, haz lo que te digo*” a menos que sea realmente necesario —dijo Iván.

Phillip se asomó a su habitación, y efectivamente, allí estaba su presa. La mujer apestaba a muerte. Ningún mortal podría haber percibido el olor todavía, pero el agudo sentido del olfato de un vampiro podría.

—¿En qué estabas pensando, dejando un cadáver en tu guarida? —Iván se paró a su lado—. ¿Quieres ir a la cárcel, o peor aún, quieres que tu rostro destelle en la televisión como el criminal más buscado de Estados Unidos?

—Definitivamente algo anda mal con tus prioridades... —Phillip escaneó la habitación con una rápida mirada antes de entrar.

—Me ocuparé de ella. —Iván presionó el hombro de Phillip. —¿Por qué no tomas algunas cosas para llevar a casa?

—Suená genial. —Phillip abrió el armario y sacó una bolsa de gimnasia negra que abrió con prisa. No se quedaría aquí un minuto más de lo necesario.

—No tardaré mucho. —Iván envolvió a la mujer con la sábana y la cargó sobre su hombro. Luego, su creador cruzó el umbral de la habitación, lo que



provocó la pregunta en la mente de Phillip: ¿cómo pensaba Iván salir del edificio con un cadáver humano? Afortunadamente, ese ya no era su problema.

Phillip estaba parado en medio de la habitación. Su mirada se fijó en el espejo del tocador donde había visto a la mujer anteriormente. ¿Lo había imaginado? Quizás realmente estaba perdiendo contacto con la realidad.

Un fuerte golpe retumbó en la pared. El sonido provenía del interior del muro, como si un poderoso puño golpeará el concreto... Allí estaba de nuevo. Esta vez, más fuerte y moviéndose hasta donde estaba Phillip. El reflejo del espejo se volvió borroso con la vibración.

¡Bam!

¡Bam!

¡Bam!

Toda la habitación comenzó a temblar. Los retratos cayeron de las paredes, sus cristales estrellándose al golpear el suelo. El espejo se sacudió y golpeó la pared y se partió por la mitad.

Phillip retrocedió hacia la esquina. ¿El triángulo de la vida? Recordaba haber escuchado algo así en alguna parte... ¿Era esto un terremoto?

—*¡Encuéntrame!* —La voz de la mujer hizo eco en la habitación. Esto no era un terremoto. ¡Esto era lo opuesto a la naturaleza!

—¡Basta! —Phillip cerró los ojos y se cubrió las orejas. Indefenso, se arrodilló—. ¡¿Quién eres?!

Una quietud antinatural se apoderó de la habitación con un silencio ensordecedor. Los ojos de Phillip se llenaron de terror mientras miraba el espejo. Allí estaba ella. La penetrante mirada de sus ojos delineados de kohl lo atravesaba. Sus labios rojos se separaron lentamente.

—*Alisa...*

—Deshacerse de un cuerpo solía ser mucho más fácil en mis tiempos... ¡Demonios, Phillip! —dijo Iván—. ¿Qué haces acurrucado en el suelo?

—¿No es obvio? —dijo Phillip, cubriendo su cabeza con ambas manos—. ¿Ya terminó?

—¿Qué cosa? —Iván barrió la habitación con una rápida mirada.

—¿Qué quieres decir? —Phillip miró a su alrededor. No había fragmentos de vidrio esparcidos por el suelo, los retratos colgaban de las paredes... La habitación lucía como si nada hubiera pasado.

¿Lo había imaginado todo?

Phillip se puso de pie. Cogió su bolsa de gimnasia, la abrochó y deslizó la correa sobre su hombro.

—Me voy de aquí.

---

—¡PHILLIP! ¡ESPERA! —IVÁN FUE TRAS SU APRENDIZ. LO QUE FUERA QUE hubiera pasado dentro de esa habitación había sido suficiente para destrozarse sus nervios—. Tranquilízate. Vamos, vámonos a casa.

Estuvieron en silencio la mayor parte del camino. Iván conducía a través de la 101, pensando en el mejor enfoque para hacer entender a Phillip que él no había sido víctima de la broma de un fantasma. ¿Cómo podría soltar esa bomba con gentileza?

—Phillip —comenzó—. No estás siendo perseguido por un fantasma.

—Sé lo que vi. —Phillip apretó la mandíbula.

El puente Golden Gate se dibujaba en el horizonte. Villa Belle Vedere estaba unos pocos kilómetros más adelante.

—Estás siendo convocado. —Iván metió otra velocidad.

—¿Convocado? —Su aprendiz frunció el ceño.

—Solía ser conocido como un Clamor de Sangre —dijo Iván.

—¿Clamor de Sangre? ¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que... quien te ha contactado está bastante vivo.

—Hizo una pausa—. Los vampiros recurren a este tipo de comunicación de vez en cuando.

—Iván, ¿qué demonios? —volteándose en su asiento—. ¿Por qué no dijiste algo antes?

Iván levantó sus cejas.

—Bueno, lo habría hecho... si no hubieras perdido la cabeza allá en tu departamento.

—La mujer... Me dijo su nombre —reflexionó Phillip, seguramente pensando en las millones de maneras en que se había comportado como un completo idiota.

—Muy bien. Vamos a ventilarlo todo y luego le pondremos una tapa. —Iván se rió—. ¿Cuál es el nombre de esta alma desafortunada?

—Ella se llama... Alisa.

Iván pisó el freno. Los neumáticos chirriaron mientras se detenía en el carril de emergencia cerca del Vista Point.

—Oye, ¿qué está pasando? —preguntó Phillip.

El nombre lo llevó trescientos años atrás en un inesperado torbellino de recuerdos y golpe tras golpe de emociones. El dolor lo asaltó primero, pero pronto siguió la furia absoluta. La sangre maldita de Iván hervía en sus venas.

*Imposible.*

—¿Estás seguro, Phillip? ¿Es ese el nombre que te dio? Imposible apaciguar su corazón acelerado, la opresión de su pecho, la sensación apresurada de caer sin remedio en un pozo sin fondo, una catastrófica cadena de reacciones desencadenadas en su interior a causa de ese nombre miserable.

—Lo estoy —dijo Phillip—. Su voz era tan clara como la tuya en este momento.

Iván se mordió el labio inferior. Una batalla se libraba en las profundidades de su alma entre el desprecio absoluto hacia la dueña del nombre y la imperiosa necesidad de revelar la verdad.

—¿Qué quiere ella? —Iván musitó, pero Phillip no prestó atención a sus palabras. Estaba demasiado perdido en sus propias deliberaciones.

—Comunicación telepática... Esta mujer debe ser terriblemente poderosa para lograr eso. —Phillip apretó los labios—. ¿Fue su intención absoluta penetrar en mis pensamientos, o tal vez fui yo quien la contacté sin saberlo?

Iván salió del auto. Caminaba alrededor del Ferrari como un mastín salvaje.

—No puedo creer que esto esté sucediendo... No después de todo este tiempo. —Se volvió hacia Phillip—. Bueno, ¿dónde está ella?

—¿Eh? —Al salir del automóvil, Phillip observó a Iván con una mirada vacía. *Absolutamente exasperante.*

—¿En dónde está, Phillip? —rugió Iván.

Su aprendiz cerró la puerta de golpe.

—¡Maldición, Iván! ¡No lo sé!

—¿No lo sabes? Todos estos años... ¿No te he enseñado nada? Rastrea sus pensamientos, ¡mira a dónde te llevan!

Pasándose los dedos por el pelo, Phillip sonrió.

—¿Crees que no lo he intentado? No funciona, Iván. De alguna manera, ella está fuera de mi alcance. Es como si estuviera bloqueada o algo así... Espera. ¿Por qué de repente te interesa tanto?

—No me interesa. —Iván se apoyó en el parachoques—. Alisa... Ha pasado casi un siglo desde la última vez que pronuncié su nombre —dijo en un tono más suave—. Ella se acercó a ti porque nuestro vínculo de sangre le impide comunicarse conmigo.

Los ojos de Phillip se agrandaron.

—¿Quieres decir...?

—Sí —lanzando un profundo suspiro—. Yo le di el Don de la Oscuridad. Ella fue el primer vampiro que hice.

Phillip permaneció en silencio por un momento. Solo Dios sabría qué pensamientos cruzaban por su mente preternatural...

—Debemos encontrarla —dijo al fin.

—¿Debemos? —Iván frunció el ceño.

—¿Qué diablos quieres decir con eso? —La rectitud de Phillip se asomó—. Ella nos necesita, Iván. —Hizo una pausa—. ¿Dejarías a tu propia sangre a su suerte?

—No lo entiendes... Es demasiado complicado.

—Permíteme simplificarlo —respondió su aprendiz—. ¿Debería preocuparme esto a mí también? ¿No debería esperar tu ayuda si llegara el momento?

—Basta... Ya has hecho tu punto —Iván murmuró. Pero ¿por qué debería hacer algo para ayudarla? ¿No podría ella arreglárselas perfectamente sin él? Lo había hecho durante los últimos trescientos años.

—Desearía que hubiera algo que pudiera hacer para ayudarla... —musitó Phillip.

—*San Phillip*... —Iván se metió en el auto—. No te preocupes. Conozco a alguien que puede hacerlo.

## CASSANDRA

Luvia ligera. Cassandra bajó del teleférico con cuidado de no deslizarse por la calle Hyde. Las calles oscurecidas brillaban mientras capturaban el resplandor ámbar del restaurante en la esquina.

Cargando la última caja de la mudanza, caminaba por la avenida arbolada. El clima la llevó de vuelta a casa, a las noches de verano que solía pasar en la Mansión Deveraux con Granny.

—*Le temps passe...* —El tiempo vuela, musitó. Aunque Annette había cumplido ochenta y seis años, nada podría haber preparado a Cassandra para su repentina pérdida. En el fondo de su corazón, había esperado que Granny se quedara con ella para siempre.

Ella había volado a París para el funeral. Fue justo cuando se encontraba ante el ataúd de la abuela que algo había hecho clic en su cerebro y decidió que ya no podía compartir el techo con su padre y su mucho más joven esposa. Dio la casualidad de que el tío John estaba junto a ella mientras el féretro descendía hacia las entrañas del cementerio.

«*Si alguna vez necesitaras algo*», había dicho. «*Somos familia, Cassandra. Recuerda eso.*»

Cassandra había seguido a papá a América después del divorcio, pero nunca imaginó que habría una tercera persona en la escena. Al dejar París, ella había roto el corazón de mamá, no podía volver con ella ahora.

Las cosas no iban bien entre papá y ella. Un poco más de un año después del divorcio de sus padres, papá había anunciado su compromiso con esta mujer, esta Mona Mai, que como una astuta sirena había emergido del océano durante una de las lecciones de surf de papá en Pacífica.

«*John*», ella había susurrado cuando terminó el funeral. «*¿Me puedo*

*quedar en tu casa?».*

«¿*Mi casa?*» El tío John parecía sorprendido. «*Deveraux Hall es tu hogar también. Puedes mudarte en cuanto aterrices en San Francisco, Cassie.*» Le guiñó un ojo y le entregó las llaves. «*Me voy a Egipto mañana.*»

La línea de trabajo del tío John lo hacía viajar la mayor parte del año. Impartir seminarios de Arqueología en todo el mundo era su placer culpable y la buena suerte de Cassie, ya que esto le daba libertad e independencia más allá de sus sueños.

Agitó las llaves entre sus dedos mientras tarareaba la canción de cuna que Granny le cantaba cuando era niña, *Au Clair de la Lune*.

Cassandra se detuvo frente al portón de hierro. La casa estilo Reina Ana había pertenecido a su familia durante más de dos siglos. La historia contenida dentro de sus paredes era casi tangible. Un profundo sentimiento de orgullo llenaba su corazón mientras miraba la majestuosa fachada; pero el día había sido largo, y agotada como estaba, solo podía pensar en atravesar esas puertas y caer en picado en el primer sofá que encontrara su mirada.

De pie en el medio del vestíbulo, suspiró.

*Un día tan terrible... Necesito vino. Un buen Burdeos lo hará todo...*

—Miau.

—*Merde!* —Ella dejó caer la caja y las llaves. Sus manos temblorosas aterrizaron en su pecho, tratando de calmar su corazón acelerado. Esa voz... ella la conocía demasiado bien—. ¡Maldición, Lockhart!

El demonio alzó sus cejas.

—Hola, Deveraux —dijo—. Me alegro de verte también.

Allí estaba él, sentado en el sofá de la sala con un detestable aire de mando. Lo odiaba por entrar de esta manera, como si fuera el dueño del lugar. No podía acostumbrarse a sus apariciones repentinas.

*¿Quién se cree que es, irrumpiendo así?*

—No ha pasado ni una semana desde que me mudé aquí. ¿Cómo supiste...? —Un momento. Había *otro* con él—. Veo que trajiste un amigo... —murmuró Cassie. Recogió las llaves del suelo y las dejó caer en el aparador de la entrada.

—Qué grosero de mí, déjame presentarte: Cassandra Deveraux, él es Phillip Blackwell. Phillip, ella es la bruja de la que te hablé.

Phillip insinuó a Lockhart una íntima sonrisa traviesa. Al menos alguien se estaba divirtiendo en esta situación incómoda... *Vampiros, ¡todos son iguales!*

—¿Qué quieres, Lockhart? —Con los brazos cruzados sobre el pecho, se

apoyó en la puerta de la sala.

—Necesito el collar. ¿Supongo que conservas el número de Annette?

Cassie frunció el ceño. ¿De qué demonios estaba hablando?

—¿Qué collar? —preguntó ella.

La sorpresa de Lockhart fue transparente.

—El collar, niña. Lo necesito. —El vampiro jadeó. Caminó en la habitación, sus ojos verdes translúcidos buscando en cada pared sin éxito. Y su mano, pálida y de dedos largos, alisaba la cubierta del piano mientras escudriñaba los numerosos retratos que había sobre él. Por fin, su dedo aterrizó en uno de los marcos más antiguos.

—Este collar —dijo al borde de la exasperación.

Contra cada hilo de sentido común que le decía que se mantuviera alejada del alcance del bebedor de sangre, Cassie se acercó.

El vampiro había elegido una foto de su bisabuela Katherine, todos en la familia la llamaban Abuela. El paisaje parecía pertenecer a un estudio fotográfico de época, cuando en realidad era la entrada principal de la Mansión Deveraux.

En el retrato, el cabello oscuro de la abuela Katherine estaba modelado en un elegante estilo holandés, llevaba un lujoso vestido de cuentas con motivos egipcios antiguos. Y de pie junto a ella en un esmoquin impecable estaba el mismísimo demonio: el vampiro Iván Lockhart.

*La abuela saliendo con un bebedor de sangre... ¿En qué estabas pensando, Katherine?* Lo que sea que haya pensado, el brillo en sus ojos no revelaba más que alegría. Una mano se sujetaba al brazo de Lockhart, y la otra, sutilmente mostraba el collar de perlas que llevaba. La gargantilla tenía un broche en el centro... ¿Una esmeralda, tal vez?

—Es un zafiro —dijo Lockhart, arrebatándole el retrato de las manos—. Incrustado en diamantes. —Hizo una pausa—. ¿Podrías llamar a Annette? Ella sabrá qué hacer.

Su corazón se hundió en la oscuridad cuando el pensamiento volvió a surgir en su mente: *Ya no puedo contactar a la abuela... porque está muerta.*

Lockhart abrió los ojos. Estupefacto, se desplomó en el sofá. —Oh, *ma cher* Annette... Ahora no —murmuró.

El vampiro había leído su mente. Había repasado sus pensamientos tan fácilmente como hojear las páginas de una revista... Poco importaba. Sus preocupaciones apuntaban a otra parte.

Nadie en la familia le había mencionado este collar. ¿Por qué la habían

mantenido en la oscuridad? ¿Acaso la familia también le ocultaba otros asuntos?

El amigo de Lockhart se levantó del sofá. Casi parecía mortal con sus jeans azul oscuro y su chaqueta de cuero marrón. Pero su aspecto casual era engañoso. Los jeans eran Armani, y la chaqueta de vuelo militar era Hugo Boss. Portaba la ropa muy bien. Con su estatura y constitución corporal, el hombre parecía listo para una caminata por la pasarela.

Se dirigía hacia ella.

—Creo que hemos empezado todo mal —dijo Phillip con voz aterciopelada. Había algo agradable en la forma de su boca, un indicio de un hoyuelo aparecía cuando curvaba la comisura de sus labios.

El vampiro le ofreció su mano.

—¿No te sentarás con nosotros, Cassandra? —Algo similar a la inocencia brillaba en sus ojos azules. Era tan encantador... Sí, era encantador, pero también era un bebedor de sangre. Era difícil imaginar que este hermoso hombre fuera un asesino despiadado, pero eso era.

Cassandra tomó la mano de Phillip y se sentó en el sofá Chesterfield blanco. Mil pensamientos corrieron en su mente, pero ni una palabra cruzó sus labios. *Cassie taciturna, esa soy yo.*

«*Es entendible. Hay dos vampiros en tu casa*». La voz era de Phillip. Ella lo escuchó claramente, pero sus labios no se movieron.

—¿Qué tal un poco de vino? —dijo Phillip—. Estoy seguro de que tienes una botella de Burdeos por aquí. —Le dio una mirada de complicidad.

—El gabinete de licores está allí —dijo, señalando el mueble antiguo.

Phillip le sirvió una copa y ella se la quitó de las manos en cuanto se la ofreció. Necesitaba un trago... ¿La consideraban indigna de conocer los secretos de su familia? ¿Era por lo que había hecho su madre?

—*Santé...* —Cassie levantó la copa y tomó un trago.

—Esto fue una completa pérdida de tiempo —musitó Lockhart, poniéndose de pie.

—Eso no lo sabemos —dijo Phillip con una voz tranquilizadora.

—¿No lo ves, Phillip? Sin Annette mis posibilidades de encontrar el collar son prácticamente nulas. Y luego está ella —dirigiéndose a Cassandra con un rápido gesto con la mano—. Ella no tiene ni idea... ¡Ni siquiera sabe lo que es el collar!

—Yo tampoco —fue rápido en responder.

—¿Y tú por qué deberías saberlo? Pero ella, ella es una Deveraux, ¿o no?



—¿Podrías dejar de hablar como si yo no estuviera aquí?! —Las palabras estallaron en un ataque de ira—. ¿Qué demonios está pasando? ¿Qué es este collar y por qué debería saber algo al respecto?

—Está bien, vamos a calmarnos... —Phillip se interpuso entre ellos, el árbitro de una pelea del infierno—. Escucha, antes que nada, tienes que decirnos todo lo que sabes.

—¡Exactamente! —Lockhart se apresuró a decir—. Debes saber algo, Cassandra.

—No me refiero a ella... —Phillip hizo una pausa—. Sino a ti, Iván.

—¿Yo? —Lockhart frunció el ceño.

Phillip se mordió el labio inferior, entrecerrando los ojos mientras estudiaba la reacción de Lockhart, como si reflexionara sobre sus siguientes palabras. Se giró y caminó hacia Cassandra. Phillip Blackwell era la criatura más inquietante... vampiro, asesino... Lo que fuera.

El bebedor de sangre se sentó junto a ella. Había otro sofá justo en frente de Cassie, ¿por qué elegía arruinar sus nervios así? *Vete, hermoso vampiro.*

Phillip suspiró.

—Escucha Iván, todo se resume en esto: cualquier información que ella conozca solo puede ser desencadenada por lo que tú sabes. —Se encogió de hombros—. Debes contarnos todo sobre este collar.

Los papeles habían cambiado. Ahora era Cassandra quien quería información. Necesitaba saber todo sobre el secreto de su familia.

Soltando un profundo suspiro, Lockhart se sentó en el banco del piano. Enterró su cara en sus manos. Era la primera vez que ella lo veía inquieto, incluso preocupado. Cassandra siempre había envidiado la actitud relajada de Lockhart hacia la vida. *Supongo que estar despreocupado es fácil cuando tu vida está exenta de una fecha de vencimiento.*

—Es la única manera —presionó Phillip.

Iván sostuvo el retrato una vez más. Se convirtió en una estatua de mármol, inmóvil mientras sus ojos de vampiro estudiaban el rostro de su amada Katherine.

## IVÁN

—No se muevan.

El estallido de luz lastimó mis ojos. Se llamaba *flash*, los fotógrafos lo usaban para proporcionar suficiente iluminación para develar la imagen. El resultado era una clara imagen en blanco y negro, completamente diferente de los daguerrotipos de 1800.

*Los tiempos cambian rápido. El mundo cambió en el último siglo y sin embargo, yo permanezco igual.*

—No debería haber hecho esto, Katherine —dije—. No parece seguro.

—No pienses más en ello, Iván. Has sobrevivido a la fotografía, *mon chéri*. —Estrechó mi mano entre las suyas y su calidez calmó mi agitación.

Era la víspera de Año Nuevo en París. Había querido resistir el glamour y el atractivo romántico que la Ciudad de la Luz ejercía sobre mí, pero luego conocí a Katherine. Me enamoré. Sin saberlo, ella me mantenía en su esclavitud.

Con ella pasé los años más maravillosos de mi vida vampírica.

Había sido idea de Katherine, la velada. Nunca había tomado parte en una reunión de esta naturaleza, una gala de despedida para el año moribundo. Cargaba con cientos de años muertos en este punto, uno más significaba muy poco para mí, pero para los mortales cada año era precioso.

*Adiós 1921. Bienvenido 1922.*

La Mansión Deveraux se convirtió en escenario de este gran evento. Hacerse una fotografía a la llegada de cada invitado era obligatorio, y estaba muy de moda.

Katherine envolvió sus hombros desnudos con su chal de chinchilla. Salió a la terraza. Nevaba, pero a ella no parecía importarle y a mí no me importaba

nada el clima, siendo el demonio preternatural que soy.

Bebió de su copa de champán y medio sonrió.

—Es maravilloso, ¿verdad?

—¿Qué cosa?

—La vida... Este momento. —Dejó la copa en la balaustrada y hundió la cara en mi pecho. La sostuve en mis brazos, amando proteger su frágil cuerpo bajo mi abrazo.

Con un suave roce de mis dedos, levanté su mentón y busqué el fuego de su beso. La suave presión de sus labios contra los míos sanaba todas las heridas de mi corazón, sin importar cuán antiguas fueran.

—Si esto no es el cielo cariño, no sé qué lo es —susurró, separándose a unos pocos centímetros de mi beso.

—¿Cuánto tiempo crees que les llevará darse cuenta de que no soy lo que parezco? —Quise decir su familia, por supuesto. La madre de Katherine había muerto al dar a luz, pero su padre vivía, aunque ya era demasiado viejo, y también sus hermanos.

Una mueca de dolor floreció en su dulce semblante.

—¿Por qué debes estropear este momento perfecto? —Desconcertada, ella se liberó de mi abrazo. Pero agarré su muñeca con una velocidad antinatural y la acerqué una vez más.

—Sabía que algún día me dejarías, pero nunca pensé que sucedería tan pronto... —Jugueteé.

—No digas eso, Iván. ¡No me tortures así!

No podía evitar ser cínico. La última vez que conocí el amor me rompió el corazón. Lo aplastó, dejó mi corazón lisiado, incompatible con la vida. Pero el amor de Katherine me había ayudado a sanar, lentamente pero con certeza, aunque ella no lo sabía.

—Perdóname, Katherine. No quiero manchar esta preciosa noche. Pero, por favor, comprende, han pasado tres años. A veces me pregunto si no estamos siendo ingenuos.

—¿Ingenuos? —Ella sonrió—. *El amor es demasiado joven para saber qué es la conciencia* —agregó, citando el famoso soneto de Shakespeare.

La solté. ¿Cómo se atrevía a usar esa frase en mi contra cuando conocía muy bien los recuerdos que evocaba en mi alma miserable?

—Vete, entonces. Vuelve a tu velada. —Salté sobre la balaustrada, listo para dar lanzarme hacia los jardines y desaparecer de su vista.

—No, por favor... Quédate. —Hizo una pausa—. ¿No puedes darme este

momento, Iván? No más discusiones sobre el futuro... Al menos no esta noche.

Sonreí. A veces olvidaba que ella solo tenía veintiún años. Esperaba que pensara más allá de su tierna edad cuando carecía de la sabiduría que solo le otorgarían los años.

—Dulce Katherine, te daré esta noche si ese es tu deseo y cada noche que sigue. Son todas tuyas, como mi corazón es tuyo. —Besé sus manos y la perdoné de inmediato.

El suave vals que tocaba en la distancia se desvaneció en el silencio cuando comenzó la cuenta regresiva para el Año Nuevo. Las voces se fusionaron y corearon al unísono en gran excitación.

“*Cinq!*”

“*Quatre!*”

“*Trois!*”

“*Deux!*”

“*Un!*”

“*Bonne année!*”

Un coro de vítores y risas surgió de la multitud. Copas de Champagne tintinearón en el aire. La alegría y la efervescencia de la juventud se mezclaban en el calor de la sala de baile.

La tomé en mis brazos y sellé el comienzo del nuevo año con un beso sincero. Y cómo me encantó sentirme parte de este evento mundano... Por un momento, pertencí a este círculo de jóvenes ingenuos mortales. Celebraban el final de un año, moviéndose inadvertidamente un paso más cerca de la tumba.

Dejó de nevar a tiempo para que los multicolores fuegos artificiales pintaran el cielo. Otra melodía resonó en el pasillo, *It's Time to Say Goodnight* de Henry Hall. Era el final perfecto para una noche maravillosa.

—Debo irme —susurré.

—¿Tan pronto? —Ella frunció el ceño.

Mirando el cielo despejado, me encogí de hombros.

—Oh, odioso amanecer... —dijo ella—. Te acompañaré a la puerta.

Sosteniendo mi mano, ella me condujo a través de un pasillo estrecho. El camino de servicio, supuse, pues estaba oculto a los ojos de los invitados.

Cuando llegamos al final del corredor, ella se detuvo.

—Katherine... —Esta no era la salida. Este era el estudio de su padre.

Una sombra de inocencia se alzaba sobre su encantador semblante. Cerró las puertas corredizas de madera detrás de ella. La única fuente de iluminación en la habitación provenía del hogar de la chimenea.

Los latidos de su corazón acelerado resonaron en mis oídos en una melodía atrayente. Con las mejillas sonrojadas, ella se acercó. Amé cada minuto de la lucha de Katherine por ocultar su deseo.

*Es un amor joven.*

Lo sabía. Sabía que sin importar cuántos años hubiéramos compartido, ella podría olvidarse de mí tan pronto como amaneciera. Pero no me importaba ni un poquito. La aceleración de mi sangre al estar en su presencia hacía que todo valiera la pena.

Impulsado hacia ella como por un hechizo magnético, cerré la distancia entre nosotros. Su respiración acelerada y el crujido de la madera quemada se mezclaron en el aire.

—¿Te he dado una noche para recordar? —le susurré al oído.

Sus ojos azules se clavaron en los míos.

—No... Pero estoy segura de que lo harás. —Los tiernos labios rojos de Katherine se apretaron contra los míos. Me empujó al escritorio de su padre. Impaciente, me quitó el abrigo.

—¿Estás segura? —tuve que preguntar.

—Nunca he estado tan segura de algo en mi vida. —Sus manos se deslizaron bajo mi chaqueta en ansiosa anticipación.

Sin perder un momento, mis manos se cerraron alrededor de su pequeña cintura y la cargué sobre el escritorio. Y allí, desaté mi hambre por ella como cualquier hombre mortal hubiera hecho... Pero yo quería más.

Nunca me había atrevido a mencionarlo antes. Sabía que si la naturaleza de mi petición no le atraía, me arriesgaba a perderla para siempre. Y esa era una oportunidad que no estaba dispuesto a tomar.

El aroma del perfume de su piel alentaba más mi apetito.

—Katherine, yo...

—Shh... Mi amor —susurró—, lo sé.

Se quitó la gargantilla de su cuello y su sensual voz habló en mi oído.

—Está bien, cariño. Hazlo. No tengas miedo.

La sangre se congeló en mis venas. Nunca esperé que sucediera. Nunca imaginé que ella lo ofrecería tan desinteresadamente. Y no iba a negarle una maravillosa promesa de dicha a mi eterna sed de ella.

Mis labios buscaron esa bebida prohibida, deslizándose sobre su suave piel hasta que alcanzaron el pozo divino de su arteria carótida. Un bocado rápido de mis afilados colmillos y la sangre golpeó mi paladar. Y en ese momento, las puertas del Paraíso se abrieron a todos mis caprichos.

Encantado con cada pulso de su bendita sangre, tomé esa bebida maravillosa, estrechándola fuertemente entre mis brazos.

Nubló mis sentidos. Superó cualquier otra sensación que había sentido antes al acostarme con ella.

Podría haber llevado esta bebida más lejos, pero me negué a mí mismo su placer porque sabía lo que podría hacerle. Y este asomo del cielo había sido más que satisfactorio para mis deseos antinaturales.

Ella se acurrucó contra mi pecho mientras estábamos tumbados en el sofá ante las llamas amainando en el hogar. Alcanzó la credenza y tomó el collar entre sus manos.

—Es hora de decir buenas noches —dijo, ofreciéndome la joya—. Gracias por permitirme usar la reliquia de tu familia esta noche.

—Quiero que la tengas tú. —Mis manos tomaron las suyas y las presionaron con cuidado.

—Iván... No puedo aceptar esto. ¿Qué hay de la Fuente?

—¿Qué hay con ella? —dije.

—Pues, está escondida dentro del broche...

—Lo sé, querida —susurré, acariciando su mejilla con gentileza. —Yo la puse ahí. Puedes quedártela también.

—Cariño, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? —Ella frunció el ceño—. Rechazarías un inmenso poder al separarte de ella, ¿estás consciente de esto? —El tono de desconfianza en su voz encendió todos los nervios de mi cuerpo.

—¿Estás consciente tú de lo que esto significa para mí, Katherine? Te estoy dando mi posesión más preciada. Y lo hago porque te amo.

Con la mayor delicadeza, colocó el collar en la loza de mármol del aparador.

—Tú eres todo para mí, Iván. Por supuesto que sí... Pero te conozco mejor de lo que nunca podrás admitir.

—Ah... ¿en serio? —dije con falsa sorpresa.

—Darme este collar te obliga a alejarte de Alisa. Me convertirías en un guardián... Yo nunca podría aceptar eso.

—¿Cómo puedes decir eso?! —Odié cada palabra que ella había dicho. Quería desaparecer en ese momento pero tomé las riendas de mi temperamento y me quedé.

—Katherine, la única razón detrás de este gesto es demostrar mi amor por ti. —Mi voz domó su furia con cada palabra—. Te tengo cariño por encima de

todo lo demás, ¿no lo ves?

»Sí, estoy renunciando a un inmenso poder vampírico. Y también renuncio a cualquier contacto futuro con Alisa porque ya no significa nada para mí. Tú eres lo único que me importa.

—Pues entonces... —dijo ella con ojos brillantes y una suave expresión—. En ese caso, podría conservarlo por un tiempo...

Su orgullo se había interpuesto entre nosotros. Pero yo conocía el camino hacia su corazón. Tomé el collar y lo deslicé alrededor de su cuello, y en esta cercanía, le susurré al oído:

—Huye conmigo.

Las palabras salieron sin ningún razonamiento o premeditación. Vinieron de mi corazón y me asombraron más de lo que podría decir.

Los ojos de Katherine se llenaron de esperanza y amor y brillaron de emoción. Sus labios se separaron, pero las palabras se enzarzaron en su lengua, sorprendida como estaba por mi inesperada propuesta.

—¿Qué significa todo esto?! —El anciano estaba de pie en el umbral del estudio. Su mano pálida y arrugada temblaba en tanto apretaba la manija de la puerta.

—¡Padre! —Katherine saltó del sofá, sorprendida por la presencia de George y consternada por sus palabras—. ¿Cómo te atreves a insultar al barón con tus modales groseros?

—El barón, ¿eh? —Resopló. George abrió más las puertas y se alzaron tras él las amenazantes figuras de Pierre y Gérard, los hermanos de Katherine—. He hecho algunas preguntas sobre este barón tuyo, Katherine. Parece que ha conservado su título durante más de doscientos años... ¿Qué te parece!

Me quedé en medio de la habitación, sin saber si cargar contra ellos. La idea cruzó por mi cerebro inmortal, pero no condujo a ninguna acción; después de todo, esta gente era su familia. No me atrevía a dañarlos.

—¡Un vampiro en mi propia casa! —George golpeó el piso con su bastón. El gran rubí incrustado en el mango soltó un destello etéreo—. Gérard, Pierre...

—¡Padre! ¡No! —Katherine corrió hacia George, y casi cayó de rodillas.

—¿Te atreves a defender a este demonio en mi presencia? —rugió.

Mientras miraba a su padre, una actitud desafiante brilló en los ojos oscuros de Katherine.

—Yo solo veo un demonio en esta casa —dijo—, ¡y ese eres tú!

George levantó la mano y abofeteó su mejilla. Mi sangre hirvió cuando lo

presencié. Un desgarré de su maldita garganta con mis afilados colmillos terminaría con este asunto.

—¡Has manchado el honor de esta familia por última vez! —dijo—. Sáquenlo de aquí, ¡inmediatamente!

A pesar de que sus brazos se aferraban a los míos, su fuerza no significaba nada para mi poder antinatural. Sin embargo, permanecí inmóvil. Quería detener esta locura y llevarla conmigo de una vez por todas. Pero separar a Katherine de su familia de esa manera no le causaría más que dolor. Su desaprobación de nuestra relación ya la hacía sentir miserable.

No luché.

Su mejilla enrojecida y sus ojos llorosos fueron lo último que vi antes de que las puertas del estudio se cerraran una vez más. Gérard y Pierre me arrastraron hasta la puerta trasera.

—Aléjate de esta familia, bebedor de sangre. —Pierre me empujó al pequeño patio de servicio.

Y allí me quedé, en un montón de nieve, mi corazón congelándose por el sufrimiento de Katherine. No sabía si volvería a verla.



## CASSANDRA

—¿Lockhart? —Preocupada, Cassie se deslizó hasta el borde del asiento. Él no se había movido ni un centímetro durante los últimos diez minutos. Su mirada perdida se había enganchado en el retrato.

—Mi querida Katherine... —dijo Iván, descongelándose por fin—. Una vez le prometí que mientras viviera cuidaría de su linaje... El collar es un símbolo de esa promesa.

Cassandra conocía la historia. El romance entre Katherine y el vampiro Lockhart servía como fábula en su familia. La moraleja era que las brujas que salían con vampiros forjaban un camino seguro hacia el dolor y el desastre.

*Los vampiros son demonios viciosos que se pudren de aburrimiento. Solo buscan dos cosas de los mortales: sangre y entretenimiento.*

*Jamás confíes en un vampiro.*

Granny nunca había mencionado el collar en sus historias. Doloroso como lo era, Cassie tenía que preguntárselo: ¿Se le consideraba una marginada de los Deveraux? ¿Había roto todos los lazos con la familia en el momento en que su madre decidió irse?

—¿Estás bien? —La voz aterciopelada de Phillip calmó su ansiedad. Cuando él presionó su mano sobre la de ella, el hilo de preguntas corriendo en su mente desapareció. Verdadera preocupación brillaba en sus ojos.

*¿Cuántas vidas has cobrado con esos tentadores ojos azules?*

—Estoy bien. —Cassie tomó el último sorbo de vino—. Gracias por preguntar, Phillip. —Su otra mano se posó sobre la suya... Un momento. ¿Qué estaba haciendo? *Basta, Cassandra. No caigas en su encanto vampírico.*

—¿Está escuchando siquiera una palabra de lo que digo? —Iván frunció el ceño. Se levantó del sofá, pasándose los dedos por su pelo negro como la brea

— Te digo, Phillip... ¡Esto fue una completa pérdida de tiempo!

Los ojos verdes de Lockhart brillaron con un fuego antinatural. Se vislumbraba un atisbo del monstruo que se ocultaba bajo su disfraz humano y era absolutamente aterrador. Agarrando la copa con fuerza, Cassandra se deslizó hasta la esquina del sofá. Promesa o no a su familia, Lockhart bien podría matarla por capricho. Ella escaneó la habitación, buscando una ruta de escape. Oh, pero ¿a quién estaba engañando? No podría escapar incluso si elaborara el plan perfecto. ¡Había dos vampiros en su casa!

«*Cassandra, por favor...*» Era la voz de Phillip que le hablaba en silencio otra vez. «*No te asustes. No queremos hacerte daño*».

Claro, Phillip parecía un vampiro bastante decente. ¿Pero qué había de su amigo? ¿Qué había de Lockhart? ¿Quién avalaba por él?

«*No tengo miedo. Pero recuerda que soy una bruja. Y me defenderé si es necesario*», ella le respondió de la misma manera. ¿Funcionaría? Oh, por supuesto que no.

—¿Por qué acepté entrar en esto? Es una causa perdida, y lo ha sido durante siglos... ¿Sabes qué? ¡Será mejor que no encuentre ese maldito collar!

—El soliloquio de Lockhart continuó, pero su voz se amortiguó en el fondo, y la encantadora voz de Phillip tomó su lugar.

«*Funcionó*», respondió en silencio. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios. «*Te lo aseguro, Cassandra. No estás en peligro. Pero si llegáramos a eso, te protegeré. Tienes mi palabra*».

La palabra de un vampiro... ¿De qué servía eso?

—Dijiste que necesitabas el collar para encontrar a alguien... — Cassandra evitó mirar a Phillip. No correría el riesgo de caer en su hechizo.

El timbre sonó.

Miró la hora en el reloj Mora al otro lado de la sala. 9:35 pm. El tiempo volaba en compañía de este par de bebedores de sangre.

El timbre sonó una vez más.

*¿Quién puede ser a esta hora?*

—¿QUÉ ESTÁS HACIENDO AQUÍ?

Una risa tranquila escapó de su boca. Bajó la mirada y se rascó detrás de la oreja.

—Lo mismo me he estado preguntando —musitó. Sus tiernos labios se estiraron en una sonrisa de perdón.

*Podría besarte ahora mismo...*

Pero un momento. ¿Qué había del par de demonios chupadores de sangre en su sala? Los ojos de Cassandra se abrieron con asombro. *No puedo dejarlo entrar... ¡No con esos dos aquí!*

Sin saber qué hacer, cerró la puerta de un portazo. Su mirada se dirigió a los vampiros, ambos ajenos a lo que ocurría en la entrada de su casa.

—¿Cassie? —Tocó a la puerta—. Me llamaste esta mañana, ¿lo recuerdas? Dijiste que querías mostrarme tu nuevo estudio.

*Sí. Te llamé... y viniste.* Su corazón golpeaba fuertemente contra su pecho. Se apoyó contra la puerta. Una ola de calor se extendió por su cuerpo.

Pasaron meses para ver llegar este día. Curarían las viejas heridas y comenzarían de nuevo. Pero el momento de su visita no podría haber sido más inconveniente.

—¿Hay algún problema? ¿Has cambiado de opinión? —Hizo una pausa—. ¿Cassandra?

*No tengo otra opción.* Ella suspiró, y esperando lo mejor, retiró la cadena de seguridad y abrió la puerta.

—Lo siento. Yo... he estado algo ocupada. —Una leve sonrisa. Cassie se apoyó contra la jamba de la puerta. *Manténte casual. No demuestres cuánto lo has echado de menos.*

—Me encantaría escuchar todo sobre ello. Pero... ¿crees que podrías dejarme entrar? Está lloviendo.

*¿Lloviendo?*

Cassie apartó la mirada de sus seductores ojos oscuros. Un diluvio se vertía detrás de él. El agua goteaba de su cabello, su camisa blanca empapada se contraía contra sus fuertes brazos.

—¡Lo siento mucho, Antoine! —dijo—. ¡Por favor, entra!

—*Merci* —susurró, dándole un leve asentimiento. Antoine se quitó los zapatos antes de pisar la entrada alfombrada. ¿Eran zapatos de cuero italianos?

—Me temo que de todos modos dejaré un rastro de agua —dijo en voz baja—. A John no le gustará eso.

—No te preocupes. —Cassie le tendió una toalla—. Está en Egipto.

—¡Ah! Conque no está... Qué suerte la mía —susurró Antoine, acercándose.

—¿Suerte? —*¡Quieto mi corazón!*

Se desabrochó la camisa en el camino hacia el baño.

—John nunca me perdonaría por el desastre que he hecho en este pasillo... Menos mal que no está aquí para verlo.

Antoine se paró frente al espejo, Cassandra lo siguió y se quedó a unos metros de distancia. A través del reflejo del espejo, ella miró su rostro. Era un rostro juvenil, con grandes ojos oscuros, nariz y labios delicados. Había un aire de ingenuidad en su cara, pero el destello de maldad en sus ojos traicionaba ese engaño.

Ella deslizó su mano entre su cintura y su codo, luchando contra el impulso de arrancarle la camisa empapada. Antoine lo notó. Sus labios se separaron, y justo cuando estaba a punto de decir algo, Cassandra alcanzó la manija del cajón y lo abrió.

—¿Quieres deshacerte de esa ropa húmeda? —Ella le ofreció la bata de seda negra del tío John, un recuerdo de su último viaje a Japón.

—Gracias. —Tomó la bata y cerró la puerta del baño hasta la mitad.

Cassandra estaba afuera, su mirada fija en el reflejo de Antoine en el espejo. *¿Has vuelto a mi vida, Antoine Somerset? ¿Es este el día en que perdonamos y olvidamos?*

Antoine dejó la chaqueta del traje sobre el lavamanos. Se quitó la camisa sin prisa. Con la misma actitud lenta se desabrochó el cinturón y el pantalón. Era tan extraño que usara un traje tan costoso... El Antoine que ella conocía no sería atrapado ni muerto en un traje... *Merde! ¡Me miró!*

Antoine se asomó por la abertura de la puerta.

—¿Algo de interés? —dijo, alzando las cejas.

Cassandra se sonrojó y se sonrojó de nuevo.

—¿Eh?

—John —agregó Antoine—. ¿Vio algo de interés en Egipto? ¿Qué lo llevó allí en especial? —Le ofreció su ropa prolijamente doblada.

—Oh, solo uno de sus seminarios... —Tomó la ropa y miró hacia otro lado, ya había visto suficiente por ahora.

—Saldré en un minuto —dijo Antoine, cerrando la puerta.

—Tómate tu tiempo —Cassie musitó mientras examinaba el traje de Antoine. El corte y la tela parecían muy finos... ¿Por qué el cambio repentino de estilo? Ella lo prefería con vaqueros y una camiseta... Aunque a decir verdad, preferiría que él no usara nada en absoluto.

La idea la hizo sonreír.

*No hay moros en la costa.* Cassie aprovechó la oportunidad para hacer un rápido baile de celebración.

—¡Sí! —susurró. Manos en el aire, cabeza agitándose, amplia sonrisa... Todo un festejo—. ¡Él está de vuelta!

Levantar el teléfono y marcar su número no había sido fácil, pero su presencia aquí esta noche lo hizo valer la pena.

La suya era una conexión sin precedentes en su experiencia de citas. Un romance tórrido, el balance perfecto entre felicidad celestial y peleas tormentosas. Reconciliarse con Antoine después de una discusión era la mejor parte.

Esta noche era su única oportunidad para arreglar las cosas entre ellos. Pero si quería que su plan tuviera éxito, tenía que deshacerse de los vampiros.

Cassandra se asomó a la sala de estar. Los vampiros conversaban en la más baja de las voces.

—Lamento interrumpir —dijo—. Pero parece que tenía planes esta noche... ¿Podemos continuar esto mañana?

—No podría estar más de acuerdo. —Phillip estiró sus brazos sobre el respaldo del sofá e inhaló bruscamente.

—Y yo lo contrario. —Lockhart se levantó de su asiento—. Pero se está haciendo tarde y estoy hambriento.

Un vampiro hambriento es un pésimo invitado en casa. *Qué bueno que se van.*

—¿Paraguas? —Cassie señaló el de la entrada.

—No para mí, gracias. —Phillip abrió la puerta—. Me gusta caminar bajo la lluvia.

—Habla por ti mismo —dijo Iván—. No pienso arruinar este traje.

—Así que supongo que los veré pronto —dijo Cassie.

—Cassandra... —Lockhart se volvió—. Debería decirte que...

—Iván Lockhart, ¿eres tú? —Antoine estaba parado en medio del pasillo, envuelto en la bata de seda negra.

Los ojos de Lockhart se iluminaron con entusiasmo en cuanto lo vio.

—Antoine, ¡me parecía haber escuchado tu voz!

—Esta sí que es una agradable sorpresa. —Antoine lo abrazó. Un destello de travesura brilló en los ojos de Lockhart cuando se alzaron sobre el hombro de Antoine.

—No creo que nos hayamos conocido antes. —Le ofreció su mano a Phillip—. Antoine Somerset.

—No, pero ya es hora de que lo hagamos. —Phillip le estrechó la mano—. Mi nombre es Phillip Blackwell. Iván me ha contado mucho sobre ti.

—Cosas malas, espero. —Antoine le guiñó un ojo a Iván, realmente le guiñó un ojo—. Escuchen, ¿qué tal si todos salimos esta noche?

¿Qué estaba pasando? Cassandra estaba aturdida, su cerebro entumecido por un torrente masivo de preguntas. ¿Cómo diablos se habían conocido y cuándo? ¿Qué quería Lockhart de Antoine? Y lo más importante de todo, ¿por qué no lo había matado aún?

Dos mundos muy diferentes en la vida de Cassie acababan de colisionar y eso no le gustaba ni un poco.

Y luego estaba Lockhart. Esa criatura diabólica casi sonrió después de escuchar la invitación de Antoine.

*¡No te atrevas a aceptar, Lockhart!*

—Me temo que estamos comprometidos esta noche... —finalmente dijo Lockhart—. ¿Lo dejamos para después?

*Mon Dieu!* Cassandra respiró un poco mejor. El resplandor en los ojos de Lockhart le decía cuánto disfrutaba cada minuto de su tortura.

—Qué mal... —Antoine hizo una pausa—. Sigue en pie lo del fin de semana, ¿cierto?

—Por supuesto. Hay mucho que celebrar. —Iván sonrió.

—¿Cuál es la ocasión? —preguntó ella. *Voy a arrepentirme de esto.*

—¿No se lo has dicho? —Lockhart apretó los labios y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Todavía no —dijo Antoine, bajando la mirada y escondiendo las manos en los bolsillos de la bata.

—Te escucho —dijo Cassandra.

—Hay un... Hubo una reunión, en el centro financiero... —tartamudeó. ¿Por qué de repente se mostraba tan tímido?

—Una reunión que marcó el comienzo del éxito de Antoine como empresario. —Lockhart presionó el hombro de Antoine, sus ojos brillaban con orgullo.

—Parece que ya no necesitarás ese paraguas, Iván —dijo Phillip, caminando en el porche delantero—. Dejó de llover.

—Qué suerte la mía... —dijo Lockhart. Ella había escuchado esas palabras antes. Antoine se las había dicho unos minutos después de su llegada. Incluso el tono era el mismo—. Debemos irnos. Te veré pronto.

*Finalmente.*

Lockhart se detuvo en el porche delantero.

—Pensándolo bien... —dando media vuelta—. Tal vez puedan alcanzarnos

más tarde en el El Salón de la Mazmorra, si así lo desean.

Antoine sonrió.

—¡Suena genial! Los veremos allí en un par de horas.

*No. No lo haremos.*

—NUNCA HUBIERA ADIVINADO QUE CONOCÍAS A IVÁN. —ANTOINE ABRIÓ LA nevera. Seguramente buscaba una botella de Moët. Era su costumbre comenzar la noche con una copa de champán.

—Y eso, ¿por qué? —dijo, cruzando los brazos sobre su pecho. Cassie tenía todas las razones para estar conectada con Lockhart; pero por supuesto, Antoine no sabía nada de eso. Y cuanto menos supiera, mejor.

—Es solo que... Bueno, ustedes dos son tan diferentes, *t'sais?*

—Seguro que sí —murmuró ella.

—¿Cómo lo conociste? —agregó, saqueando la nevera.

—Él es un... amigo de la familia. —Cansada de su infructuosa búsqueda, Cassandra sacó la botella de champán. Sosteniéndola por el cuello, la giró para mostrarle la etiqueta—. *Voici.*

—Justo lo que buscaba. —Antoine tomó la botella de sus manos, satisfecho.

—No la abras —instó ella—. Aquí no.

Él sacó un par de copas del armario.

—¿El estudio? —preguntó, alzando sus cejas.

Cassie asintió. Lo siguió escaleras arriba. Juntó sus manos, luchando contra el deseo de arrancarle esa bata y abrirla como un regalo de Navidad.

—¿Es amigo de John? —preguntó Antoine.

Cassie salió de su ensoñación.

—¿Quién?

—Iván, por supuesto... —dijo.

Sus labios se estiraron en una sonrisa incómoda.

—Basta de hablar de Lockhart —dijo ella—. Aquí está... Mi nuevo taller de pintura. —Lo condujo hacia la entrada de la habitación.

Antoine abrió las puertas francesas dobles, revelando la espaciosa habitación blanca. Del alto techo de estuco blanco colgaban un par de candelabros de cristal. Las anchas ventanas francesas enmarcaban los vastos jardines de Deveraux Hall. Su bosquecillo se alzaba en el horizonte contra el cielo nocturno. Había grandes lienzos apoyados contra las paredes, cubiertos

con sábanas blancas. Su colección de pinceles y aceites multicolores estaba sobre una mesa redonda de madera.

—*C'est merveilleux...* —musitó Antoine, dirigiéndose a la ventana.

—Fue una sorpresa del tío John —dijo Cassie, abrazando sus brazos—. Lo encontré así cuando volví de París. —El funeral de la abuela revivió en su mente. Su pérdida estaba demasiado cerca de su corazón.

Antoine se volvió y la contempló en silencio. Pero no necesitaba decir una sola palabra, su amorosa mirada era más que suficiente.

—¿Te hizo feliz? —Antoine se movió hacia ella. Le hablaba con la voz más suave, como si de no hacerlo ella pudiera romperse.

—¿Feliz? —Ella le dio una risa sin alegría—. No he sido feliz en los últimos... —Antoine besó sus labios. Fue un beso sincero lleno de anhelo. Todos los miembros de Cassandra temblaron cuando sus manos se deslizaron en los lados de su rostro, llevándola hacia el recamier.

En el momento en que se sentaron, Antoine se separó lo suficiente de ella como para que sus ojos se encontraran.

—He sido miserable, *chérie* —susurró, alisando su mano por su mandíbula.

—Ha pasado demasiado tiempo... —dijo ella, emocionada al sentir la calidez de su cuerpo tan cerca de ella.

Antoine besó sus labios una vez más.

—¿Quieres que me vaya? —dijo con una voz sensual. Las piernas de Cassie hormiguearon cuando sus manos treparon por sus muslos.

Cassandra conocía su juego demasiado bien. Antoine se tomaría su tiempo para seducirla hasta que ella no pudiera contener más su deseo por él. Y ella amaba cada minuto de esta tortura.

—Nunca más —susurró.

---

AL PRINCIPIO, ELLA CREYÓ QUE ERA UN SUEÑO. PERO CUANDO SU MANO EMPUJÓ un mechón de cabello detrás de su oreja, supo que era real.

—*Belle l'âme et la figure...* —Hermosa en cuerpo y alma, murmuró Antoine.

Cassandra no pudo evitar sonreír.

—Escuchaste cada palabra —bromeó él.



Ella abrió los ojos.

—Nunca arruinaría un momento tan perfecto —dijo, deslizando su mano sobre su pecho.

—Tú eres perfecta, *chérie*. —Antoine se recostó en el recamier, enlazando sus manos en la nuca—. Esta semana entera ha sido perfecta... Primero firmé el mejor trato de mi vida, y ahora, estamos juntos de nuevo. No podría pedir más.

Ah, claro... Su trato con el Diablo. Cassandra se giró.

—¿Y cómo está Lockhart involucrado en ese trato?

—Iván —enfaticó—. Hizo algunos movimientos, me presentó a las personas adecuadas, *et bref*, firmamos un contrato el lunes pasado que dejó veinticinco millones de dólares en mi cuenta bancaria.

—Oh... —Ella apretó los labios. ¿Qué motivos tenía Lockhart para ayudarlo? ¿Qué interés podría tener en su novio?

—¿Qué sucede? —preguntó—. Pensé que estarías feliz de escuchar esto.

Ella se sentó en el recamier, tomó su vestido y se lo puso rápidamente.

—¿Cómo conociste a Lockhart?

—¿Qué es esto, un interrogatorio? —Antoine entretejió sus cejas.

—No, por supuesto que no... —dijo ella—. Tengo curiosidad, eso es todo.

—*Curiosidad por descubrir en qué te has metido.*

Él inhaló bruscamente antes de hablar.

—Conocí a Iván hace años, antes de conocerte. En los años cuando recién abrí el Salón de la Mazmorra.

Cassandra peinó su flequillo con sus dedos.

—Así que... son amigos. —Echó su cabello oscuro detrás de sus hombros y se dirigió al ventanal, donde se quedó contemplando el jardín debajo.

*Mantén la calma, Cassie. Mantén la calma.*

—Más que eso, diría yo. —Antoine se sentó en el recamier—. ¡El hombre es brillante, Cassie! Tiene una fortuna, e influencia como no te imaginarías... Es mi mentor, un recordatorio de todo lo que aspiro a ser...

—¡Nunca vuelvas a decir eso! —Se volvió frunciendo el ceño.

Antoine se rió, pero mantuvo su risa breve.

—¿Qué hay de malo en querer ser rico y poderoso? —preguntó con falsa inocencia.

La expresión de Cassandra se suavizó. Furtiva como un lince, trepó sobre el recamier y se arrodilló junto a él.

—Antoine... —susurró—. Me gustas tal como eres. No cambiaría nada de

ti.

Él agarró su muñeca rápidamente y la acercó para robar un beso de sus labios, deslizando la otra mano en su cintura.

—Siempre hay margen para mejorar, *chérie* —susurró.

—Así no. —Cassandra negó con la cabeza. .

—¡Maldición, Cassie! —Antoine se puso la bata y bajó del recamier—. El dinero nunca ha sido un problema para tu familia. Sabes lo difícil que ha sido para mí... —Paseando por la habitación.

—Lo sé —dijo ella, esforzándose por mostrar comprensión.

—Hace seis años dejé todo cuanto conocía en Luxemburgo y me mudé a Estados Unidos con apenas dinero suficiente para sobrevivir una semana... —Pasándose los dedos por el pelo—. Trabajé como un perro para llegar a donde estoy. Y no ha sido fácil, pero al fin, ¡he hecho algo de mí mismo!

—*Oui. Je sais, mon amour...*

—No espero que comprendas cuánto me costó llegar aquí, pero al menos espero que te regocijes en mis logros... —Hizo una pausa—. Veinticinco millones de dólares pueden no significar nada para ti, pero para mí, ¡este es el punto culminante de mi carrera como empresario! —Antoine no se detendría ahora.

—Eso no es justo —dijo ella—. Antoine, por favor... No hagamos esto.

—Tienes razón... No quiero pelear. —Se detuvo en la entrada—. Deberías ponerte el vestido negro con encaje... Te queda muy bien.

—Mmmm... ¿Por qué me cambiaría de ropa? —preguntó ella.

—Iremos al Salón de la Mazmorra para reunirnos con ellos, ¿lo recuerdas?

—Oh, eso... —Cassandra se aclaró la garganta. *Bueno, aquí va*—. Yo... no pienso ir.

—¿Por qué no?

—Tengo otros planes... —Ella se sentó en el recamier y cruzó las piernas—. Nunca acepté ser parte de su plan: el tuyo y el de Lockhart.

Antoine contuvo la respiración.

—¿Estás segura? Significaría mucho para mí...

—¿Por qué no mejor te quedas aquí? —dijo Cassandra, moviéndose hacia él. A poca distancia de sus labios, se detuvo—. Quédate conmigo esta noche.

—No puedo... —dijo él—. Esto es muy importante, *chérie*.

¿Cómo se atrevía a rechazarla?

—¿Prefieres estar con él? —murmuró con un aire de incredulidad.

—¿Cómo puedes decir eso? —susurró Antoine—. Iván ha hecho mucho por mí... Por favor, intenta comprenderme.

Cassandra frunció el ceño.

—Oh, lo entiendo perfectamente. —Salió de la habitación, recogió el traje seco y volvió a entrar.

—¡Toma! —dijo ella, lanzándole el traje—. ¡Sal tan rápido como puedas! No querríamos tenerlo esperando, ¿verdad?

—¡Bien! —Antoine recogió su ropa—. ¡Me largo de aquí!

## EL SALÓN DE LA MAZMORRA

12:15 a. m.

ANTOINE SE ESTACIONÓ EN LA ENTRADA DEL SALÓN DE LA MAZMORRA. AL instante, se convirtió en el cerco de todos los ojos. No era un secreto que él era el dueño del club nocturno.

El valet abrió la puerta del auto.

—Buenas noches, Sr. Somerset.

—¿Cómo te va, Mathew? —Antoine miró a su alrededor y saludó a la multitud.

—Mucho trabajo, señor.

—Me alegra escuchar eso —dijo.

Deslizando ambas manos dentro de los bolsillos de su pantalón, dio un paso atrás para tener una vista completa de la fachada del club nocturno. Nada llamativo, sin señales que delataran el propósito del establecimiento. Reflectores de color ámbar iluminaban las paredes de ladrillo. Antorchas llameantes guiaban el camino a través de un túnel arqueado en estilo romano antiguo.

Una multitud de bellezas vestidas con exquisitas prendas cortas se acurrucaba contra la entrada principal. El gerente del Salón, Riley, abrió las puertas y llamó a Antoine con un discreto ademán. Sugirió que Antoine tomara la entrada lateral.

A través de un pasillo estrecho, Antoine entró al establecimiento. Se

detuvo ante un boquete en la pared de ladrillo desde donde podía echar un vistazo a su club nocturno. La sala abovedada mezclaba arquitectura romana y moderna en un estilo contemporáneo decadente.

Los sistemas de iluminación destellaban una miríada de colores al ritmo de la música. Con una pista de baile llena, la gente no tenía más remedio que bailar cerca de sus mesas. Los camareros se deslizaban entre la multitud, cubriendo ambos extremos de la habitación rápidamente.

—Lleno, como de costumbre —musitó Antoine mientras subía las escaleras, hacia su balcón privado.

Se coló en la esquina y se sentó en un sofá de cuero negro, deleitado por la privacidad que proporcionaba la sala VIP. Multitudes de jóvenes bailaban y bebían, comprometidas con este ciclo hasta el amanecer. ¿Qué de malo encontraba Cassandra en esta manera de divertirse?

Con todo, el rechazo de Cassandra a su invitación no le extrañó demasiado. Ella era propensa a evitar situaciones sociales. Una noche tranquila en casa viendo películas de antaño le atraía más que mezclarse en la sociedad. Cassie nunca había puesto un pie en el Salón de la Mazmorra y habían estado saliendo durante casi dos años.

¿Tan difícil era complacerlo? ¿Era mucho pedir que...? Oye... Había alguien en el balcón, a unos metros de distancia, junto a la barandilla. Era una mujer. Su silueta se fusionaba con las sombras de la sala... ¿o estaba imaginando cosas?

Antoine se inclinó hacia adelante y agudizó su enfoque. Era real. Había una mujer en la sala VIP. ¿Cómo demonios había logrado entrar?

La mujer se volvió. Su mirada se encontró con los ojos de Antoine.

*Levántate y ve hacia ella.*

Un rayo de luz azul aterrizó sobre ella, delineando su figura. Llevaba un vestido corto ceñido con un profundo escote en V y mangas largas y aireadas. Elegante en cada movimiento, echó hacia atrás su largo cabello castaño claro, revelando su rostro.

Antoine se levantó del asiento.

Piel tersa, labios rosados llenos, ojos de color amatista... Era una diosa.

Con más curiosidad que interés, ella lo barrió de la cabeza a los pies con una mirada rápida. Y luego, volvió sus ojos hacia la pista de baile una vez más.

Sex appeal, magnetismo... lo que fuera, esta mujer lo tenía. Y cosa extraña, parecía no darse cuenta de ello. O era eso o no le importaba ser admirada. En

la multitud, hombres y mujeres la observaban. Algunos deseándola, otros deseando ser ella.

—¿Necesitará algo más, jefe? —El camarero trajo una botella de *Dom Pérignon*, las atenciones habituales de Riley. Sirvió dos bebidas y luego esperó sus instrucciones.

—Sí —musitó con los ojos fijos en la misteriosa mujer. Luego se volvió hacia el camarero—. Tráeme un Alabama Slammer y un Mind Eraser. Gracias, George.

El camarero asintió y se fue.

Antoine tomó ambas copas de champán y se movió hacia la barandilla donde estaba la Diosa. Echó un rápido vistazo a su reloj.

12:59 a.m.

—El grupo comenzará a tocar en cualquier momento —le dijo al oído.

La mujer se giró. Sus llameantes ojos color amatista se posaron sobre él. La esquina de su boca se curvó en una tentadora sonrisa. Ella tomó la copa de champán y se volvió hacia la pista de baile.

Las luces se apagaron. La disonancia de la multitud se desvaneció. En la oscuridad, una guitarra eléctrica perforó el silencio cuando rayos de luz azul y púrpura golpearon el escenario. Un destello cegador siguió el ritmo de los tambores. El volumen de la melodía bajó y una voz aterciopelada cantó las primeras palabras de *Feeling Good* de Nina Simone.

Ella sonrió. No era una sonrisa social sino genuina, revelaba verdadera diversión. En el momento en que terminó la canción, la gente se volvió loca con vítores.

—¡Bienvenidos al Salón de la Mazmorra! —El vocalista dijo por el micrófono—. Todos, por favor, un momento de silencio. —Sonrió y se volvió hacia sus compañeros del grupo—. Alcemos nuestros tragos y demos gracias al hombre que ha hecho posible esta noche... ¡Antoine Somerset! —Tomó un trago de Tequila y lo levantó en el aire. Un redoble del tambor resonó en el club.

—¡Este es para ti, jefe! —El cantante bebió el shot.

Divertido, Antoine se volvió hacia la Diosa.

—Esta es la parte donde tenemos una breve charla él y yo.

—¿Cómo se siente esta noche, jefe? —preguntó el baterista.

—¡Me siento bien, Joe! —Antoine alzó su copa de champán. Luego se volvió hacia la Diosa y en un gesto de intimidad, agregó—: Lo digo en serio.

Carcajadas y vítores se levantaron de la horda.

—Estamos contentos de escuchar eso, ¿verdad? —El cantante se dirigió a la multitud—. Queremos que todos se sientan bien esta noche, ¿qué tal otra canción?

Gritos y ovaciones en respuesta. Antoine sonrió. Terminó su bebida y regresó a la mesa para llenar su copa.

La diosa bailaba al ritmo de una canción de blues. Convertirse en un admirador más satisfacía bastante a Antoine, pero no a ella, aparentemente. Hizo un gesto con los dedos, llamándole.

—Es peligrosa, esta chica. —Antoine vertió el resto de su bebida en su garganta.

Hipnotizado por su seducción, Antoine bailó con la Diosa. Todo el tiempo se recordó a sí mismo que no debía caer en la tentación porque sus manos tenían voluntad propia.

Cuando la canción terminó, Antoine se sintió aliviado. La experiencia entera fue más frustrante que placentera. Aprovechando la cacofonía, Antoine deslizó sus dedos sobre la nuca de la Diosa.

—Debo saber tu nombre —le dijo al oído.

—Es Marianne —respondió.

—Me temo que has causado una gran conmoción, Marianne. —Antoine señaló a George. El camarero llegó con una bandeja llena de cócteles. Sirvió en la mesa un Orgasmo, Sexo en la Playa y otra botella de *Dom Pérignon*.

Ella parecía confundida.

—Verás, yo no pedí esas bebidas —bromeó Antoine, alzando una ceja. Echó un vistazo a la gente que estaba debajo del balcón. Saludó a los hombres que enviaban las bebidas. Ellos sonrieron y levantaron sus copas sin apartar los ojos de ella. *Aficionados*.

—Esto debe pasarte todo el tiempo. —Abrió su pitillera y encendió un cigarrillo rápidamente—. *Ma pauvre chérie!* ¿Cómo le haces frente a esto?

—Es mi maldición —dijo con una mirada vacía—. Viene con una buena cantidad de espías y enemigos como no imaginarías.

—Ah, la desventaja de la belleza... —bromeó, alzando su copa—. ¡Un brindis! Por la belleza: la madre de todas las maldiciones.

Marianne sonrió.

—¡Salud! —dijo ella, uniéndose a él con su copa en el aire.

Conocer a esta mujer había sido la mejor parte de venir al Salón de la Mazmorra. Su compañía había silenciado la mayoría de las preocupaciones de Antoine, aunque la principal no desaparecería. Y su nombre definitivamente no

era Marianne.

---

1: 17 a. m.

—BIENVENIDO, SR. LOCKHART. —EL VALET LO RECIBIÓ EN LA PUERTA.

Multitudes de jóvenes mortales llenaban la calle, esperando la oportunidad de entrar al Salón de la Mazmorra. Para un bar que no tenía señalización adecuada, gozaba de mucha popularidad... Por qué Antoine se negaba a instalar un letrero escapaba su entendimiento.

—Buenas noches, Mathew —dijo Iván, moviéndose más allá de la horda.

—¡Oye, Lockhart! —dijo una voz entre la multitud.

¿*Qué demonios?* Iván se volvió. El flash de una cámara estalló en su cara, cegándolo. Tan pronto como su visión borrosa distinguió la silueta del hombre, Iván se lanzó tras él.

—¡Ven acá! ¡Maldito seas!

—Paga tus impuestos como todos los demás, ¡hijo de puta! —se burló el paparazzo, buscando protección en la multitud.

—Oh, alguien va a pagar... —murmuró—. ¡Y no seré yo!

Un firme agarre en su brazo lo detuvo.

—No lo hagas —dijo Phillip.

—¡Tú! —dijo Riley, señalando al paparazzo—. ¡Aléjate de aquí o llamaré a la policía!

—¡Demándame, maldito! —El paparazzo se abrió paso entre la multitud. Saltó en una motocicleta y se alejó rápidamente.

—Lo siento mucho, Sr. Lockhart —dijo Riley—. ¿Está usted bien? Por favor, venga conmigo.

Siguieron un túnel de piedra, como gladiadores dirigiéndose a la arena, listos para enfrentar su destino. Este club nocturno necesitaba poco más para ser parte del Foro Romano.

—¿Por qué el repentino pico de atención? —preguntó Phillip. —¿Por qué los paparazzi iban a interesarse en ti?

—¡Es culpa de ese maldito abogado! —masculló Iván.

—¿Edgar? —Phillip parecía sorprendido.

—Por supuesto que Edgar... Pero sé que lo defenderás de cualquier



manera, así que no voy a perder el tiempo en explicaciones.

—El Sr. Somerset les está esperando. —Riley señaló el camino escaleras arriba—. Melanie les llevará a él.

Rubia, de veintitantos años, la mujer llevaba un vestido negro corto ceñido.

—Buenas noches, Sr. Lockhart... —La chica se mordió el labio inferior—. Por favor sígame.

*Hmmm... Un breve trago, algún día.*

—¿Acaso todos te conocen aquí? —bromeó Phillip mientras subían las escaleras.

Iván se inclinó hacia su aprendiz, entrecerrando los ojos.

—¿No deberían?

—Probablemente no. —Phillip se rió abiertamente.

Cientos de jóvenes mortales llenaban la discoteca. Envueltos en conversaciones alegres, bebían y bailaban. Esto no era diferente de los bailes a los que había asistido hacía tres siglos. Juventud y belleza se reunían en una habitación, mezclándose en la música y el vino. Sus voces se fusionaban en la sinfonía más deliciosa para sus sentidos preternaturales.

Iván y Phillip atraían a muchos ojos mortales. Llamaban la atención sin esfuerzo ni remedio, parte de su atractivo antinatural y un recurso valioso en la Cacería.

—He estado pensando —dijo Phillip cuando llegaban a la sala VIP—. No deberías haberlo hecho, no deberías haber jugado así con ella.

—¿De quién estamos hablando? —Su aprendiz podría haber estado hablando antes, pero Iván no se había dado cuenta.

Phillip rodó sus ojos hacia atrás.

—La chica, Iván. Cassandra. Claramente ella lo ama. —Hizo una pausa—. Vi lo que hiciste allá.

—Oh... ¡Vamos, Phillip! Fue una broma inofensiva.

—¿Lo fue? —Se detuvo en medio de la escalera con una rotunda expresión de asombro—. Tu frialdad me sorprende. Nunca pensé que te convertirías en la clase de vampiro que encuentra placer en el dolor de los demás.

—¡Pamplinas! Es un juego completamente inocente, te digo —desestimó—. ¡Después me dirás que soy un demonio peor que Eirik Bjorn!

—Tal vez así fue como comenzó todo para él... Con un inocente juego que lo condenó para siempre, convirtiéndolo en el despiadado Divisor de Cráneos.

—Estás dándole demasiada importancia... Ahora por favor, intentemos divertirnos, ¿de acuerdo? —Iván se adelantó—. Esta será una noche para recordar.

---

1:32 a. m

LA ALEGRÍA PURA QUE BRILLABA EN LOS OJOS DE ANTOINE CADA VEZ QUE SE ENCONTRABA con Iván agitaba la sangre vieja en sus venas. Le hacía valorar aún más la compañía de Antoine. Quizás esta era la razón por la que lo había mantenido vivo todos estos años.

—Pensé que no vendrías. —El ceño fruncido de Antoine le quitaba años de la cara. Aún así, era muy joven... ¿Alguna vez Iván había sido tan joven? Quizás, pero nunca ingenuo.

—¿Qué te tomó tanto tiempo? —agregó con un anhelo innegable. *Encantador.*

—Un breve desvío, eso es todo. —Iván miró hacia otro lado. La mesa entre ellos le pareció más intrigante—. ¿Qué es esto? ¿Cócteles y Dom Pérignon? ¿Cuántas bebidas necesita un hombre mortal?

Antoine sonrió.

—No son más. —Con una mirada discreta, señaló a una mujer que estaba de pie junto a la barandilla del balcón—. Ella rompió muchos corazones esta noche.

Iván deseaba con todo su corazón podrido que la mujer de la que hablaba Antoine fuera Cassandra. Pero la desilusión lo golpeó de lleno. La mujer no era otra que...

—Marianne Taylor... —musitó—. ¿La conoces?

—Algo así. —Antoine inclinó la cabeza.

Un agarre invisible aplastó el estómago de Iván.

—Supongo que ella es una de los tuyos —agregó Antoine. Las palabras enfriaron la sangre en las venas de Iván. Pero luego recordó que Antoine sabía todo sobre su maldito Regalo Vampírico... *No hay necesidad de preocuparse.*

*Salir del ataúd* había sido una experiencia sin precedentes en su vida inmortal. Fue algo verdaderamente liberador.

—Sí, ella es una de nosotros. Pero no de mi parte. —Iván tomó la copa de

champán. Miró al par de vampiros a través del burbujeante líquido. — Marianne fue cosa de Phillip. No tuve nada que ver en absoluto.

—Ven conmigo. —Un tirón rápido de su chaqueta lo llamó a un salón más pequeño en la parte posterior de la habitación.

Antoine cerró las puertas corredizas. Un delicioso silencio los envolvió. La privacidad y la exclusividad eran clave en el libro de Iván, podía ver que Antoine pensaba lo mismo.

—¿No es mejor aquí? —Antoine preparó un par de bebidas en la mesita frente a ellos.

—Mucho mejor... —Iván dejó la copa sobre la mesa. Sus dedos se deslizaron en el brazo de piel del sofá negro—. Me alegro de verte aquí. — Sonrió brevemente—. No la veo a ella, sin embargo. ¿Dónde está Cassandra? Esperaba que viniera... —y *terminar nuestra conversación*.

—Ah, sobre eso... —Antoine se pasó la mano por los labios. *Mala señal*. Encendió un cigarrillo. Los remolinos hipnóticos del humo flotaron en el aire y desaparecieron segundos después—. Ella no vendrá.

—Lamento escuchar eso. —Iván sintió cada palabra.

—¿Qué importa! Ella no está aquí... —Antoine dio otro golpe a su cigarrillo, luego lo aplastó en el cenicero. Se reclinó en el sofá y barrió a Iván de pies a cabeza con una mirada escrutadora—. Pero tu sí.

La actitud de Antoine apenas inquietaba a Iván. Trescientos años en la Oscuridad lo habían acostumbrado a llamar la atención, ya fuera impulsada por la curiosidad o el deseo.

¿Era algo en su atuendo? No llevaba nada inusual: camisa blanca de alta costura, un rosario de ónix alrededor del cuello, traje a medida, una pulsera de cuero negro y su anillo de sello, siempre presente en su mano izquierda. No había absolutamente ninguna razón para la mirada lasciva de Antoine, pero ¿a quién estaba engañando? Por supuesto que la había. Iván era refinado, sofisticado y estaba vestido para matar. Literalmente.

—No me hubiera perdido esto por nada del mundo —dijo Iván, rompiendo el silencio ensordecedor.

—Siempre puedo contar contigo —musitó Antoine. —El caso es que no diría...

La atención de Iván se alejó de Antoine hacia el fondo de la sala. Más allá de las puertas corredizas de cristal, un par de inmortales estaban a segundos de reunirse. No importaba cuánto desaprobara Iván el apego de Phillip a Marianne, no podía negar el vínculo inexplicable entre ellos. Era más que el

lazo de sangre entre creador y aprendiz. Era una chispa tangible... Lo que la gente en estos días llamaba *química*. Un término tan trillado.

*¿Acaso estoy a punto de perderte, Phillip?*

Iván ya había perdido un aprendiz siglos atrás el día en que su amor más querido, Alisa, se había escapado. Le había tomado cerca de trescientos años para que su torturado corazón negro sanase de ese terrible golpe. Y hasta el día de hoy no estaba seguro de que fuera cierto, porque el mero hecho de oír su nombre había despertado esos viejos sentimientos en las profundidades donde yacían enterrados.

*No podría soportar otra pérdida.*

El solo pensamiento lo hacía sentirse mal.

—Vamos, quita la tristeza de tu rostro. —Antoine le presionó el hombro—. Estamos celebrando, ¿recuerdas? —Sonrió—. ¿A qué deberíamos brindar, al dinero o a la vanidad pura de mi éxito como empresario?

Antoine tomó de la mesa una copa de champán y se la ofreció a Iván. Como si a él le importara beber algo que no fuera sangre humana...

—Sabes que no. —Alejó el vaso con el dorso de la mano. ¿Cuántos tragos había tomado Antoine? ¿Estaba borracho?

Sin noticias de Cassandra, nada sobre el paradero de Alisa y la presencia irritante de la descendencia de Phillip—Marianne, la vampiro malcriada—el panorama de Iván para esta velada lucía bastante sombrío.

Sí, estaba molesto. ¿Y qué?

Las puertas corredizas se abrieron. De la oscuridad surgió uno de los camareros. ¿Qué quería?

—El champán que pidió, señor. —El hombre llevaba la botella fría en su mano. Se paró junto a Antoine y llenó su copa.

Antoine cayó en picado en el sofá.

—*¡Ah! Je te remercie beaucoup, George!*

¿Francés? Antoine en verdad estaba borracho. Recurría pesadamente a su lengua materna cuando estaba ebrio. Justo cuando el camarero estaba por salir de la habitación, Antoine dio un tirón a su chaqueta.

—*Attend, où est le vin rouge?* —¿Dónde está el vino tinto? preguntó. Dirigiéndose a Iván, agregó—: Eso es lo que prefieres, *n'est-ce pas?* Un tipo especial de vino... —Una sonrisa diabólica se dibujó en su rostro juvenil.

*Deliciosamente tentador.*

—*Bien sûr. Tu le sais très bien.* —Por supuesto, lo sabes muy bien, respondió Iván—. Eso será todo, George. Puedes irte.

Antoine chasqueó la lengua y negó con la cabeza. Luego levantó la copa y vertió el champán en su garganta.

—Más despacio, Antoine... Es difícil acostumbrarse a una vida de ocio— musitó Iván—. Tu éxito no me sorprende. Tienes una habilidad natural para la administración de empresas, y cuentas con un gran mentor. —El mejor de todos, el propio Iván.

El asesoramiento financiero de Iván había sido clave para el éxito de Antoine. A sus veinticuatro años, Antoine se había convertido en millonario gracias a él. A partir de ahora, el dinero simplemente ingresaría en sus cuentas bancarias.

—Todo lo que soy te lo debo a ti... —Antoine frunció los labios—. Pero todavía tienes que concederme lo que más necesito.

—¿Y qué sería eso? —Iván se inclinó más cerca.

—Lo sabes muy bien —susurró. Un trago más—. Necesito lo que solo tú puedes dar. Lo necesito desesperadamente.

—¿Necesitas? No necesitas nada, ya lo tienes todo. —*Me he asegurado de eso*, quería agregar.

—Bueno, sí. Pero... Maldición, ¡quiero lo que tú tienes! —Antoine golpeó su bebida sobre la mesa.

—¡Ah! ¡Eso sí te lo creo! —Iván se rió—. ¿Pero por qué querrías convertirte en un bebedor de sangre? Antoine, eres joven, exitoso y muy popular entre las mujeres. ¿No estás satisfecho? ¿Tu ambición no conoce fronteras?

—¿Mi amb... ambición? —arrastró las palabras. En dos ocasiones, parpadeó y entrecerró los ojos, reajustando su enfoque defectuoso. Echó un vistazo a la botella de champán, la causa de su embriaguez.

—Si estás tan decidido a convertirte en vampiro, te diré esto: vendrá con un precio. Pero bueno, tú eres un hombre de negocios, ya sabes cómo funciona esto.

—Pagaría lo que fuera.

—¿Quién dijo algo sobre el dinero? —El mismo diablo nunca había sonreído con tanto deleite.

Antoine frunció el ceño, perplejo ante su inesperada respuesta. Perdido como estaba, sus mejillas sonrojadas y sus ojos vidriosos resaltaban el lado más oscuro de su rara belleza.

—Si el dinero no tiene nada que ver con esto, ¿entonces qué quieres de mí? —dijo.

—Una. Sola. Cosa.

---

2:43 a. m.

PHILLIP SE DETUVO UNOS METROS DETRÁS DE ELLA, OCULTO EN LAS SOMBRAS. Ajena a su presencia, Marianne bailaba, disfrutando de la música como ninguna otra criatura podría. Durante años, había entrado y salido de su vida por capricho. Cualquier resto del dolor de sus partidas se desvanecía rápidamente ante el abrumador deleite de sus inesperadas apariciones.

Aunque todavía era una Niña en la Oscuridad, Marianne había reclamado su independencia de él hace mucho tiempo. Ella tenía muchas guaridas, una de ellas en Pacific Heights.

Hubo un tiempo en que los tres habían compartido un techo en Villa Belle Vedere, décadas atrás. Pero eso había durado muy poco, porque lo que Phillip una vez había considerado un sueño era lo que Marianne llamaba una *deliciosa pesadilla*. Phillip respondía por la parte deliciosa de ese período... Un pensamiento reconfortante, en definitiva. En cuanto a la pesadilla... La inflexible desaprobación de Iván hacia ella le había valido ese título. Al final, las constantes disputas de su creador con Marianne la habían alejado.

*Mi corazón se aferra a la vida por estos momentos. Vive por ti y solo para ti.*

Se movió más cerca, lo suficientemente cerca para deslizar sus dedos en sus delicadas manos. Marianne inclinó la cabeza. Phillip enterró su rostro en su hombro, inhalando una dulce fragancia de rosas, jazmín y vainilla.

Presionó su cuerpo contra ella y bailaron lentamente, al ritmo de la música. Las manos de Phillip aterrizaron en su cintura.

—Justo cuando creí que no podría suceder... —le susurró al oído.

Marianne se volvió, sus ojos de amatista brillaban con deseo febril.

—¿Qué cosa?

Phillip sonrió.

—Enamorarme de ti de nuevo —dijo.

Las manos de Marianne se deslizaron sobre el pecho de Phillip hasta unirse en su nuca. Sin prisa, se acercó a él y sus labios se encontraron en el inicio de un beso apasionado.

En cuestión de segundos, la música se convirtió en silencio. La habitación y la multitud se desvanecieron en la nada, dejándolos solos en la oscuridad. Sangre, cuerpo y alma: Phillip lo quería todo.

—Salgamos de aquí —susurró.

---

3:00 a. m.

ANTOINE SALTÓ DEL SOFÁ.

—Quieres que haga... ¿qué?

Iván no pudo evitar sonreír. Debería haber esperado esta reacción en Antoine, y tal vez de alguna manera, lo había hecho. Quizás la razón detrás de su impactante propuesta era mover el mundo de Antoine, sacudir las cosas y ver qué sucedía.

—No puedo decir si estás indignado u horrorizado —reflexionó Iván—. ¿Tal vez un poco de ambas cosas? —Si las miradas fueran dagas, la de Antoine lo habría perforado.

—*Incroyable!* —Increíble, masculló Antoine. Sus mejillas sonrosadas, la agitación de su pecho... Si eran por embriaguez o por rabia, para Iván seguía siendo un misterio.

—Sinceramente, Antoine, ¿qué esperabas? —Iván tomó la copa de champán y la agitó—. Pero aquí va una mejor pregunta para ti: ¿cuál crees que será tu estilo de vida una vez que te hayas unido a nuestra Hermandad maldita? ¿Crees que será todo diversión y juegos? —Aburrido con su pequeña distracción, dejó la bebida sobre la mesa.

—No me subestimes —respondió—. No soy un niño.

Oh, pero lo era. La intoxicación de Antoine de repente perdió toda diversión para Iván. Su paciencia se volvía peligrosamente frágil.

—Te diré una cosa...

—¿Es esto una broma, Iván? —Antoine frunció el ceño—. ¿Es esta tu forma de rechazarme? ¿Me negarías lo que quiero?

—Espera un momento...

—*J'en ai marre d'attendre!* —Antoine arrojó la copa de champán contra la pared, rompiéndola en pedazos.

—Harto de esperar, ¿no? —dijo Iván. Ahora sí había agotado su

paciencia.

En cuestión de segundos, Iván desapareció del centro de la habitación. Reapareció a centímetros de Antoine, cuyo rostro se puso pálido como un pergamino. Los centelleantes ojos preternaturales de Iván y la insinuación de sus afilados colmillos lo asustaron a morir... *Bien.*

—*Bon sang!* —siseó Iván, arrugando la camisa de Antoine en su puño—. ¡Te he echado a perder tanto que estás ciego a las consecuencias de lo que pides!

El chico bajó la mirada.

—¡Lo que te pido a cambio no es nada comparado con la vida que deseas! —Iván hizo una pausa—. ¿Acaso no ves el alto costo que conlleva este regalo? —dijo con una voz más serena mientras liberaba a Antoine de su tenebroso agarre—. Oh, pero ¿qué estoy diciendo? Por supuesto que no lo ves...

Antoine permaneció en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho, mordiéndose la esquina del labio inferior.

Iván regresó al sofá.

—¿Cómo puedo hacerte comprender la verdadera extensión de lo que deseas? —Su voz era tan baja, Antoine no escucharía una palabra.

*Él* nunca lo había querido. Convertirse en un bebedor de sangre no había estado en los planes de Iván hace trescientos años mientras viajaba por Europa, inmerso en los muchos placeres del Grand Tour.

Gracias a Iván, Antoine conocía el lado oscuro del espectro. Tenía todas las ventajas para tomar la mejor decisión... Pero aún así, elegía la oscuridad sobre la luz. ¿Qué había de atractivo en vivir una vida inmortal, dotado de poderes antinaturales y juventud eterna?

*Ah... bueno.*

Menos mal que la decisión no había sido suya... Una razón más para estar agradecido con su creador. Iván lo echaba de menos. ¿Qué tendría que decir el vampiro milenario Dristan sobre el uso que Iván había hecho de su regalo inmortal? La pregunta quedaría para siempre sin respuesta.

Ante su mente apareció la imagen del cuerpo translúcido de Dristan, su garganta desgajada, la brecha en su cuello que dibujaba una extraña sonrisa de lado a lado... Ni una chispa de vida en sus vacíos ojos color avellana.

No había regreso desde donde el espíritu de su creador ahora vagaba. Y nadie lo sabía mejor que Alisa.

*Debo encontrarla.*



—Solo quiero seguir tus pasos, ser como tú. ¿Es eso tan malo? —La voz de Antoine se filtró una vez más en sus oídos. ¿Era tan malo ser como él?

—No puedo evitar preguntármelo —musitó Iván—. ¿Es tu verdadero deseo convertirte en un asesino en serie inmortal, o es esta otra conquista, un trofeo más para el estante de tus logros?

—No puedes dudar de mí ahora. —Antoine presionó su mano—. No después de todos estos años.

—Ten en cuenta Antoine que... bajo este regalo maravilloso se esconde una paradoja ineludible. El camino a la inmortalidad está pavimentado con nada más que la muerte.

—Comprendo —susurró, sentándose a su lado—. Lo que no entiendo es por qué me pedirías tanto a cambio. ¿Por qué me pones a prueba así?

—¿A prueba? —Iván frunció el ceño—. Esto no es una prueba, mi amigo. Es una oferta. Una que no pienso hacer de nuevo.

—Bueno, ahora solo me estás tomando el pelo —Antoine se recostó en el sofá y cerrando los ojos, suspiró.

*Oh, Antoine. Tú eres el que se burla de mí, mostrando tu precioso cuello de esa manera.*

Iván sonrió, a pesar de su actual estado de ánimo.

—Considera mi oferta —dijo—. Y tómate tu tiempo para responder. Puedo esperar... El tiempo es todo lo que tengo.

Antoine inclinó la cabeza sobre sus rodillas.

—Agh... No me siento nada bien —gimió.

—Por supuesto que no —Iván le dio unas palmaditas en la espalda—. Estás borracho. Vámonos. Te llevaré a casa.

—Tendrás que llevar mi auto —dijo Antoine, señalando el balcón—. Esos dos hace tiempo que se fueron... Supongo que Phillip se habrá llevado tu automóvil.

—No se atrevería. —Iván tomó las llaves de Antoine—. Phillip sabe muy bien que él es la última criatura a quien le prestaría mi auto.

---

3:55 a. m.

—SE PONDRÁ FURIOSO COMO UN DEMONIO... —PHILLIP CAMBIÓ DE MARCHA Y

presionó el acelerador. El rugido del motor despertó su entusiasmo por la velocidad. ¿Qué pasaría si llevara al Ferrari de Iván al límite? Marianne no querría eso. Odiaba correr. Además, el automóvil de Iván era prácticamente nuevo. Nunca correría un motor nuevo así, tan de repente.

—¿Y qué? Estará enojado por un tiempo... No es gran cosa. —Marianne levantó sus brazos y sonrió mientras la fresca brisa jugaba con su cabello—. ¿Por qué nadie puede manejar su precioso auto?

—¿Nadie? No —dijo—. Solo yo. Son mis manos en el volante lo que le aterrera.

Marianne se giró y bajó sus gafas de sol violetas lo suficiente para mirarlo por encima de ellas.

—Es porque corres, ¿no?

Phillip frunció los labios.

—Es porque corro... —Asintió. Con los años, Phillip había construido una reputación especial respecto a correr autos deportivos. Había estado involucrado en accidentes aparatosos más de una vez.

Las puertas de Villa Belle Vedere se alzaban adelante.

—Espera. Pensé que íbamos a tu casa... Marianne enderezó la espalda en el asiento. Parecía lista para saltar del auto en cuanto cruzara el portón.

—Me quedaré aquí un par de semanas... ¿Te importa? —dijo él, alzando las cejas.

—No lo sé. Ha pasado tanto tiempo... —musitó ella—. ¿No te diste cuenta de lo hábilmente que Iván me evitó allá en el Salón?

—Lo sé, pero... —Phillip se mordió el labio inferior—. Tampoco es como si tú hubieras ido a saludarle.

—¿Estás de su lado ahora? —Ella frunció el ceño y se alejó ligeramente.

Phillip apagó el motor. *¿Estamos de regreso al punto de partida, mi amor?* Tenía miedo de preguntar.

Estas paredes contenían docenas de recuerdos, ecos del éxtasis más puro que hubiera experimentado en la compañía de Marianne. Pero esta casa también le recordaba momentos de desesperación, innumerables peleas desgarradoras entre ellos cuando la noche en que ella se iría se acercaba. Su única certeza estaba en que después de muchos años, Marianne había vuelto... ¿Pero por cuánto tiempo?

—Escucha —susurró, deslizando su mano sobre la de ella—. He deseado esto por mucho tiempo. No me perdonaría si volvieras a salir de mi vida. Marianne...

—Detente. —Marianne tomó un lado de su rostro y se acercó con la promesa de un beso inminente—. Yo también quiero esto, Phillip. Necesito estar contigo... No me importa dónde ocurra. Te he extrañado demasiado. — Sus labios se presionaron contra los de él en la suavidad de un beso—. Tomemos esto lentamente y... veremos cómo va.

Había más en Marianne de lo que parecía a simple vista. Su cuerpo de dieciocho años a veces lo engañaba. Pero ella ya no era una niña, habían pasado más de diez años desde su *despertar*.

—Sí —reflexionó Phillip—. Tomemos las cosas lentamente. *Lentamente* suena bien.

ENCERRADOS EN UN APASIONADO BESO, PHILLIP LA ALZÓ DEL PISO. CON LA cintura aprisionada entre los muslos de Marianne, dio una patada hacia atrás para cerrar la puerta.

Pensamientos inesperados corrieron en su mente, las muchas maneras en que había soñado este momento exacto. Un hambre tan cruda se agitaba dentro de él, una necesidad implacable de invadirla y devorarla con besos sensuales.

El roce de sus uñas le recorrió la espalda hasta arrancarle la camisa. Sus labios abrasadores se presionaron contra su cuello y caminaron hacia abajo. Phillip gimió, rindiéndose ante el tormento de este juego.

—¿Me vas a hacer suplicar? —susurró con una voz gutural.

—Sí —dijo ella con una sonrisa—. Ahora, ruégame.

—Lo siento, cariño... —En un rápido movimiento, Phillip la sujetó a la cama, agarrando fuertemente sus muñecas—. No soy de los que ruegan. — Bajando su cuerpo contra el de ella, se acercó lo suficiente para robar un beso de sus labios. Y justo cuando su boca estaba a centímetros de hacerlo, se detuvo.

Phillip la liberó de su agarre, y deslizando las manos por sus costados, insinuó una sonrisa.

—¿Qué sucede? —Marianne se sentó en la cama—. No te detengas.

Él le dio una mirada de complicidad.

—Pensé que querías tomar las cosas... *lentamente*.

Ella frunció los labios.

—Rápido, lento... Tómate todo el tiempo que necesites, pero nunca te detengas—. Marianne soltó una risita, y tomándolo por los hombros, lo jaló hacia la cama.

Marianne personificaba todos sus anhelos ocultos, tanto varoniles como vampíricos. Ningún pensamiento lo excitaba más que tomarla como lo haría cualquier mortal y hundir sus colmillos profundamente en su cuello donde esperaba esa preciosa bebida de éxtasis sin igual.

El Sexo y la Sangre. Ambos implicaban un placer insondable, sería inútil compararlos. La idea de fusionar los dos abrumaba su mente inmortal más allá del punto de delirio.

Marianne tomó su hombro y tiró de su vestido, lista para quitárselo.

—No. —Phillip atrapó su muñeca—. Quédate como estás. Este encuentro superaba sus fantasías más salvajes, y estaba determinado a cumplirlas todas.

Las palabras que anhelaba decir quedarían para siempre sin ser habladas. *Nunca más te voyas*. Era un sueño imposible. Marianne era un espíritu libre. Ninguna fuerza en la tierra podría atarla.

Empujando esos pensamientos hacia el fondo de su mente, Phillip presionó el pulgar contra su cuello, rasgando la piel con su uña. La sangre carmesí brotó de la herida, un ligero rasguño en la arteria carótida, no lo suficiente como para que el flujo saliera disparado. Selló la herida con su boca y solo entonces hundió sus afilados colmillos en su piel.

Golpe tras golpe de éxtasis llenó su boca en esta bebida vampírica. Su cuerpo mortal se perdió dentro de ella y tembló de deseo, abrumado por el éxtasis de su sangre que corría por todos sus miembros.

Embriagado en la dicha de este abrazo, gimió. Y cuando su cuerpo se relajó, Phillip se estremeció, satisfecho, eufórico. Una súbita sensación de paz lo envolvió. Por vez primera en mucho tiempo, se sentía en casa.

## PHILLIP

**O**scuridad y silencio. En medio del silencio, surgió una melodía. Un canto reconfortante lo envolvió en el más alto estado de serenidad.

La oscuridad se agrietó en las sombras de una habitación tenuemente iluminada. Ventanas altas con paneles ofrecían una vista del Gran Canal. Sus aguas oscuras eran invisibles de no ser por unas pocas embarcaciones que transitaban guiándose con lámparas de aceite.

El aire salado impregnaba su entorno. Fragmentos de cristal crujieron bajo sus pies cuando se acercó a la ventana. Se detuvo ante el vidrio roto, teñido de sangre.

La luz parpadeante lo condujo al hogar. Allí, detrás de un sillón de terciopelo verde, estaba ella. Sus dedos largos y delicados peinaban los mechones de su cabello negro.

*La he visto antes.*

—Alisa —dijo Phillip.

La melodía se detuvo. La mujer se levantó de la silla. Solo entonces notó su lujoso vestido azul pálido empapado en sangre.

La mirada penetrante de sus ojos azules cayó sobre él en cuanto ella se volvió. Nariz delicada y labios de capullo de rosa... Una bella muñeca de porcelana. Pero, por supuesto, ella no era una muñeca. Era un vampiro poderoso, con más de trescientos años.

—*Phillip* —dijo sin separar los labios.

Lentamente, levantó su mano que había tomado a la otra sobre su falda momentos antes. Cuando la giró, su mano se abrió para revelar un collar de perlas con un broche de zafiro. Una placa titilaba detrás de la piedra preciosa.

Lágrimas rojas brotaron de sus ojos inyectados de sangre. Desde el hogar,

una llamarada azotó en la habitación, cegándolo por un segundo.

Alisa gritó.

Otro resplandor salió de la chimenea, lo suficientemente cerca como para sentir la ola de calor extendiéndose sobre su cuerpo.

—*¡Me quema!* —dijo ella.

Sombreándose los ojos con el antebrazo, Phillip dio un paso atrás. Pero la mano fría de Alisa le arrebató la muñeca y lo acercó más.

—*¡Por favor!* —dijo con la misma voz silenciosa. Con pupilas grandes como estanques insondables, los ojos de Alisa lo llevaron a un trance irrompible.

Docenas de imágenes brillaron ante él, un borrón de instantáneas continuas congeladas en el tiempo:

*«Viktor se ahogó en el lago helado. Su cuerpo envuelto yacía sobre la mesa de roble de la sala. Madre y Padre sufrieron su pérdida inmensamente. Recargada en la esquina de la habitación, tomé mis brazos, luchando por mantener el dolor dentro mientras este consumía mis esperanzas en un festín lento y doloroso...»*

*«Yo amaba a Iván. Desde el principio supe que el nuestro era un oscuro amor prohibido... Acepté su voluntad en nombre de lo que es pura y honesta devoción. Mi hilo mortal se rompió por su propia mano, Iván me hizo lo que soy. Y por capricho, me traicionó con la bruja Juliette. Él rompió mi corazón... Y aún así lo amaba...»*

—*¡Me quema!* —gritó, liberándolo de su agarre—. *¡Encuéntrame!*

—¡ALISA! —TEMBLOROSO Y JADEANTE, PHILLIP RODÓ SOBRE SU ESPALDA Y abrió los ojos. Su corazón se aceleraba sin control. Presionó sus manos sobre su pecho. Una fina capa de sudor cubría su cuerpo.

Dondequiera que estuviera, Alisa sufría a expensas de Iván. Y lo más importante, ella estaba en peligro. Phillip tenía que encontrarla... Pero ¿cómo?

Esto no era más que tortura.

El calor del hogar aún se extendía por su cuerpo. El dolor de Alisa se aferraba a su carne, pero su revelación había dejado una huella más profunda en su corazón.

Desde las sombras de la habitación, una mano emergió y aterrizó en su hombro. Phillip la agarró por la muñeca y tiró con fuerza.

—¿Qué demonios...? —Ojos color amatista brillaban en la oscuridad.

—Marianne —Phillip la liberó—. Pensé que te habías... —*ido*—. Estás aquí.

—¿Estás bien, Phillip?

—Lo lamento. Yo... —Se apresuró a recoger sus jeans del piso y se los puso—. Volveré enseguida.

Marianne frunció el ceño y tiró de las sábanas.

—¿Qué estás diciendo, Phillip? Aún es de día...

—Sí... Lo sé, cariño. —Él se inclinó más cerca y la besó en la frente—. Vuelve a dormir.

*Al menos uno de nosotros tendrá sueños agradables.*

—¿DÓNDE ESTÁS? —MASCULLÓ MIENTRAS BAJABA LAS ESCALERAS. Y TODO EL tiempo, la voz de Alisa hacía eco en su mente: *¡Me quema! ¡Encuéntrame, Phillip!*

Una luz ámbar parpadeante brotaba del resquicio de la puerta de la biblioteca. Phillip empujó la puerta y entró a la habitación furioso. Y efectivamente, Iván estaba allí, sentado frente al escritorio, con el teléfono en sus manos.

—Haz esto por mí, Edgar. La discreción es imperativa... No más errores.

—Iván presionó un botón y terminó la llamada.

—Me mentiste —rugió Phillip—. Maldición, Iván... ¡Me has mentido todo este tiempo!

Una simulación de conmoción apareció en el rostro de su creador. Phillip debía reconocerlo, su creador hacía un buen trabajo en el engaño.

—¿De qué diablos estás hablando? —Iván frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir con que yo mentí? Te recuerdo, soy yo quien debería estar enojado. ¡Robaste mi auto!

—¡Basta de juegos! —Phillip golpeó el escritorio con su mano. Hojas de papel volaron en el aire, pero Iván ni siquiera se inmutó. En cambio, su creador se relajaba en la silla con suma frialdad.

Alzando las cejas, Iván le dio una mirada de reprobación.

—¿Contento ahora? —dijo, molesto—. Estoy dispuesto a tolerar esta súbita furia tuya. Pero ten cuidado Phillip, mi paciencia tiene sus límites, incluso para ti.

—¡La vi, Iván! —murmuró Phillip. Tener que explicarlo siquiera en verdad era enfadoso—. Alisa me habló.

—Ah, ¿en serio? —Iván dejó el teléfono a un lado—. ¿Y qué quiere ahora? ¿Sabes donde está?

—Sé que ella sufre.

Los ojos de Iván se agrandaron, su rostro se puso pálido como una sábana. Por un segundo, su creador dejó de respirar.

—Explícamelo todo. —Iván luchaba por contener su gélida disposición, pero Phillip podía ver a través de él. Estaba asustado. Con una respiración profunda, su creador recuperó su desapego habitual que era tan irritante.

—Me contó sus desgracias —dijo Phillip.

—¿Sus desgracias? —Iván se estremeció con incredulidad, cruzando sus brazos sobre su pecho.

—Sí... Cómo la engañaste para convertirla en un bebedor de sangre...

—¿Cómo... la engañé? —Iván se levantó de la silla. Sus manos temblorosas aterrizaron en el escritorio.

—Ella te amaba y tú la traicionaste... ¡Por Dios, Iván! Tu romance con esa bruja le rompió el corazón. ¡Ha pasado tanto tiempo y ella todavía sufre por eso!

—Es suficiente...

—¿Cómo pudiste hacerle eso después de todo lo que ella ha soportado?

—Oh... Así que ella ha sufrido mucho, ¿no? —Iván se burló.

—La trágica pérdida de su hermano, Viktor...

—¡No te atrevas a pronunciar ese nombre en mi casa! —El dedo tembloroso de Iván lo señaló directamente. La actitud desprendida de Iván se fue por la ventana: su respiración se aceleró, su rostro se encendió. Phillip nunca había visto a su creador tan enojado.

—No sabes absolutamente nada, Phillip... —dijo en un tono más tranquilo, aunque obviamente alterado—. Vuelve a la cama. Verás las cosas más claramente en la noche.

—¿Qué hay de Alisa? —insistió Phillip.

—¿Qué hay de ella? —dijo Iván—. ¡Hasta que descubras su paradero, solo puedo confiar en que Cassandra encontrará ese miserable collar y así poder terminar con todo esto!

—¿Por qué debes guardar tantos secretos? —Phillip caminó por la habitación, pasándose los dedos por el cabello. Se detuvo junto a la chimenea y suspiró—. ¡Gah! Desearía que confiaras en mí lo suficiente... Yo nunca te juzgaría.

Phillip se volvió hacia su creador una vez más.



Él ya se había ido.

—Pero lo hice, ¿no? —reflexionó, derrotado.

## CASSANDRA

Cassandra estaba sentada sobre una alfombra blanca de piel frente al hogar. Era un relajado domingo por la noche. Escuchaba *In the End* de Charlotte Gainsbourg. Mientras lo hacía, esbozaba el único rostro grabado en su mente en los últimos dos años.

Fiel a los detalles, trazó los ojos marrones oscuros de Antoine. Cada lenta veta de carbón era un recuerdopreciado. Pero no importaba cuántas veces intentara plasmar su imagen en el papel, el resultado siempre era insatisfactorio. Algo hacía falta. Dibujaba lo suficientemente bien, pero no lograba reflejar la ingenuidad maliciosa de Antoine.

—No te entiendo, Antoine... —murmuró. Cassie dio vuelta al lápiz y borró parte de las cejas—. No en papel, y definitivamente no en la vida real, que es peor... ¡Gah! —Dejó caer el cuaderno y el lápiz, renunciando al boceto por quinta vez.

—Deberías haber estado allí.

Esa voz... Venía del salón, pero no estaba a la vista.

—¿Debería haber estado dónde? —dijo ella, escaneando la habitación. No había rastro de él. *¿Dónde demonios estás?* Lentamente, se puso de rodillas.

—En el Salón de la Mazmorra... —ronroneó. Su naturaleza vampírica lo traicionaba con una actitud tentadora.

—¿Y por qué haría eso: ser testigo del poderoso hechizo vampírico que tienes sobre Antoine? No, gracias. Me alegro de haberme quedado.

Por fin, Iván Lockhart salió del salón. De pie en medio del pasillo, hizo una mueca.

—Bueno, cuando lo dices de ese modo le quitas toda la diversión... De hecho, es decepcionante.

Cassie sonrió.

—Conozco a los de tu clase, Iván. Todo es un juego para ti —dijo con los brazos cruzados sobre el pecho, apoyada contra la pared de ladrillo—. Buscas entretenimiento en todas las formas posibles. Lo necesitas desesperadamente, de lo contrario, te aburrirías a morir.

El vampiro rió. Su voz aterciopelada resonó en el pasillo. Se movió a la sala de estar, y allí se detuvo, orgulloso y atractivo como siempre.

—*Aburrido a morir* —bromeó—. Tus términos son tiernamente simples. —Iván se apoyó contra la pared. No pudo reprimir una cínica sonrisa. En cuestión de segundos recuperó su gravedad—. Sin embargo, suenan a verdad.

—Sabes que este juego tuyo tendrá que terminar en algún momento —dijo ella.

Cuando Lockhart se arrodilló junto a ella, Cassie notó un color rosado bajo la palidez de su piel. Debía haberse alimentado recientemente, lo que en casi todos los aspectos—salvo para la pobre víctima—significaba buenas noticias.

*Al menos no tiene hambre.*

—Escucha, realmente me gusta Antoine —susurró. Su voz y comportamiento general transmitían un profundo nivel de intimidad. Sus mejillas se calentaron. —Debo ser honesto contigo, Cassandra. No me veo descartando su compañía pronto...

*¿Qué?*

Esto no era un truco o uno de sus juegos. La autenticidad brillaba en cada palabra suya. Esta revelación era inesperada y le inquietaba bastante.

—Aprecio tu honestidad, Iván. Verdaderamente, lo hago —asombrada mientras hablaba. Las palabras venían de su corazón, y el corazón nunca falla.

—No sé cuánto lo *apreciarás* después de escuchar el resto —musitó él, mirando a la deriva.

—¿Hay más? —Ella levantó una ceja—. ¿Qué más debo saber?

Lockhart se sentó en el suelo y respiró hondo. *Esto no puede ser bueno.*

—Bueno, lo diré simplemente. —Hizo una pausa—. Él me lo pidió... Antoine quiere su parte en la inmortalidad, y yo...

—¿Qué...? Espera. ¿Él lo sabe? —Sus ojos se abrieron de golpe—. ¡No! ¡Lockhart, no puedes! —Cassie apretó los puños. ¡Si tan solo pudiera obligarlo a cumplir sus órdenes! ¿Por qué querría Antoine convertirse en vampiro?

—¿Lo has engañado con uno de tus trucos vampíricos para que lo desee?

¡Dime la verdad! —Ella se puso de pie, pero Iván no se movió ni un centímetro.

—No.

—¿Cuánto tiempo ha sabido que...?

—¿Que soy una criatura malvada que se alimenta de sangre humana? —Él sonrió—. Le revelé mi verdadera naturaleza poco a poco en los últimos años, pero me temo que siempre lo ha sabido. De algún modo, lo supo antes de que le confesara mi pecado. Y me lo ha pedido desde entonces.

Su mano cubrió sus labios. Por mucho que quisiera estar enojada con Lockhart, no podía convocar suficiente ira contra él. Este vampiro había actuado con más conciencia moral de la que su amado Antoine alguna vez tuvo.

—No puede ser. No hay forma de que él... —*¿Por qué no me lo diría?* Todos estos años él lo había querido, y ella no tenía ni idea.

—Lo he rechazado más de una vez, Cassandra. —Se levantó del piso—. Comprenderás que no podré seguir haciendo esto para siempre... Sé que lo quieres.

—Entiendo. —No parecía real, pero lo era y ella tenía que enfrentarlo—. Si Antoine está tan seguro de querer *cambiar de equipo*, nada lo disuadirá, es tan terco. Y encontrará la manera, con o sin ti... Es solo que jamás imaginé... ¿Por qué estás aquí, Iván?

—Bueno, quería dejar todo en claro. Me pareció que tenías derecho a saber, sin importar cuál sea el final. Y... también quiero saber dónde estamos parados en el asunto del collar. Ciertamente podría entender si te negaras a ayudarme ahora que te he revelado mi interés particular en Antoine.

—No te voy a mentir. Estoy sorprendida, Iván. Pero estoy aún más asombrada porque no tengo nada en contra de ti, a pesar de tus perversas intenciones hacia mi novio. —Ella lo dejó en claro—. Toda mi ira, todo mi dolor se vuelve hacia él. Él me engañó.

El silencio más incómodo se formó entre ellos. Uno casi podría tocar la creciente tensión en la habitación.

—¿Té? —sugirió él.

—Sí por favor. —Suspiró.

Cassie lo siguió a la cocina.

Ella lo había juzgado mal. Lockhart no era un bebedor de sangre ordinario. Estaba lleno de sorpresas. La honestidad y la empatía no eran más que la punta del iceberg... Quizás no todos los vampiros eran iguales.

## PHILLIP

La tristeza llenaba el corazón de Phillip. Había dañado a su creador y la reacción de Iván ante el nombre de *Viktor* lo demostraba. La historia que Alisa le había transmitido seguramente estaba incompleta. Había toda una versión que él desconocía. Phillip no debió haber discutido con Iván.

—Esas cosas terribles que dije... —musitó, deteniéndose ante la puerta de la habitación—. Maldición, Alisa... ¿Qué estás haciéndome?

Una melodía lo recibió al entrar a la habitación. La suave fusión de sándalo y vainilla se vertía en el aire desde unas pocas velas encendidas.

Las apariciones espontáneas de Marianne generalmente duraban menos de un día. Sin decir adiós, desaparecía en el momento menos esperado... Pero esta vez era diferente. Marianne se había quedado con él todo el día y Phillip no podía evitar sentirse esperanzado. Quizás esta vez ella se quedaría más que unos días, ¿tal vez un año?

*No te hagas ilusiones.*

Marianne salió del vestidor envuelta en una camisa blanca de Phillip. Su cabello castaño estaba recogido en un moño alto desordenado. Ella se movió hacia él con una mirada inquisitiva. Apoyándose en la cómoda, cruzó las piernas, seductora como siempre.

—Hola —dijo. ¿Qué tramaba?

Ella sonrió. Deslizando sus manos sobre el tocador, descruzó sus piernas de la manera más sugerente. Pero Phillip no caería en la trampa, todavía no.

Phillip fue hacia ella, ansioso por deslizar sus manos sobre sus piernas. Y justo cuando levantó el dobladillo de la camisa, Marianne lo evitó, moviéndose unos centímetros hacia atrás.

—¿Qué sucede? —dijo.

—¿Quién es ella? —preguntó Marianne.

—No comprendo...

Ella le dio una risa sin alegría.

—Gritaste su nombre antes, ¿lo recuerdas? *Alisa*.

Él no pudo evitar sonreír. Los celos le venían muy bien.

—Sí, lo recuerdo... —susurró Phillip con una pizca de travesura.

—¿Quién es ella? —presionó Marianne.

Phillip mordió la esquina de su labio inferior. Por primera vez, él tenía la sartén por el mango... Y vaya que era divertido.

—Ella no es como tú, cariño —dijo en voz baja—. Nunca lo será. —Deslizándose sus dedos por su cabello, dio un rápido tirón al moño de Marianne. Los mechones de su cabello castaño cayeron en cascada, enmarcando su cara ruborizada.

Phillip presionó su cuerpo contra ella. Sus manos se cerraron alrededor de su cintura. Buscó un beso que acallara todas las peleas entre ellos y abriera la puerta a una discusión más placentera. Las manos de Marianne aterrizaron en su pecho y se deslizaron hacia arriba, deteniéndose en la nuca donde ambas se unieron.

—Phillip... —susurró, a escasos centímetros de besarlo.

—¿Sí? —dijo, contando los segundos antes de poder quitarle esa única prenda de ropa.

—Si crees que saldrás de esta solo por tus encantos, temo decirte que estás equivocado —ronroneó ella.

—Te lo contaré todo —susurró él—. Después. —La tomó por la cintura y la cargó sobre el tocador. Acariciando los lados de su rostro, besó sus labios.

—Lo juro, Phillip... —dijo Marianne—. Si no fueras tan atractivo... —Sus piernas se agarraron a su cintura y lo acercaron.

—Sabes que eso me vuelve loco, ¿no? —dijo, encantado por su impulso.

—Lo sé.

Phillip se rió. Encajó sus filosos colmillos en su lengua y presionó sus labios contra los de ella mientras los primeros riachuelos de sangre manaban de la herida. Encerrado en este Beso Oscuro, la alejó del tocador, empujándola contra la pared. Un poco de amor rudo no la mataría, ella era inmortal después de todo.

—Marianne... —dijo con una voz gutural, hundiendo el rostro en su hombro—. ¿Crees que podrías...? —*Quedarte*, quería agregar.

—Puedo hacer cualquier cosa... —dijo ella en un tono sensual.

El timbre sonó.

*Al diablo con eso.*

Phillip lamió su cuello, justo encima de su pulsante vena yugular. Golpeando en cada uno de sus miembros, la necesidad de sumergirse en ella lo empujó a forzar la apertura de su camisa. La tomó por la cintura y hundió sus afilados colmillos en su cuello. Acurrucada contra su pecho, Marianne gimió.

Cálido y palpitante, un estallido de sangre se disparó en su boca. Y tomó la primera bebida que precedería a muchas otras en el camino hacia un éxtasis sin igual.

*¡Maldito ruido!*

Incesante, molesto... El claxon de un coche resonaba en la entrada de la villa. Después de un tiempo se volvió francamente insoportable... Un distractor.

—¡Argh! —Phillip gruñó, frustrado al separarse del cuello de su amada—. Pensé que se iría, ¡pero el hombre es prueba andante de persistencia! —Deslizó rápido la lengua sobre su labio inferior, lamiendo los restos de sangre fresca.

—No le prestes atención... —dijo ella. Pero no importaba cuán tentador fuera ese pensamiento, Phillip sabía lo que tenía que hacer.

—Debo lidiar con él —dijo—. De lo contrario, nunca se irá... ¿Espérame? —¿Era esto una súplica o una orden? Quizás ambas cosas.

—No tardes —dijo ella—. Me muero de hambre... ¿Tal vez podamos tomar un bocado después?

—Claro, me encantaría. —Phillip besó a su amada Marianne. Luego se dirigió afuera, con el solo propósito de detener ese ruido enloquecedor.

---

PHILLIP LEVANTÓ AMBAS MANOS, RINDIÉNDOSE MIENTRAS SE ACERCABA AL vehículo.

—Vamos... Ya fue suficiente de eso —dijo con frágil tolerancia.

Le tomó un buen rato al hombre retirar la mano del claxon del automóvil. Estaba aferrado a esa maldita cosa como por un imán.

Con los brazos abiertos y una actitud animada, el hombre salió del automóvil negro. Y así, el precioso silencio regresó.

—Phillip, tú sabes de autos —dijo, con un maletín de cuero marrón en la mano mientras iba a darle un abrazo—. ¿Qué piensas de mi nuevo Mercedes? ¿Escuchaste ese claxon?

Phillip sonrió y le dio la bienvenida a su abrazo.

—Me parece que *toda la isla* lo escuchó, Edgar.

Edgar Bolden no tenía ni una pizca de recato o discreción de su pasión por el lujo. A mitad de sus cuarentas, era un abogado competente en el apogeo de su carrera. Su actitud relajada le otorgaba un aire juvenil que le quitaba de encima al menos una década. Despeinado cabello rubio claro, un traje marrón, camisa azul claro y mocasines marrones... Edgar podía salirse con la suya y aún así lucir guapo.

Entraron en la villa. Edgar emanaba una maravillosa colonia que aunque fresca y distante de altas notas cítricas dejaba su rastro aromático dondequiera que caminaba... Tal vez la había aplicado con demasiada libertad.

—¿Gustarías algo de beber? —Phillip abrió el armario de licor—. Tenemos whisky, brandy, ¿o tal vez podría interesarte un poco de coñac? —Cogió la puerta del gabinete y sacó la preciosa botella de Baccarat—. Es Louis XIII de Rémy Martin.

Edgar dejó su maleta en el lugar y se acercó para ver mejor la botella exclusiva.

—¡Son más de mil euros en coñac! ¿Seguro que deberías ofrecer esto a tus invitados? Sin abrir, en condición prístina... —musitó mientras inspeccionaba la etiqueta y las descripciones.

—No le ofrecería esto a un invitado ordinario. —Phillip recogió el maletín y lo dejó sobre el escritorio—. Y estoy seguro de que apreciarás su sabor mejor que yo, Edgar. Así que por favor, adelante. Ábrela.

Edgar se puso las gafas bifocales, sosteniendo la botella a la altura de los ojos.

—Como tu asesor financiero, debería protestar... Nadie debería beber de esta botella. Nadie más que tu asesor financiero, eso es. —Sonrió.

—¿Quién mejor para determinar la calidad de nuestra inversión? —dijo Phillip, entretenido mientras abría el maletín. Extendió la pila de documentos sobre el escritorio, y luego de considerarlo, los reorganizó en dos pilas.

—¿Está todo listo, entonces? —le preguntó a Edgar, quien en este punto se arrodillaba en el suelo buscando dentro del gabinete.

—Sí... —dijo—. Está todo allí. Ya los he firmado, solo necesitan tu firma... ¿Sabes qué? No hay vasos aquí... Los tomaré de la cocina si te parece



bien —dijo—. Mientras tanto, echa un buen vistazo a esos documentos y si tienes alguna pregunta la responderé a mi regreso.

Phillip asintió.

—¡Oh! Casi lo olvido... —Edgar volvió a la habitación y sacó de su chaqueta un trozo de papel doblado—. Esta fue una petición especial de Iván. Dáselo por mí, ¿quieres? Creo que todavía está enojado por... Bueno, ya sabes.

—¿Lo de la donación del hospital?— Phillip le dirigió una mirada de complicidad—. Sí, algo escuché de eso. Claro, se lo daré.

Edgar conocía bien la villa pues programaba sus visitas mensualmente. Bienes raíces, arrendamientos, licencias, cuestiones de tierras y propiedades, inversiones en acciones, transferencias internacionales... La lista de sus tareas era larga.

Phillip prefería resolver sus asuntos en la comodidad de su hogar. Y Edgar había demostrado ser confiable a lo largo de los años. Más que el abogado de la familia, Edgar era un buen amigo. Phillip en verdad lo apreciaba. De hecho, el Mercedes que conducía había sido su idea de una bonificación por un trabajo bien hecho.

Se sentó frente a la interminable pila de documentos y estudió cada uno de ellos a la velocidad de un rayo, una de las ventajas de la Sangre Oscura.

Phillip rara vez revisaba documentos en presencia de Edgar. La comprensión rápida de Phillip de los aspectos legales nunca dejaba de maravillarle a su abogado. Pero eso le venía natural. Phillip solía ser un abogado hace algunos años.

En cuestión de minutos, Phillip aprobó y firmó todos los documentos.

*¿Qué le está llevando tanto tiempo?*

Había pasado una hora y Edgar no había regresado. Las copas de vino estaban a plena vista en el armario de la cocina, así que esa no era la razón. ¿Se había encontrado con Iván, tal vez?

*Será mejor que vaya tras él.*

Todo lo que Phillip tenía que hacer era seguir la estela de la colonia de Edgar para encontrarlo. El olor lo condujo directamente a la cocina. Pero cuando llegó a la puerta, la fuerte fragancia cambió.

Paralizado, se detuvo en la entrada. Una ola congelante descendió por su espina dorsal.

Obliterando la poderosa colonia de Edgar, otra fragancia llenaba la habitación. El perfume estaba en el aire, denso y penetrante.

*Sangre humana.*

Sigilosamente, entró en la cocina. La inquietante vista de un vaso vacío sobre la mesa lo hizo estremecerse. Pero fue cuando dio otro paso que el horror se apoderó de su corazón.

Tumbado en el suelo de mármol, en un charco de su propia sangre carmesí, yacía Edgar Bolden.

*Muerto.*

## MONA

**M**ona se abrochó el largo cabello negro en una coleta alta. Mientras lo apretaba, su mirada vagó hacia la sala de estar. Un gran lienzo colgaba de la pared opuesta, su retrato de bodas. El cabello grisáceo y la barba de diez días de André le daban una apariencia mundana de madurez muy sexy.

Se puso una chaqueta deportiva, la combinación perfecta para su conjunto de entrenamiento de color rosa. Una sonrisa floreció en sus labios mientras cerraba su cremallera.

Hace poco más de un año, se había casado con André. Le doblaba la edad, pero era un hombre verdaderamente guapo, y tan rico como Craso. La primera vez que Mona lo vio, supo que era el hombre con el que se casaría. *Tenía que ser él.*

Vivían en una lujosa casa en lo alto de Russian Hill. El trabajo de André lo mantenía alejado de casa la mayor parte del año. Su negocio lo obligaba a viajar al extranjero constantemente en su jet privado.

Al comienzo de su matrimonio, Mona se unía a él en sus viajes, pero no funcionó de la manera que ella había esperado. André llevaba un horario bastante justo que le dejaba poco o nada de tiempo para el ocio. Realmente no tenía sentido ir con él en esos largos viajes de negocios.

Ella recogió sus EarPods de la mesa y los colocó alrededor de su cuello. André se había ido a París hacía una semana. Y aunque se mantenía en contacto como lo había prometido, a Mona le preocupaba saber que se encontraría con Denise, su ex-esposa.

Sus dos hijas más pequeñas vivían con su madre en París, mientras que la mayor vivía aquí en San Francisco. Mona se había asegurado de alejarla de esta casa justo después de la boda.

—¡Y que le vaya bien! —musitó. A los veinticuatro años, no tenía intención de convertirse en una madrastra para ninguna de esas niñas. Cassandra, Mathilde y... ¿cómo se llamaba la otra niña, la más pequeña? Lo olvidaba.

—Josie —murmuró—. ¿Cómo podría olvidar a *la dulce Josie*?—La pequeña diablilla había llevado una rana al ensayo de la boda y la había soltado en la mesa.

Mona ató los cordones de sus tenis y se dirigió a su caminata nocturna.

## PHILLIP

**E**l horror se arrastró bajo su piel. Phillip se convirtió en piedra y con absoluto disgusto fue testigo de la angustiada escena.

El cuerpo de Edgar yacía en el suelo de mármol blanco, la sangre roja brillante cuajando ante sus ojos desconcertados. Y sumergidos en la profundidad de ese elixir carmesí, un par de pies descalzos permanecían alarmantemente quietos.

Su mirada se movió hacia arriba, siguiendo el rastro de las suaves piernas torneadas. Se detuvieron al borde de una camisa blanca, una visión familiar que no se podía evitar.

*Dios, no... Por favor, no...*

Pero la verdad es a menudo cruel. Lleno de sangre, sus manos temblorosas alcanzaron el dobladillo de la camisa. Suaves ondas de cabello castaño claro caían bajo sus hombros, enmarcando su rostro. Ella era un ángel con mejillas ruborizadas y labios teñidos de rojo.

—¿M... Marianne?

Se puso nerviosa cuando la llamó por su nombre. Sus pupilas dilatadas tenían una mirada vacía, embriagada en la emoción tras haber matado.

—Esto no está sucediendo —murmuró él.

—Lo siento, Phillip... —Sus labios temblaban mientras hablaba—. Me lo comí.

—¿Te lo... *comiste*? —La indignación se vertió en su voz.

Caminando alrededor del charco de sangre, Phillip se movió hacia Marianne, cuidando de no mancharse los zapatos. Miró el cuerpo de Edgar. El orgullo y el horror se entrelazaron y lo confundieron más allá de sus sentidos.

—¿Estás loca? —dijo Phillip, de pie frente a ella—. Iván se pondrá

absolutamente furioso... No podemos hacerle eso.

—¡No puedes decírselo! —Marianne llevó sus manos ensangrentadas a su boca.

Desesperado, miró hacia el techo, deseando que todo fuera un mal sueño.

—¿Cómo puedes pedirme eso? —Ya se había puesto en contra de su creador una vez y se sentía miserable al respecto.

—¡Por favor, Phillip!

—No hay otra opción. Marianne, ¡era nuestro abogado! —Sus brazos se elevaron en el aire. Dio una mirada más al cuerpo sin vida de su amigo. No había regreso de donde ahora moraba su alma.

—¿Su abogado?! —Sus ojos se agrandaron—. ¡Mierda! —Marianne se paseó por la cocina, dejando un rastro de huellas sangrientas tras ella.

—Detente ahí... —dijo Phillip, sacando una toalla de cocina del mostrador—. Por favor, límpiame las manos y los pies.

—¡Demonios! —Ella le arrebató el paño de limpieza—. Sabes, para ser un vampiro, estás terriblemente disgustado por la vista de la sangre... —masculló Marianne con ojos llorosos. Se detuvo en la esquina, dándole la espalda.

—Sabes cuánto me odia Iván... —murmuró Marianne—. ¡Rayos! Lo eché todo a perder. —Sus hombros se agitaron. ¿Estaba llorando?

*Mi dulce ángel, tienes todos los motivos para temerle.*

Marianne no era una criatura inofensiva. Ella acababa de matar al hombre que yacía ante él, y lo había hecho en un cruel ataque despiadado. Pero aún así, ella no era rival contra la ira de su creador.

—Explícame esto, ¿quieres? —Phillip se paró detrás de ella.

Marianne se volvió y sus ojos inyectados de sangre se fijaron en él.

—¿Qué hay que explicar? —susurró—. Él entró y yo lo maté.

La frialdad de su respuesta lo hizo estremecer. Phillip se asomó sobre el cuerpo de Edgar.

—No debería haber muerto... —musitó. Debería haber pasado una noche tranquila charlando con Phillip sobre una copa de Louis XIII de Rémy Martin. Debería haber vuelto a casa en su nuevo Mercedes a cenar con su familia.

—Es lo que hacemos —ella agregó con la misma voz monótona.

—¡Maldición! —rugió él—. ¡No puedes matar así, Marianne!

—¿Por qué es esto diferente de tus propios asesinatos? —espetó ella—. ¡No te atrevas a juzgarme!

Phillip odiaba admitirlo, pero ella tenía razón.

*Eres el peor Padre Inmortal de todos los tiempos.*

—Lo siento, cariño —dijo, despejando una lágrima de su mejilla con los dedos—. Escucha, esto es lo que vamos a hacer: tú sube las escaleras y toma un largo baño caliente, y yo... —una mirada más al cadáver—, me encargaré de él.

## IVÁN Y MONA

*—Si voy a darte esto, Alisa— susurré—, debes entender lo que significa. Tus días bajo el sol habrán terminado. Ningún alimento o vino le dará satisfacción a tu paladar. La sangre... —Un nudo en mi garganta—. La sangre de tu presa será tu única fuente de alimento... Cazarás y matarás porque este es nuestro único medio de supervivencia.*

*Durante años, había soñado con su sangre prohibida fluyendo en mi boca en oleada tras oleada de euforia sin igual. Una década de deseos contenidos que había rechazado cada noche. Si iba a hacer esto, podría disfrutarlo...*

— **N**o creo que lo hagas...  
Iván parpadeó. Su mente se había ido a otro lado, a Londres, hacía mucho tiempo.

—Lo siento. ¿Qué decías? —dijo, rascándose la oreja derecha.

—Té —dijo ella—. Te acabo de ofrecer té. No creo que lo tomes, pero...

Él sacudió la cabeza.

—Aún así, es un buen gesto. Gracias. —Iván se levantó de la silla y tomó la tetera—. Permíteme. Conozco un par de cosas sobre cómo preparar el té. — Con una sonrisa despectiva, retiró las bolsas de té que Cassie había dejado caer en el agua—. La forma *correcta* de prepararlo, quiero decir —dijo, arrojándolas al cubo de la basura.

Cassandra frunció el ceño. No tenía sentido ir en contra de sus deseos. Ella se sentó en la silla.

—¿Has pensado en dónde podría estar? —Cambió el agua de la tetera y la



dejó hervir en la estufa.

—El collar, ¿verdad? Sí... Estás perdiendo el tiempo conmigo, Iván... — Sus brazos cruzados se deslizaron sobre la mesa, y perdiendo todo aplomo, su mentón aterrizó en sus manos—. Mira, la familia no me consideró digna de este conocimiento. Reconozcámoslo, soy un paria en el libro de los Deveraux, al igual que mi madre.

Iván tiró de una silla y se sentó frunciendo el ceño. ¿Por qué elegiría ella sumergirse en la miseria en lugar de hacer algo para recuperar su lugar en la familia Deveraux?

Con las yemas de sus dedos, empujó la taza vacía de té delante de ella y luego se reclinó en su asiento.

—Bueno, te diré una cosa. —No pudo contener la lengua por más tiempo—. Si todos en la familia Deveraux quisieran que yo renunciara, no lo haría.

—No lo entiendes. Nunca fue mi decisión. Mi madre hizo la elección por mí cuando escapó. —Miró la taza como si su vida dependiera de ello—. Además, no soy ni la mitad de la bruja que Annette fue, ni la abuela Katherine para el caso...

—¡Tonterías! —Iván golpeó la mesa con las manos—. La misma sangre corre por tus venas. ¡Eres una Deveraux!

El semblante de Cassandra palideció como un rayo de luna. El pequeño arrebató de Iván debía haberla asustado. A veces olvidaba que la ira de un vampiro era una espantosa visión.

—Solo quiero ayudar —musitó—. ¿Tal vez podría tratar de rastrear las pertenencias de Annette? —Mientras vertía el agua hirviendo en su taza, el gesto lo llevó trescientos años atrás.

*Té en París... El té era la bebida favorita de Alisa.*

—¿Crees que sea necesario un viaje a París? —agregó—. Podría ocuparme de eso.

—No es necesario —respondió ella vertiendo un poco de leche en su taza—. Tengo su libro.

—¿Su libro? —Perplejo, con la boca abierta—. ¿Qué libro? No sé nada de ningún libro. —¿Había un libro?

—Cuando volví de París, después del funeral... —Su mirada se volvió vacía—. Un paquete me estaba esperando aquí, en Deveraux Hall. Llegó con una carta. —Cassie tomó un sorbo de su té humeante. Cuando volvió a colocarlo sobre la mesa, los extraños vapores de la taza dibujaron el rostro de un espectro en el aire.

—¿Oh?

Cassie tiró de uno de los cajones de la despensa y sacó un pedazo de papel. Sus labios dibujaron una leve sonrisa.

—¿Quieres leerlo?

—No tendrás que insistir en ello.

La carta estaba escrita en francés con una caligrafía impecable. Iván comenzó a leer:

*Mi pequeña Cassie,*

*Sé que mi hora ha llegado. Me queda poco tiempo antes de encontrarme con mi Creador.*

*No pasa un día que no te extrañe desde que te fuiste a América. Nada consolaría mi viejo corazón a esta hora tan tardía salvo ver tu rostro una última vez, pero me temo que es demasiado tarde.*

*Te dejo mis posesiones más preciadas, mi querida pequeña. No existe mejor refugio para ellas que tus manos.*

*Esta es mi herencia, y te pertenece a ti.*

*Dios Todopoderoso te guarde.*

*Con todo el amor de tu abuela,*

*Annette.*

—No existe mejor refugio para sus pertenencias que tus manos... —Iván reflexionó. Querida Annette... Cuando era niña, mantenía el dominio de sí misma en todo momento, un rasgo poco común en la línea femenina de los Deveraux—. ¿Asumo que una de esas pertenencias es el libro que mencionaste?

Cassie asintió.

—Y ese reloj de allí. —Con la mirada, señaló el reloj Mora al otro lado de la sala de estar. Iván no lo había notado antes, pero lo reconoció.

Odiaba ese reloj. La caja de madera esculpida y sus coloridas flores esmaltadas casi le daban náuseas. Y la peor parte era ese maldito grabado en el panel frontal: *K.D. Y E.L.*

—*Juin, 1925...* —susurró. *El año en que perdí a mi dulce Katherine.*

—Así es —dijo Cassie—. Conmemora la boda de la abuela con Edmund Lancas... —Se llevó los dedos a los labios.

—Lancaster, sí —agregó Iván. El nombre le dolió en su alma miserable, pero ¿por qué quedarse con esos recuerdos sórdidos?

—No debería haberlo dicho.

—No te preocupes —le aseguró—. Entonces, ella te envió esta reliquia familiar. El reloj y un libro... ¿Qué hay del libro? ¿Es un grimorio?

—¿Un grimorio? —Ella levantó sus cejas.

—Ya sabes... Un libro de hechizos —agregó. Entonces ocurrió lo más inesperado. Ella rió. La joven bruja se atrevió a reír.

—¿Te divierte? —Iván apretó su mandíbula. No planeaba ser ridiculizado.

—¡No, no! —Otra risita—. Lo siento pero... fue tu frase: *un libro de hechizos* —dijo en un tono fantasmagórico—. Hasta donde yo sé, no hay grimorios en esta familia.

—Entonces quizás debería recordarte que hasta donde tú sabías, tampoco existía ningún collar.

—Bien jugado. —Cassie presionó sus labios—. Es su diario. Casi ochocientas páginas de él.

Ochocientas páginas sonaban lejos de ser un diario.

—Me gustaría mucho verlo.

—Antes de continuar, hay algo que debo saber.

—Adelante.

—¿Por qué es este collar tan importante para ti?

Por primera vez en esta conversación, Iván permaneció en silencio. ¿Debería confiar sus razones a una Deveraux?

---

9:45 P. M. BUEN TIEMPO.

Mona apagó su iPod. Recuperando el aliento, estiró sus piernas en la banca del parque. Uno de sus cintas estaba desatada.

—¿Te importa? —La voz provenía de una mujer. Mayor, de cuarenta y tantos años. Estaba de pie junto a ella con una expresión amarga. ¿Qué quería?

—¿Disculpe? —dijo Mona, mirando a la mujer por el rabillo del ojo.

—¿La banca? —El sarcasmo se filtraba a través de cada palabra suya—. Me gustaría sentarme si no te importa. —La mujer cruzó los brazos sobre su

ancho pecho. Presionando sus labios delgados y secos, sacudió su cabeza.

Algo dentro de Mona hizo clic. Una ola de calor recorrió su cuerpo y le quemó las mejillas, y no a causa de su carrera nocturna.

—Pero por supuesto, cariño. —Lanzando una risa sin alegría, se ató el cordón de su zapato y luego se hizo a un lado—. ¿Por qué no te sientas ahora?

Satisfecha consigo misma, la mujer se sentó en la banca.

Mona se alejó.

Una brisa suave se precipitó a través de las hojas de los árboles.

—Cuidado con los pájaros... —Mona susurró en chino.

Las ráfagas de viento se hicieron más fuertes, formando un repentino torbellino sobre los árboles. Desde una de las ramas, un gran cuervo voló. El pájaro aterrizó en la banca, al lado de la mujer. Los inocentes ojos marrones del cuervo se clavaron en los de ella mientras inclinaba la cabeza y emitía un fuerte graznido.

—¡Vete! —siseó la mujer, moviendo su mano en el aire para espantar a la criatura—. ¡Anda!

Otro graznido vino, y con él, la melodiosa canción de varios cuervos agitándose en los árboles.

Las hojas secas volaron del suelo con la brisa y envolvieron a la mujer. Docenas de cuervos emergieron de los árboles y volaron sobre su cabeza, descendiendo uno a la vez, picoteándole la cabeza, el cuello, las manos...

Un horrible chillido resonó en el parque. La mujer luchó, protegiéndose con sus brazos. Sangre y heridas carnosas manchaban su cara llena de asombro. Gritos y graznidos se entrelazaron en una trágica melodía.

Mona sonrió mientras corría de regreso a casa.

---

—LO NECESITO... —IVÁN DIJO, INSEGURO DE SUS SIGUIENTES PALABRAS—. LO necesito para encontrar a alguien.

Cassandra abrió sus ojos almendrados, con el interés pendiendo de cada palabra suya.

—Su nombre es Alisa —agregó, finalizando el tema.

En el pasillo, el reloj de Mora repicaba la hora como un gong ominoso.

—¿Quién es ella? ¿Cómo puede ayudarte el collar a encontrarla? —preguntó Cassandra frunciendo el ceño. Ella preferiría seguir con su

interrogatorio antes que terminar su té, eso era cierto.

—Estás llena de preguntas esta noche... — musitó él.

Cassie presionó sus labios.

—Mira... Tenemos algo bueno en este momento, Lockhart. Me gusta conocer este lado tuyo, el lado honesto. —Una sonrisa selló su confesión.

—La honestidad está sobrevalorada... —respondió él en voz baja. Luego, tomó una respiración profunda y continuó—. Si debes saberlo, Alisa fue mi primera creación. Han pasado siglos desde que la vi por última vez. —Hizo una pausa—. En cuanto al collar, es más que una joya, Cassandra. Es una carcasa. Lo que quiero, lo que *necesito* yace dentro de su broche de zafiro.

Ignorando la humeante taza de té, Cassie se inclinó hacia adelante, emulando al *Pensador* de Rodin.

—Para que entiendas esto, debo regresar al tiempo de mi despertar en la Oscuridad. —Se levantó de su asiento. Sosteniendo el respaldo de la silla, inclinó su peso hacia adelante—. Sucedió en Venecia, el año era 1671.

—¡1671! —dijo Cassie, una respuesta típica cada vez que revelaba su edad inmortal.

*Continuando...*

—La noche en que mi creador me dejó para descubrir mi nueva vida como vampiro, se aseguró de que estuviera bien provisto. Una habitación llena de riquezas y títulos de tierras era mía para reclamar como herencia.

»Entre esos tesoros había un frasco de plata. Ese pequeño frasco valía más que la suma de mi legado, dijo él. No lo entendí en ese momento, pero pronto descubrí la magnificencia del regalo que confió en mis manos.

Cassie apoyó su barbilla contra su mano ahuecada.

—¿Qué había dentro del frasco?

—Sangre —dijo él en un tono casual.

Cassandra se estremeció.

—¿Sangre? —repitió ella—. ¿Me estás diciendo que después de trescientos años esperas encontrar intacto el contenido de ese frasco?

Él asintió.

—Pero eso es imposible, Iván. La sangre no puede durar tanto tiempo. Seguramente ya no existe como tal. Estará convertida en polvo... y tu única oportunidad de encontrarla se habrá perdido para siempre.

Iván alzó las cejas.

—Tus palabras no me dan más que esperanza, Deveraux —se burló—. Sí, ese podría ser el caso si fuera sangre humana común. Pero verás, no es así.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—¡Es sangre de vampiro!

—Y no la sangre de cualquier vampiro común... Pertenece a la primera línea de sangre de vampiros que alguna vez existió en el mundo. La Fuente de todos nosotros, si quieres verlo así.

—¿La Fuente?

—Así es como mi creador lo llamó —dijo—. Solo la Fuente puede romper la barrera psíquica entre Alisa y yo, nuestro lazo de sangre es demasiado fuerte.

—¿Ella está en peligro?

—Debe ser así. De lo contrario, nunca habría intentado contactarme —musitó.

—¿No puede Phillip rastrear su ubicación con sus superpoderes vampíricos?

Iván negó con la cabeza.

—Los *superpoderes* de Phillip, como tú los llamas, son limitados. Su presencia está oculta ante él. Sospecho que hay brujería involucrada en esto.

—Es por eso que querías hablar con Granny —susurró, finalmente viendo la imagen completa—. ¿Pero por qué alguien querría capturar a tu aprendiz?

¿*Qué sé yo?* él quería contestar, pero se contuvo.

—Cuando has vivido una vida larga, los enemigos tienden a acumularse a través de las eras.

Cassie se sentó con la espalda recta, por primera vez.

—Entonces está decidido. Te ayudaré en todo lo que pueda.

*Maravilloso.* Su disposición lo simplificaba todo. Habría odiado tener que recurrir a otros métodos de persuasión.

—El diario de Annette parece ser un buen sitio para comenzar —sugirió él.

—Por supuesto... No lo tengo conmigo, pero sé dónde está.

—¿Y dónde sería eso? —Iván se sintió obligado a preguntar.

—Pues donde lo escondí. —Cassie apartó la fría taza de té y se levantó—. Deja la excavación en mis manos, Lockhart. Este es territorio de brujas.

*Deveraux, ¿qué estás tramando?*

## CASSANDRA Y MONA

**L**os cordones amarillos de sus Converse se soltaron cuando saltó sobre la bicicleta.

Los largos mechones de cabello oscuro de Cassie se mecían en el viento de la noche, salvajes y húmedos. Diminutas gotas de agua aterrizaban en su rostro mientras pedaleaba por la calle Larkin.

El vampiro Iván Lockhart había cumplido su parte del trato. Había permanecido leal a las brujas Deveraux en su alianza ancestral. Como un Ángel Guardián oscuro, Iván había tomado a Cassandra bajo su ala a pesar de su renuencia. No podía negarse la naturaleza confiable de Lockhart. Había rescatado a Cassie del peligro más de una vez en su adolescencia, y quizás un par de veces en su infancia...

*«Realmente no deberías jugar en este jardín...» Su silueta se movía en medio de la jungla de bromelias y orquídeas. «Ha sido abandonado por una razón».*

El recuerdo vino prístino y sin previo aviso cuando se detuvo en la luz roja.

*Follaje creciendo salvajemente entre viejas estatuas de mármol; coloridas orquídeas y bromelias brillando, el majestuoso estanque en el claro de la jungla... Y el ángel tallado en piedra en tamaño humano, un centinela del secreto mejor guardado de la Mansión Deveraux.*

Ella tenía cinco años el día en que conoció a Lockhart. Él debe haber tenido entonces más de doscientos años, pero guardaba el rostro de alguien de no más de veintitrés.

*«Hay cosas más allá de lo que tus ojos mortales ahora pueden ver», susurró. Sosteniéndola de la mano, la alejó del estanque bordeado de*

*pedra. Luego, arrodillándose ante ella, añadió: «No confíes en nadie, pequeña. Ni siquiera en mí». Le guiñó un ojo. Juntos tomaron el sendero que los conduciría de vuelta a Granny, de vuelta a la Mansión Deveraux...*

El rugido de un claxon la sacó del trance. La luz verde había estado encendida por un tiempo, apenas alcanzaría a cruzar la calle.

A pocas cuadras de distancia estaba el lugar que había evitado a toda costa. Pero el destino se divertía al repartir sus cartas, y ahora no quedaba más remedio que volver a casa y enfrentar sus demonios.

—Solo una parada rápida —musitó—. Es fácil en verdad. ¡Entrada por salida!

Su corazón latía con fuerza mientras recorría el vecindario hacia su antigua casa en Russian Hill.

---

MONA DIO OTRA VUELTA AL PARQUE PARA PRESENCIAR LOS FRUTOS DE SU maldición sobre la infeliz mujer. Había tratado a Mona con tal falta de respeto... No se merecía menos.

Cuando llegó a la esquina del parque, redujo el ritmo de su trote. Luces rojas destellaron ante sus ojos. Mona se detuvo para echar un vistazo a la escena más allá de la horda de transeúntes curiosos. Los paramédicos empujaron una camilla dentro de la ambulancia y cerraron sus puertas.

Detrás de ella estaba la banca vacía cubierta de plumas negras, su pintura blanca manchada de sangre.

—Eso le enseñará —musitó, y subiendo el volumen de su iPod, caminó hacia su automóvil.

---

LAS LINTERNAS MONTADAS EN LA PARED DEL FRONTISPICIO BRILLABAN CON UNA luz ámbar. Cassandra se detuvo ante las puertas. Saltó de la bicicleta y se dirigió a la entrada trasera.

La puerta estaba cerrada. Papá guardaba una llave de repuesto en alguna parte... Se arrodilló en la acera y buscó a través de los barrotes de la puerta. Cassandra arrancó una de las piedras del camino, *et voilà*: allí estaba la brillante llave, presionada contra la tierra oscura.



10:28 p.m. Papá estaría desayunando con Tilly y Josie en el pequeño restaurante cerca de la casa de mamá en Neuilly Sur Seine. Qué no daría ella para unirse a ellos... Pero eso no podía ser. Papá todavía estaba molesto con ella por haberse ido de casa.

Cassandra abrió la puerta, sus bisagras oxidadas chirriaron. De cualquier modo, no se encontraría con Mona. Era hora de su *jogging* nocturno, o al menos eso es lo que decía Mona. Cassandra había comenzado a sospechar de sus salidas misteriosas. Una semana después de la boda, Cassie se había topado con ella en un evento en el Palacio de las Bellas Artes. Mona estaba en compañía de un hombre bastante atractivo. No estaban simplemente tomados de la mano cuando los miró.

Esta casa solía ser su hogar hace algunas semanas. Y aún así, se sentía como una completa desconocida, merodeando por el patio trasero, lista para entrar.

Ella abrió la puerta. La casa se veía tan diferente. No solo había cambiado la decoración, sino que el aire parecía denso y espeluznante.

—*Oh, mon Dieu!* —dijo ella. Un enorme retrato colgaba sobre la gran chimenea de la sala. Era una imagen de su padre y su novia reluciente—. ¿Qué le has hecho a mi casa, Mona?

Pero ella no podía detenerse en contemplar los cambios dramáticos en la sala de estar. Había poco tiempo. Ella tenía que moverse.

Cassandra corrió escaleras arriba y llegó a su vieja habitación.

—Más vale que no hayas puesto un dedo encima de mis cosas, Mona... —murmuró, girando la manija de la puerta.

Suspiró de alivio. La habitación estaba exactamente como la había dejado. Cassandra alisó los dedos sobre las paredes. El tapiz blanco con árboles en diversos tonos de gris complació sus ojos. Se detuvo ante un retrato.

—Hola, abuela —susurró, mirando a la niña de cinco años en la imagen. Llevaba los tacones y las perlas de la abuela Katherine y tenía la mirada más dulce.

Cassandra presionó el marco contra la pared.

—Revela tus secretos, *ma cher...* —dijo ella. Un candado escondido dentro de la pared hizo clic. El retrato se desencajó, revelando una caja fuerte. Cassie marcó la combinación y en seguida abrió la caja fuerte. Envuelto en la pashmina azul prusiana de Granny, encontró el libro.

Sacó del armario una vieja bolsa de cuero y guardó el libro en él.

—Misión cumplida.

Cassie se detuvo en la puerta. Miró hacia atrás y lanzó un beso a la imagen de Granny.

—¡Oh! Casi lo olvido. —Del bolsillo de su pantalón, tomó una pequeña bolsa de fieltro. Abriéndola, vertió en su mano un puñado de polvo translúcido. Se arrodilló sobre el suelo alfombrado y con el polvo dibujó una línea invisible en la entrada.

—No moverás nada aquí, cariño. —Cassie se sacudió el polvo de las manos y regresó a Deveraux Hall.

---

CAÍA UNA LIGERA LLOVIZNA CUANDO MONA LLEGÓ A CASA. UN BUEN BAÑO caliente y una copa de Chardonnay pronto disiparía sus preocupaciones. La idea de que André estuviera en la misma ciudad que Denise la consumía.

Mientras estaba parada frente a la puerta, algo llamó su atención. Había una bicicleta tirada en el medio de la acera, junto a la puerta del jardín.

—Qué extraño... —musitó, dirigiéndose hacia el jardín. Desde este lugar, miró hacia la puerta trasera de la casa. Estaba abierta. —Quienquiera que haya irrumpido en mi casa se arrepentirá.

Confiada en sus habilidades mágicas, Mona entró por la puerta principal.

Había luz derramándose por la puerta de la cocina. Vió movimiento dentro.

*No escaparás con vida.*

---

—¡HECHO! —CASSIE AGARRÓ SU BOLSA DE MENSAJERO BAJO SU BRAZO, sonriendo orgullosamente. —¿Qué piensan de mí ahora, Deveraux? ¡Mírenme! —Un fuerte tirón en su pelo la detuvo, casi se cae.

—¿A dónde crees que vas, matón? —chilló una mujer, tirando de su pelo una vez más.

—¡Aléjate de mí! —Cassandra cayó hacia atrás y de alguna manera se liberó de la mano de la mujer. En la lucha, su bolsa voló en el aire. El diario de Annette se cayó de la bolsa y aterrizó en los rosales.

De rodillas, Cassie tomó el libro cuando la mujer la abordó y la inmovilizó sobre la hierba. Cuando se dieron la vuelta, Cassie vislumbró a su

atacante.

—¡Mona! —dijo ella—. ¿Qué demonios?

La amenazadora sonrisa en el rostro ruborizado de Mona desapareció.

—Cassie, cariño... ¿Eres tú? —Soltándola. Cassandra se puso de pie.

—¡Por supuesto que soy yo!—murmuró. Extendió la mano sobre los rosales y agarró el libro, todavía envuelto en la pashmina de Granny.

—Lo siento mucho, cariño... —Más falsa preocupación de Mona, falsa como sus pestañas. ¿Y por qué diablos la llamaba cariño? —Pensé que eras un ladrón... ¿Te quedas a cenar?

Cassie frunció los labios.

—Tengo que irme. —Con el libro en la mano, colocó la correa del bolso en su hombro.

La expresión de Mona pronto cambió. Inclinando la cabeza, sus ojos entrecerrados aterrizaron en el diario de la abuela.

—¿Qué es eso? —Se deslizó como una serpiente hasta que tomó el libro.

—Nada que te concierna... —Cassie presionó el diario bajo de su brazo—. Sal de mi camino, Mona.

Los labios carmesí de Mona se curvaron en una sonrisa traviesa. Arrebató la esquina de la pashmina de Granny. Dando un tirón, reveló el secreto de Cassandra.

—¡El libro! —Los ojos de Mona se abrieron de golpe—. ¡Dámelo!

¿*Cómo se atreve?* La cólera surgió de la boca del estómago de Cassandra... ¡Hervía! Un hormigueo intenso recorrió sus manos y las calentó.

—Dije que... ¡No es de tu incumbencia! —En un arrebató, Cassie le mostró la palma de su mano. El cuerpo de Mona voló más allá de la puerta y se estrelló contra la despensa de la cocina.

Con la boca tan abierta como la de un bacalao, Cassandra dio un paso adelante y luego atrás de nuevo.

—¿Qué fue eso? —dijo—. Tengo que salir de aquí.

Cassandra corrió por el jardín. Con aliento jadeante, tomó su bicicleta y pedaleó lejos de esa casa como perseguida por el mismo diablo.

## IVÁN

*—¿Me harías estar solo por toda la eternidad? —susurré—. ¿Tú, mi creador que se alejó en el momento en que me convertiste en esto?*

*¿Qué esperabas?*

*Él permaneció en silencio por un momento, reflexionando sobre mis palabras. Causaron un fuerte golpe en su corazón, o al menos me pareció así.*

*—Tienes razón. Nunca debería haberte dejado tan pronto —dijo Dristan—. Pero esto debe remediarse.*

*—¿Qué estás diciendo?*

*—Ella no debe ser parte de nuestro mundo...*

*—¡Eso está fuera de la discusión! —Golpeé mi mano en la balaustrada—. Si hay un precio a pagar por mi error, entonces lo pagaré yo. ¡No ella!*

Un relámpago centelleó en la distancia, pero no llovería hasta dentro de un par de horas. Cargando la chaqueta de su traje sobre su hombro, Iván paseaba por los jardines de la villa. Invariablemente, se encontró tarareando *Forever Young* de Bob Dylan.

La paz es una extraña comodidad para un inmortal. Rara vez está a una distancia prudente, y cuando lo está, no es nada barata. Iván encontraba paz cada vez que mataba, pero no era verdadera paz. Era el tipo de serenidad que desaparecía demasiado pronto.

El violador, el asesino, el que merodeaba atacando infantes preciosos... esas eran las víctimas que él perseguía, y su sangre perniciosa satisfacía su ansiedad en más formas de las que podrían decirse.

Aún así, los ojos azul profundo de Alisa y sus labios rosas permanecían grabados en su mente. Y nada—ni siquiera el matar—había silenciado la miríada de preguntas que acechaban su mente. Pero una pregunta le molestaba sobre todas las demás: ¿no era mejor no perturbar el pasado?

La villa se alzaba en el horizonte. Iván alisó su mano sobre los arbustos de anémonas, un hábito de sus días mortales. Solía recoger flores de los rosales que enmarcaban la entrada de su casa. Esas flores a menudo llegaban a las manos de Alisa... Iván una vez la creyó frágil y delicada. Pero la sola fuerza de Alisa lo había rescatado de las profundidades del infierno cuando su hermano Viktor había muerto.

Las viejas preguntas avivaron la inquietud en su alma: ¿era la muerte de Viktor su culpa? ¿Por qué había dudado cuando su hermano se ahogaba en ese maldito lago? ¿Había sido miedo, el shock del momento, o acaso secretamente deseaba su muerte?

*No más. Es hora de enterrar la voz torturante...*

La silueta de Phillip surgió en la distancia. De pie junto a las puertas corredizas de la terraza, esperaba. Había visto a Iván hace mucho tiempo.

La presencia de Alisa alteraría su vida tal como la conocían. Pero si Iván había aprendido algo después de tres siglos en la Sangre era esto: rechazar el cambio no era una opción.

—Juega el juego, Iván... rueda con los golpes. —No se convertiría en uno de esos bebedores de sangre testarudos, los que se apegaban a sus viejas costumbres, negándose a seguir las innovaciones del mundo... Un desperdicio de eternidad. La vacuidad: esa era la verdadera muerte de un vampiro.

—Desapareciste en medio de nuestra discusión... —dijo Phillip, listo para fumar. Su cigarrera de oro vintage brilló cuando la metió en el bolsillo. Un rápido chasquido al encendedor y el cigarrillo se encendió. Un hábito desagradable, ni siquiera su condición vampírica había sido capaz de desecharlo.

—Tenía que hacerlo —respondió—. De lo contrario, habría dicho algo de lo que más tarde me arrepentiría.

—No debí decir... Fui injusto contigo.

—*Nada* es justo. —Iván apretó los labios.

—Aún así, no estaría mal que practicara tus modales...

—Estás predicándole al Diablo, mi amigo. —Sonrió y dio una palmadita en el hombro a Phillip antes de entrar.

EL CALOR DEL HOGAR LO ENVOLVIÓ EN CUANTO ENTRÓ EN LA SALA DE ESTAR donde se encontró con una cara familiar. Marianne se sentó en el sofá. Phillip se sentó junto a ella. Ambas caras se volvieron hoscas. *Qué extraño.*

—Lucen bastante asustados —musitó—. ¿Me he perdido algo? — Exhalando un suspiro, arrojó su chaqueta en el respaldo del sofá y cayó en picado sobre el cómodo mueble.

—Pues... —Phillip frunció los labios. Inclinandose hacia adelante, agitó sus dedos—. Edgar Bolden pasó por aquí y... ¿Cómo debería decir esto? — Hizo una pausa—. Ella... se lo comió.

Iván se estremeció.

—¿*Se lo comió?* ¿Qué quieres decir con que *ella se lo comió?* La noticia no cabía en su mente.

—Marianne lo mató —agregó Phillip—. Ella no sabía quién era él... — Como si eso le restara importancia a su maldita acción.

—Esto es completamente inaceptable —dijo Iván. ¿Qué pasaría con sus asuntos legales? ¿Y las transferencias, los contratos...? Edgar administraba su fortuna entera. Podría perderlo todo, ¡y todo por su terrible error!

—Lo siento... —Los labios de Marianne temblaban. Tenía miedo de Iván... y con justa razón.

—Tú... —Iván susurró. Sus fieros ojos verdes la atravesaron—. Me ocuparé de ti más tarde.

Alzando ligeramente el mentón, Phillip le sugirió a su novata que saliera de la habitación. *Buena idea.*

Iván caminó frente al hogar. ¿Cómo podía estar sentado ante la posibilidad de la miseria?

—¿Salgo de casa esta noche y *esto* sucede? —Iván barrió la habitación con una mirada rápida, no fuera a pisar el cuerpo de Edgar. No... No había señales de él—. Phillip, ¿qué podemos hacer? Si no actuamos rápido seguramente quedaremos en la ruina.

Relajado y con una expresión franca, Phillip lo escuchaba. Pero por supuesto, esto era de esperarse en él. El mundo podría estallar en llamas y su frío temperamento jamás sería sacudido.

—Me he ocupado de todo —finalmente pronunció—. No debes preocuparte.

—¿Cómo puedes decir eso, Phillip? ¡Necesitamos un abogado!

Un destello de una sonrisa de confianza.

—Solía ser uno, ¿recuerdas? —Phillip alzó sus cejas—. En mi poder están

todos los documentos de nuestros asuntos legales y financieros. Con la muerte de Edgar, su representación ha terminado. Como ves, no tenemos nada de qué preocuparnos.

No convencido por su breve discurso, Iván insistió.

—¿Pero has considerado todas las posibilidades? —preguntó—. ¿Qué pasa con nuestras casas en Venecia y París, o el *flat* en Londres? ¿Está todo a salvo?

Phillip frunció los labios.

—¿Podrías dejar de preocuparte por estos asuntos? ¿Es posible que los dejes en mis manos sin poner en duda cada pequeño detalle?

La ira no estaba lejos de sus palabras. Al menos había logrado tocar el corazón inmortal de su aprendiz.

—Tienes razón —dijo Iván en voz baja. Se desplomó en el sofá—. Siempre has manejado nuestros asuntos legales y lo has hecho de maravilla. Lo valoro en verdad... Gracias.

Una genuina expresión de sorpresa emergió en la cara de Phillip.

—Es agradable escucharlo después de más de ochenta años.

—Tienes toda mi confianza en estos asuntos —dijo Iván—, y en otros también... Ni siquiera quiero saber qué pasó con el cuerpo de Edgar. —Otra rápida mirada a la moqueta de la habitación. Aún no tenía idea de dónde estaba.

Divertido, Phillip se inclinó más cerca y habló al oído de su creador.

—Ah, pero sí quieres saberlo. —Hizo una pausa—. Mira, esto es lo que casi un siglo me ha enseñado acerca de ti: eres un demonio curioso.

Incapaz de seguir fingiendo, Iván suspiró.

—Bien... necesito saber. ¿Dónde está él?

—Sufrió un accidente automovilístico en su camino a casa... —Insinuó una sonrisa traviesa.

Satisfecho con su respuesta, Iván sonrió.

—Piensas en todo, ¿no?

Phillip evitó la mirada de su creador... Un momento. ¿Estaba sonrojándose?

—Dejó algo para ti. —Phillip se apresuró a cambiar de tema antes de que Iván siquiera lo tocara—. Una *tarea especial* tuya, la llamó. —Deslizó un pedazo de papel doblado en las manos de Iván. La presentación en sí importaba poco. A Iván le interesaba más su contenido.

—¡Ah! Sí. Gracias, Edgar... —Iván musitó, arrebatándola. Luego la

escondió en el bolsillo de su camisa.

—No puedo creer que se haya ido... —dijo Phillip con ojos vidriosos—. Le ofrecí el Rémy Martin.

—Bueno, eso fue generoso de tu parte. Bien por él. —Iván le dio unas palmaditas en el hombro a su aprendiz.

—Nunca lo probó. Ni siquiera un sorbo.

¿A dónde se dirigía esta conversación? No a un lugar alegre.

—Oh... Qué lástima, entonces. —Iván apretó los labios.

Los dedos de Phillip se entrelazaron en su nuca y agachó la cabeza entre las rodillas.

—Se merecía al menos eso, ¿sabes? Experimentar su sabor antes de morir...

*Cambiamos el tema, ¿de acuerdo?* Era lo único que Iván tenía en mente, pero no podía decirlo, ¿o sí?

—¿Y esto te agobia? —Intentó sonar lo más gentil posible, sin lograrlo del todo—. Edgar está muerto y lo único en lo que puedes pensar es en cómo se perdió de probar un exclusivo coñac.

Phillip negó con la cabeza.

—No lo entiendes —murmuró—. Es la ironía de todo lo que me molesta, pero no lo comprenderías. Ha pasado demasiado tiempo desde que fuiste un hombre mortal.

—¿Oh? —Iván reprimió una risita—. Te recuerdo que ya sea hoy o hace tres siglos, la muerte sigue siendo la misma. Es dura, impredecible y no conoce la misericordia.

»La muerte se arrastra detrás de ellos cuando menos lo esperan. Y no le importa la justicia a su llegada. Un derrame cerebral, un ataque al corazón... cualquier cosa podría haber evitado que Edgar probara esa bebida, pero fue la sed de un vampiro lo que lo mató. —Hizo una pausa. —La ironía no tiene parte en esta historia, Phillip. Es la crudeza de la realidad lo que te molesta.

—Lo que sea... —Phillip suspiró—. Maldición, ¡me caía bastante bien el tipo!

—Me temo que no puedo decir lo mismo —bromeó Iván—. Arruinó todo anonimato para mí, al menos en esta vida.

—¿No te has enterado? —dijo su aprendiz, levantando una ceja—. El mundo llegará a su fin el 31 de diciembre... Ya eres una noticia vieja, Iván.

Iván se rió por lo bajo.

—Uno solo puede esperar que así sea.



Phillip frunció el ceño.

—¿A qué parte te refieres, al fin del mundo o al retorno de tu anonimato?

—A ambas cosas. —Iván sonrió.

Phillip soltó una carcajada. ¿Lo había hecho sentir mejor? Su aprendiz parecía por fin haberse recuperado de su ataque de tristeza. Y hablando de eso...

—¡Oh! Acabo de recordar —dijo—. Tengo algo que te alegrará.

—¿Qué es?

## MONA

**M**ona ajustó el espejo retrovisor para revisar su maquillaje: labios rojos cereza, piel de porcelana, gruesas pestañas oscuras. Suaves ondas de pelo negro enmarcaban su rostro de muñeca.

Frunció los labios e inhaló bruscamente. Su corazón se aceleraba con anticipación. La sola idea de verlo envió una ráfaga de calor a través de su cuerpo.

*Ha sido un largo tiempo.*

Cerró la puerta del BMW detrás de ella y se dirigió hacia la decadente casa al otro lado de la calle. Toda la parafernalia de la Noche de Brujas decoraba escaparates y casas. Calabazas talladas iluminadas, esqueletos bailando, gatos negros... todo.

Faltaba una semana para la Noche de Brujas. Negro y naranja eran los colores favoritos de Mona, y también la celebración pagana. No había mejor día para lanzar un hechizo. El velo que dividía este mundo del siguiente descendía entonces, abriendo las puertas a la magia.

Se detuvo frente a la casa de estilo victoriano, la fachada de La Cueva del Diablo. No solo era una discoteca exclusiva, sino que era la sede del aquelarre de vampiros de San Francisco. Una membresía era obligatoria para obtener acceso. Y aunque Mona no la tenía, se dirigió a la puerta trasera.

—Srta. Mona Mai... —dijo una voz grave. Un escolta alto surgió de las sombras del patio.

—Estoy aquí para ver a...

—No hay necesidad. Adelante. —El hombre alcanzó la puerta. Manteniendo una expresión ilegible en todo momento, la escoltó al interior.

Candelabros de cristal colgaban de los techos y proporcionaban una luz

tenue. En el centro del pasillo había un sofá redondo y capitonado en color burdeos. A su alrededor, una multitud fumaba y bebía lo que ella suponía no era vino tinto. Grandes espejos pendían de las paredes, reflejando la luz de las velas y el destello de los rayos de luz LED púrpura. Nu Metal retumbaba de los muchos altavoces cuidadosamente ocultos bajo arreglos exóticos de plantas de serpientes y filodendros.

El guardaespaldas se detuvo, señalando el camino por un pasillo alfombrado de color burdeos. Mona asintió, y en seguida, el vampiro desapareció en la multitud.

Varios salones estaban a cada lado del corredor. En estas habitaciones oscuras, los bebedores de sangre permanecían acompañados por sus demisangres. Sus miradas escrutadoras aterrizaron sobre ella en el camino. Sabían que ella era mortal, un humano en medio de vampiros, pero incluso entonces ella no titubeó.

—Baila conmigo —dijo una voz en su oído. El bebedor de sangre había salido de un salón tan rápido que la mareó.

Mona rodó sus ojos hacia atrás y no le dio respuesta. Su interés estaba puesto al final del pasillo, en la escalera que la conduciría hacia *él*. Ella no les tenía miedo. Cualquier bebedor de sangre mal educado que se atreviera a molestarla invariablemente se encontraría con la ira de Jiao Long, eso sin mencionar sus letales poderes oscuros.

—Ella está con el Dragón... —un susurro en la oscuridad. El bebedor de sangre molesto retrocedió.

Mona bajó la escalera y llegó a la bodega. Un túnel profundo y con una pendiente pronunciada era la única forma de avanzar. Esta parte de la casa estaba fría. Estaba empezando a arrepentirse de llevar un vestido sin mangas y tan corto... Bueno, en realidad no. Ella se veía fenomenal en ese vestido. Mona estaba segura de que verla en él le complacería y eso hacía que todo valiera la pena.

Llegó a una bóveda central bajo tierra, rodeada de anchas columnas góticas. Tres túneles más se ramificaban fuera de la habitación. Un pequeño grupo de bebedores de sangre conversaba en la más baja de las voces. Pero las palabras *bruja* y *Dragón* pronto alcanzaron sus oídos.

La elección era simple. Solo había un túnel iluminado por antorchas. Tenía que conducir a él.

Los tacones altos de Mona hacían eco mientras se movía a través del túnel adoquinado. No tardó mucho en llegar a otra habitación, más grande y

profusamente decorada con pendones de terciopelo rojo que colgaban de su techo abovedado. Los reposteros estaban bordados en oro con el sello del Árbol de la Vida, la insignia del Divisor de Cráneos. Había esperado encontrarse con la mayoría de los objetos en esta habitación, pero nunca con lo que ahora estaba ante sus ojos. Su abuelo por generaciones, sentado en el codiciado trono del aquelarre del Diablo: el Trono Rojo.

—Temía que mis ojos nunca vieran esto —dijo, acercándose.

Divertido por sus palabras, los labios de Jiao trazaron una sonrisa traviesa. Una inyección de adrenalina se disparó por las arterias de Mona. Ella se sonrojó. La sensualidad inherente de Jiao Long la había atraído desde que podía recordar. Su encanto vampírico solo realzaba el atractivo sexual innato de Jiao.

—Mona —dijo. Su voz era oscura, profunda, y la llevaba al borde del deseo salvaje. Con un sugestivo movimiento de sus dedos, la invitó a acercarse—. Has estado lejos de mí por mucho tiempo... Creo que te he echado de menos, Mai Mai.

—Pues yo no —dijo ella con determinación, pero por supuesto, era mentira—. Supongo que esto significa que hay un nuevo rey de los vampiros en San Francisco.

Con falsa humildad, Jiao inclinó la cabeza.

—Es *líder* ahora, Mai Mai. La política sugiere que uno debe evitar las denominaciones imperiales en esta época. —Entrecerró los ojos, su mirada lúdica la barrió de pies a cabeza. Jiao se levantó del Trono Rojo y miró su heráldica bordada—. Lucirá más apropiado una vez que haya borrado todo rastro del Yggdrasil de Eirik Bjorn y el Dragón tome su lugar... Pero dime, ¿qué te trae por aquí?

—Tenemos que hablar, Jiao. —Cuatrocientos años se interponían entre ellos, y sin embargo, él aparentaba su misma edad.

—Muy bien, pero no aquí. —Con una mirada rápida barrió la sala del trono—. Liam..

Una figura surgió de las sombras. Casi un metro ochenta de estatura, complexión musculosa y cabello largo tan rubio que parecía blanco bajo la parpadeante luz de las antorchas.

—Por favor, acompaña a mi amada Mai Mai a la isla —dijo. Liam asintió con gravedad.

—Nos encontraremos allí en breve. —Jiao tomó su mano. Mona cumplió sus deseos. Luego él presionó sus suaves labios sobre el dorso.

Algo se agitó en la negrura de su alma. Ese simple beso le había hecho recordar la única noche que pasaron juntos. Sucedió unos meses después de que se casara con André. No podía negarle a Jiao Long cuanto él deseara. Y ella lo deseaba ahora más que nunca.

## MASCARADA

Phillip estudió el sobre negro que le entregó su creador. Un escudo de armas estaba grabado en su sello de cera dorada. Era un halcón de dos cabezas con alas majestuosas abiertas y garras que sujetaban un par de espadas cruzadas. Phillip había visto su semejanza antes, en el anillo de sello de Iván.

Rompió el sello y sacó un pedazo de pergamino negro escrito en letras doradas que decía:

ESTÁ USTED CORDIALMENTE INVITADO A  
LA MASCARADA DE NOCHE DE BRUJAS  
DE LA FUNDACIÓN LOCKHART

—La mascarada... —musitó Phillip. Año tras año, Iván reunía la *crème de la crème* de la sociedad para esta velada. Los políticos eran imperativos, tal como lo eran las celebridades, además de algunos de los conocidos especiales de Iván. ¿Planeaba invitar a Antoine?

—¿Pero estás seguro, Iván? —preguntó Phillip—. ¿No deberíamos cancelar este año? Quiero decir, ¿es prudente teniendo en cuenta que...? —*Que falta un miembro de nuestra familia*, quería decir. Después de todo, Alisa y Phillip compartían la misma sangre.

—No haré tal cosa —dijo Iván—. Un poco de distracción es justamente lo que necesitamos... El próximo viernes por la noche esta casa estará repleta de seductores y jóvenes mortales. —Hizo una pausa—. Puedes salir ahora, Marianne. Sé que has estado escuchando a escondidas nuestra conversación.

Ligeros pasos se precipitaron por la escalera. En cuestión de segundos, Marianne apareció en la sala de estar, aliviada al descubrir que el estado de ánimo de Lockhart había cambiado. Pero Phillip conocía bien a su creador, y no estaba tan seguro de que su ira hubiera sido apaciguada.

—¿Tendremos una fiesta, entonces? —preguntó Marianne.

—Así es. —Iván asintió—. Eso sí, esta reunión es un evento social exclusivo, no el buffet privado de un Inmortal. Así que me temo que te será imposible comer a los invitados, Marianne. ¿De acuerdo?

La última observación de Iván le había calado como mil agujas, era tan obvio... Pero ella no podía arriesgarse a apartarse de la buena voluntad de Iván.

—Me comportaré —susurró ella con las mejillas sonrojadas.

A pesar de que la muerte de Edgar Bolden se aferraba al corazón inmortal de Phillip, la mascarada le daba algo de consuelo a su dolor. En realidad, estaba deseando que llegara ese día.

---

CASSANDRA SE ALZÓ SOBRE LA MESA DE LA COCINA. SUS OJOS ALMENDRADOS SE fijaron en el libro que tenía delante.

—Oh, Granny —se quejó—. ¿Por qué me enviarías este libro si no querías que lo leyera? —Lloriqueando, se levantó del suelo y se sentó en la silla.

Había estudiado el diario de Granny durante horas. Hasta sus tapas de cuero marrón se habían grabado en su memoria junto con la piedra lapislázuli de forma ovalada que estaba fija en la cubierta.

Tiró de la cerradura con los dedos. No había forma de abrir ese maldito cerrojo sin una llave.

—Quizás... —musitó, dirigiéndose al mostrador. Cassie abrió el cajón y sacó un cuchillo. No era una experta en cerrajería, pero estaba segura de que sería una tarea fácil para una cerradura tan simple. Además, siempre estaría Youtube si necesitaba un tutorial.

Cassandra tomó el libro. Deslizaría la punta del cuchillo en el candado... Eso debería bastar.

—Rápido y fácil... —Se mordió el labio inferior. Deslizó el cuchillo lentamente en el... —¡Ay! —Cassie dejó caer el cuchillo y el libro sobre la mesa. Un disparo de electricidad había quemado sus manos—. ¿Qué

demonios? —Era como ese juego, *Operación*, ¡y ella se había ganado el timbre!

—¡Por Dios! —Batiendo sus manos en el aire—. ¿Qué es esto? ¿Algún conjuro? Granny... ¿Dónde está la llave?

—*Merde!* —gritó, sorprendida por un fuerte silbido que le perforó los tímpanos. Cassie se volvió hacia la estufa. El sonido provenía de la tetera humeante—. Realmente necesito relajarme.

Estiró la mano sobre la estufa para mover la tetera.

—¡Maldición! —El vapor caliente le quemó la muñeca. La tetera y la taza se estrellaron contra el suelo de baldosas, fragmentos de porcelana se dispersaron en la habitación.

—¿Qué pasa conmigo? —Cassie cayó de rodillas y sollozó, recogiendo el desastre en el suelo. Cassandra se sentía completamente perdida desde el incidente de Mona, aquel en el que accidentalmente la había enviado a volar por la cocina.

Había sangre en los fragmentos de porcelana. Le dio la vuelta a su mano. Una rebanada vertical de cinco centímetros se extendía en su palma.

—¡Oh, genial! —Levantó el brazo para retrasar el sangrado. — ¡Simplemente genial!

Ver su propia sangre la mareó. Un zumbido retumbó en sus oídos... Estaba a punto de desmayarse. El zumbido pronto se desvaneció y se transformó en un estruendo bajo... ¿Acaso lo estaba imaginando? ¿Pasaría a la historia de los Deveraux como *Cassie la Loca*?

Luces azules destellaron en la cocina y desaparecieron con la misma rapidez... Venían del libro. Atrapada por la curiosidad, Cassandra se puso de pie. Sostuvo su mano sobre la portada del diario. A segundos de tocarlo, la piedra de lapislázuli brilló, realmente brilló. Y en ese momento, las palabras de Lockhart resonaron en su mente: «¿*Es este un libro de hechizos?*»

—¿Lo es? —preguntó ella.

Una gota de sangre se deslizó de su dedo y aterrizó en la piedra, seguida por otra.

—¡Oh, no! —Cassie tomó una servilleta para limpiar la sangre del... ¿Qué? No imposible. La piedra se hizo más brillante como si estuviera iluminada desde adentro. La luz de la piedra irradiaba en tonos de azul y se esparcía por cada rincón de la habitación.

---



IVÁN APLASTÓ EL TROZO DE PAPEL EN SU PUÑO.

*Qué decepción.* La excelente capacidad de Edgar Bolden para la investigación fue inútil en su última tarea. La misión en la que Iván había confiado había sido de naturaleza delicada: revelar los contenidos de la última voluntad y testamento de Annette Deveraux.

Había esperado que el collar fuera mencionado en esos documentos. Pero la nota de Edgar explicaba la situación con bastante claridad:

*Todo va para la Srta. Cassandra Deveraux. Una casa en Saint-Tropez se queda con su prima, la Srta. Jeanette Deveraux. El fondo fiduciario de Cassandra no se revelará hasta su cumpleaños. No hay mención de ninguna joyería.*

Iván podría haberlo predicho todo. La tradición en el linaje Deveraux dictaba que la totalidad de los bienes de la familia pasaran a la mujer de mayor edad. Esta habría sido Denise Deveraux, pero ella había renunciado a ese derecho cuando dejó la familia años atrás, estando embarazada de Cassandra. La siguiente mujer en la línea de sucesión era su hija.

Jeanette Deveraux era en realidad bastante cercana a Cassandra en edad, un mes más o menos. Huérfana en su infancia, ella vivió en París con Annette. Había pasado un tiempo desde la última vez que Iván la había visto. Trataba de mantenerse al día con la familia, pero vivir en Estados Unidos lo había distanciado de los Deveraux.

Curioso que Annette hubiera elegido ocultarle a Cassandra su estatus de heredera universal hasta el día de su cumpleaños... ¿Acaso era un último regalo?

La joven bruja no había mentido. En sus ojos, el reloj de Mora de Katherine y el diario de Annette representaban la totalidad de su herencia.

—Tendré que empezar a confiar en ella si alguna vez espero encontrar a Alisa. —Lanzando un profundo suspiro, abrió el cajón del escritorio y deslizó la nota de Edgar entre las páginas amarillas de su diario.

---

—PENSÉ QUE TE ENCONTRARÍA AQUÍ —DIJO PHILLIP, APOYÁNDOSE CONTRA LA jamba de la puerta. Una mirada dura a su creador fue suficiente para

cuestionar su serenidad.

¿Cómo podía siquiera pensar en organizar una fiesta cuando aún no se había determinado el paradero de Alisa? ¿Acaso no le importaba su bienestar? A veces parecía estar emocionalmente interesado en su búsqueda, y otras veces parecía distante e indiferente... Phillip no podía explicarlo, pero lo pensaría dos veces antes de volver a cuestionar a Iván. No arriesgaría otra pelea con su creador.

—¿Hay más cadáveres que reportar? —Iván se burló.

—Me temo que no. —Philip deslizó sus manos en los bolsillos de sus jeans y entró—. Escucha... sobre eso. No creo que ella tuviera la intención de...

—¿De matar a Edgar? —Iván resopló—. Debes ser el alma más amable en medio de las más malditas de las almas... Cuídate, Phillip. Marianne es todo menos ingenua.

—¿Qué quieres decir? —frunciendo el ceño.

—He estado pensando —dijo Iván, evitando darle una respuesta directa—, ya que Marianne está de vuelta en nuestras vidas, en tu vida, debo decir, tal vez es hora de que busque una compañía igualmente digna. —Hizo una pausa, para efecto dramático, con toda seguridad—. ¿Cuáles son tus pensamientos sobre Antoine? —Una breve sonrisa reveló una insinuación de sus afilados colmillos.

La sangre de Phillip se congeló.

—¿Mis pensamientos sobre Antoine? —Hizo una mueca—. ¿Mis pensamientos...? ¿Estás hiriéndome deliberadamente? ¿Es esa tu intención con esta repugnante pregunta?

Iván pareció confundido por su respuesta, pero todo era un acto. Phillip lo conocía demasiado bien.

—Me canso de tus juegos malvados, Iván —agregó—. No soy una marioneta tuya. No puedes tirar de una cuerda y verme entrar en acción... ¡No lo permitiré! —golpeando el escritorio.

La conducta de su creador no cambió. La compostura estatuaría de Iván era de lo más odioso... ¿No le importaba ni siquiera un poco?

—Vaya... —Iván musitó—. Si no te conociera, diría que estás celoso.

—Disparates.

Por fin se levantó de la silla y caminó alrededor del escritorio para encontrarse con él.

—Entonces debes sentirte algo aprensivo hacia Antoine... preocupado por

él.

Por un segundo, Phillip tuvo dificultades para identificar si esas palabras eran reales o si provenían del sarcasmo de su creador.

—No me pueden importar menos sus desgracias —dijo Phillip—. Haz lo que quieras, Iván. Como siempre lo haces.

—Por supuesto, lo haré —respondió su creador—. Pero más importante aún, respóndeme esto: ¿por qué crees que yo querría hacerte daño?

Phillip permaneció en silencio.

—Puede que te sorprenda, pero no soy el demonio vicioso que imaginas. —Iván se inclinó sobre el escritorio y deslizó una tarjeta hacia Phillip—. Alisa ha alterado tu vida tanto como la mía... Esto podría hacerte más llevadero este trance.

Una tarjeta de negocios.

ELIZABETH SHARMA.  
SUBDIRECTORA DE CUENTAS  
ROYAL AUTOMOBILE IMPORTS.

—¿Importaciones de automóviles? —leyó Phillip.

—No quisiera que pusieras en peligro mi coche nunca más.— Iván sonrió a medias—. Trata de cuidar mejor de este, ¿quieres?

—¿Es un...?

—Ya lo descubrirás —dijo Iván, echándole un rápido vistazo a su reloj.

Quizás su creador no era tan despiadado después de todo. Si Phillip pudiera pasar por alto la travesura de sus juegos descubriría al amigo y mentor que una vez había atesorado ochenta años atrás.

—Debo irme —dijo Iván, dirigiéndose al vestíbulo.

—¿A dónde? —La ira de Phillip se desvaneció pronto para su sorpresa.

—A Deveraux Hall... ¿Vienes?

—Claro. —De vuelta a la búsqueda, una meta común como en los primeros días de su despertar—. ¿Pero qué tal un pequeño desvío primero? Estoy hambriento.

---

LA LUZ AZUL ESPECTRAL PARPADEÓ Y PALIDECIÓ, RECOGIÉNDOSE EN LA PIEDRA

lapislázuli fijada en el grimorio.

El aire se agitó en la habitación. Un suave canto se filtró en sus oídos. Cassandra se giró. Una docena de entidades pacíficas la rodeaban.

*«Tu nombre... Abraza tu nombre...»*

Un sentimiento familiar emanaba de esas presencias. Su calidez y su naturaleza acogedora la llevaron al borde de las lágrimas.

El grimorio zumbó y vibró como un teléfono móvil. El libro rebotó sobre la mesa con fuerza, y después de un minuto, se detuvo. Para su asombro absoluto, el pestillo de cuero del grimorio se abrió por sí solo.

Cassandra envolvió un pañuelo alrededor de la herida de su mano. Abrió cuidadosamente el grimorio. El frágil pergamino crujió bajo sus dedos mientras giraba la primera página.

LIBRO DE ENCANTAMIENTOS  
DE LA FAMILIA DEVERAUX

—Joder... —susurró asombrada—. Iván tenía razón... Ahora lo restregaré en mi cara.

Tiró de una silla y se sentó ante el grimorio. Pasando a la siguiente página, cuando sus dedos tocaron el pergamino, miles de imágenes aparecieron ante sus ojos:

*La Mansión Deveraux. En sus años dorados, Annette se sentaba frente al escritorio, estudiando el grimorio. Una suave sonrisa curvó sus delgados labios mientras leía los pasajes escritos por su madre, Katherine.*

*La escena pronto se disolvió y uno de los dormitorios principales de la mansión tomó su lugar. Una joven Katherine, vestida a la vanguardia, se sentó frente al tocador, garabateando notas al margen en las páginas del grimorio. Frente a ella, en un diván de terciopelo color Burdeos, yacía el vampiro Iván Lockhart.*

*«Ya es suficiente...», murmuró con un tono sensual. «Olvidate de ese maldito libro y ven aquí, Katherine. La vida es demasiado corta».*

*«¿Y quién mejor que tú para recordármelo?». Ella soltó una risita, lanzándole una mirada traviesa por encima del hombro. «Terminaré en un minuto. Esto es muy importante».*

*La pluma de Katherine aún no había aterrizado en la página cuando Lockhart apareció a su lado. «No más importante que yo», le susurró al oído, instigándola al deslizar su mano alrededor de su cintura.*

*«¡Cariño!», dijo Katherine con una falsa expresión de asombro. Luego mirándose a los ojos, ambos estallaron en carcajadas.*

*Iván apartó el libro y la tomó en sus brazos. Sus labios aterrizaron en los de ella en un beso lento y hambriento...*

*Una última imagen siguió. Era un período anterior en el tiempo, siglos atrás. En el jardín de la casa solariega, oculto del resto del mundo, Juliette Deveraux estaba sentada junto al borde de piedra del estanque, con el grimorio fuertemente sujeto entre sus manos.*

*En medio de la triste canción de sapos, mirlos y cigarras, las lágrimas rodaban por sus mejillas. Los labios carmesí de Juliette estaban teñidos de azul por la luz de la luna.*

*«Unum... ultimo... praestigium...», susurró en la noche.*

Una fuerte ráfaga de viento se agitó en la habitación. Una brillante luz ámbar brillaba en las páginas del grimorio.

—¿Qué está pasando? —musitó Cassie.

Atrapado en un torbellino creciente, el grimorio se elevó sobre la mesa, sus páginas girando en orden aleatorio. Entonces la luz desapareció, el movimiento se detuvo, el viento perdió fuerza, y el libro cayó sobre la mesa, cerrado.

Un hormigueo repentino corrió a través de los brazos de Cassie y alcanzó sus dedos.

—*Tu nombre...* —La voz susurrante emergió de la piedra del grimorio mientras emitía una tenue luz azul. —*Sella tu nombre.*

Obligada por la orden de la voz, Cassandra se inclinó hacia el libro.

—Cassandra... Deveraux... —dijo en un murmullo.

La tapa del grimorio se abrió en la primera página. Entintado con caligrafía antigua, aparecieron varios nombres en el papel. Las letras cambiantes deletreaban el nombre de cada bruja en la familia Deveraux, desde Mme. Camille hasta Katherine, y desde Granny hasta el de ella.

LIBRO DE ENCANTAMIENTOS DE  
CASSANDRA DEVERAUX.

---

—NI SIQUIERA LO CONSIDERARÍA... —IVÁN SONRIÓ, DESLIZANDO SUS MANOS dentro de los bolsillos de sus pantalones. El aire era frío y húmedo, ¿llovería pronto? Odiaría eso. Debería haber conducido hasta aquí, pero Phillip había insistido en que caminaran.

—Vamos, ¿no me digas que no te encanta? —Phillip se rió mientras caminaban por la calle Larkin.

—Odio todo lo relacionado con la cocina, eso incluye los *realities* de la televisión —agregó Iván—. ¡Estás obsesionado con la comida, Phillip!

—No es la comida, Iván —fue rápido en debatir—. Es la competencia, tienes que ver a estos niños cocinar... ¡Son increíbles!

—¿Por qué iba a hacerlo...? ¡Puf! —Iván se detuvo en medio de la calle. Sus ojos llenos de temor se fijaron en la casa estilo Reina Ana como si fuera la entrada al Infierno.

—¿Qué pasa? —Phillip se detuvo unos pasos detrás de él.

—Oh... Es esa casa —lanzando un profundo suspiro—. Me recuerda lo que estoy obligado a hacer.

—¿Salvarla? —Su aprendiz frunció el ceño—. ¿Por qué no querrías...?

—Escucha, Phillip. Solo estoy haciendo esto para librarte del agravio de la invocación psíquica de Alisa... —¿Pero era cierto eso? Realmente no. Había otra razón detrás de sus acciones, y era tan oscura y terrible que apenas se había atrevido a admitirla.

Oh, pero ¿por qué no decirlo? Iván quería respuestas. Se merecía una explicación después de todo el dolor que ella le había causado. Era solo eso lo que había impulsado a su orgullo en esta tonta búsqueda en primer lugar... ¿Por qué negarlo?

—Te enterarás de todo poco a poco —murmuró Iván—. Pero por ahora, aquí estamos... Y por una vez en mi vida, tocaré la puerta.

En cuanto el puño de Iván rozó la puerta, esta se abrió con un chirrido.

—¿Casandra?

No hubo respuesta.

Empujó la puerta y entró. La casa estaba oscura y hundida en el silencio.

—¡Estoy en la cocina! —dijo de pronto—. ¡De prisa, vengan!

—¿Qué sucede? —El corazón de Iván se congeló. Corrió por el pasillo con velocidad demoníaca y llegó a la cocina en cuestión de segundos.

—¡Hala! —dijo Phillip, deteniéndose en seco en la entrada—. ¿Qué diablos pasó aquí? —Parecía que un torbellino había asaltado la habitación.

Los ojos de Cassandra brillaron cuando se levantó de la silla.

—Iván... es verdad. El libro, lo he estado leyendo toda la noche. — Sosteniendo el diario de Annette con cuidado, ella se lo ofreció—. ¡Míralo tú mismo!

Los ojos preternaturales de Iván escanearon las páginas ante él. ¿Era esto una broma? Nada era legible.

—No comprendo —Iván musitó. Estas no eran letras que él conociera, sino un montón de símbolos antiguos. ¿Cómo podría ella comprender siquiera una parte de eso?

—Mira aquí. —Cassandra señaló un párrafo—. Ese es mi nombre en la página. Las voces dijeron: «Susurra tu nombre», y yo lo hice, ¡y ahora está allí! —Se detuvo para recuperar el aliento.

—¿Las voces? —¿Había escuchado correctamente?

—Sí —dijo ella—. ¡Tenías razón, Iván!

—Tenía... razón. —*Se ha vuelto completamente loca. He perdido mi única oportunidad de encontrar a Alisa.*

La joven bruja Deveraux frunció el ceño.

—¿No lo ves? —musitó—. Debe ser un hechizo para proteger el grimorio de ojos no deseados.

—Espera... —Iván se acercó—. ¿Me estás diciendo que este libro es...?

—El Libro de Hechizos de los Deveraux. Nuestro grimorio, tal como dijiste. —Cassie insinuó una sonrisa—. Lo dice aquí.

Iván miró la página de nuevo. Galimatías, figuras oscuras de las que no entendía nada.

—Todo lo que veo son símbolos antiguos... —Cerró el libro y lo estudió por un momento. La encuadernación de cuero y la piedra lapislázuli de la portada le eran familiares—. He visto este libro antes. Este era el diario de Katherine. Solía garabatear en él... bastante. —Iván lo abrió y aún así, nada. Brujería, seguro.

—¿Dice algo acerca del collar? —preguntó Phillip, acercándose.

Cassandra apretó los labios.

—Hasta ahora no he encontrado mas que hechizos... ¡Desearía que Granny estuviera aquí para guiarme a ese collar! —lloriqueó—. Pero, tal vez... —entrecerrando los ojos.

—¿Qué cosa? —dijo Iván—. Di lo que piensas, ¿quieres?

—Tal vez pueda convocarla... La misma Granny podría llevarnos al collar.

—Sí. No más retrasos... —Iván musitó.

—¡Ah, demonios, no! —Phillip dio un paso atrás, notablemente aterrado

por la sola idea de contactar a Annette en el Inframundo—. ¿Estás segura de eso, Cassie? —dijo—. ¿No deberían los muertos... ya sabes, descansar en paz?

Cassandra suspiró.

—Por supuesto. ¿Qué estaba pensando?

—No le prestes atención —interrumpió Iván—. Si ese libro puede ayudarte a comunicarte con Annette, entonces por supuesto, debes hacerlo.

—¡Iván! —siseó Phillip.

—¿Qué? —respondió—. Annette ocultó mi propiedad. Lo menos que puede hacer ahora es aceptarlo y decirme dónde está.

—Me temo que tiene razón, Phillip. —Cassandra cerró el grimorio—. Si voy a hacer esto, necesito un lugar adecuado para ello... Esta cocina es un desastre.

---

LA PARPADEANTE LUZ ÁMBAR DE CUATRO VELAS BLANCAS BRILLABA ANTE LOS ojos de Cassandra. En la sala de estar, se sentó junto a la mesa de café donde había colocado el grimorio. Era un lugar cómodo donde podía relajarse y concentrarse en la tarea que tenía entre manos.

Este era su destino. El destino de las brujas Deveraux estaba entrelazado con el del vampiro Iván Lockhart. El comienzo de su alianza se remontaba a más de tres siglos. Este era el momento de Cassandra para brillar, para contribuir a la promesa de su familia. Estaba en su sangre pagar las muchas veces que Lockhart había intervenido en beneficio de las brujas Deveraux y también compensar el dolor y el sufrimiento que le habían infligido sus antepasados: el padre de Katherine, George, le venía a la mente. Él había disuelto la unión de Grandmama con Lockhart cuando se aseguró de casarla con Edward Lancaster.

La abuela había confiado el grimorio de la familia a Cassandra, se aseguraría de que la fe de Annette en ella no se desperdiciara. El bienestar del primer retoño de Lockhart dependía exclusivamente de ella ahora. *Sin presión, Cassie.*

—Creo que lo encontré —murmuró. Su dedo aterrizó en el párrafo que permanecería tan ininteligible para ambos bebedores de sangre como si estuviera escrito en sumerio—. Es una invocación...



—Me parece genial. —Iván se deslizó en el sofá. Parecía listo para ver algo de acción—. Probablemente me llevaré u regaño suyo por causarle tantos problemas más allá de la tumba... —Soltó una risilla.

—¿Cómo puedes reírte? —dijo Phillip, molesto. Paseaba en círculos sin fin junto a la chimenea—. ¿No tienes respeto alguno por los muertos?

—Al contrario, Phillip... —Iván sonrió—. Los tengo en la más alta estima... La mayoría de ellos sirvió mi sed antinatural antes de dejar este mundo.

—Eres imposible. —Phillip resopló.

—Lo sé. —Iván sonrió—. Ahora, ¿podrías sentarte? Tu inquietud es insoportable.

Phillip se escabulló en la esquina y se sentó en una silla. Cruzó los brazos sobre su pecho. Apretó sus labios y su ceño se frunció con acritud—. No me gusta esto ni un poquito.

—Oh... ¿en serio? Odio decírtelo, Phillip, pero... ¿eres un vampiro! ¿Qué más hay que temer?

—¡Ambos, por favor! —Cassie levantó sus manos. Estos dos bebedores de sangre eran demasiada distracción. Ella necesitaba concentrarse. En silencio, leyó el hechizo una vez. Luego, siguiendo las instrucciones, colocó su mano sobre la página del grimorio y leyó el hechizo en voz alta.

—*Annette Deveraux ... ¡Ostende te!*

—*Annette Deveraux ... ¡Ostende te!*

Repitió las palabras una vez más. El silencio se instaló en la habitación. El tictac del reloj Mora era el único sonido.

Lockhart estiró sus brazos sobre la espalda del sofá. Luego se volvió hacia la escalera. ¿Esperaba ver ahí a la mujer que había conocido desde que era niña? ¿Bajaría Annette por las escaleras?

Esperaron unos minutos más.

No pasó nada.

—Ah, bueno... Supongo que estará ocupada entonces... —Iván se levantó del sofá.

—¿Por qué no funcionó? —murmuró Cassie. ¿Lo había dicho mal? ¿No se había concentrado lo suficiente en las palabras?

—Tal vez es lo mejor. —La cálida mano de Phillip aterrizó en su hombro.

—Tal vez...

—No dejes que esto te desanime, Cassandra —dijo Iván, parado junto a la puerta—. Eres nueva en esto. Tomará tiempo y práctica... Lamentablemente, el

tiempo es un lujo que no podemos permitirnos.

*Alisa depende de ti*, habría agregado con certeza.

El tiempo era su enemigo.

## MONA

**L**a mansión exclusiva de Jiao se extendía a través de cientos de acres en la isla. El antepasado de Mona había amasado una gran fortuna a lo largo de sus años en la Oscuridad. Todas las necesidades básicas estaban a su disposición: amplios jardines, piscinas, un gimnasio y una cocina central dirigida por chefs con estrellas Michelin.

Pero no todo era lo que parecía. Debajo del paraíso digno de un hotel de lujo había un complejo de seguridad. Este búnker a prueba de guerra tenía una intrincada red de túneles con paredes de concreto, bóvedas y puestos de seguridad. Eso sin mencionar los cientos de guardias que vagan en la guarida de Jiao.

Ella había estado aquí antes, unos años atrás. Pero cuando llegó a lo que parecía ser otro túnel sin fin, Mona perdió la pista de la salida.

*¿Dónde está la maldita salida?*

—¿Te has perdido, Mai Mai? —dijo una voz detrás de ella.

Mona se volvió. Verlo hizo que todo mejorara.

—Me temo que has olvidado colocar un mapa en la pared, Jiao.

Divertido, le pasó el brazo por los hombros y la acompañó hasta la planta baja.

—Lo siento, no he tenido la oportunidad de hablar contigo, Mona. He estado ocupado manejando asuntos delicados.

—Lo entiendo. —Ella lo siguió hasta el ascensor.

Las puertas se abrieron en la oficina de Jiao. Se detuvo en la chimenea. Su mano aterrizó en un dragón de bronce sobre la repisa. Acariciando las escamas de la bestia, Jiao sonrió. Luego inclinó la escultura hacia atrás. Algo hizo clic en la pared. Todo el panel de la pared se movió y giró, revelando una

habitación secreta.

—Uno nunca puede ser demasiado cuidadoso. —Jiao se encogió de hombros.

¿Cuántos enemigos había hecho durante cuatrocientos años en la Sangre? ¿Qué número justificaría niveles tan altos de seguridad y precauciones tan extensas?

Entraron en la habitación privada detrás de la chimenea.

—Por favor, siéntate. Hay té y pasteles si lo deseas. —Jiao se sentó en el sofá frente a ella, cruzó las piernas y se relajó.

—Gracias —dijo Mona. Estaba muerta de hambre, pero solo sirvió un poco de té en una pequeña taza de porcelana y tomó un pequeño sándwich.

—Querías discutir algo importante. —Le ofreció la bandeja de sándwiches. ¿Acaso había leído su mente y descubierto lo hambrienta que estaba? Probablemente.

Mona aceptó la bandeja y sonrió. Terminó su pequeño sándwich y tomó un sorbo de su té. Y luego, su cara se convirtió en una máscara de seriedad.

—Los poderes de Cassandra están aumentando. No pasará mucho tiempo antes de que descubra quién es ella. Su vigésimo primer cumpleaños está a semanas de distancia.

—Y esto te preocupa, ¿la bruja Deveraux?

—Debería preocuparte también —presionó—. Lo encontró... El grimorio.

Los ojos de Jiao se agrandaron. Se inclinó hacia adelante, esperando escuchar el resto de la historia.

—Hace algunas noches, la pillé saliendo a hurtadillas de la casa, la pequeña ladrona. Ella tenía el libro.

—El grimorio no significa nada sin la orientación adecuada. —Jiao se burló.

—Hay más —dijo Mona—. Hubo una riña entre nosotras. Cuando la toqué, vi a Lockhart y el collar. —Hizo una pausa—. ¿No lo ves? Lockhart lo quiere y ella lo está ayudando.

Una risa tranquila escapó de su boca.

—¿Te parece gracioso? —preguntó Mona. La reacción de Jiao era casi insultante—. Si Lockhart encuentra el collar y bebe la Fuente, ¿se convertirá en el vampiro más poderoso que jamás haya existido!

—Tranquilízate, Mona. —Jiao acarició su mejilla—. Tus noticias me dan mucha alegría. Las ruedas que he puesto están finalmente en movimiento.

¿Ruedas? ¿De qué estaba hablando?

Jiao se levantó del sofá. Uniendo sus manos en la espalda, caminó en la habitación.

—He querido ese frasco durante siglos... —Jiao se detuvo frente a la chimenea—. Ese bastardo milenario, Dristan, se lo robó a mi Padre en la Sangre hace siglos. Cuando mi creador fue destruido en las Guerras Híbridas, prometí restaurar la Fuente a la Casa del Dragón. Y, ¿quién mejor para beberlo que yo? —Alzando las cejas, se rió—. Lockhart se deshizo de la Fuente en las manos de los Deveraux como si fuera una baratija. Desde entonces, las brujas lo han mantenido oculto dentro de ese collar. Durante décadas, traté de arrebatárselo la Fuente, y en cada vez fallé.

»Pero como dicen, *Un hombre nunca es demasiado viejo para aprender*. Y aprendí que el camino hacia el collar no es a través de los Deveraux, sino de Lockhart.

Los ojos color avellana de Jiao Long brillaron con una chispa preternatural.

—¿Qué hiciste? —preguntó Mona.

—Le he dado a Lockhart suficiente motivación para reclamar el collar a las brujas. Él me llevará directamente a la Fuente sin siquiera saberlo. —Bufó—. Brillante, ¿no es así?

—¿Cuál es esa motivación?

—Te lo mostraré.

---

SE ENCONTRABAN EN LOS TÚNELES DE NUEVO. ÉSTA PARTE DEL COMPLEJO estaba restringida al acceso personal de Jiao.

Las puertas del ascensor se abrieron.

—Es muy profundo, Mai Mai. Puede que te marees, pero solo por un momento.

Ella sabía hacia dónde se dirigían.

—Las celdas de la prisión —dijo ella.

—Así es. —Jiao sonrió—. Quiero que conozcas a un prisionero muy especial. Me gustaría que trabajases un hechizo y bloques su presencia a ojos no deseados.

Su petición la complació más de lo que las palabras podían decir. Mona jamás rechazaría los deseos de Jiao Long.

—Cualquier cosa para restaurar la supremacía del Dragón sobre todas las demás casas... —dijo ella—. Pero primero, debes mostrarme... Déjame ver la motivación de Lockhart.

Los labios de Jiao se curvaron en una sonrisa maliciosa.

Se detuvieron frente a una impresionante puerta de hierro, demasiado grande e imponente para un lugar como este. Era el tipo de puerta que uno esperaría encontrar en la bóveda de un banco. Algo precioso e invaluable esperaba del otro lado.

Jiao abrió la tapa de un panel de control. Ingresó una combinación digital. Los engranajes retumbaron lentamente dentro de la puerta, su resonancia mecánica resonó en el túnel.

Una corriente de viento frío se filtró cuando Jiao tiró de la manija de la puerta. La abrió como si no pesara nada.

La entrada dividía el túnel en dos secciones diferentes. Un túnel rústico y oscuro estaba detrás, pero ante ellos había un pasillo que bien podría pertenecer a un palacio. Arañas de cristal colgaban de los altos techos, tapices medievales colgaban de las paredes. Una alfombra roja cubría el piso de mármol. Un aroma a lavanda se suspendía en el aire.

Al final del largo corredor había una habitación con sus blancas puertas dobles francesas atractivamente abiertas.

—Esto es nuevo... —musitó Mona.

Jiao la condujo por el pasillo. Era cálido y acogedor, lejos de parecer una prisión.

—Es la misma sala de prisión que hechizaste hace años —dijo con un gesto desdeñoso—. Redecoré un poco para mi invitado.

¿Un poco? ¿Su invitado?

—Prisionero —dijo Mona.

Él frunció el ceño.

—¿Qué cosa?

—Te refieres a tu prisionero —agregó—. Te tomaste muchas molestias por un simple prisionero. —A Mona no le gustaba nada esto. Pero a Jiao no parecían importarles sus palabras de desprecio.

Se detuvieron en la puerta. Con una mirada de soslayo, Jiao presionó su dedo índice sobre sus suaves labios, sugiriendo silencio. Alguien estaba dentro, sentado en una silla de ala de terciopelo blanco. Leía junto a una chimenea eléctrica. Pesados mechones de cabello negro como el azabache ondularon sobre su hombro, ocultando el rostro de la mujer.

La prisionera cerró el libro y lo puso en su regazo. Cuando se levantó de la silla, el brillo de su vestido de cuentas llamó la atención de Mona. Era un vestido azul real, sin mangas y bordado en oro.

—¿Es todo de tu agrado, querida? —preguntó Jiao a la mujer.

Demasiadas consideraciones para una prisionera.

La mujer se volvió.

—Quiero... —dijo ella—, mi libertad.

Jiao sonrió.

—Me temo que eso es imposible... Pero creo que tu estancia entre nosotros será breve. —Hizo una pausa—. ¿Cómo te está tratando Liam?

Sus ojos se iluminaron con furia. La mujer frunció los labios, levantando la barbilla. Trató de parecer indiferente a las palabras de Jiao, pero los ojos de la prisionera brillaban con lágrimas inminentes. ¿Qué le había hecho exactamente Liam?

—¿Por qué me trajiste aquí, Jiao Long? —dijo, su voz apenas se rompió—. ¿Es esto una especie de venganza? Debería haberte matado en Bucarest...

—Lástima que no lo hiciste —se burló—. Sabrás todo en su momento.

Ella inclinó la cabeza. Sus llamativos ojos azules atravesaron a Mona. Las rodillas de Mona se doblaron. Quienquiera que fuera, esta mujer era poderosa; pero no más que Mona, sin duda.

—Has traído una bruja contigo... —alzando una ceja—. ¿Tienes miedo de mí, Jiao Long?

*¿Quién demonios se cree que es ella? ¿Cómo se atrevía a tratarlo con tanta falta de respeto? Alguien tenía que recordarle que no importaba lo lujoso que fuera su entorno, seguía siendo una prisionera.*

La esquina de sus labios se curvó en una sonrisa malvada. Y luego, la mujer se rió. De verdad se rió.

—¡Tu bruja no sabe quién soy! —dijo fingiendo sorpresa.

¡Indignante! El rostro de Mona se encendió. Apretó la mandíbula y cerró los puños, lista para disparar un poco de Magia del Dragón.

—¿Traes a una bruja aficionada ante mí? —se burló—. Oye, eso es bastante insultante.

—¿Quién diablos eres tú? —Mona dijo. Ella no podía parar ahora.

—Créeme bruja, no quieres saberlo. —La prisionera le dio la espalda a Mona. *¿Cómo se atreve a hacerlo?*

Mona fue tras ella.

—¡Te lo mostraré!

—¡Mona! ¡No! —dijo Jiao, incapaz de contenerla.

Mona estaba a punto de agarrar el hombro de la mujer cuando la prisionera desapareció. Barrió la habitación con una mirada rápida, y cuando se volvió, la prisionera estaba a centímetros de su cara. La sangre de Mona se congeló al ver el par de afilados colmillos peligrosamente cerca de ella. La mujer le agarró el cuello con una sola mano y la levantó del suelo varios centímetros.

—No puedo... —Mona gruñó—, ¡respirar!

—¡Alisa, por favor! —exclamó Jiao—. No hay necesidad de esto... ¡Basta!

Con una mirada desafiante, Alisa la atrajo más cerca hasta que sus labios se encontraron con el oído de Mona.

—Nunca bebería tu sangre —dijo—. Tu clase está por debajo de mí, bruja.

—Soy Alisa Lockhart. He sido un vampiro por más de trescientos años. La sangre milenaria de reyes corre por mis venas. Y tú... no eres más que una tonta bruja.

El cuerpo de Mona se estrelló contra el suelo. Jadeando por el aire, se revolvió de brazos y piernas y se arrastró hasta la puerta, donde se encontraba Jiao Long. ¿Por qué no la había ayudado? ¿Por qué no se había movido de ahí?

Entonces lo entendió.

*El hechizo.*

Ella misma lo había lanzado hace años. Era un hechizo de bloqueo para proteger a los que estaban fuera de la celda y contener el que estaba destinado a estar dentro. Alisa no podía salir de la habitación, pero cualquiera podía entrar y sufrir las consecuencias.

*Ella podría haberme matado.*

Cuando llegó a los brazos de Jiao Long, él la ayudó a levantarse e inmediatamente empujó a Mona detrás de él.

—Has sido una niña traviesa, Alisa... —Jiao chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Quizás Liam debería pasar por aquí otra vez.

Los ojos inyectados en sangre de Alisa brillaron de nuevo ante el sonido de ese nombre. Los músculos de su cuello se tensaron.

—He visto tu final, Jiao Long —dijo—. Llegará antes de lo que imaginas.

—Entonces me aseguraré de disfrutar mi vida al máximo. —Jiao frunció los labios—. Es una noche tan hermosa para eso, ¿no? Oh, es cierto. Aquí no hay ventanas. —Pronunció una breve y tranquila risa.

Alisa rugió. Corrió hacia la puerta con sus amenazadores colmillos



desnudos y listos para destrozar a Jiao. Pero en el momento en que llegó al umbral, estalló en la parte posterior de la habitación.

*¿Quién es la tonta ahora, Alisa?*

—Ay... —Jiao Long hizo una mueca de dolor, el gesto lo convertía en el inmortal más sexy del mundo—. Mona no es una bruja aficionada después de todo, ¿verdad?

De rodillas, Alisa lloraba lágrimas de furia.

—¡Pagarás en sangre por lo que has hecho, Jiao Long!

—Pago mis deudas en efectivo exclusivamente, querida. —Jiao envolvió su brazo alrededor de la cintura de Mona mientras se dirigían hacia el pasillo.

—Hasta pronto, Princesa de la Sangre —dijo él mientras se alejaban.

---

—¿TIENES A ALISA LOCKHART EN TU PRISIÓN? —MONA CASI GRITÓ. SUS manos temblorosas tomaron la humeante taza de té.

Jiao soltó una risilla.

—Y la atrapé tan fácilmente... —se jactó—. Todo lo que tuve que hacer fue convocarla con el pretexto de recordar los viejos tiempos.

Mona abrió los ojos.

—Ustedes dos... ¿eran amantes? —Ella acarició su cuello, todavía dolía. Aún podía sentir los dedos de Alisa hundiéndose en su piel.

Jiao se volvió hacia la ventana, perdido en sus pensamientos mientras sus ojos se encontraban con el horizonte, donde el mar oscuro se fusionaba con un cielo sin estrellas.

—Nos conocíamos bien —dijo—, en otra vida.

—Ella dijo: *pagarás por lo que has hecho*. ¿Qué quiso decir con eso? —Mona tomó un sorbo de su té de manzanilla, era lo suficientemente fuerte como para calmar sus nervios.

—Ah... —Jiao levantó sus cejas—. Le mentí un poco. Le dije a Alisa que Lockhart había sido aprehendido por el aquelarre y que había sido destruido.

—Impresionante y travieso. —Mona rió disimuladamente.

—Maldito Lockhart... —musitó él—. Convertiré esa mentira en realidad en muy poco tiempo.

—¿Por qué lo odias tanto?— Mona se deshizo de sus zapatos y se acurrucó en el sofá, arrojando casualmente su cabello hacia atrás.

—Porque lo arruinó todo para mí —murmuró Jiao—. Siempre lo ha hecho. —Se alejó de la ventana y se sentó junto a Mona. Él alisó su mano en su pierna—. Un regalo tan precioso en sus manos... desperdiciado.

Por un segundo, Mona dudó que Jiao se refiriera a la Fuente. ¿Qué tan importante había sido su historia con Alisa?

—Mona... —susurró, inclinándose más cerca.

—¿Sí? —dijo ella.

—Necesito algo de ti.

—Lo que desees.

La respuesta de Mona lo complació.

Murciélagos agitaban sus diminutas alas en su estómago. ¿Estaba mal que ella se sintiera atraída por su propia sangre? No le preocupaba ni le importaba. Mona se acercó aún más a él, lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su aliento caer sobre su mejilla.

—Mantén una estrecha vigilancia sobre la bruja Deveraux, ¿quieres? —dijo con una voz aterciopelada, una voz sugerente e incitadora.

—¿Por qué crees que me casé con su padre? —respondió ella, clavando sus ojos lujuriosos en su mirada.

—Mai Mai... —susurró, su mano acariciando un lado de su rostro.

—¿Sí? —dijo con el corazón acelerado y golpeando con fuerza contra su pecho. Los labios de Jiao se acercaron a su boca.

—Necesito algo más de ti...

Mona sonrió. No era necesario ser una bruja para leer su mente.

## ELIZABETH

Sus ojos se fijaron en él mientras entraba en el concesionario de automóviles. Incluso el personal abandonó sus actividades en el lugar solo para echar un vistazo a este hombre.

Fuerte mandíbula, labios gruesos y lisos, nariz cincelada y los ojos azules más hermosos que jamás haya visto... Vestía un traje Armani gris Oxford, una camisa de algodón blanca desabrochada en el cuello y zapatos de cuero italianos impecables.

El hombre se dirigió a su oficina. Su corazón latía como loco. Esta era la escuela secundaria una vez más: Elizabeth estaba en la cafetería y el chico más guapo de la escuela se sentaría con ella para almorzar... *Despierta, Elizabeth. Recupera el control de ti misma. Eres una mujer de veintitrés años, la cabeza de cuentas de un imperio de importación de automóviles. ¡Respira!*

Ella respiró hondo y luego sonrió al cliente que ahora estaba sentado frente a ella. Con una actitud abierta y tentadora, se relajó en la silla, cruzando las piernas en forma de cuatro. Deslizó dos dedos sobre su sien derecha e inclinó ligeramente la cabeza.

—Buenas noches, mi nombre es Phillip Blackwell. Estoy aquí para recoger un automóvil.

Ella sonrió.

El solo aspecto del hombre podría detener el tráfico. Elizabeth tenía buen ojo, podía decir que este tipo estaba detrás de un vehículo de gama alta... ¿Maserati, tal vez?

—Buenas noches, Sr. Blackwell. Permítame verificar nuestra lista. —Ella era una profesional. Él nunca sabría que sus rodillas temblaban bajo el pesado escritorio de roble que se interponía entre ellos—. Aquí está: Lamborghini

Aventador en blanco.

—Eso suena bien —dijo, satisfecho.

Elizabeth se quitó los tacones y cruzó los tobillos. La sonrisa del Sr. Blackwell derritió su corazón. La adolescente en ella estaba ganando. Tan pronto como se dio cuenta, recuperó la compostura y se puso los zapatos.

—¿Le gustaría verlo? —Sonrió mientras se levantaba, ofreciéndose a acompañarlo al garaje.

—Sí, claro. Nada me gustaría más. —Él le dio una sonrisa amistosa y la siguió fuera de la pequeña pero acogedora oficina.

ELIZABETH ABRIÓ EL GARAJE. TIRÓ DE LA PUERTA DE ACERO RODANTE. NO SE ABRÍA.

—Está atascada... Conseguiré a uno de los muchachos.

—Permítame. —El Sr. Blackwell se arrodilló antes de que ella pudiera detenerlo. Con una mano, enrolló la puerta como si no pesara nada. ¿Cómo pudo hacerlo?

Ella encendió el interruptor de la luz. Una deslumbrante variedad de autos de lujo apareció ante sus ojos: Alfa Romeo, Maserati, Porsche... y entre ellos, el Lamborghini de su cliente.

El Sr. Blackwell se movió a través de esos vehículos como si fueran invisibles. Se detuvo ante el Lamborghini y alisó su mano sobre su prístino cofre blanco.

La mano de Elizabeth aterrizó en su brazo.

—¿Las llaves? —dijo ella. *Brazos fuertes*. Duros como una piedra, inflexibles al toque de sus dedos. La miró por encima del hombro, sonrió y tomó las llaves sin dudar.

Abrió la puerta y se sentó en el asiento del conductor. Sus ojos errantes se maravillaron con el interior del automóvil.

—Siéntate conmigo —dijo, dando unas palmaditas en el asiento del copiloto con una actitud juguetona.

Elizabeth se sonrojó.

—Probablemente no debería hacerlo—respondió ella, mirando hacia abajo a sus manos entrelazadas.

El Sr. Blackwell salió del auto. La tomó de la mano y suavemente la condujo al asiento del pasajero.

—Insisto. —Abrió la puerta—. ¿No participarás en mi felicidad?

—Bueno, cuando lo pone de esa manera, Sr. Blackwell... —Ella se encogió de hombros. El hombre era atractivo e imposible de rechazar.

—Por favor, llámame Phillip. —Inició la marcha del automóvil. El motor ronroneó como un gatito feliz. Sosteniendo firmemente el volante, metió la velocidad y salió rápidamente del garaje.

Dejaron el edificio en segundos. Elizabeth se volvió. A medida que el concesionario se hacía más pequeño a lo lejos, entró en pánico. Ella podría perder su trabajo por esto.

Phillip notó su reacción por el rabillo del ojo.

—No te preocupes, Elizabeth —la tranquilizó.

—Oh, es solo que... Espera. ¿Cómo sabes mi nombre?

Le dio una breve sonrisa galante.

—Está en tu etiqueta de identificación —señaló encantadoramente.

Elizabeth miró hacia abajo, y allí estaba ese horrible artilugio de plástico, clavado en el bolsillo de su chaqueta. Con una risilla, lo sacudió con los dedos.

Conducía en alta velocidad, las farolas parpadeaban cuando las pasaban. Al llegar al puente Golden Gate, Phillip entró en otra marcha. El rugiente vehículo rebasaba los autos que los rodeaban tan rápido que mareaba a Elizabeth.

*Será mejor ponerme el cinturón de seguridad.*

Por un segundo, Phillip apartó los ojos de la carretera y la miró. Sus ojos azules brillaron con un fuego antinatural, pero sucedió tan rápido... Podría haberlo imaginado.

—Yo diría que ya es hora de cerrar allá en tu oficina —sugirió, tomando la salida al Vista Point de Sausalito.

El coche se detuvo. El paisaje de la ciudad brillaba con miles de luces centelleantes. Phillip apagó el motor y salió del automóvil. Elizabeth lo siguió.

Él metió las manos en los bolsillos de su pantalón y se apoyó en el parachoques. Mientras una suave brisa soplaba y los envolvía, Phillip cerró los ojos.

Elizabeth se paró un par de pasos detrás, admirándolo. Ella nunca habría reunido el valor para acercarse a un hombre así. Y aún así, él la había secuestrado de su lugar de trabajo. Y aquí estaban, juntos en silencio, disfrutando de uno de los principales sitios de la ciudad.

—Supongo que esta noche tienes planes con tus amigos —dijo.

Acercándose a él, se deshizo de esa ridícula chaqueta azul y la etiqueta

con su nombre. Elizabeth se soltó el moño, liberando su largo cabello castaño rojizo para que se balanceara en el viento.

—Estoy sin planes. —Ella se encogió de hombros. *Sin planes y sin amigos*. Elizabeth llevaba una vida solitaria, y le gustaba de esa manera. Cenaría en casa y vería una película. Las películas de Hitchcock eran sus favoritas.

—¿Entonces quizás podría llevarte a cenar? —Él estudió su rostro para leer su reacción—. Conozco un gran lugar para comer hamburguesas. —Le dio una sonrisa tentadora.

Elizabeth revisó la hora en su reloj de pulsera. 9:30 PM. Estaba fuera del horario de trabajo, ¿qué había que pensar?

—Claro, suena genial.

LLEGARON AL RESTAURANTE. ERA UN PEQUEÑO LUGAR CON AL MENOS CINCO mesas y unos seis bancos en el mostrador. Hacían hotdogs y sándwiches, pero las hamburguesas eran su especialidad según había dicho Phillip.

—Hola, Sam —dijo Phillip al hombre detrás del mostrador—. Traje a una amiga. Probará una de tus deliciosas hamburguesas esta noche.

—¿Cómo te va, Phillip? —Sam respondió—. Bienvenida, señorita. ¡Una hamburguesa con tapa alta está por venir! ¿Y qué puedo traerte a ti?

—Nah, nada para mí esta noche —dijo Phillip—. Ya he cenado.

Se sentaron en una pequeña cabina en la esquina del restaurante. Era un lugar cálido y acogedor. Qué suerte tenía ella de estar cenando con un hombre tan fascinante. Sus modales eran tan refinados y sin embargo, debe haber tenido veintiséis años de edad.

Él se inclinó hacia ella.

—Te prometo que no te arrepentirás —dijo con un toque de intimidad.

Elizabeth se sonrojó. Él se dio cuenta, pero le prestó poca atención afortunadamente.

—¿Estás contento con tu auto nuevo? —Qué pregunta tan tonta.

—Sí, lo estoy, Elizabeth. —Pidió una cerveza con un rápido gesto con la mano—. ¿Puedo preguntarte algo? —Seducitor mientras se inclinaba más cerca y bajaba la voz, buscando confidencialidad.

Ella asintió.

—¿Por qué haces esto para ganarte la vida, vender autos de lujo a compradores pretenciosos como yo? —Sonrió—. Tengo la sensación de que

hay más para ti que un trabajo de escritorio. Veo ante mí a alguien listo para la aventura... Perdóname, no debería suponer que sepa algo de ti. Nos hemos conocido a penas esta noche.

Pero ella no podía negar lo que él había dicho porque resultaba que era verdad.

Ella había dejado Los Angeles en busca de independencia. Elizabeth encontró en San Francisco un mundo de oportunidades para prosperar. Pero en algún momento del camino ella se instaló. Ella tomó el trabajo en el concesionario de automóviles porque pagaba el alquiler, y Dios sabía cuán caras eran las rentas en la ciudad.

Elizabeth empujó la hamburguesa a un lado y agarró la cerveza de Phillip. Ella bebió un buen trago de ese veneno celestial. Él levantó su ceño, aparentemente sorprendido.

—Tienes razón. —Sus barreras cayeron rápidamente. La cerveza ayudaba. —Me conformé. Eso es lo que sucedió... —Otra bebida.

—Mantén ese pensamiento —susurró, presionando su mano. Ella podría haberse desmayado con el toque de su mano.

Phillip miró hacia otro lado, hacia la entrada del lugar. Un joven estaba parado en la puerta del restaurante. Se miraron el uno al otro durante unos minutos.

*Qué extraño.* Elizabeth terminó su cerveza.

Phillip se levantó de la silla.

—Discúlpame por un momento, por favor. —Caminó hacia el hombre que estaba vestido como un renegado con jeans oscuros y una chaqueta de cuero negro.

—Jiao Long —dijo Phillip. El restaurante era tan pequeño que Elizabeth no tuvo problemas para escuchar cada palabra.

El hombre, el tal Jiao Long, sonrió. ¿Qué edad tenía él, veinte, veintiuno? Un poco más bajo que Phillip, con cabello oscuro y brillantes ojos color avellana.

—Coche nuevo, ¿eh? —Jiao Long señaló el Lamborghini estacionado afuera—. Oí que corren bastante rápido, pero tú no lo sabrías, ¿verdad, Phillip? Ya no eres el de antes... —Se volvió y se rió con alguien a quien Elizabeth no podía ver.

Phillip le dio una risa sin alegría.

—Eso es gracioso, Jiao. ¿Qué estás conduciendo en estos días, una moto? —Mirando su chaqueta de cuero negra de motorista.

Jiao se burló.

—Tengo un Camaro estacionado afuera... ¿Qué dices si lo ponemos a prueba contra tu nuevo juego de ruedas? Si no tienes demasiado miedo de dañar tu precioso auto, eso es.

¡Ese bastardo! ¿Cómo respondería Phillip a este matón? ¿Comprometería su nuevo automóvil en una carrera callejera? ¿Presumiría ese lado aventurero que había mencionado antes?

—¿Te das cuenta de que mi automóvil es un Lamborghini? No sería justo para ti. —Phillip se encogió de hombros.

Bueno, eso fue decente de su parte.

Jiao Long rebufó de risa. Su amigo salió de las sombras y se unió a él. Era un hombre de unos treinta años, de metro ochenta de alto y cabello largo y rubio, casi blanco.

Esa reacción no estuvo de acuerdo con Phillip. Los músculos de su cuello se tensaron cuando apretó la mandíbula.

—Bien. Correremos en Redwood Highway y llamaremos a Richmond Bridge la línea de llegada. Quien llegue al puente primero, gana.

Jiao dejó de reír. Se pasó la mano por la barbilla, acariciando su barba incipiente.

—¿Qué hay del premio? ¿Qué hay para mí cuando gane? —Dirigió una mirada salaz a Elizabeth. Le revolvió el estómago. Ella se coló más en la esquina del comensal, fuera de la vista de Jiao Long.

La mano de Phillip aterrizó en el pecho de Jiao, alejando su atención de Elizabeth.

—Si lo logras tendrás la satisfacción de haberme ganado por una vez en tu vida. —Él sonrió—. No necesitas más.

Jiao dio un paso atrás.

—Muy bien. Te veré en Spencer Avenue. Estaré esperando.

Phillip se volvió hacia Elizabeth. Se quitó el saco y dobló las mangas de su camisa debajo de los codos mientras caminaba hacia ella.

—Bueno... —Lanzando un suspiro, se deslizó en la cabina—. Todo está arreglado. —Sacó una pitillera de oro de su bolsillo. Phillip jugó con un cigarrillo entre sus dedos durante unos segundos, luego golpeó el filtro contra la mesa un par de veces.

—Está decidido —dijo—. Esta noche corremos.

—¿Corremos? ¿Los dos? —Elizabeth parpadeó, echándose hacia atrás en su asiento. *De ninguna manera participaré en algo así.*



—Todo habrá terminado antes de lo que imaginas. Además, será divertido... —dijo con una voz tentadora. Y ella haría cualquier cosa que él le pidiera... Un momento. ¿De qué estaban hablando? Oh, sí. Carreras.

La mano de Phillip aterrizó sobre la pitillera que estaba sobre la mesa, la deslizó hacia él y se levantó.

—Ven. Vámonos de aquí.

¿Qué estaba pensando este hombre maravilloso? Literalmente la había sacado de la oficina, le había invitado la cena y ahora pensaba llevarla a una carrera callejera. *Debe estar acostumbrado a obtener todo lo que desea.* Y esta no iba a ser la excepción, ¿cierto?

—Bien —susurró, amando el toque de su mano persuadiéndola de alejarse de la cabina y caminar con él hasta el auto.

—Ha sido genial verte. —Phillip deslizó una factura sobre el mostrador. ¿Cien dólares? *Lindo y generoso.*

—Gracias, Sam —dijo Elizabeth.

—Buena suerte, muchachos. —Sam se despidió mientras salían del restaurante.

## PHILLIP

**A**utomóviles multicolores llenaban el estacionamiento de Spencer Avenue. Rock pesado estallaba de sus altavoces. Hombres y mujeres jóvenes rondaban fumando, charlando, bebiendo y riendo. La insignia del Dragón tatuaba cuellos, antebrazos, muñecas y espaldas. Era la forma en que Jiao marcaba a sus seguidores demisangres.

Los demisangres eran mortales que habían probado la Sangre, aunque no en suficiente cantidad como para que sus cuerpos experimentaran una total transformación. Sus sentidos usualmente mejoraban por la Sangre Oscura. Aún así, permanecían mortales y no sufrían el hambre de un vampiro por la sangre humana.

Los demisangres existían entre el mundo ordinario y el reino antinatural, un linaje muy inadecuado a ojos de Phillip.

Jiao seleccionaba su rebaño conservando los que más le gustaban y eliminando al resto. No era el enfoque más moral para la Matanza. Phillip no aprobaba la creación de los demisangres, pero ciertamente no merecían morir por ello. ¿Pero quién era él para juzgar a un compañero bebedor de sangre? *A cada quién lo suyo.*

—Parece que Jiao ya está celebrando —dijo Elizabeth.

—Sí... No ganará. —Phillip se rió, estacionándose.

—¿Por qué haces esto, Phillip? —Esa había sido una pregunta inesperada.

Quería contarle lo emocionante que eran las carreras, que había descubierto su inclinación por la velocidad la primera vez que puso una mano sobre un Stephens Roadster 1920...

—Lo disfruto —musitó. Sus ojos se fijaron en el camino que tenía delante —. Me hace sentir libre.

—Libre, ¿de qué? —preguntó ella.

—De mis arrepentimientos. —Phillip frunció los labios.

—Eres un hombre tan exitoso... ¿De qué podrías arrepentirte? —dijo, intrigada.

—Perdí a mi madre en un accidente automovilístico cuando tenía diecinueve años... —¿Por qué le estaba diciendo esto?—Discutimos antes del accidente. Si no la hubiera desafiado, ella no habría subido a ese auto. Mi culpa me obsesionó durante años antes de darme cuenta de que no podía conquistar esos demonios... pero al menos podía rebasarlos. —Una sonrisa amarga.

—Lo siento mucho, Phillip... —susurró ella—. No debería haber preguntado.

—Está bien —dijo—. Fue hace mucho tiempo.

—Realmente estamos haciendo esto, ¿verdad? —dijo ella.

Él apretó su agarre en el volante.

—Así es.

Phillip atravesó el estacionamiento y llegó a la carretera. Se detuvo al lado del Camaro azul metálico imperial de Jiao Long hasta que ambos coches quedaron lado a lado.

No había más sonido que los motores rugiendo. Bajó la ventana y se encontró con los ojos color avellana de Jiao.

Una mujer vampiro apareció frente a ambos vehículos. Vestía unos ajustados pantalones cortos de mezclilla, una blusa negra con cuello redondo y botas altas de cuero negro. Ella se quitó la bufanda rosada atada a su cabello. Alzando su mano, la bufanda se balanceó con el viento.

—En sus marcas... —gritó.

—Agárrate fuerte, cariño —dijo Phillip. El potente motor del vehículo gruñó.

Las piernas de Elizabeth temblaban. Podía ser que estuviera ansiosa, o quizás era solo la vibración del auto. Cualquiera que fuera la causa, ella se abrochó el cinturón de seguridad y lo ajustó con firmeza.

—¡Listos! —Agitando la bufanda en el aire.

Phillip contuvo la respiración. Sus dedos se curvaron alrededor de la perilla de cambio de marchas del auto. Se centró en el camino que tenía delante. Su corazón se aceleraba, emocionado por el desafío.

—¡Fuera! —La bufanda bajó.

Phillip metió el cambio y presionó el acelerador. El resto del mundo

desapareció. Lo único que importaba era cruzar ese puente.

Logró una buena ventaja, dejando kilómetros detrás el Camaro de Jiao. Cambiaba de carril rápidamente, pasando a otros vehículos con increíble finura, sin asumir que iba a ganar porque las probabilidades estaban a su favor.

Elizabeth bajó la ventana del auto. El fuerte viento entró y jugó con su cabello y ella cedió a esta libertad recién descubierta. Todas sus capas de decoro salieron de la ventana junto con su blazer azul.

*Bien hecho, Elizabeth.*

El puente estaba a escasos metros. Phillip entró en otra marcha y llevó el automóvil a su velocidad máxima. La respuesta del motor bombeó la adrenalina en su torrente sanguíneo, dejándolo sin aliento. Pasó dos vehículos más antes de llegar a la meta y... ¡maldita sea! Un poderoso golpe llegó por detrás. La cabeza de Phillip se sacudió y pegó con fuerza contra el volante, que ahora giraba por voluntad propia. Agarró el volante y luchó para redirigir el automóvil. *Inútil.* El Lamborghini giró en la carretera, una y otra vez, en un ciclo interminable en cámara lenta.

Mirando a través de la ventana de Elizabeth, supo que en cuestión de segundos chocarían contra la barrera de concreto. El tiempo se fragmentó y cada maldito segundo de él se volvió increíblemente largo.

Elizabeth protegió su rostro con las manos, su cuerpo se alejó de la ventana. Ella gritó. El automóvil se estrelló contra la franja divisoria, rompiendo la ventana en mil fragmentos de vidrio que llovieron dentro del vehículo mientras este se elevaba varios metros de altura. La gravedad entró y tiró del Lambo hacia abajo con gran fuerza. El auto se dirigía a la calle debajo del puente, a pocos metros del pantanal.

El estridente choque de metal amortiguó los gritos de Elizabeth. Luego se detuvo. El silencio y la quietud prevalecieron. Una pesada cortina oscura cayó ante los ojos de Phillip.

Él estaba fuera.

*¿ME ESTRELLÉ? ¿CÓMO ES POSIBLE? NO HABÍA FORMA DE QUE ÉL HUBIERA TENIDO... Momento.* Su corazón se congeló.

*Elizabeth.*

Incapaz de concentrarse, Phillip se inclinó sobre el asiento del pasajero.

—¡Arg! —Un disparo de dolor atravesó su brazo y su pecho. Tocó la seda

de su blusa. Alcanzando más, sintió su hombro—. ¡Gah! —Otro dolor agudo, ahora en el cuello.

—¿El...? —murmuró. No hubo respuesta.

Phillip parpadeó y ajustó su enfoque tanto como pudo. Ella estaba allí, pero estaba inconsciente. Su rostro estaba cubierto de sangre y su blusa empapada en sangre también.

*Mala señal.*

—Elizabeth... —dijo. Phillip se quitó el cinturón de seguridad y se inclinó sobre el... —¡Mierda! —El dolor volvió a aparecer, y esta vez había sido brillante y cegador como un rayo. El cuerpo preternatural de Phillip raramente sufría. El accidente debió haber sido muy grave.

Él necesitaba verla recobrar la conciencia. Necesitaba... Un ensordecedor dolor de cabeza pulsaba como un gong portentoso una y otra vez dentro de su cráneo. El gong cegaba sus sentidos. Phillip no podía soportarlo.

Nuevamente, él estaba fuera.

UN RÍTMICO PITIDO LO TRAJÓ DE VUELTA. EL DESLUMBRAMIENTO BLANCO QUE lo rodeaba le lastimó los ojos. Cada miembro de su cuerpo dolía, pero el dolor de cabeza pulsante era lo peor.

Lentamente, sus ojos se ajustaron a la luz. Había pasamanos a ambos lados de la cama... Era una camilla. Estaba en un hospital.

Conectados a sus brazos y su pecho había varios tubos y cables que a su vez entraban en un monitor y una bomba intravenosa.

*No quiero esto en mí. ¡No lo necesito!*

Sintió un gran vendaje en la frente y lo arrancó de inmediato. La gasa estaba empapada en sangre... Su sangre.

*Mierda.*

Si esto le había sucedido a él, un poderoso miembro de los no-muertos, ¿entonces cuáles eran las probabilidades de supervivencia para esa encantadora mujer, Elizabeth?

Las lágrimas asomaron en sus ojos. No había ninguna posibilidad para ella en absoluto. Elizabeth estaba muerta.

## IVÁN

—Phillip, ¿qué diablos? —Irrumpió en la habitación.

El pobre tipo se veía bastante golpeado. ¿Era la conmoción cerebral o acaso esa expresión de sorpresa era una reacción natural ante su presencia?

—Iván —dijo, todavía con asombro—. ¿Qué estás...? ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Thomas Novak me llamó —respondió Iván—. Es el presidente de la Junta. Encontraron mi número en tu teléfono móvil. Me dijo que tu condición era crítica. Llegaste con fracturas múltiples, lesiones graves en el pecho y una conmoción cerebral severa.

Phillip insinuó una sonrisa.

—Bueno, como puedes ver... —Señaló el yeso en su pierna—. Es solo una fractura y algunos puntos de sutura, que estoy seguro sanarán muy pronto.

—¡No te atrevas a reír de esto, Phillip! —Un demonio era su aprendiz, burlándose de la seriedad de su maldita condición. Iván se apoyó contra la pared y suspiró—. Nunca me acostumbraré a esto.

—No es lo que tú...

—Oh, pero lo es. Esto tiene mucho que ver con tus carreras. Iván se detuvo—. Me he dicho a mí mismo muchas veces que tu amor por el peligro era una fase, que terminaría por aburrirte algún día... Pero ahora no estoy tan seguro.

—Por favor, no más sermones... —dijo Phillip.

¿Alguna vez dejaría de desafiar su naturaleza vampírica? Iván quería tomarlo por los hombros y sacudirlo con fuerza, hacerlo entrar en razón... Pero los ojos brillantes de Phillip le advirtieron que no era el momento.

—¿Qué sucede? —Iván finalmente preguntó.

—La chica, Iván... —Phillip lloró—. La chica ... —Se cubrió la boca con el dorso de la mano para evitar sollozar.

—¿Qué chica? —Iván se inclinó más cerca, incapaz de apartar los ojos de los muchos moretones en sus brazos y piernas. Phillip se recuperaría, por supuesto, y más pronto que cualquier mortal. Pero esta vez Iván realmente había temido por la vida de su aprendiz. Esa espantosa llamada telefónica había sacudido las profundidades de su alma contaminada.

Phillip sanaba incluso mientras hablaban. La herida más grande en su frente se convirtió en un simple rasguño justo delante de sus ojos.

—Creo que ella está... muerta —musitó Phillip. ¡Cuán transparente era el dolor de su aprendiz!

—Tranquilízate —Iván susurró—. Descubriré todo lo que pueda sobre esta chica. Pero por ahora, debes descansar. Saldremos de aquí cuando estés listo.

Phillip agarró su mano.

—Elizabeth Sharma... —Hizo una mueca. *Oh, pobre Phillip*. El dolor debía ser insoportable. No el causado por las heridas, sino el dolor de la sanación acelerada de su cuerpo antinatural. ¿Estaban provocadas sus lágrimas por el dolor? O tal vez rodaban por esta mujer, Elizabeth.

Espera un momento.

—¿Elizabeth Sharma? —Iván frunció el ceño—. ¿No era ese el contacto que te di...? No importa. Veré qué logro averiguar.

---

IVÁN SE DETUVO EN EL PASILLO Y SE APOYÓ CONTRA LA PARED. ¿QUÉ ERA ESTO? Sus manos temblaban. ¿Acaso el encuentro cercano de Phillip con la muerte era responsable de sus manos temblorosas? No, era el hambre. No se había alimentado, y se estaba haciendo tarde.

*Cuanto antes salgamos de aquí, mejor.*

Encontrar a la mujer no significó ninguna dificultad para las habilidades preternaturales de Iván. Bastó con examinar entre la miríada de voces dentro del hospital hasta que tuvo suerte.

—Su nombre es Elizabeth Sharma —dijo una enfermera—. Está en el cubículo 104 en la UCI.

Practicar un pequeño truco de persuasión sobre el personal lo metió

fácilmente en la Unidad de Cuidados Intensivos.

La encontró inconsciente, rodeada de monitores y otros dispositivos médicos. La sangre drenaba de su costado a través de un tubo transparente. Respiraba a través de un ventilador.

Iván tiró de una silla y se sentó a su lado.

—Elizabeth... —susurró—. Debes ser algo especial, Phillip sufre por tu condición. —Su piel era pálida como el alabastro, grandes pestañas color castaño rojizo, nariz delicada y labios regordetes. Hermosa, incluso cuando estaba a un paso del abismo de la muerte. No era de extrañar que Phillip se preocupara tanto por ella.

—Y bien... ¿Qué haremos contigo? —dijo en voz baja.

El ritmo mecánico del ventilador era casi hipnótico. Iván escuchó los latidos del corazón de la mujer. Su corazón bombeaba sangre con un tirón fuerte y cansado, del tipo que siempre anuncia la muerte.

¿Quizás él podría ayudarla? Algo sobre la mujer despertaba la mejor naturaleza de Iván. Y luego estaba Phillip. Iván nunca escucharía el final de sus lamentos si ella moría.

—Escúchame, Elizabeth... —susurró—. Voy a hacer algo por ti... Sé que puedes oírme. —Iván deslizó su mano debajo de la de ella—. Si voy a ayudarte, debo quitar este tubo de tu boca. ¿Estás de acuerdo?

Elizabeth presionó ligeramente su mano. Iván despegó la cinta de la boca.

—Esto podría doler un poco... —Dio un rápido tirón al tubo y este salió. La mujer tosió. El dolor la había hecho volver de su estupor. Abrió los ojos.

—Debes hacer lo que digo... —Persuasión: un maravilloso truco vampírico. Iván mordió su muñeca hasta que la sangre se derramó, la colocó sobre los labios de la mujer y dejó que la Sangre Oscura goteara dentro de su boca—. Bebe —dijo.

Renueve al principio, Elizabeth tomó el primer trago de su líquido vital preternatural. Después de esa primera bebida, el jadeo de su respiración se detuvo. No salió más sangre del tubo de su costado. Un leve tono rosado surgió en sus mejillas.

Elizabeth agarró con más fuerza el brazo de Iván y lo acercó a su boca. Tomó otro trago, y este en realidad lo disfrutó. Los latidos de su corazón se aceleraron con un ritmo vigoroso. Las heridas en su frente se curaron.

*Eso bastará.*

—Ya es suficiente —dijo Iván, retirando su brazo—. *Te recuperarás, Elizabeth. Y olvidarás que esto sucedió.* —Un truco final.



---

—¿CÓMO DEMONIOS SALISTE DE ALLÍ TAN RÁPIDO? —IVÁN ENCONTRÓ A Phillip en el estacionamiento. Su aprendiz estaba de pie junto al Ferrari luciendo impecable en jeans, una camiseta blanca prístina y una chaqueta de cuero. ¿De dónde había sacado esa ropa? —¿El yeso, los puntos ...? ¿Los tubos conectados a tus brazos?

—Vamos, no eres el único dotado con el Regalo Oscuro de la persuasión. —Se encogió de hombros como si no le importara nada, pero sus ojos contaban una historia diferente. —¿Y bien...?

Los temores de Phillip obstaculizaron su discurso. Si había malas noticias que contar, no quería escucharlas.

—Ella vivirá —dijo Iván desdeñosamente mientras abría la puerta—. Vámonos a casa. —Le dolía el cuerpo con el sordo dolor del hambre, pero ya era demasiado tarde para cazar. Apenas les quedaba tiempo para llegar a Villa Belle Vedere.

El semblante de Phillip recuperó su color. Las noticias lo emocionaron aunque mostraba poco entusiasmo debido a su pérdida de sangre. Sin duda, también estaba hambriento.

Iván salió del estacionamiento. Al final del día, Phillip había sobrevivido a esta dura prueba, y eso era lo que realmente importaba. Si su cabeza hubiera sido cortada durante el accidente, esta habría sido una historia muy diferente.

—Ahora, por favor... No digas nada. —Phillip metió la mano dentro de su chaqueta.

Iván frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué iba a ...? —*Oh, Phillip...* La sonrisa de Iván era imparable ahora.

Phillip sacó de su chaqueta un par de bolsas de plástico llenas de un líquido carmesí caliente. La etiqueta decía:

AB RH NEGATIVO. PROPIEDAD DEL BANCO DE SANGRE DEL HOSPITAL SAINT  
PAUL.

Iván se rió todo el camino a través del puente Golden Gate. Tomó el paquete de sangre de las manos de su aprendiz. Con una rápida mordida, le quitó el sello y luego tomó un sorbo.

—Entonces dime, Phillip. ¿Qué tanto estás disfrutando de tu Cajita Feliz?  
—Risas y más risas. Qué precioso atrapar a su aprendiz con sus propias palabras.

Phillip abrió su paquete de sangre y lo chupó como si no hubiera un mañana. Terminó todo en segundos. La expresión irónica de su aprendiz mantuvo a Iván más que satisfecho durante todo el camino a casa.

## NOCHE DE BRUJAS

—**E**stá bien... —Antoine dio un rápido golpe a su cigarrillo. ¿Por qué demonios estaba tan nervioso? Apagó el motor del auto. De no haber venido aquí, podía haber evitado este momento.

La había llamado al día siguiente de su última pelea. Ella había aceptado su disculpa con poca o ninguna recriminación, lo cual le pareció extraño. Antoine todavía se sentía inseguro. La naturaleza posesiva de Cassie a menudo la traicionaba. Pero la suya era una relación teñida de pasión y furia. Y Antoine disfrutaba esto ferozmente. Sus discusiones sin fin siempre eran seguidas por las reconciliaciones más deliciosas.

—Voy a entrar... —musitó, lanzando un suspiro.

—¡Ve por ella vaquero! —dijo Frank, aumentando el volumen del estéreo. Ethan e Isabella se rieron.

—¡Cállate! —dijo, volviéndose mientras estaba en el porche. Luego caminó alrededor de la casa hasta el patio trasero, donde se detuvo debajo de la ventana de su dormitorio.

—Aquí voy. —Trepó por la enredadera de buganvillas y entró a la habitación sin hacer ruido.

Tumbada en la cama, leía un viejo libro encuadernado en piel. Cassandra vestía la falda blanca más corta con dobladillo recortado.

—*Bon soir, chérie.*

—*Quoi?* —Sorprendida, el libro cayó de sus manos. En el momento en que ella lo notó, agarró una almohada y se la arrojó—. ¡No hagas eso!

Una risa malvada escapó de su boca.

—Lo siento. —Se sentó en la cama. Como conducido por un imán, sus manos vagaron por sus muslos. Antoine se inclinó más cerca y besó sus labios.

Ella llevaba una piedra extraña alrededor de su cuello—. ¿Qué es eso?

—Es mi turmalina negra —respondió ella.

Se acercó para examinarlo con detenimiento. Cassie le dio una palmada en la mano.

—¡No lo toques!

—Está bien... —Antoine soltó una risilla—. ¿Por qué no estás vestida para la fiesta?

—Porque —dijo ella—, no iré... Y tú tampoco deberías.

—No otra vez —suplicó—. No quiero pelear. Por favor dime que vendrás.

—¿Eran estos celos un impedimento sin fin entre ellos?— Si es por Iván...

—¿Y qué pasa si se trata de él? —dijo en un tono desafiante.

—He tenido suficiente de esto, Cassandra —poniéndose de pie—.

¿Cuándo terminará?

Dejando el libro a un lado, su mirada furiosa se posó en él.

—Puede terminar ahora mismo. Decídelo tú. Eres un hombre adulto, sabes lo que estás haciendo...

—¿Qué se supone que significa eso? —Las manos de Antoine aterrizaron en su cintura—. ¿Es demasiado pedir que muestres la mínima cortesía hacia mi amigo?

Cassandra se sentó en la cama. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo sé todo —dijo ella.

—¿Qué sabes?

—Conozco el tipo de mentoría que buscas en Lockhart. —Hizo una pausa—. Debes ser el hombre más tonto del mundo para querer convertirte en un bebedor de sangre.

La sangre de Antoine se congeló.

—Bueno, lo has dicho y no lo voy a negar... Espera. ¿Desde cuándo sabes que es un vampiro?

—Soy una bruja, ¿recuerdas? —Poniéndose de pie, cruzó los brazos sobre el pecho—. Pero ese no es el problema aquí, Antoine... Me mentiste.

—¡Nunca te he mentado, *chérie*! —Hizo una pausa—. Y ahora que todo ha salido a la luz, ¿por qué no quieres ir a la velada de Iván? ¿Acaso no podemos llevarnos bien todos?

—Eres tan egocéntrico, Antoine... —murmuró—. ¡Crees que puedes tenernos a los dos!

—*Zut alors!* —Se detuvo para respirar profundamente—. Está bien, Cassie. Me equivoqué. Debí haberte dicho la verdad desde el principio. Pero

no estaba seguro de que lo entenderías... Y bueno... tenía razón, ¿no? — Antoine soltó una risilla nerviosa—. ¿Puedes hacer un esfuerzo y descartar esas cosas esta noche? Esta velada es el evento del año. ¿Sabes cuántos contactos de negocios podré hacer allí? Podría significar convertir millones en miles de millones.

—Oh, mi dulce Antoine... —Cassie suspiró—. ¿Desde cuándo te importa tanto el dinero?

Él frunció el ceño.

—Esto es lo que soy ahora. Es mi nuevo mundo y lo único que quiero es compartirlo contigo, ¿no lo ves?

Las lágrimas rodaban por las mejillas ruborizadas de Cassandra.

—*Ne pleure pas, ma belle...* —No llores, hermosa. Antoine la abrazó tiernamente y luego alisó sus manos sobre los lados de su rostro.

—Elígeme a mí, Antoine... —susurró.

Un nudo apretado se formó en su garganta.

—No puedo... Hay personas esperándome afuera... Lo que me pides es imposible. Por favor, Cassie, trata de entender.

—Estás rompiendo mi corazón. —Cassie dio un paso atrás y se detuvo en la entrada—. Vete.

Un profundo dolor traspasó el corazón de Antoine al partir esa noche mientras Cassandra lloraba sin consuelo.

---

*WITCHCRAFT* DE SINATRA DABA LA BIENVENIDA A LOS INVITADOS EN EL JARDÍN. Una edecán los conducía a sus asientos. La villa, su terraza y el primer nivel del jardín permanecían inalcanzables para los visitantes curiosos.

Una anfitriona recibía a los invitados en la entrada principal donde comparaba sus nombres con una lista. Una escolta los conducía a través de los jardines. Alineado con lámparas de queroseno vintage, el sendero guiaba el camino hacia la tienda.

El segundo nivel del jardín ofrecía la panorámica del puente Golden Gate. Un nivel más abajo había un despliegue de mesas iluminadas con velas, la orquesta y una pista de baile iluminada.

La multitud avanzaba por el césped empujándose, mezclándose entre los camareros vestidos con trajes negros y máscaras venecianas. La máscara, un

prerrequisito conocido para esta velada, otorgaba una atractiva sensación de misterio. La gente disfrutaba reconocer entre ellos personalidades diversas de la política y el medio artístico.

El director de la orquesta llamó la atención de la multitud. Una versión *largetto* de *Sweet Dreams* de Eurythmics sonaba mientras hablaba—: Señoras y señores. ¡Levantemos nuestras copas y brindemos a nuestros maravillosos anfitriones!

Rostros expectantes volvieron su atención a la entrada del jardín. Iván y Phillip estaban en el punto de mira. Rondas de aplausos se elevaron de la multitud, ola tras ola.

Iván vestía un esmoquin negro con chaleco victoriano bordado en oro. Había elegido una máscara veneciana de filigrana. La máscara Colombina blanca y dorada de Phillip iba mejor con su traje italiano.

Phillip levantó su copa de champán y saludó rápidamente a la multitud. Luego se volvió, ofreciendo un brindis hacia el pasillo entre ellos.

Ella recibió una cálida bienvenida, radiante como estaba en su vestido bordado blanco a la María Antonieta. Cientos de cristales de Swarovski estaban cosidos a la tela. Un delicado pedazo de tul blanco cubría sus ojos amatistas.

—Este estilo te queda bien —Iván le dijo mientras se trasladaban a su mesa—. Puedo imaginarte en Versalles del siglo dieciocho...

Marianne se volvió, asombrada.

—Vaya, qué amable...

—En los andamios de la guillotina —agregó Iván. Luego sonrió y se movió hacia un hombre que le llamaba.

—¿Alguna vez podrá halagarme sin el sarcasmo de último minuto? —Ella frunció el ceño.

—No te preocupes por él. ¿Baila conmigo? —Phillip le tendió la mano.

Bailaban cuando la música cambió. La orquesta ahora tocaba una canción que dio un golpe al corazón inmortal de Phillip sin previo aviso.

—*You were meant for me* —Phillip musitó el título de la melodía, y sin comprender que era así, Marianne sonrió.

¿Era esto cosa de Iván? Phillip escudriñó la pista de baile y no encontró rastro de él, pero entonces, Marianne lo acercó más. Su mano aterrizó en su cintura y cedió al lento ritmo de la canción.

La fascinante escena que los rodeaba se desvaneció.

*Era otro lugar, en otro tiempo, con otro rostro—el rostro de Frances, tan*

*bella como un ángel, lágrimas rodando por sus mejillas. Su corazón se hundía en la desesperación, roto por el sueño inviable de compartir sus vidas. Ella le había confesado su amor esa noche, y eso solo profundizaba su dolor.*

*Bailaban lentamente por última vez en la intimidad de su sala de estar poco iluminada. El gramófono reproducía la canción de Nat Shilkret. Phillip sabía que la última de sus palabras de amor había sido pronunciada...*

Una lágrima se deslizó por su rostro.

La sala de estar en su departamento de Los Ángeles se disolvió gradualmente hasta que desapareció. Phillip estaba en la pista de baile con Marianne, bailando al ritmo de la melodía en curso de la orquesta. Él enterró su rostro en su hombro, abrazándola fuertemente, aferrándose al presente.

*Mi nombre es Phillip Blackwell. Vivo en una maravillosa villa en Belvedere Island, y Marianne está aquí, y ella es mi bella aprendiz.*

El recuerdo de Frances y su último baile pertenecían al pasado, en el año 1929. Y aunque las imágenes ya no eran reales, el dolor sí lo era.

La canción llegó al final. Las parejas que les rodeaban se volvieron para reconocer a la orquesta con sus aplausos.

Phillip desapareció de la pista de baile antes que Marianne lo notara.

---

RISA. ERA RUIDOSA, RESONANTE Y CON ALARDES DE DICHA JUVENIL. BOTELLAS de vino pasaban de una mano a otra, las copas tintineaban cada vez que eran llenadas.

Iván le había presentado a Antoine a sus amigos. Y esos amigos iban desde magnates de películas de Hollywood hasta hombres de negocios muy estimados. Esto era pura felicidad y requería una celebración.

Había llegado el momento de que Antoine le presentara sus amigos a Iván.

—Isabella, Frank, Ethan... Les presento a mi mejor amigo y mentor, Iván Lockhart.

—Bienvenidos —dijo—. ¿Confío en que han encontrado todo a su entera satisfacción?

—¡Y más! —respondió Frank, copa en mano—. Gracias por la invitación.

—Oh, no me lo agradezcas... —La mano de Iván aterrizó sobre su corazón—. Agradécele a Antoine. Por cierto, qué suerte tienen de tener un amigo en

él. No solo es un brillante hombre de negocios, sino que es lo suficientemente astuto como para tomar decisiones difíciles, ya saben, las que construyen el carácter.

—Tienes un hogar maravilloso. —Isabella dijo, tocando su brazo.

Iván le susurró algo al oído. Ella se rió y lo tentó con una sonrisa cuando se separó de su lado. Iván era un maestro seductor.

—¡Esta es la mejor noche de mi vida! —Ethan levantó su copa de champán y bebió.

—Estoy encantado de escucharlo —celebró Iván—. Por favor, disfruten el resto de la noche. Ah, y les he reservado una sorpresa especial después de que termine la velada.

—Sr. Lockhart... —Vanessa, la organizadora del evento, se acercó a Iván—. Tenemos una situación.

—Disculpen. —Se levantó de la silla.

—Hay un problema con la banda de rock —dijo con urgencia.

—Un problema, ¿qué quieres decir? —Iván hablaba tan fuerte que Antoine escuchaba cada palabra.

—La banda sufrió un retraso debido a problemas técnicos —agregó.

—Entonces arréglalo —siseó Iván—. Escucha, esta es tu arena. Es tu momento de brillar, Vanessa.

—Necesitaré su aprobación para contratar otra banda, señor.

—La tienes. Encuentra una banda, una buena banda. Entre más rápido mejor —respondió.

La repentina irritación de Iván divirtió a Antoine demasiado como para apartar los ojos de él.

—Encantadora reunión, Lockhart —dijo un hombre. Tomó el brazo de Iván y lo alejó de la multitud, lejos de los ojos curiosos de Antoine.

---

—¿QUÉ ESTÁS HACIENDO AQUÍ, JIAO? RECUERDO EXPRESAMENTE NO HABER incluido tu nombre en mi lista de invitados —siseó Iván. Ni un alma vagaba en el nivel más bajo del jardín. Este era el lugar perfecto para que ellos hablaran libres de la pretensión mortal.

—Me dije a mí mismo que tenía que ser un error, que tal vez mi invitación se había perdido en el correo de alguna manera... Así que vine. —Jiao soltó



una risilla—. Y me alegro tanto de haberlo hecho... ¡Es una gran fiesta!

—No tengo tiempo para esto —murmuró Iván—. ¿Qué quieres?

—Ah, directo al grano. Ya veo. —Jiao se acarició la barbilla—. Bueno, pues tengo una propuesta para ti.

Iván deslizó sus manos en los bolsillos de su pantalón.

—Te escucho —dijo. ¿Pero era así? Le interesaba más el canto de los grillos y el chapoteo de la fuente ante él.

—Le he prometido a mi aquelarre una nueva era de iluminación... El amanecer de nuestra Hermandad, si entiendes lo que quiero decir.

—¿Tu aquelarre? Hasta donde yo sé Eirik Bjorn es el rey del aquelarre del Diablo, no tú.

—Las cosas cambian, Lockhart. Uno debe fluir con los tiempos y no apegarse demasiado a las viejas costumbres. Sin duda estás de acuerdo...

—¿Por qué debería importarme? No pertenezco a ningún aquelarre. —Las actividades políticas de Jiao Long le interesaban muy poco.

—Te importará en un minuto. —Jiao hizo una pausa—. Hace unas semanas, me encontré con algo tuyo. —Abrió su mano y reveló un medallón de oro antiguo. La letra A grabada en ella brillaba a la luz de la luna.

El corazón de Iván hizo un alto completo. Ese medallón pertenecía a Alisa. La sangre hirvió en sus venas. Una ola de fuego se apoderó de su cuerpo preternatural.

—¡Eres un demonio! —gruñó, cogiendo el collar. En un instante, agarró el cuello de Jiao Long y lo golpeó con fuerza contra el muro de piedra. Uno o dos huesos crujieron bajo su agarre, lo que no significaba dolor para el demonio desalmado.

—¿¡Dónde está ella?! ¡¿Qué le has hecho?!

Jiao comenzó a reír. El bastardo reía a pesar de la amenazadora sonrisa de Iván, sus afilados colmillos listos para desgarrar su cuello de un solo mordisco.

—¡Pero no puedes lastimarme, Lockhart! —Jiao sonrió con más mesura—. Si lo haces, nunca sabrás dónde encontrarla. —Más risas—. Podrías recuperarla... si me das lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Quiero la Fuente —Jiao dijo—. Sé que la has mantenido escondida en el collar de Alisa.

Iván lo liberó a regañadientes.

—Disparates.

—Entonces, supongo que ella mintió. —Jiao se deshizo de su chaqueta y se sacudió las mangas con la mano—. Debería haber presionado a Alisa más duro por la información... Chica traviesa. Quizás lo haga.

—¡Déjala fuera de esto! —Un rápido golpe en su cabeza lo silenciaría para siempre. Tentado como estaba Iván, no se atrevía a poner en peligro el destino de Alisa.

—Eso es imposible, pues ella es la clave del éxito de cientos de años de mis esfuerzos—. Jiao juntó las manos en la espalda y se paseó por la fuente.

—El collar ha sido fuertemente custodiado por las Deveraux durante años... —Iván murmuró mientras su mente trabajaba con rapidez. Desafortunadamente, la violencia no funcionaría.

—Bueno, entonces eso no debería ser un problema —respondió Jiao—. Escuché que eres amigo de una de las brujas.

—Escuchaste mal—. ¿De dónde diablos había obtenido esa información? *Miente, Iván. Miente a través de tus dientes*—. Los Deveraux me conocen demasiado bien para confiar en mí, y mucho menos para devolverme su precioso collar.

—Quizás haya otra manera de persuadirlos a hablar —insistió Jiao.

—No me gusta cómo suena eso. ¿Pretendes comenzar una guerra con una de las familias de brujas más poderosas? —Iván sonrió—. Además, ninguno de nosotros sabe si hay algo de verdad en la leyenda de la Fuente. Ningún vampiro ha bebido alguna vez de eso. Por lo que sabemos, las propiedades mágicas de la Fuente no son más que un montón de tonterías, una estrategia inventada por las brujas para mantener a los vampiros a raya. Enfrentar a las brujas significaría arriesgar siglos de paz entre nosotros, ¿y para qué? Nada más que un cuento para dormir.

—Pareces preocuparte demasiado por su destino... —Jiao inclinó la cabeza, entrecerrando los ojos. Iván sabía lo que hacía, lo que intentaba hacer. Quería perforar su cerebro y profundizar en sus pensamientos para descubrir cualquier conocimiento que pudiera proporcionar. *Bueno, eso no va a suceder, Jiao.*

—Nada mas lejos de la verdad. Simplemente no apostaría a una basura de hace mil años que, según algunos, es la panacea para todos nuestros problemas. Respiró hondo—. Deja ir a Alisa. De todos modos, ella no te sirve.

—Yo seré el juez de eso, Lockhart. —Jiao frunció los labios—. Únete a mí. ¡Quitémosle el collar a las brujas y descubramos si las leyendas son

reales!

—Y luego, ¿qué? —Iván levantó su ceja. Hubiera sido más fácil jugar con el bastardo, pero no pudo hacerlo.

—Los vampiros tomaremos el mundo de los mortales. Dejaremos de escondernos. ¡Tú y yo gobernaremos la ciudad lado a lado con el gran poder de la Fuente!

—¿Nosotros? —Iván frunció el ceño—. ¿Estás seguro de que no quieres decir *yo*?

Jiao lanzó una risa con enfado.

—¿Crees que usaría este poder para mi ventaja?

—No lo creo, lo sé. Le darías la espalda a tu propia familia por capricho, Jiao. Lo has hecho antes, pero aquellos en tu aquelarre son demasiado jóvenes para conocer la historia...

—¡Basta! —dijo Jiao—. Esta es tu última oportunidad, Iván. Ayúdame y sé parte de nuestro renacimiento o parte conmigo como enemigos.

*Gran error, Jiao.*

—No. No formaré parte de tu estúpido plan. Te veré luchar por el liderazgo que tanto deseas y te veré fallar. —Tal vez no debería haberlo dicho, y sin embargo lo hizo—. Al final de cuentas quieres una sola cosa Jiao: el reconocimiento del aquelarre. Lo has querido desde que Eirik Bjorn abandonó el Trono Rojo. Te haces llamar su líder, pero aún tienes que demostrar tu valía.

»Entérate de una vez: ninguna fuente en el mundo te otorgará la sabiduría o el carisma que tanto necesitas. Reclamar la Fuente es tu cruzada para glorificarte ante nuestra Hermandad, y yo no te ayudaré a tener éxito.

—Tú has elegido. Enemigos es. —Jiao se encogió de hombros.

—Nunca hemos sido amigos —dijo Iván, moviéndose hacia las escaleras. Mirando hacia atrás, agregó—: Me niego a tomar parte de tus planes, no por envidia, ¿comprendes? No podría importarme menos el aquelarre o su liderazgo. Es solo que... no tengo ganas de hacerlo.

Jiao apretó su mandíbula.

—¿Podría aplastarte con mi sola mano, idiota insolente!—murmuró.

—Entonces, ¿por qué no lo haces? —Iván sonrió—. No podrías incluso si quisieras, Jiao. Podrás tener cuatrocientos años dentro de la Sangre, pero mi sangre es Verdaderamente Milenaria, y tiene sus ventajas ser hijo de un Milenario.

—Maldito seas, Lockhart. Siempre has sido un agravio para nuestra

Hermandad... Lástima que Alisa deba pagar por tu orgullo.

La sola mención de su nombre en sus labios lo enfureció. Iván convocó cada onza de fuerza de voluntad para ocultar su ira.

—Deja ir a Alisa... y aléjate de los Deveraux o descubrirás cuán ofensivo puedo ser.

—¿Es eso una amenaza? —Sus labios se curvaron lo suficiente como para mostrar su diversión.

—Oh, no —dijo Iván—. Las amenazas son una molestia. Este es un consejo. No lo tomes a la ligera.

---

DE PIE EN EL MEDIO DE LA PISTA DE BAILE, MARIANNE BUSCABA A PHILLIP entre la multitud. ¿Dónde estaba él?

Mientras examinaba cada rostro en el jardín, alguien llamó su atención. El hombre estaba detrás de los arbustos de anémonas. Llevaba un esmoquin blanco y una máscara de filigrana de oro. La máscara emulaba al sol, con rayos que irradiaban desde los bordes. Nadie notó su presencia. Pero luego, sus penetrantes ojos azules fijaron su mirada en ella.

*¿Nos hemos visto antes?*

—¡Marianne! ¡Únete a nosotros! Antoine tiró de su mano y la llevó a su mesa. Ella se giró para ver al hombre de nuevo. Se había ido.

—Maravillosa —dijo, barriéndola de pies a cabeza con una mirada rápida.

—Me alegro de verte, Antoine. —Divertida, se deslizó en la silla junto a él.

—Gente, deben conocer a Marianne —se dirigió Antoine a sus amigos—. ¿Acaso no es una diosa?

Ninguno de los dos se atrevió a hablar, aturdidos por su belleza antinatural.

*Mejor di algo para romper el hielo.*

—No morderé. ¡Lo prometo! —Marianne sonrió. Los amigos de Antoine rieron y ella también con la ironía de todo.

—Antoine no nos dijo lo hermosa que eras —dijo un hombre. Joven, de veintitantos años con una yugular pulsante para morir.

—El impertinente es Frank —le dijo Antoine al oído—. Ese es Ethan, y

ella es Isabella... Somos viejos amigos de la escuela.

—Encantado de conocerte —dijo Ethan.

La miraron sin discreción ni intención de ocultar su admiración. Marianne había experimentado lo mismo cuando conoció a Iván. Había sido la criatura más hermosa que había visto en su vida: piel pálida y ojos verdes feroces... Un ángel oscuro.

—¡Dejen de mirar, muchachos! —dijo Isabella—. La están haciendo sentir incómoda. —Pelo rubio rizado y ojos azules, máscara púrpura. *Preciosa mortal.*

Las palabras regañinas de Iván hicieron eco en su cabeza: «*Este es un evento importante, no el buffet privado de un Inmortal.*»

—Parece que la fiesta finalmente ha comenzado. —Ethan señaló el escenario donde una banda de rock tocaba los primeros acordes de un interludio.

La voz del cantante envió una helada corriente por su espalda. Temerosa, Marianne miró el escenario y se centró en el rostro del cantante principal.

Vestía un traje de cuero negro ajustado. Vislumbraba el tatuaje del sol en su pecho. Barba incipiente, un sexy *piercing* debajo de su labio inferior...

—Michael Reese.

—¡Bailemos! —Antoine la invitó a entrar en la pista de baile. ¿La reconocería Michael? La ansiedad se estrelló en la boca de su estómago. Encontrarse con un ex novio era una pesadilla para casi todas las chicas, pero esto no parecía ser tan mal sueño.

*No. Esto es un error.*

—Lo siento, Antoine. Tengo que irme. Marianne se deslizó entre la horda que se empujaba. Bajó por el sendero de adoquines, lejos del jardín, lejos de Michael.

SE DETUVO EN EL VESTÍBULO. CANSADA DE CORRER EN ESE PESADO ATUENDO, Marianne se sentó en la piscina.

—Oh, Michael... —musitó—. ¿Por qué ahora?

Ella había sido una niña cuando se conocieron. Marianne atendía mesas en Rick's Bar cuando Michael entró para una audición.

La poderosa y sensual voz de Michael la hizo ponerse de puntillas para echar un vistazo a su rostro. Se movió detrás del escenario donde estaba segura de verlo, este cantante cuya voz había iluminado el local en cuestión de

segundos.

Marianne se coló detrás de las cortinas del escenario. Dio un paso atrás, luego otro, y otro hasta que salió del escenario y cayó en el pozo de servicio.

—¡Maldita sea! —Su grito hizo eco en el bar. Ella se puso de pie, tratando de mantener una actitud fría cuando la mirada tentadora del cantante se fijó en ella. Él sonrió y luego le guiñó un ojo. Las mejillas de Marianne ardieron.

Michael consiguió el trabajo, y entonces comenzó su romance. Se quedaban tras las horas de cierre, besándose en la sala de congelación. Después de un tiempo comenzaron a salir y estaban pensando en vivir juntos cuando Marianne se enfermó. Ella no había tenido corazón para decirle la verdad, y silenciosamente desapareció de su vida.

Fue entonces cuando conoció a Iván.

Resucitar el pasado no tenía sentido. Ver a Michael de nuevo solo le había recordado cómo había perdido su oportunidad de alcanzar la felicidad en la vida.

—¿Marianne?

## M A R I A N N E

—**R**ealmente eres tú... —Se detuvo en el vestíbulo, con ambas manos en los bolsillos de su chaqueta—. Casi no te reconozco.

—Apenas me reconozco hoy en día... —musitó ella.

Él se sentó en el piso, al lado de ella. *Mantente alejado, Michael Reese.* Sus dedos audaces se alisaron sobre su mandíbula, inclinando su cabeza con cuidado. Michael retiró el tul que cubría sus ojos.

—Ahí estás —susurró. Luego desató el peinado de Marianne, soltando su melena castaña ondulada.

—Escuché que estabas de gira... —dijo, tratando de evitar su mirada, pero los ojos brillantes de Michael se clavaron en los de ella. Pudo haber sido la luz de la luna, pero parecía más guapo que nunca.

—Lo estaba —respondió con la misma voz tersa—. Casi rechazo este concierto de último minuto... Me alegro de no haberlo hecho. —Hizo una pausa—. Diez años ... ¿Realmente ha pasado tanto tiempo?

—Un poco más de hecho... —Marianne resopló—. Michael, no puedes quedarte aquí—. *Soy un monstruo y me temo que no te gustará eso.*

—Estoy de acuerdo. —Michael frunció los labios. Luego se puso de pie, junto a ella—. Deberíamos irnos. —Él sonrió.

Marianne casi rió.

—No has cambiado ni un poco, ¿verdad? —Volviéndose hacia él. Su mano tomó la de ella, invitándola a ponerse de pie, y tontamente, ella tomó esa oferta.

—Debería deshacerme de este ridículo vestido primero... —musitó mirando la falda reluciente—. ¿Te importaría esperar?

—He esperado diez años por ti, puedo esperar veinte minutos más. —

Soltó una risilla.

Este hombre tenía *peligro* escrito sobre él. Tal vez esta no era la mejor idea, pero ningún daño podría salir de recordar viejos tiempos, ¿verdad?

---

—TIENES UN LUGAR AGRADABLE... —MARIANNE VAGÓ POR LA ENTRADA DEL ático. Tenía una vista excepcional de la bahía, con una terraza espaciosa que suplicaba ser descubierta.

—Gracias —Michael dejó caer las llaves en un cuenco junto a la entrada —. ¿Vamos?

Lo siguió a la terraza. Marianne se apoyó contra la barandilla y cerró sus ojos.

—Solíamos soñar con vivir en un *penthouse* junto a la bahía... ¿Te acuerdas? —dijo, de pie junto a ella.

Marianne asintió.

—Esta podría haber sido nuestra vida juntos.

Michael se acercó, alisando su mano por un lado de su rostro.

—Aun puede serlo —susurró—. Marianne... Nunca dejé de buscarte. Nunca dejé de amarte.

La fragancia almizclada de su piel la volvía loca de deseo. La cercanía de Michael la embriagaba, y desde este delicioso placer nunca deseaba apartarse.

—Quiero perderme en ti, Michael —susurró, acercándose para encontrarse con sus labios. La besó con ansias desesperadas, y decidido a tenerla, la llevó adentro.

Michael se deshizo de su blusa mientras se movían por el pasillo. Se desabrochó los jeans cuando llegaron a la puerta de la habitación. Una oleada de excitación le recorrió las venas. La ansiedad acelerada y la anticipación la hacían sentir viva de nuevo, mortal de nuevo.

—Nena... —susurró él, empujando un mechón de cabello detrás de su oreja—. Estás temblando. Podemos detener esto ahora mismo si...

*No podemos. Es demasiado tarde.*

—Te deseo, Michael Reese. —Ella le quitó la camisa, revelando su pecho cincelado. Marianne le besó el cuello, luchando contra la maldita urgencia de morder su arteria carótida.

Mientras sus cuerpos se entrelazaban en la furia de su pasión, Michael



luchaba por contenerla. Quería atarla a él porque eso era todo lo que sabía. Pero Marianne era un espíritu libre, y su lucha era el quid de su atracción. La lucha por tenerla era una batalla que él había perdido antes de que comenzara.

—Valió la pena esperar diez años... —le susurró al oído.

Ella rodó sobre él, inmovilizándolo.

—Ya veremos. —Marianne le besó el cuello y se abrió camino hasta el lóbulo de su oreja. Al raspar la piel con sus colmillos se derramaron algunas gotas de sangre. Ella los lamió, disfrutando de la emoción que corrió por su cuerpo.

A Michael le costó toda su fuerza sentarse en el borde de la cama, con sus suaves muslos a horcajadas sobre su cintura. Sujetándola fuerte, acercó a Marianne.

—Dime que eres mía —dijo con voz gutural.

*¡Qué bastardo tan egoísta!* Marianne insinuó una sonrisa.

—Marianne... —gruñó, apretando su agarre.

—¡Sí! —exclamó, ola tras ola de euforia sin igual. El cuerpo de Michael se convulsionó mientras gemía—. ¡Sí!

—¡Ay, Señor Reese! —La mujer cubrió sus ojos ensanchados con sus manos, su rostro se ruborizó—. ¡Lo siento tanto!— Se arregló las gafas y retrocedió, tropezando contra la estantería camino a la puerta.

Michael soltó una carcajada. Se cubrió la cara con las manos y luego, se rió un poco más.

—¿Quién era? —Envolviéndose con las sábanas, Marianne se rió también.

—Esa era Paloma —ahogó otra risa—. Ella es mi AP.

—¿Tu... AP?

—Asistente personal —agregó, dando un rápido vistazo a su reloj de pulsera—. Guau. ¡Paloma madrugó!

—¿Qué? —En los brazos de Michael, había perdido la noción del tiempo. Había olvidado que era una criatura antinatural que se alimentaba de sangre humana y debía evitar el sol a toda costa. —¿Qué hora es?

—Cinco y quince de la mañana—dijo con una voz adormilada, frotándose un ojo con la mano.

—¡Mierda! Tengo que irme. —Marianne salió de la cama. Se puso los vaqueros y la camisa. Con prisa, recogió su cabello en un moño rápido y se puso sus botas de cuero negro.

—Nena —Michael gimió, tirando de las sábanas de la cama. Luego agarró las llaves de la mesa de noche—. Tómala. Es toda tuya —tirándole las llaves

— Está en el camino de entrada.  
Marianne tomó su chaqueta de cuero y se la puso.  
—Te veo luego, cariño. —Le lanzó un beso.  
Michael estiró sus brazos sobre las almohadas de la cama.  
—Como en los viejos tiempos ... ¿eh?  
Marianne hizo un guiño.s

---

UNA HARLEY SPORTSTER DE COLOR NEGRO LA ESPERABA EN EL CAMINO DE entrada. Marianne saltó sobre la moto, encendió el motor y aceleró como perseguida por el Diablo hacia la Isla Belvedere.

*No hay tiempo para disfrutar del hecho de que pasé la noche con Michael, no hasta que esté a salvo del próximo amanecer.*

En una carrera contra el reloj, Marianne aceleró a través del puente Golden Gate. Llegó a Villa Belle Vedere cuando los primeros rayos del amanecer tocaron el horizonte.

Se apresuró a entrar a la casa, su corazón acelerado a punto de estallar de su pecho. Se apoyó contra la puerta cuando se cerró detrás de ella y lentamente se deslizó al suelo.

*Estuvo cerca.*

La noche de éxtasis que había pasado con Michael apareció ante sus ojos. Marianne suspiró. Ella habría disfrutado ese recuerdo si no fuera por una comprensión repentina.

*He traicionado a Phillip.*

No solo se había vuelto hacia los brazos de Michael, sino que lo había hecho tan fácilmente.

—Déjalo en paz, Marianne —musitó—. No pienses.

¿Qué era esa fragancia seductora en el aire? Se puso de pie y siguió el rastro hasta la biblioteca. Fuera lo que fuera, era delicioso.

—Mmm... —dijo mientras entraba en la habitación, sin saber lo que encontraría.

## TRAS LA FIESTA

**H**ubiera sido la vista más atractiva de Iván Lockhart de no ser por los tres cadáveres que había en la alfombra de Aubusson. Una suave melodía se filtraba en la habitación tenuemente iluminada. Estaba tumbado en el sofá, con las mangas arremangadas hasta los codos, el chaleco y la camisa desabrochados. Sus ojos estaban cerrados, perdido en sus pensamientos.

—¿Qué es esto? —dijo Marianne al entrar.

Los ojos verdes de Iván se abrieron y fijaron su mirada indolente en ella.

—¿Esto? —Levantando la ceja—. Esta es la fiesta posterior... Fue una velada maravillosa, lástima que te perdiste la mayor parte—. Se instaló en su pose de indiferencia, la palma de su mano cubriendo sus ojos.

Fragmentos de vidrio crujieron bajo sus pisadas a medida que avanzaba. En el piso había botellas de vino vacías, copas de champán, ceniceros estrellados... ¿libros rotos? Toda la biblioteca era una zona de desastre.

Los cuerpos de un par de hombres estaban ataviados con esmoquin costosos. También había una mujer, su vestido negro con lentejuelas se extendía sobre la alfombra como una rosa negra en flor.

—Espera un momento... —musitó ella—. ¡Ellos son invitados!

—*Eran* invitados, sí. —Iván frunció el ceño—. Ahora vete. Estoy agotado.

—¿Qué pasa? —Acercándose al demonio—. ¿Estás bien?

—Lo estaré cuando hayas dejado de molestarme —dijo, lanzando un suspiro—. Pero parece que no te irás, ¿verdad?

La mujer tenía el cabello rubio y rizado. Llevaba una máscara púrpura. Sus pupilas estaban anchas y fijas con una mirada vacía.

—La he visto antes —dijo. Marianne observó los otros cuerpos con más detenimiento—. Iván... ¡Estos eran amigos de Antoine!

—¿Por qué te debería importar? —Iván resopló—. A penas los conociste anoche.

Pero a ella sí le importaba, por el bien de Antoine. Marianne se puso de rodillas. Acarició la mejilla de la mujer... Una corriente imparable de imágenes apareció en su mente.

*«¡No! ¡Por favor, no lo hagas!» gritó Ethan estremecido. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. El puño de Iván se cerró alrededor de su cuello, aplastándole la tráquea antes de que tuviera oportunidad de gritar. Ethan murió instantáneamente.*

¿Por qué estaba viendo esto?

—Basta. Haz que esto pare —dijo, pero las visiones continuaron en una película que rodaba sin remedio.

*«¡Frank!».* Isabella trató de advertirlo, pero ya era demasiado tarde. Los colmillos de Iván destrozaron su arteria carótida y en cuestión de segundos todo había terminado para él. El cuerpo de Frank golpeó fuerte contra el piso.

*«La última, pero no por ello menos importante», siseó Iván. Sus ojos transformados por la Matanza. El hambre latía con fuerza en cada una de sus extremidades, dominando su razón, cegándolo así como guiándolo en la Cacería.*

—¡No más, Iván! —gritó Marianne—. ¡No quiero ver esto! —Tropezando, se puso de pie y se alejó del cadáver de la mujer; pero aún así las visiones continuaron.

*«Por favor... No me mates...», Isabella murmuró mientras lloraba, retrocediendo hacia la esquina de la biblioteca. Desesperada por salvar su vida, arañó las estanterías, sollozando sin control. «¡No quiero morir!».*

*Iván alisó sus manos en los lados de su cara. «Shh... No llores», susurró con voz aterciopelada. Una repentina serenidad la invadió y dejó de llorar.*

*«Esto terminará antes de que lo sepas», dijo. «Duerme ahora». Los ojos de Isabella se cerraron y segundos después, ella se desmayó en los brazos de Iván. Solo entonces tomó cada gota de su sangre.*

Al fin, Marianne rompió el trance. Su mirada desdeñosa se posó en Iván, al tanto de su truco, pues había sido su diseño que presenciara cada escena de su juerga asesina.

Iván parecía complacido con su trabajo y con su sonrisa le decía: *No tienes la menor idea de con quién estás tratando.*

Dando un paso atrás, Marianne vio otro cuerpo en el suelo, a unos metros

de Iván. Sus brazos petrificadas por el rigor mortis intentaban alcanzar al mismísimo Diablo. Su máscara estaba dentro de su puño. El hombre estaba de cara al piso, era imposible identificarlo.

—¿Y bien? —dijo Iván—. ¿No vas a preguntarme sobre él?

—Ya no me importa —murmuró.

El demonio se rió, fastidiándola más de lo que ella mostraría.

—¿Estás segura de eso?

Marianne echó una mirada sobre el cuerpo. ¿Acaso estaba... respirando?

—¿Qué demonios...? —¡Se movió! En un acto espeluznante, los brazos del muerto se doblaron sobre su pecho. Su cuerpo se balanceó a un lado y entró en una fuerte convulsión.

—¡Iván! —dijo, dando un paso atrás—. ¡Iván, no puede respirar! ¡Hacer algo!

—No hay nada que pueda hacer —dijo Iván, indiferente—. Se está muriendo, eso es todo.

La convulsión se detuvo. El hombre volvió a convertirse en una estatua arrojada sobre la alfombra de Aubusson... Pero, un momento. Ahora giraba sobre su espalda, boqueando con ansias desesperadas de aire. Entonces su mirada se volvió vacía y su lucha llegó a su fin.

Pese a que el hombre ahora estaba muerto, era imposible negar su alivio al saber que no sufría más. Realmente sentía pena por él... Tan joven, tan guapo con esa melena corta de cabello negro y sus grandes ojos oscuros... *Oh, no.*

—¡Lo mataste! —Los ojos de Marianne se abrieron de golpe. —Eres un monstruo, ¡mataste a Antoine! —Horrorizada, dio un paso atrás y tropezó con... —¡Phillip! Lo que él ha hecho... ¡Esto es una locura!

Phillip la tomó por el hombro sin apartar su mirada de desaprobación ante la mórbida escena.

—No debiste hacerlo. —Phillip negó con la cabeza.

—No pienso escuchar esto... ¡No de ti! —De un salto, Iván se puso de pie. Salió de la habitación tan rápido como un rayo. Y Phillip por supuesto, fue tras él.

—Cuánto lo siento Antoine... —Marianne se arrodilló junto a él. ¿Qué podría haber llevado a Iván a cometer ese acto tan atroz?

Era tan pálida su tersa piel... La tenue luminiscencia de la muerte brillaba en su rostro. Sus ojos se abrieron.

—¿Qué diablos? —dijo ella.

Antoine agarró su muñeca y la atrajo hacia sí con una fuerza preternatural.

Marianne jadeó, intentando liberarse sin éxito.

La esquina de sus labios se curvó en una sonrisa traviesa.

—Antoine... —susurró, pero el demonio tiró con más fuerza. En un segundo sus colmillos se hundieron profundamente en su muñeca. Marianne gimió, sorprendida pero indulgente hacia sus oscuros deseos.

Bebió su sangre maldita con una sed voraz. Pulso tras pulso de su líquido vital fluyó a su boca en un ciclo delirante... Marianne comenzaba a disfrutar esto.

Un mareo le advirtió del peligro en esta bebida. Invocando su fuerza vampírica, Marianne se liberó de su alcance. Resbaló en manos y pies un par de veces antes de lograr ponerse de pie.

Con el corazón palpitando fuertemente contra su pecho, Marianne salió de la habitación.

Antoine estaba vivo... Bastante.

---

—¿QUÉ HAS HECHO? —PHILLIP CAMINABA EN LA SALA DE ESTAR, INCAPAZ DE dar sentido a lo que acababa de ver en la biblioteca—. ¿No lo ves? ¡Esto lo cambia todo!

Iván cayó en picado en el sofá junto a la chimenea. Cogió el control remoto de la mesa de café, hizo clic en el botón y observó cómo bajaban las cortinas.

—No debería sorprenderte... —Iván musitó—. Ya te había dicho mis planes.

—Jamás creí que fueras a seguir adelante con ellos —respondió Phillip, apoyándose contra la pared—. Antoine no merecía esto.

—¿Dices que no lo merecía? —Iván frunció el ceño—. Cualquiera pensaría que convertirse en inmortal es una maldición...

—Yo nunca dije eso.

—¿Qué hay de tu amada Marianne? ¿Cuál fue su mérito para unirse a nuestra Hermandad sagrada? —Alzando las cejas—. Ella no lo merecía, y aún así, hiciste lo que quisiste.

—¡Arg! ¡No esto de nuevo! —Phillip golpeó el manto de la chimenea con su mano—. Marianne estaba enferma. ¡Ella hubiera muerto si yo no hubiera intervenido!

—Oh... *San Phillip*, —murmuró Iván, girando la mirada hacia atrás.

—Pero esto... Esto es completamente diferente. Es demasiado malicioso, incluso para ti. Antoine era joven... Le diste una vida de éxito, ¡y ahora le arrebatas todo! ¿Cómo te atreves a jugar a ser Dios, Iván?

—¿No te has enterado? Dios está muerto. —El desdén teñía cada palabra que salía de boca de Iván—. No sabes nada de Antoine o de sus deseos.

Tolerar los desaires de su creador era lo suficientemente insoportable, pero que Phillip se quedara aquí escuchando estas patrañas era simplemente inaceptable.

—¿Estás diciendo que Antoine lo quería? ¿Cómo podría saber lo que significa convertirse en vampiro? ¿Me pregunto qué poderosa influencia podría haber despertado su interés?

—Durante años me rogó que le diera la Sangre Oscura —dijo su creador, agotado—. Fue muy insistente.

*¿Insistente?* Insultante, eso es lo que era.

—¿Y esa es tu respuesta? —preguntó Phillip—. Lo convertiste en un Bebedor de Sangre porque... ¿te suplicó lo suficiente? ¡Increíble!

—No tengo mente o corazón para discutir esta noche —Iván suspiró—. En tu vida mortal fuiste hijo único, supongo que debe ser por eso...

—Esto no tiene nada que ver conmigo o con mi pasado. —¿Cómo se atrevía a traer su vida mortal a la discusión? Ese era un golpe tan bajo—. Esto se trata de ti y de tu egoísmo.

Iván se inclinó hacia adelante.

—¿Quieres hablar de egoísmo? Bien. —Se puso de pie—. Esto es lo que sé: en lo profundo de tu corazón predicador no puedes soportar estar unido a Antoine por la Sangre. Has sido mi único compañero por demasiado tiempo... Pues, ¿qué te parece? Ahora son Hermanos de Sangre te guste o no.

Las palabras de su creador lo tomaron por sorpresa. Por un momento, Phillip se quedó sin habla.

—¿Es esta tu forma de castigarme? —preguntó—. ¿Me condenarías uniéndome a él para siempre y tomándolo bajo tu protección?

Iván le dio la espalda. Deslizó sus dedos por su cabello y lanzó un profundo suspiro.

—Es por ella, ¿verdad? —dijo Phillip acercándose—. Es porque cambié a Marianne contra todas tus advertencias... Me has despreciado desde entonces. —Nunca pensó que pronunciaría esas palabras. Durante años, las había mantenido encerradas en su corazón inmortal.

—Por favor, Phillip... —dijo en voz baja—. Jamás podría despreciarte, ¿no lo sabes? Tomaste tu decisión y nunca te reocriminé por ella... ¿Qué quieres, Marianne? ¿No ves que estamos ocupados?

Phillip ni siquiera había notado su presencia. Marianne estaba de pie en el umbral de la sala, mordiéndose el labio inferior.

—¿No es suficiente que hayas regresado a nuestras vidas, ahora también te entrometes en nuestras peleas? —agregó Iván.

—Déjala fuera de esto —dijo Phillip.

—Me temo que no puedo —respondió Iván con asombro fingido—. Ella no se irá.

—Da igual. No tiene sentido discutir ahora... No hay palabras que puedan deshacer este mal. —Derrotado, Phillip se sentó en el sofá. Hermanos de Sangre, el solo pensamiento inquietaba su negro corazón.

—¿Mal? Yo diría que es una mejora. —Iván volvió al asiento. —Pero sí, hay asuntos más importantes que discutir... ¿Por qué sigues aquí, Marianne? —Sus dedos temblaban mientras los pasaba por sus labios.

—Lo cambiaste... —dijo Marianne, acercándose—. Lo elegiste a él. ¿Por qué a él? ¿Por qué no a mí cuando más lo necesitaba?

—No puedo creer que esté escuchando esto —masculló, genuinamente sorprendido. Levantándose de su asiento, fue a su encuentro.

—No tengo tiempo para esto, Marianne. —Un rápido gesto de su mano mató la conversación. Caminó hacia la escalera—. Mi mente está cargada con tales preocupaciones que no puedes imaginar.

—Deberías estar preocupado —dijo ella—. Algún día enfrentarás un rival a tu medida, y sufrirás más dolor del que nos has causado a los dos... —. Su voz, baja y serena, envió escalofríos por la espalda de Phillip.

Iván se detuvo al pie de la escalera. Apretó su mano alrededor de la barandilla. Cuando se volvió, su rostro se llenó de furia, sus ojos se encendieron con un brillo preternatural.

—¿Crees que conoces el dolor? —dijo—. ¡Te mostraré el verdadero dolor! —Con un gruñido salvaje, Iván arremetió contra ella veloz como un rayo, su mano arañando su cuello, listo para aplastarlo.

Marianne huyó de su ataque. Gritó, temiendo por su vida. Phillip se apresuró a detener esta locura y se interpuso entre ellos, conteniendo a su creador con todas sus fuerzas.

—¡Iván, detente! —rugió—. ¡Marianne, esta vez has ido demasiado lejos!

—¿La ves ahora por lo que realmente es? —siseó Iván—. ¡un vampiro



malcriada! Pero puedo arreglar eso en un minuto... Quítate de mi camino, Phillip.

—¡Gah! —Phillip presionó su pecho, empujándolo contra la pared—. ¡No hagas esto, Iván! —Conocía demasiado bien las intenciones de su creador como para no impedir que las ejecutara.

—¡No te temo! —Marianne se alzó sobre el hombro de Phillip.

—Ingrata insolente... —Iván murmuró—. No olvides por un segundo que fui yo quien te trajo a esta casa para vivir el final de tus días cómodamente. Debería haberte dejado vagando por las calles para morir en un callejón apestoso... ¡Deberías estar muerta!

—¡Estoy muerta! —dijo ella. Su voz se rompió, lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Esto es una locura —dijo Phillip, tomándola con un brazo, el otro aún presionando el pecho de Iván—. No podemos volver a lo mismo. ¿Podremos vivir los tres así?

—Los cuatro —intervino una voz—. Quieres decir que si *los cuatro* podremos vivir así. —Un rayo de luz de luna se filtró a través de las ventanas y aterrizó en sus ojos oscuros.

—Creo que podremos —agregó—. De hecho, me está comenzando a gustar mi nueva familia. —Sus manos tomaron los hombros de Iván y Phillip—. Después de todo, ¿qué es la vida sin un poco de emoción?

—Antoine —dijo Iván con un suspiro. La expresión de su rostro se suavizó—. Bienvenido a la familia... Marianne es todo un caso, como te habrás dado cuenta. Si yo fuera tú me mantendría fuera de su camino. —Se volvió a la escalera—. ¡Has sido advertido! —agregó, agitando la mano en el aire sin mirar atrás.

---

IVÁN ATERRIZÓ EN EL CHAISE LONGUE DE SU HABITACIÓN. CUALQUIER DRAMA que hubiera tenido lugar abajo significaba poco para él. El verdadero infierno se formaba dentro de su cabeza.

Alisa en las garras de Jiao Long... Era un pensamiento demasiado perturbador. Su mente trabajaba sin cesar, calculando su próximo paso. ¿Debería enfrentarse a Jiao? Él tenía todo el aquelarre de su lado, no funcionaría.

—Oh, Alisa... —Lanzando un profundo suspiro—. Me has causado más problemas en esta vida que cuando éramos hermanos.

Miró el medallón de oro en su mano, el que le había arrebatado a ese demonio, Jiao Long. Iván lo abrió, revelando un retrato en miniatura dentro. Sus profundos ojos azules lo miraron desde el otro lado de la pequeña pintura.

—No estoy seguro de querer verte. De hecho, preferiría no verte nunca más. Pero parece que estás decidida a torturar mi alma incluso en este siglo... ¿No has tenido lo suficiente?

Iván cerró el relicario y lo dejó sobre la mesa de café.

El despertar de Antoine en la Oscuridad había liberado su mente de ella, aunque había sido por un momento. Matar a los amigos de Antoine le había permitido desatar su ira contra Jiao Long. «Tres vidas a cambio de tu vida eterna», le había dicho a Antoine hace días... Fue astuto al no traer a sus amigos, sino a aquellos que le torturaron durante su breve estancia escolar cuando llegó a la ciudad.

Pero la emoción de la Matanza había desaparecido demasiado pronto. Y el rostro de Alisa había regresado para atormentarlo con preciosos recuerdos oscuros grabados para siempre en su marchito corazón.

La velada tampoco había ayudado.

—Una mascarada —resopló—. ¿Qué estaba pensando? —Solo lo había hecho volver a Venecia, a los días del Carnaval.

—No puedo seguir así. Encontrarte es la única forma de librarme de ti.

Cassandra era la clave de este lío. Tenía que verla, pronto... ¿Qué era eso? Alguien tocando a su puerta. ¿Quién sería tan educado como para preocuparse por tal cosa?

—Adelante —dijo.

No le sorprendió ver a Phillip entrar a la habitación. Tan elegante y educado. A Iván le importaban muy poco los modales, eran tan... mortales.

Su aprendiz estaba de pie en la alfombra de Kashan negra y dorada de la sala. *¿Qué quieres, Phillip Blackwell?*

—No tengo ningún interés en ir a la segunda ronda si es por eso que estás aquí —dijo Iván.

Phillip hizo una mueca. Su reacción le ganó puntos por ternura. Iván medio sonrió.

—Te escucho.

—Quiero que sepas que no importa cuáles sean mis sentimientos con respecto al despertar de Antoine, estoy de tu lado. —Hizo una pausa—. Tienes

suficientes problemas ahora.

—Nunca dejas de sorprenderme, Phillip Blackwell.—Iván alzó sus cejas—. ¿Acaso no eres el caballero perfecto? —No podía evitar ser cínico. Todo en su vida estaba manchado por el toque de Alisa—. Perdóname. Aprecio tu empatía, de verdad.

—Entonces te dejaré descansar. —Cuando se volvió hacia la puerta, Phillip se detuvo—. Por cierto, he tenido la intención de decirte... El canto, las visiones... se han ido. Me di cuenta hoy. Tal vez sea una buena señal.

—Temo todo lo contrario... —Iván se mordió el labio inferior—. Oh, bueno... Supongo que debes escucharlo de mí.

—¿Escuchar qué exactamente? —Phillip ladeó la cabeza y cerró la puerta tras él.

—Sé quién mantiene a Alisa prisionera.

—¿Cómo fue que...?

—Es Jiao Long. Tuvo el descaro de aparecer aquí esta noche. —Iván apretó los labios—. Ten cuidado con él, sé que es amigo tuyo.

—No es mi amigo, pero tampoco mi enemigo... Esto es demasiado perturbador. —Frunció el ceño—. Cuéntamelo todo, Iván.

—Está bien —dijo en voz baja—. Pero será mejor que te sientes... Esto podría tomar un rato.

## ELIZABETH

**E**l día que salió del hospital fue el día en que Elizabeth decidió cambiar su vida. Experimentar tal cercanía a la muerte la había cambiado de una forma que apenas comenzaba a descubrir.

Al día siguiente renunció a su trabajo en el concesionario de automóviles para perseguir uno de sus sueños más preciados: abrir una cafetería de libros en Little Italy. Le tomó la mayoría de sus ahorros, pero abrió la tienda unas pocas semanas después de su alta hospitalaria.

Sucedió inesperadamente que la pequeña cafetería se convirtió en un éxito de la noche a la mañana. Parte de ella deseaba compartir su buena fortuna con Phillip, pero no había escuchado nada de él desde el accidente. A veces le apetecía contactarlo a través de los registros del concesionario. Pero la vida cotidiana se interponía en el curso de esos planes.

La cafetería estaba llena como de costumbre. Los clientes ocupaban todos los asientos, incluso los que estaban en la acera. Leían libros y revisaban las pantallas de sus teléfonos móviles. Mientras tanto, Elizabeth tomaba órdenes apresuradamente y las pasaba detrás del mostrador.

La ruidosa máquina de café soltaba vapor, vertiendo su atractivo aroma en la tienda. Algunas caras en la multitud eran clientes habituales. Pero la mayoría eran nuevas, locales y turistas por igual.

Fue un sábado por la noche que entre esas caras ella descubrió la suya. Nunca olvidaría esa cara mientras viviera.

Estaba de pie al otro lado de la ventana de la tienda, inmóvil mientras la multitud se empujaba por la acera, entrando y saliendo de la cafetería. Sus penetrantes ojos verdes la miraban fijamente...

—Cappuccino extra caliente y seco, por favor. Dos bombas —dijo una

VOZ.

—¿Eh? —Elizabeth parpadeó—. Lo siento. No escuché. —Una mirada más a la acera... *No hay señales de él.*

Verlo había despertado una serie de preguntas que ella había dejado en el fondo de su mente tras el accidente. Si el hombre afuera de su tienda era real significaba que sus recuerdos no eran una ilusión, ni parte del golpe a su cabeza.

Este hombre se había acurrucado junto a su cama y había hecho algo asombroso: le había salvado la vida. Se había cortado la muñeca y le había ofrecido su sangre como remedio para su condición fatal. Y ella se había tragado esa Bebida Oscura, y había calmado el dolor y había acelerado la curación de su cuerpo.

Fue en ese momento que su búsqueda había comenzado. Rituales de Sangre en Folclore, Historia de Espectros Malhechores, Mitología Egipcia, Conocimiento de Europa del Este... De principio a fin, ella había leído todos los libros. Todos conducían a lo mismo: vampiros.

*Tonterías.*

—Brenda, ¿podrías tomar mi lugar? Tomaré un descanso. —Elizabeth suspiró.

Ella salió del mostrador. Quitándose el delantal de camino a su oficina, la conversación más interesante sonó en sus oídos.

—Nunca como La Cueva del Diablo... No hay marcha atrás una vez que te hayas convertido en *demisangre*. Esos vampiros son locos egoístas...

Era un muchacho adolescente, alrededor de los dieciocho años. Y su amigo, aunque un poco mayor, no tenía más de veinte.

—Hola chicos —dijo ella, apoyándose en la mesa—. ¿Qué tal un pastel de manzana para su café? La casa invita. —*Elizabeth, ¿qué estás haciendo?* Pero ella sabía la respuesta. Era hora de hacer un poco de investigación de campo, y estos tipos parecían un buen punto de partida.

ELIZABETH MIRÓ SU REFLEJO EN LA VENTANA DE UN APARADOR.

—Oh, bueno... —suspiró. Habían pasado años desde que había ido a un club nocturno, cruzó los dedos esperando haber conseguido el atuendo correcto. Un pequeño vestido negro ajustado... Eso iba bien en todo lugar y ocasión, ¿verdad?

Al otro lado de la calle estaba la antigua casa victoriana. Había obtenido

la dirección de los adolescentes en su cafetería, y parecía que habían dicho la verdad.

Un grupo de siete u ocho adolescentes salió de la casa. Sacudieron la mano del guardia de seguridad, un hombre alto, de pie junto a la entrada. Uno de ellos incluso lo abrazó entre risas. Encendieron algunos cigarrillos y fumaban en el porche delantero.

Una fila de personas vestidas con ropas oscuras esperaba el visto bueno del guardia de seguridad. Elizabeth no perdió el tiempo. Se formó en la fila, su corazón latía aceleradamente con cada paso que la acercaba a la puerta. Se detuvo a unos metros de la entrada. El guardia no revisaba los bolsos de las mujeres ni las chaquetas de los hombres, sino sus muñecas y cuellos en busca de tatuajes.

—Ya conoces las reglas —le dijo el guardia a la mujer que tenía delante—. Sin dragón no hay entrada.

*¡Mierda! Soy la siguiente... ¿Qué demonios voy a hacer?*

Por suerte, el grupo que rondaba por el porche terminó sus cigarrillos. Elizabeth se apartó de la fila y se pegó a ellos, avanzando hasta que cruzó esa maldita entrada.

*Estoy dentro.*

Música oscura, luces tenues, velas que goteaban cera caliente sobre muebles antiguos... Una mirada bastó para saber que no eran humanos. Seducían a sus víctimas mientras bailaban. Eran hermosas criaturas sensuales como la que había conocido en el hospital.

*«¿A quién perteneces?»*. La voz habló dentro de su cabeza.

Elizabeth no encontró a nadie cerca excepto a una mujer de piel bronceada que fijaba sus brillantes ojos marrones sobre ella.

*«¿Estás sola? ¿Quién es tu dueño?»*. La voz habló de nuevo. La mujer sostuvo su mirada fija, pero sus labios solo se movieron para revelar una insinuación de sus afilados colmillos.

*¿Qué demonios estoy haciendo aquí? ¿Qué me hizo adentrarme al epicentro de vampiros de San Francisco?*

Con su corazón bombeando más fuerte y más rápido, Elizabeth dio un paso atrás, lo suficiente como para alcanzar la entrada del club en una carrera. La mujer se acercó y sus ojos brillaron con un fuego antinatural.

Un paso más atrás. Elizabeth tropezó con otra de esas criaturas, un vampiro. Su respiración se aceleró. Otros dos se acercaron a ella desde cada lado.

*Oh, mierda. Esto es el fin.*

Elizabeth cerró los ojos.

A centímetros de su oreja, una mujer chilló de dolor. Fuertes brazos la tomaron por la cintura y la arrastraron lejos. Elizabeth se estremeció, no por el viento helado sino porque su vida estaba en juego. En cuanto sus pies tocaron el suelo ella abrió los ojos.

Estaba de pie frente a ella con una sonrisa irónica, un poco molesto mientras limpiaba una mancha de sangre de la chaqueta de su traje.

—Eres tú —dijo Elizabeth, apenas creyendo sus ojos cuando se encontraron con su figura de un metro ochenta de alto. Vestía un traje a medida de color carbón oscuro y una camisa blanca desaliñada. Sacó un pañuelo de su bolsillo y limpió con él sus manos ensangrentadas. Brillante cabello negro y feroces ojos verdes... *Es hermoso.*

El vampiro se volvió hacia ella.

—Bueno, trato de cuidar mi aspecto... —dijo. ¿Había escuchado sus pensamientos?—. Todos mis trajes son de Savile Row, sabes... Este está arruinado. —Mirando hacia abajo, sacudiendo la cabeza.

—Lo siento... —musitó ella.

Él dio un paso más cerca. Sus ojos se fijaron en los de Elizabeth, sus pupilas se ensancharon mientras hablaba—: *Te irás a casa y olvidarás todo lo que sabes sobre los bebedores de sangre.*

—Entonces, es verdad... ¡Eres un vampiro! —Ella llevó sus manos a su boca abierta.

—Espera... ¿Qué? —El vampiro se estremeció con incredulidad—. Te dije que olvidarás todo. ¿Por qué no está funcionando esto? —musitó, notablemente contrariado.

—Tampoco funcionó en el hospital —dijo—. Lo recuerdo todo. Me salvaste la vida. Gracias, por cierto.

Él frunció el ceño.

—Vamos... Salgamos de aquí antes de que nos sigan. —Él agarró su mano y la llevó dentro de un Ferrari rojo.

LAS LLAVES CHOCARON CUANDO LA MANO TEMBLOROSA DE ELIZABETH ABRIÓ LA puerta de la tienda. Ella no estaba sola. El vampiro la siguió adentro y se sentó en una silla como si fuera un cliente ordinario. Algo perturbaba su mente zumbante. Frunció los labios antes de hablar.

—No debes aventurarte a esos lugares nunca más —dijo—. No siempre estaré ahí para salvarte, Elizabeth.

Ella encendió la cafetera.

—No me dejaste otra opción, siempre pasabas por aquí pero nunca entrabas.

El vampiro sonrió. Ella le divertía, ¿no?

—¿Cuál es tu nombre? —Sirvió un poco de café en una taza y fue a la mesa—. ¿Por qué me salvaste ese día en el hospital y nuevamente ahora?

—¿Cómo es que eres inmune a mis trucos preternaturales? — musitó frunciendo el ceño—. Dime, ¿ha cambiado algo más en ti desde...?

—¿Desde que nos conocimos?— Elizabeth contuvo la respiración por un segundo—. ¿Estás diciendo que tu sangre podría ser la razón de mi inmunidad contra tu capacidad de persuasión? —Con los ojos cada vez más abiertos—. ¡Y tal vez por eso pude escuchar sus pensamientos! —Finalmente, algo de sentido en todo este caos.

—¿Qué quieres decir? ¿De quién has leído la mente? —El vampiro se inclinó más cerca, dejando caer sus dedos sobre la mesa.

—La mujer del club, la que intentó matarme. —¿De verdad lo había dicho? Control mental, vampiros y poderes antinaturales eran demasiado para una noche. ¿Esto era real?

—Es muy real, Elizabeth. Y ella no era una mujer común. Ella era un vampiro, y te hubiera matado si yo no hubiera estado allí para protegerte de su voraz apetito—. Apuntando con su dedo, golpeó la mesa.

—¿Me has estado siguiendo desde que salí del hospital? —De lo contrario, ¿cómo podría haber sabido dónde encontrarla?

El vampiro se rió por lo bajo.

—Qué astuta —musitó—. Oh, bueno... Como parece que nunca podré obligarte a olvidar esta reunión, no veo otra alternativa. —Relajándose en la silla, suspiró.

—Mi nombre es Iván Lockhart. He sido un vampiro durante trescientos años.

»Te di mi sangre porque hubieras muerto si no hubiera intervenido. Y no podría hacerle eso a Phillip, por alguna razón parecía muy apegado a ti. Tu muerte le habría causado un inmenso sufrimiento, y yo no iba a dejar que eso sucediera. —Hizo una pausa y sonrió, satisfecho de sí mismo—. Así que ahí está. Debo decir que es estimulante revelar mi identidad a un mortal que no tengo intención de matar después. Esto es bastante refrescante: romper las



reglas, revelarme a un mortal... Debería hacerlo más a menudo. Por otra parte, probablemente no debería. Lo que está en juego es demasiado.

Aturdida, Elizabeth escuchó mientras el vampiro continuaba con sus divagaciones. Ella estaba sin palabras, y un poco mareada.

Los vampiros eran reales, y este afirmaba haber vivido durante trescientos años cuando no parecía tener más de veinticuatro... Pero, un momento. ¿Había mencionado a Phillip?

—¿Conoces a Phillip Blackwell? —Su corazón dio un vuelco al pronunciar su nombre.

Iván Lockhart se estremeció.

—¿Conocerlo? Lo convertí hace casi un siglo.

—¿Un siglo? —La sangre se heló en sus venas.

Algo estaba mal, se sentía mareada.

Todo se volvió negro.

---

EL VENTILADOR GIRATORIO LA HIPNOTIZÓ MIENTRAS YACÍA EN LA CAMA. SUS ojos habían estado mirando al techo durante la última media hora, tal vez más.

Las palabras de Iván Lockhart resonaron en su mente: *He sido vampiro durante trescientos años, convertí a Phillip hace casi un siglo.*

—Vampiros... —susurró en el crepúsculo de su habitación—. Ambos.

La revelación de Iván más que impedirle que se adentrara en su mundo preternatural, instigó su deseo de hacerlo. Los libros no bastaban para profundizar su conocimiento.

—Tengo que volver allí —dijo con determinación, sentada en la cama. De vuelta a La Cueva del Diablo.

BURLAR LA ENTRADA A LA GUARIDA DE LOS VAMPIROS HABÍA SIDO MÁS FÁCIL esta vez. Ella debería haber sido una espía, era muy hábil. ¿Qué diría Phillip sobre ella ahora que exploraba el lado aventurero de su personalidad?

Tal vez su experiencia cercana a la muerte había eliminado toda cautela de su sistema. Una persona normal nunca volvería al lugar donde se había topado con la Muerte por segunda vez, pero ella no era normal. Desde el accidente, Elizabeth caminaba entre ambos mundos, este y el siguiente. No muy viva,

pero tampoco muerta.

«*No es una de nosotros*». La voz resonó en su mente. Ella la escuchó sin siquiera intentarlo.

Elizabeth se deslizó hacia un rincón y se sentó donde podía observar a los bebedores de sangre sin llamar demasiado la atención. Algunos de ellos notaron que estaba merodeando por su guarida, pero mantuvieron su distancia. *Qué extraño.*

Vestidos con tonos oscuros en la mejor confección, pasaban el tiempo en la sala, conversando íntimamente. Seres hermosos, cuidaban hasta el más mínimo detalle de su apariencia. Peinados y maquillajes impecables para las mujeres, seductoras colonias y trajes exquisitos para los hombres... Era la escuela secundaria otra vez. Los vampiros eran los chicos geniales y Elizabeth era la extraña. Ella era la chica que no encajaba pero llenaba sus ojos hambrientos con su glamour.

¿A quién estaba engañando? Ella no pertenecía aquí.

«*Mantén tus colmillos lejos de ella. Tiene dueño*». La voz se le hizo tan clara como si le hablara al oído, pero ella estaba sentada sola.

«*Ni siquiera lo pienses... Es la chica de Lockhart*». Otro pensamiento pasó.

—Hola ... —dijo una mujer. Era una joven morena de veintitantos años con la cara de un ángel, un ángel oscuro con un aro de diamantes en la nariz y sin maquillaje. Echó hacia atrás su largo cabello negro, los mechones de color turquesa brillaban mientras se deslizaba en la silla junto a ella.

*Di algo, Elizabeth.*

—Hola... —Bueno, era mejor que nada.

La mujer la examinó con ojos entrecerrados e inclinando la cabeza.

—Mmmm... Tú no eres uno de ellos, pero tampoco eres humana. —Sus labios rosados insinuaron una sonrisa, y sus ojos azules brillaron por un segundo.

—¿Ah no? —Elizabeth levantó sus cejas—. ¿Y qué soy entonces?

—Eres una demisangre —dijo con su voz melosa—, como yo.

—¿Una demisangre? —Elizabeth repitió. *Nunca he escuchado eso.*

—Está bien... Eres nueva en esto. —Ella sonrió—. Un demisangre se ha alimentado de la sangre de un inmortal más de una vez. Desarrolla ciertos dones con el tiempo, como escuchar los pensamientos de los demás... como lo has estado haciendo toda la noche.

Las mejillas de Elizabeth ardían.

—¿Más de una vez, dices?

—En general —respondió ella, relajándose en la silla—. A menos que uno se encuentre con un Milenario, su sangre es lo suficientemente poderosa como para hacer el truco con un solo trago. Pero ellos rara vez ofrecen su sangre a los mortales.

Elizabeth se volvió hacia un par de vampiros de pie junto a la puerta. Desde el minuto en que había entrado, no habían dejado de mirarla.

—¿Cuál es su problema? —musitó.

—Son curiosos... como yo. —La mujer se encogió de hombros con una sonrisa—. Nadie te hará daño, al menos no aquí—. Se levantó de la silla—. Puedo ver por qué te eligió. Eres encantadora y muy inteligente.

*¿Me eligió? ¿Qué demonios?*

La mujer se sumergió en la multitud y pronto desapareció de su vista.

Demisangres... ¿Era ella una demisangre?

## CASSANDRA

**S**e había quedado despierta toda la noche leyendo el grimorio, practicando algunos encantamientos y conjuros sin apenas éxito.

Cassandra se levantó de la cama, todavía vestida con los pantalones rosas de ayer y la camiseta blanca. Tomó el libro que estaba sobre la mesa de noche, dejando al descubierto el reloj.

*8:30 PM. Estupendo.* Había dormido durante todo el día.

—Uff... Al menos estoy en la misma zona horaria que Lockhart —dijo con una risa sin alegría.

Había pasado una semana desde la última vez que había visto a Antoine, pero eso no importaba.

—Pon atención, Cassandra. —Ella negó con la cabeza y se sentó junto a la mesa de la cocina con el café en la mano.

—¿Dónde estaba? —Revisó un par de páginas antes de encontrar la que había dejado de leer.

Los primeros capítulos habían sido escritos en los 1600 por la Gran Bruja Juliette. Había leído esos pasajes durante horas, encantada con su místico aprecio por la Magia. Según el grimorio, sus poderes alcanzarían su mayor potencial en su vigésimo primer cumpleaños... Eso era en dos semanas. Enviar a Mona volando por el jardín había sido tan solo un vislumbre de sus habilidades latentes.

¿Acaso había una habitación más adecuada en Deveraux Hall que la cocina para continuar sus estudios de Magia? Quizás, pero había algo en este lugar que faltaba en todos los demás: café y galletas. Acercó el tarro de las galletas y agarró uno mientras leía.

—Mmmm... *Absolument délicieux.* —Delicioso, murmuró con la boca

llena—. Aquí hay algo. —Un pasaje escrito por la propia Katherine:

*La turmalina negra otorga protección contra los espíritus malignos y las brujas. Sostener la turmalina negra y tres hojas de acacia en la mano izquierda en una habitación donde se haya encendido el incienso de salvia evitará cualquier ataque.*

Escrito como una nota al margen, bastante en el hábito de Katherine Deveraux, decía:

*El hechizo para atraer a un vampiro al dominio de una bruja parece digno de mención, querido lector. Por si alguna vez lo necesitas... Lo llamo mi canción de sirena:*

*Tres gotas de sangre y una pizca de láudano mezcladas con aceite esencial y una gota de vainilla harán el truco cuando se usen como perfume personal.*

Cassie sonrió.

—Pequeña diablilla... —Un momento. Había escuchado algo arriba—. Deja de ser paranoica... —Ahí estaba de nuevo. Pasos, viniendo del dormitorio.

Se puso de pie. El sonido se hizo más fuerte, alguien estaba corriendo en el piso de arriba. Los pasos salieron de la habitación y resonaron en el pasillo. Quien sea que fuera, él o ella se dirigió abajo.

De pie en la entrada de la cocina, el corazón de Cassandra se aceleró. Intentó no respirar por miedo a hacer el menor ruido. Las pisadas saltaron unos pocos pasos en la escalera. Un fuerte pisotón resonó en el pasillo. Y luego, silencio.

Cassie inspiró profundamente y reuniendo cada gramo de valor, salió al pasillo.

—¿Qué demo...?

Una niña estaba parada en el rellano superior de la escalera, dos o tres años de edad. Usaba un antiguo vestido blanco con encaje. Sus rizos rojizos rebotaron cuando la niña saltó, emocionada de ver a Cassandra. Jugando con sus dedos, inclinó la cabeza y sonrió.

—¿Te... conozco? —preguntó Cassie.

La chica soltó una risilla. Contenta, saltó los pasos restantes. Luego corrió por el pasillo, directamente a los brazos de Cassandra. Cuando la niña la abrazó cálidamente, Cassie hizo lo mismo.

*¿Por qué nos estamos abrazando? ¿Cómo llegó esta niña a mi casa?*

Otra risilla. Los ojos verdes de la niña centellearon con una pizca de travesura, y entonces lo supo.

—*Oh, mon Dieu...* —musitó Cassie, con los ojos muy abiertos—. ¿Annette?

¡Por supuesto que era ella! El cabello ondulado, el vestido bordado con encaje... Tal como aparecía en la fotografía que colgaba en su antigua habitación. Le faltaba el collar de perlas de Katherine, pero fuera de eso era ella.

—¡Granny! —Cassandra la abrazó con fuerza—. *C'est toi, ma cher!* — Ella besó su frente. ¡La invocación había funcionado!

Agitando sus manos, Annette le dio una sonrisa sincera y luego se alejó.

—Granny, ¡espera! —Intentó alcanzar su mano, pero la niña corrió a la sala de estar. Cassandra la siguió.

La encontró congelada ante el reloj Mora de Katherine, mirando fijamente su pantalla marcando el tic-tac.

—¿Granny? ¿Qué pasa? —Cassie se detuvo a unos metros de ella.

Annette se volvió. Miró a los ojos de Cassandra y luego caminó a través del reloj, desapareciendo en cuestión de segundos.

—¡No! ¡Granny, vuelve! —dijo en francés, esperando que su lengua materna hiciera el truco. Pero nada pasó.

Annette se había ido.

—¡Debo haber hecho el hechizo equivocado! —gruñó Cassie—. No tengo esperanzas. Nunca aprenderé ningún hechizo sin un guía... ¡Oh, querida abuela! ¿Por qué no me ayudas?

Derrotada, Cassandra presionó su frente contra el reloj de Mora y suspiró pesadamente.

Algo hizo clic dentro del reloj. Un panel de madera en el lado se abrió.

—Y ahora he roto el reloj de la familia... ¡Oh, perfecto!

¿Podría arreglarlo? Cassie sostuvo el trozo de madera y miró por el hueco.

—¿Qué es esto? —Ella deslizó su mano dentro. De las entrañas del reloj salió una pesada caja de madera.

Puso la caja sobre la mesa de café y se sentó en el suelo alfombrado, estudiándola con la mayor curiosidad.

La caja estaba tallada en exquisita secoya. En su tapa había dos retratos en miniatura: un hombre y una mujer. La mujer llevaba un vestido azul de tafetán. Su largo cabello negro estaba arreglado en suaves rizos. Tenía llamativos ojos azules, y mirando de cerca, notó una insinuación de una sonrisa diabólica. Por el rabillo del ojo, la mujer miraba al hombre del otro lado de la tapa.

El hombre vestía un traje negro y una corbata blanca de encaje. El brillo de malicia en sus ojos verdes era uno que conocía de memoria: el de Lockhart.

—Si él es Lockhart... —Cassie miró a la mujer de nuevo. Alrededor de su cuello había un collar de perlas con un broche de zafiro—. ¡El collar!

Sus manos temblorosas levantaron la tapa. Una bolsa de terciopelo negro yacía dentro. Cassandra tomó los cordones de la bolsa y vertió el contenido en su mano. El collar de perlas más precioso y el broche de zafiro aparecieron... incrustado en diamantes, tal como había dicho Lockhart.

—Hemos tenido esto por generaciones —susurró—. Es hora de devolvérselo. —Estaba a punto de colocar el collar en la bolsa, pero el brillo de la parte posterior del broche llamó su atención. Cassie le dio vuelta. Era una placa metálica con una inscripción:

*El amor es demasiado joven para saber lo que es la conciencia.  
A Lockhart, 1671.*

Extrañas palabras *A Lockhart*... El único Lockhart que ella conocía era Iván.

Cassandra se levantó del suelo, su corazón latía con fuerza ahora que comprendía la magnitud de su descubrimiento.

—Lo encontré —susurró. Sus ojos se dirigieron al reloj de Mora—. Gracias, abuela.

Ahora ver a Lockhart y contarle las buenas noticias. ¿Pero cómo podría encontrarlo? Nunca se le había ocurrido preguntar dónde vivía. Tal vez si ella... Sonó el timbre.

—Guau. ¡Qué oportuno! —Cassie tomó un sorbo de café antes de levantarse de la silla. ¿Tenía Lockhart el hábito de leer sus pensamientos permanentemente? Ella rió. No podía esperar para ver la expresión de su cara—. ¡No vas a creer lo que pasó! —dijo, abriendo la puerta.

—Apuesto a que lo haré.

La sonrisa de Cassandra desapareció lentamente. *No es Iván.*

—¿Quién eres? —Dando un paso atrás. Este tipo tenía un aura horrible...

Cassie llevó su mano al cuello. *¿Dónde está mi turmalina negra?*

El tipo inclinó su cabeza, escudriñándola con penetrantes ojos oscuros. Camisa negra y mezclilla oscura, llevaba una chaqueta de cuero de motorista.

—Mi nombre es Jiao Long —dijo. —No me conoces, pero yo sí te conozco, Cassandra Deveraux. Te he estado vigilando durante mucho tiempo.

Su voz era suave y sibilante, como una serpiente.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó ella, agarrando con firmeza la manija de la puerta.

—Creo que ya lo sabes. —Él sonrió. Un destello antinatural brilló en sus ojos tan rápido que hubiera pasado desapercibido a cualquiera menos ella. Este tipo parado en su puerta no era humano.

*Bebedor de sangre.*

—¿Dónde está el collar? —dijo el vampiro sin moverse un centímetro de la entrada.

—No sé de lo que estás hablando —dijo, lista para cerrar la puerta cuando una cara familiar apareció detrás de él—. ¿Mona? —¡Esa bruja traidora!— ¿Vienes con él?

Con una actitud engreída, se puso delante del vampiro Jiao Long.

—No puedes entrar —dijo Cassandra—. Ningún mal puede cruzar esta puerta. —Menos mal que había lanzado un hechizo de protección en esta casa el día que se mudó.

—¿Ah sí? —dijo Mona con una mirada desafiante. Alcanzó la piedra pendiendo de su collar, un talismán de jade rojo con forma de dragón. Cerrando los ojos, susurró un conjuro en chino. Cassie no podía entender las palabras, pero reconocía la Magia cuando la veía.

Mona levantó sus manos en el aire. El viento se movió en medio de ellos. Un torbellino repentino se acumuló y giró a su alrededor arrastrando las hojas secas del porche.

Cassandra dio un paso atrás, cerrar la puerta no haría nada para detenerla. Ella entró en pánico.

—¡Tus trucos no me asustan! —dijo Cassie.

—Deberían... —Mona sonrió y le dio una mirada siniestra—. Podemos cruzar ahora.

*Merde!* La turmalina negra la habría protegido contra el par de demonios, pero era demasiado tarde para eso. El pendiente estaba en su dormitorio, y ella había olvidado usarlo el día de hoy.

Mona y Jiao Long entraron en Deveraux Hall y se detuvieron en el



vestíbulo.

—No sé qué es lo que quieres —dijo Cassie, dando un paso atrás—, ¡pero no obtendrás nada de mí! —Corrió hacia las escaleras, esperando llegar a su habitación a tiempo.

Mona la agarró por la muñeca y acercándola más, sonrió.

—Lo encontró —dijo, volviéndose hacia el vampiro—. Danos el collar, cariño, y no te vendrá ningún daño.

—¡Eres una vidente! —Esa zorra malévola: Mona solo necesitaba tocar su piel para leer su mente.

Cassandra retiró su mano, liberándose de las garras de Mona.

—¡No es tuyo para reclamar! ¿Por qué quieres el collar de Lockhart?

Vagando por la sala de estar, el vampiro se rió, su mirada buscaba en cada pared y superficie.

—¿Que por qué lo quiero? —se burló—. ¿Sabes qué es lo que estás protegiendo?

Una risa malvada escapó de la boca de Mona.

—El collar pertenece a Lockhart —dijo Cassie, chocando contra la barandilla de la escalera—, ¡y también la Fuente!

La sonrisa de Jiao desapareció.

—Así que sabes de la Fuente... Entonces también debes saber que cualquier vampiro que beba de ella obtendrá un poder absoluto. Y pasa que quiero ese poder.

Sus dedos helados se deslizaron sobre su cuello, sus pupilas se ensancharon.

—*Me darás la Fuente, Cassandra...* —le susurró al oído.

—Deberías saberlo, Jiao Long —dijo Cassie, agarrando la barandilla detrás de ella—. ¡Los trucos mentales no funcionan con las brujas! —Se dio la vuelta y corrió escaleras arriba sin mirar atrás.

La risa maliciosa de Jiao Long hizo eco en el pasillo.

—¡No puedes huir de mí! —dijo. Y de la nada, se materializó justo delante de ella. Tomando sus hombros, se acercó más, revelando sus colmillos mortales en una sonrisa siniestra—. Esta es tu última oportunidad. Dime dónde está la Fuente o de lo contrario...

Cassandra evitó la mirada amenazadora del vampiro. Su mirada se dirigió a la chimenea ... Este demonio no estaba jugando, cumpliría cada palabra. ¡Cassie haría cualquier cosa para mantener su mordisco letal en el cuello!

*Puede que me arrepienta de esto más adelante, pero no hay otra salida.*

—¡Está bien! —dijo ella—. Te diré dónde está. Solo por favor, ¡no me muerdas!

—Buena elección, Cassandra. —La esquina de sus labios se curvó en la insinuación de una sonrisa.

—Está justo ahí —apuntando abajo—, en la repisa de la chimenea.

—Eso no fue tan difícil, ¿verdad? —dijo Mona—. Ahora, no te muevas...

—¿Qué...? —Los ojos de Mona fueron lo primero que vio Cassie cuando se giró. La bruja levantó el puño al nivel de sus ojos, lo abrió y sopló. Un polvo azul brillante voló en el aire y aterrizó en la cara de Cassandra.

—¿Qué era ese polvo azul...? —Su vista se nubló. Un repentino hormigueo en sus dedos se extendió a sus brazos y rápidamente se movió a sus piernas. Las rodillas de Cassandra se doblaron, no podía sostener su propio peso... La habitación giró a su alrededor.

—No puedo sentir... —murmuró ella.

Todo se volvió negro.

## ANTOINE

**A** noche había sido una locura. Antoine estaba aturdido, tenía sueño, tenía la boca seca... Despertar después de una cacería tardía era como tener la peor resaca. Se echó agua en el rostro y se sintió un poco mejor, al menos más alerta.

Se puso un par de jeans, andrajosos y gastados. Antoine se pasó los dedos por el pelo, esperando que eso fuera suficiente para domarlo. Alisó su mano sobre su mandíbula y sintió su barba—¿los vampiros se rasuraban? ¿Quién lo iba a decir?

—¿Dónde diablos están mis zapatos? —Entró en el dormitorio. Los ojos entrecerrados de Antoine se concentraron en el suelo alfombrado, buscando debajo de las mesillas de noche, debajo de la cama...

—Esta solía ser mi habitación. —Ojos azules aparecieron ante él.

—¡Gah! —Los hombros de Antoine saltaron cuando retrocedió—. ¿Phillip? —Frunció el ceño—. No esperaba verte aquí.

—Ah... —Phillip levantó su ceja—. ¿Y dónde debería estar entonces?

Esta conversación había comenzado con el pie izquierdo.

—Iván me contó del automóvil —dijo—. Fue una pérdida total, ¿eh?

Phillip no respondió.

Era algo intimidante estar en presencia de Phillip Blackwell. La falta de expresión en su rostro le puso la piel de gallina... O tal vez solo necesitaba ponerse una camisa.

Phillip se movió hacia la ventana. Su mano aterrizó en el alféizar mientras miraba más allá del jardín al puente Golden Gate. Brillantes luces ámbar parpadeaban en el horizonte.

—Es una vista fantástica... —dijo Phillip.

—Todo este lugar es increíble. —Antoine se acercó.

—¿Y esa es tu razón para quedarte aquí? —Frunciendo el ceño, Phillip se giró.

*¡Maldita sea!* Cayó directamente en la trampa.

—Es una pregunta honesta —agregó Phillip, al tanto de los pensamientos de Antoine.

Sin palabras, Antoine frunció los labios y miró hacia abajo.

—Verás, he estado sentado aquí durante las últimas horas pensando por qué elegirías vivir con nosotros... Pero francamente, no he podido encontrar una razón. Así que tendrás que iluminarme.

La actitud audaz y encantadora de Phillip lo aturdió. Quería decirle que aunque Villa Belle Vedere era una finca impresionante, lo que más le atraía de quedarse aquí era la compañía. Por encima de todo, a Antoine le gustaba el círculo de Iván. Era una familia oscura y él no había tenido una en mucho tiempo.

Las palabras quedaron atrapadas en su garganta y Antoine permaneció en silencio.

—Esta casa realmente es impresionante... —Phillip sonrió e inclinó la cabeza.

La sangre corrió a la cara de Antoine. ¿Acaso Phillip había recogido cada pensamiento de su mente? No había planeado revelar tanto de sí mismo, pero tal vez era mejor así.

—He tenido la intención de hablar contigo... —Antoine tomó una arrugada camisa sobre el tocador y rápidamente se la puso.

—¿Ah sí? —Phillip acercó una silla cerca de la ventana y se sentó—. ¿Esperas aprender algo de mí? —Entrelazando los dedos.

*Demonios, Phillip. Deja de ser tan malditamente intimidante... ¿Qué edad tenía?*

—El año de mi despertar fue 1928 —dijo después de leer sus pensamientos una vez más—. Tenía veintiocho años.

—Pero eso fue hace más de ochenta años... —Los ojos de Antoine se agrandaron. No parecía tener más de veintiocho años, de hecho, lucía más joven que eso.

Obtuvo una sonrisa sincera de Phillip, por fin. Se estaba ganando su amistad, ¿no?

—Entiendo cómo esto puede sorprenderte. —Phillip frunció los labios—. Toma en cuenta que como vampiros no solo somos bendecidos con la

inmortalidad, sino que la Sangre nos otorga el disfraz perfecto para satisfacer nuestras necesidades con la atractiva máscara de la juventud.

*Satisfacer nuestras necesidades*, qué pintoresco. Lo que Phillip en realidad había querido decir era: la belleza es nuestro único anzuelo, la necesitamos para matar.

—Anzuelo... Eso también funciona.

*¡Phillip, eres un demonio! ¡Si insistes en leerme la mente, al menos intenta ocultarlo!*

Phillip insinuó una sonrisa. Él también había oído eso.

—Podría seguir contándote la historia de mi vida y compartirte sus muchos escollos y momentos de felicidad... Pero esto no es lo que deseas saber. —Hizo una pausa—. No me atrevo a entrometerme más en tu mente, pero creo que algo te preocupa Antoine.

Phillip no necesitaba leer su mente, veía a través de él lo suficientemente bien.

Antoine se sentó al pie de la cama.

—Algo ha estado en mi mente... desde mi despertar — musitó.

—¿Y qué es eso?

—Que matar es fácil. —El recuerdo llegó en vívidos destellos: la rapidez con que Iván había terminado con Ethan, Frank e Isabella. Antoine cerró los ojos y sacudió la cabeza, enterrando esas imágenes en lo profundo de su mente—. Creo que lo que estoy tratando de decir es... ¿Acaso no hay límites para nuestra Hermandad?

—Ya veo... —Phillip se tomó su tiempo para responder, como si considerara cada una de sus siguientes palabras—. Como vampiro, nos han otorgado un regalo precioso. Nuestra condición de depredadores antinaturales nos separa completamente de cualquier ser mortal, y sobre todo, de los humanos. Merodeamos y nos alimentamos entre ellos sin que ellos sospechen de nuestra existencia.

—Esa es una ventaja monstruosa, ¿no lo crees?

—Monstruoso... Un término tan apropiado. —Hizo una pausa—. Seguro, estoy de acuerdo contigo. A veces me horroriza lo fácil que es llevar adelante nuestras vidas como asesinos en serie silenciosos... Pero no podemos permitirnos sentir remordimiento. Hacemos lo que debemos hacer para sobrevivir, como dice Iván a menudo.

—Lo que debemos... —musitó Antoine—. Entonces no hay límites a nuestro poder. Podemos hacer lo que queramos y salirnos con la nuestra... No

sé si mi conciencia pueda adaptarse a esto tan rápido .

—¿Tu conciencia? —Phillip frunció el ceño—. Ah, creo que te refieres a tu brújula moral... Reajustarla toma tiempo.

—Tengo mucho de eso, por lo que parece. —Antoine se encogió de hombros.

—Es muy refrescante hablar claro y no tener que jugar a los viejos juegos... —musitó. «*Empiezas a agradarme*», agregó en silencio.

—Todo lo que he sabido es que hay consecuencias para cada acción. De alguna manera, me parece incorrecto salir impune del asesinato... —dijo Antoine. Durante años, le había suplicado a Iván que lo hiciera parte de su club de vampiros, parte de su familia. Pensó que podía manejarlo, pero ahora que lo experimentaba de cerca, las dudas se agitaban en su corazón. ¿Qué tal si él no estaba hecho para ser un bebedor de sangre inmortal?

—Entiendo tu confusión. —Phillip se inclinó más cerca, con tal intimidad que parecía que estaba a punto de revelar un secreto asombroso—. Yo también fui un Niño en la Oscuridad.

Antoine encontró las palabras de Phillip tranquilizadoras, incluso consoladoras.

—Confío en que esta es una lección que Iván aún tiene que enseñarte. —Phillip se relajó en la silla y suspiró—. Pero probablemente no hablaría del Velo Oscuro, ya que rara vez cumple con sus reglas. —Se levantó de la silla y caminó por la habitación, deteniéndose para reconocer los detalles personales que Antoine había plasmado durante su breve estancia.

—¿El Velo Oscuro?

—Sí existen reglas para nuestra Hermandad Antoine, *límites* para usar tus palabras. No te equivoques creyendo lo contrario. —Se detuvo frente a un espejo de forma ovalada y estudió su reflejo por un minuto más o menos—. No las encontrarás por escrito, sin duda. Pero las Sociedades de la Estirpe del Viejo Mundo se reunieron en consejo hace siglos y acordaron su establecimiento.

Esto era demasiado para absorber todo de una vez. ¿El Velo Oscuro, las Sociedades de la Estirpe...? ¿Debería estar tomando notas?

Phillip regresó a la silla.

—Quizás hay demasiadas reglas para discutir, pero tres son las más importantes. —Hizo una pausa—. Estoy seguro de que conoces la Primera Regla, que se refiere a nuestra apariencia. Como la belleza es nuestro único anzuelo, está completamente mal visto descuidar nuestra imagen...

Antoine no pudo evitar sentirse aludido por sus palabras. Mordiéndose el labio inferior, miró su ropa. Viejos jeans azules, camisa arrugada... Ni siquiera había encontrado sus zapatos o peinado su pelo. *Quelle horreur!*

—No deberías preocuparte... ¿No eres consciente de tu propio atractivo sexual? Estoy seguro de que las víctimas a menudo se ofrecen a ti... y los vampiros también. —Phillip sonrió.

El rostro de Antoine se encendió, sus mejillas se volvieron más cálidas por un segundo. ¿Estaba Phillip dedicado al arte de torturarlo?—. Por favor, continúa. —Una sonrisa tímida.

—La Segunda Regla —Phillip se sentó en la silla—, ordena el completo desapego de *lo mundano*: el mundo mortal. Por supuesto, cazamos y bebemos en medio de ellos, pero los lazos emocionales con los humanos están prohibidos. Se considera que amenazan nuestra existencia, y por lo tanto, el compañerismo mortal no está permitido.

El destello de una imagen apareció en la mente de Antoine: una pareja enamorada. Una mujer y un vampiro bailaban en una habitación oscura. El bebedor de sangre era Phillip, obligado a rechazar a Frances de su vida después de su despertar. Pasaron los años, deseando verla. Pero encontró consuelo con la llegada del cine, porque ahora podía verla sin comprometer su nueva condición...

Los ojos de Phillip brillaron. Una lágrima rodó por su mejilla después de parpadear.

—La perdí en 1933. Murió en un terremoto —dijo con una mirada vacía—. Perdóname, ¿dónde estábamos?

—Estabas a punto de hablarme de la Tercera Regla...

—Ah, sí. La Tercera Regla podría ser la más importante de todas: nunca levantes tu mano inmortal contra tu familia. Es una ofensa imperdonable, con las consecuencias más indeseables. Phillip inhaló bruscamente—. En cuanto a tu resentimiento mortal... diré que eres demasiado joven, Antoine. Las bajas de la muerte están peligrosamente cerca de tu corazón debido a la reciente pérdida de tu propia mortalidad.

—¿Y cuánto tiempo me tomará deshacerme de este resentimiento mortal? —preguntó Antoine, temiendo la respuesta de Phillip.

—Solo tú puedes responder eso —dijo—. Para algunos, es algo natural al comienzo de su camino inmortal. A otros les resulta una tarea difícil, ya que es el hilo final que nos vincula con la humanidad.

Antoine supuso que Phillip vivía acorde a lo último, obsesionado por los

fantasmas de su pasado. Iván le parecía el tipo de vampiro que había cortado pronto todos sus lazos morales y emocionales. Solo el tiempo diría cuál sería el enfoque de Antoine hacia la inmortalidad.

—Gracias por esto —dijo, alisando sus manos sobre sus jeans.

Phillip se levantó de la silla.

—Entonces te dejaré a tus pensamientos... —dijo y luego desapareció en el aire.

—Mi resentimiento mortal —musitó Antoine—. ¿Pero qué hay de mi amor mortal? ¿Debería excluir a Cassandra de mi nueva vida?

—¡Pssst!

El sonido vino de la entrada.

—¿Quieres pasar un buen rato? —dijo ella con un toque de travesura.

Antoine sonrió.

—Tendré que cambiarme primero. Pero diablos, sí. Lo necesito.



## ANTOINE Y MARIANNE

Llegaron a La Cueva del Diablo, un club privado donde los miembros de los No-Muertos se reunían para encuentros breves y ocasionales banquetes.

Antoine había oído hablar del lugar años antes de su despertar. En aquel entonces, él había creído que era un mito. Pero convertirse en vampiro había abierto su mente a un mundo desconocido. La magia era real, los vampiros eran reales... Este club nocturno era real.

El regalo de la Oscuridad le concedía todo el derecho de divertirse bailando, cantando e incluso cazando en medio de ellos. Phillip no había mencionado ninguna regla en contra de eso.

Los agudos sentidos preternaturales de Antoine lo alertaron. Ellos estaban siendo observados. Un par de vampiros les seguían desde que salieron de la villa. Al acecho en las sombras, ambos bebedores de sangre habían fijado sus brillantes ojos en ellos desde hace un tiempo.

—¿Amigos tuyos? —susurró Antoine al oído de Marianne, señalándoles con una mirada discreta.

—Difícilmente. —Ella le dio una risa sin alegría—. Me han perseguido durante años...

—¿Acosadores de vampiros? ¿Quieres que vaya a decirles algo?

—Nah... No les prestes atención. Al final, se aburrirán. —Ella frunció los labios—. Oye, divirtámonos. —Marianne le tomó la mano y lo condujo a través del pasillo principal, una gran sala con techos altos y una gran araña de cristal.

Más allá del umbral de cortinas de terciopelo burdeos estaba la pista de baile. Rayos de luz azules y morados iluminaban la sala donde la gente bailaba

y conversaba en grupos más pequeños. La mayoría de ellos eran vampiros, traicionados en su condición por su piel luminiscente pálida y sus movimientos gráciles... Sigilosos como gatos, depredadores en la noche. La luz se refractaba en sus ojos en una docena de colores sutiles, que explicaban su brillo antinatural, una cualidad incomparable con los ojos humanos.

Antoine también vio a algunos mortales, una especie de fetiche para el club, tal vez. Pero algo sobre ellos no era del todo humano.

—Esos son demisangres —le susurró Marianne al oído—. Ten cuidado con ellos. Harán cualquier cosa para que los conviertas.

Cuanto más se adentraba en el establecimiento, Antoine adquiriría una visión más clara. Una pareja llamó su atención: ella era un vampiro y él un demisangre. Ella acarició su mejilla con gran afecto, al tiempo que hablaba palabras dulces a su oído. Luego tomó bebidas breves de su muñeca.

—¿Acaso no es delicioso? —dijo ella con los labios teñidos de sangre, volviéndose hacia sus amigos que también eran vampiros.

Estos llamados demisangres rondaban a los vampiros, eran tratados como mascotas. Ese era un juego peculiar del que Antoine no deseaba tomar parte.

Moviéndose a través de la multitud, vampiros y demisangres lo envolvieron. Sus miradas curiosas lo recorrían de la cabeza a los pies. Una sola sonrisa le concedería a quien quisiera.

—Yo no soy demisangre —ronroneó una voz en su oído. Sus dedos se deslizaron sobre su pecho mientras su cuerpo se acercaba. Brillantes ojos color avellana se fijaron en los suyos. La mujer vampiro se mordió el labio inferior. Su sonrisa era demasiado tentadora para resistir.

Una mano le tomó por la muñeca.

—Baila conmigo. —Era una mujer mortal, una demisangre. ¿Cuál era la fascinación de los demisangres?

Dando la espalda al vampiro, Antoine alcanzó la nuca de la mujer y la atrajo hacia sí. Y en esta cercanía, le susurró al oído—: No quiero bailar.

Tomó su mano y la condujo a las profundidades del club nocturno, lejos de los ojos codiciosos de sus hermanos.

---

MARIANNE DIO UN PASO ATRÁS, FUERA DE LA HORDA QUE RODEABA A ANTOINE. Ya había encontrado a su presa de la noche. Le resultó muy fácil. La

inclinación natural de Antoine hacia la oscuridad quizás explicaba por qué Iván lo había elegido.

De pie en medio de la pista de baile, aislada de la multitud, una demisangre fijó los ojos en ella. Se quedó tan quieta que podría haber pasado fácilmente como un bebedor de sangre. La mujer tenía el pelo castaño dorado claro, la piel lisa color oliva y los ojos verdes más tentadores. Llevaba un vestido negro corto con un escote en forma de corazón.

Marianne se paró frente a la mujer, inevitablemente atraída por ella. El calor de docenas de cuerpos los envolvía mientras avanzaban más en la pista. Ella la condujo a un salón privado iluminado por docenas de velas negras. La cera goteaba sobre pequeñas mesas redondas. Un fuerte olor a sándalo impregnaba su entorno, envolviéndola en un dulce mareo... Marianne se deslizó en el sofá negro detrás de ella mientras una suave intoxicación abrumaba sus sentidos.

Venía en deliciosas olas—su perfume exótico—más seductor que cualquier fragancia mortal que hubiera conocido hasta ahora. Los dedos de la demisangre acariciaron el hombro de Marianne y se deslizaron hasta su cuello. Se mordió el labio inferior con fuerza hasta que se abrió y salieron algunas gotas de sangre.

—Pruébame —susurró al oído de Marianne.

Atrapada por el hechizo de la demisangre, Marianne presionó sus labios contra los de ella, y cuando lamió la sangre de la mujer, un golpe de dicha tocó su paladar y se extendió a sus extremidades.

Marianne mordió la lengua de la demisangre, encerrada en este beso, y tomó un trago lento de su líquido vital. Las víctimas a menudo transmitían sus imágenes durante la bebida—recuerdos de épocas más felices para ahuyentar el dolor—pero esta demisangre no le mostraba nada. Ni recuerdos, ni pensamientos, ninguna información... Su reticencia solo aumentaba la curiosidad de Marianne.

Tirando del cabello de la demisangre, Marianne expuso su cuello desnudo. Lo besó una vez y luego hundió sus colmillos profundamente en su carne hasta que golpeó la arteria carótida. La sangre carmesí fluyó en su boca, golpe tras golpe de calor. Un atisbo del paraíso, pero no más.

«*Dame algo que no sea tu sangre*», exigió en silencio, separándose de su presa.

—Mi nombre es Elizabeth... —susurró la demisangre con ojos lujuriosos fijos en los de ella. Se inclinó y extrajo de su bolso de mano una pequeña

cuchilla de afeitar.

*Sé a dónde va esto y creo que lo permitiré.*

Elizabeth presionó la hoja de afeitar debajo de la clavícula de Marianne. Besó la herida y recogió algunas gotas de sangre con su lengua.

—No seas tímida, Elizabeth... —susurró Marianne—. Hazlo.

La demisangre sonrió. Sus suaves labios sellaron la herida y luego tomó un trago oscuro de la sangre vampírica de Marianne.

Marianne pensó que se desmayaría, abrumada como estaba por la súbita emoción de sus sentidos preternaturales. Tal excitación solo podía compararse con los momentos inolvidables que había pasado en brazos de Phillip. Y justo cuando estaba a punto de gemir en éxtasis, Elizabeth retrocedió.

Marianne abrió los ojos solo para descubrir el asombro más profundo en la mirada de la demisangre.

—¿Pasa algo? —dijo Marianne, queriendo más.

—No—dijo ella—. Todo lo contrario. —Con una sonrisa traviesa, se inclinó hacia Marianne una vez más, buscando otro trago. Y esta vez, su hambre fue viciosa cuando tomó un chorro tras otro del elixir rojo de Marianne.

Marianne cerró los ojos. Esto tenía que parar, sin importar cuánto odiara la idea. Contra todos sus deseos, sostuvo a Elizabeth por los hombros y suavemente la empujó. La demisangre, con los labios y las mejillas enrojecidos, le sonrió.

—Marianne... —musitó. ¿Qué tanta información había sacado de su sangre?

Elizabeth se lamió los labios y lentamente se puso de pie, caminando hacia atrás hasta que desapareció entre la multitud.

A Marianne no le había gustado nada toda esta experiencia de la demisangre. Faltaba algo al final... Un cadáver, por ejemplo.

—Totalmente insatisfecha... —Marianne anhelaba algo más que un simple gusto de esta mujer y ahora ella se había ido. Pero, ¿no tenía que estar en otro lugar ahora mismo? ¿Qué hora era?

1:35 a.m.

—¡Mierda! —Marianne casi saltó del sofá—. Esto no puede estar sucediendo, ¡no esta noche!

En su camino hacia la puerta, Marianne se encontró con Antoine. En el centro de la pista de baile, vampiros y demisangres estaban a sus pies. Ella esperó hasta que sus miradas se encontraran.

*«Debo irme... Hasta luego, Antoine. Disfruta de tu diversión».*

Marianne salió corriendo de La Cueva del Diablo. Ella no lograría llegar, no a tiempo. Y él jamás la perdonaría ahora.

## IVÁN Y MARIANNE

*—Alisa... —Embriagado de delirante dolor, llamé su nombre, pero sabía muy bien que ella ya se había ido—. ¿Qué has hecho? —Las palabras se filtraron en la habitación oscura. Las palabras no eran para ella. Me hablaba a mi mismo Necesitaba escucharme decirlas.*

*Lo que ella había hecho era un acto imperdonable de traición contra nuestra Hermandad que respondía a su naturaleza cruel, pero no solo eso. Su esquema diabólico había sacudido cada fibra en mi ser que una vez había confiado en ella y hasta la había amado.*

*En mi mente, jugué juegos tontos, viéndola entrar a la habitación, explicando sus razones:*

*—Yo... ¡Tuve que hacerlo, Iván! —decía con voz temblorosa. Ella corría más allá del cuerpo de Dristan y se arrodillaba ante mí. Sus manos temblorosas se cerraban alrededor de las mías. E incluso cuando mi corazón no deseaba nada más que tomarla en mis brazos y consolarla, me quedaba quieto. Mis ojos se fijaban en Dristan, el caparazón de un hombre privado de su líquido vital: el hombre que una vez había sido un vampiro y mi creador.*

**B**endita oscuridad y benditos callejones. El olor a moho y orina lo trajo de vuelta a los viejos tiempos en Londres, a las calles adoquinadas impregnadas del hedor asqueroso de los desechos de los caballos y la suciedad de los hombres. La cacofonía de la ciudad no había llegado a este barrio olvidado desde hacía mucho tiempo. Ningún alma se atrevía a merodear en su núcleo, un mundo de diferencia con Belvedere o Pacific Heights. Acostumbrada a una vida de lujo, ¿qué pensaría ella?

Apareció bajo un charco parpadeante de luz mercurial con tacones puntiagudos y un vestido negro corto con lentejuelas, apenas el atuendo de caza, pero quién sabía qué pasaba dentro de su cabeza.

—Lamento llegar tarde... —susurró al acercarse.

Él le dirigió una sonrisa irónica en respuesta, pero pronto agregó—: Por un momento pensé que no vendrías.

—Uff... —dijo Marianne arrugando la nariz—. ¿Por qué aquí?

—Eso fue lo que acordamos —dijo Iván—. Aceptaría tu invitación siempre que yo eligiera el lugar, ¿recuerdas?

—Lo sé pero... ¿esto? —Se sacudió el polvo de las mangas con un aire general de náuseas. *Qué bien.*

—La escoria de la humanidad deambula por estos callejones —respondió—. El nivel más bajo de asesinos, violadores, traficantes de drogas... Lo que se te ocurra.

—Eso no es muy atractivo —musitó.

A lo lejos, la sirena de un carro de policía gimió y se desvaneció casi tan pronto como llegó.

—Sé que estás aquí solo porque Phillip insistió... —Marianne caminó a su lado. Por un momento, no le pareció tanto como un vampiro malcriada.

—Eso es verdad. —Phillip casi le había torcido el brazo. *Deja que ella arregle las cosas, Marianne quiere disculparse...* Esos habían sido sus poderosos argumentos. Pero la única razón por la que había accedido a cazar con Marianne era esta: satisfacer la creencia de Phillip en la redención. Él nunca estaría aquí de otra manera. De hecho, la necesidad más apremiante de estar en Deveraux Hall pulsaba dentro de él a medida que avanzaban más en la calle.

—¿Podemos ser amigos? —dijo ella con una mirada expectante.

—Espera. —Iván se detuvo. Con una mano, la arrastró hacia las sombras. Luego, dedo por dedo, se quitó los guantes de cuero negro. Cuatro hombres se acercaron a ellos sin saberlo desde el otro extremo del callejón—. Te daré un consejo, Marianne —susurró—. Siempre lee sus pensamientos antes de elegir a una pandilla como tu presa. Primero querrás atacar al más fuerte, entonces la desventaja de los otros jugará a tu favor.

Marianne inclinó su cabeza mientras los estudiaba.

—Ese mató a madre e hijo —dijo. ¿Había algún indicio de prejuicio en su voz? Tal vez ella tenía conciencia después de todo—. ¿Pero quién soy yo para juzgar, verdad? —agregó.

—¿Qué? —siseó Iván—. Escucha cuidadosamente. No somos iguales. Nunca seremos iguales a ellos.

—No comprendo... Ambos somos asesinos.

—Ellos matan sin sentido o razón.— Iván casi pierde la cabeza—. Su supervivencia no depende del acto de matar como es la prerrogativa de nuestros hermanos.

Marianne se detuvo a considerar sus palabras.

—Lo que realmente quieres decir es que estamos en la cima de la cadena alimenticia y ellos están bastante jodidos.

*Inútil.*

—Silencio. Aquí vienen. —Tres eran altos y de constitución pesada, el otro...

—¡Ayuda! ¡Por favor!

Para su sorpresa, Marianne estaba parada en medio del callejón. Cayó de rodillas, fingiendo llorar... Esa diabólica diablilla. El más alto del grupo se le acercó.

—No te preocupes —le dijo—. Me encargaré de ti. —En el momento en que le ofreció su mano, Marianne la agarró con fuerza y lo acercó a sus letales colmillos. En una mordida abrasadora, ella le desgarró el cuello, dejando al descubierto músculos y vasos sanguíneos, incluso un atisbo de su tráquea. Entonces ella bebió, vorazmente. Pero lo que más le horrorizó a Iván fue que ella le había dejado la sangre suficiente para mantenerlo consciente.

Desprendiéndose de la vida, su presa habló.

—No... me mates.

—Di tus plegarias, asesino. —Marianne sumergió los dedos en su pelo y le dio un tirón rápido, tirando de su cabeza hacia atrás hasta que el cuello se partió. Y eso fue todo. Un ataque cruel, terminado en segundos. Horripilante, atroz, sin corazón, despiadado... Una docena de palabras acudieron a la mente de Iván, pero la que hacía eco en su alma y le enviaba escalofríos por la espalda era su nombre: *Alisa*.

Alisa... Cuánto se parecía el estilo de asesinato de Marianne a sus tácticas despiadadas.

Aterrorizados, los miembros de la pandilla vieron cómo su compañero en el crimen murió desangrado en la acera. En cuanto su propia desventaja se hizo evidente ante ellos, retrocedieron y huyeron.

—¡No, no, no! —Gimoteó Iván saliendo de las sombras—. ¡Eso estuvo mal hecho, Marianne! —Frustrado más allá de lo posible, rugió—. ¡Eres tan



amateur! ¡Ahora tendré que limpiar tu desorden!

Tardaría al menos quince minutos en acabar con el resto de ellos. Iván podía invertir quince minutos de su precioso tiempo, y luego dirigirse a Russian Hill, a donde su corazón lo instigaba a ir: Deveraux Hall.

---

—¡MALDICIÓN, MARIANNE! —MURMURÓ—. REALMENTE ERES UNA MOCOSA vampiro, una muy impaciente. —Se puso de pie. Por un segundo, ella realmente había pensado que estaba presumiendo ante Iván, pero resultó ser lo contrario.

—Oh, bueno... No hay nada que pueda hacer ahora —dijo Marianne—. Lo siento, hombre. —Habló con el cadáver tirado en el suelo.

Iván se había ido hacía mucho tiempo. Le preocupaba saber que sus acciones le habían valido una razón más para que él... ¿Qué era eso?

Una fuerte presencia se acercaba peligrosamente. A diferencia de sus acosadores vampiros, esta presencia no exudaba miedo. Ansiaba ser descubierta, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su proximidad.

Marianne se movió lentamente al final del callejón.

—*¿Fara svo fljótt?* —dijo una voz seductora y con un fuerte acento. De la nada, la misma voz resonó dentro de su cabeza: «*¿Te vas tan pronto?*»

Marianne se volvió. Un hombre emergió de las sombras, un poco más de un metro ochenta de altura. Vestía jeans azules y un jersey gris Oxford, su corta melena dorada estaba recogida en una coleta baja, brillando bajo la luz mercurial de la farola.

El hombre se acercó, y fue entonces cuando notó sus ojos azul hielo. Sus suaves y carnosos labios se curvaron en la insinuación de una sonrisa torcida.

Deslizó sus manos dentro de los bolsillos de sus jeans y levantó un poco su barbilla, sin apartar ni una sola vez su mirada de ella. Una fuerte sensación de derecho emanaba de él. Había una crudeza en su comportamiento general, a pesar de su apariencia casual.

—Te he visto antes —musitó Marianne—. En la velada de Lockhart... Estabas junto a los arbustos de anémonas. —No era un hombre, era un vampiro.

«*¿Por qué me sigues?*», le preguntó en silencio.

«*Quería ser visto por ti*», respondió de la misma manera, atrayéndola con

media sonrisa.

—No tengas miedo, Marianne.

Se detuvieron a escasos metros de distancia el uno del otro. Atraída como una abeja a un panal, Marianne se acercó a él. Había una cualidad felina en sus fieros ojos azules y en la forma en que sonreía.

—¿Quién eres? —preguntó, cansada de estos juegos.

—¿Acaso eso importa? —dijo, sus sensuales labios moviéndose al sonido de su voz aterciopelada—. Por favor, no me temas. —Era la segunda vez que le decía esto... ¿Por qué habría de temerle?

«*Dime tu nombre, vampiro*», insistió Marianne, enviando el mensaje a través de sus pensamientos.

—Necesitas un nombre... Qué tiernamente mortal. —Extendió su mano, ofreciéndole salir del callejón hacia la calle desolada.

Impulsada por su encanto, Marianne sostuvo su mano antes de darse cuenta. Y una noción repentina se hizo evidente: lo seguiría fuera de este callejón, a la calle, lejos de este vecindario... donde él lo deseara.

Consciente de su enamoramiento, el vampiro sonrió, y sin apartar su penetrante mirada de ella, habló:

—Mi nombre es Eirik Bjorn.

## PARTE II

# EL DIVISOR DEL CRÁNEOS



*Sá einn veit  
er víða ratar  
ok hefr fjöld um farit  
hverju geði  
stýrir gumna hvern  
sá er vitandi er vits*  
\*

Él solo sabe,  
él que vaga extensamente  
y ha viajado mucho,  
qué disposición  
cada hombre posee.  
Él es conocedor del sentido común.

Hávamál  
Verso 18.

## EIRIK BJORN

**H**abía oído hablar de ella hace seis años, a través de los hermanos de La Cueva del Diablo. Su miembro más antiguo, al que llamaban el Dragón, había solicitado hablar con él. Eirik le había concedido esta rara audiencia en una de sus muchas guaridas fuera de la ciudad. Era su favorita, instalada en la cima de una colina dentro de una gran finca. Distanciada del bullicio de la ciudad, la casa era más que su hogar. Él lo llamaba su castillo.

Eirik valoraba su privacidad, y su castillo le proporcionaba todo la discreción que podía desear. En esa ocasión, sin embargo, había hecho una excepción. Había recibido al emisario del aquelarre porque afirmaba que el asunto que deseaba presentar era urgente. Por lo general no concedía este tipo de reuniones, en última instancia, lo aburrían, y esto a menudo terminaba en la destrucción del solicitante: los inmortales no lo llamaban El Divisor de Cráneos en vano.

*Trae a Jiao Long aquí,* le había dicho Eirik a su asistente personal mientras se preparaba para nadar en la piscina cubierta de estilo romano.

Encontraba consuelo de la agitación del mundo cuando iba a nadar. El reconfortante brillo ambarino de las farolas de la habitación apaciguaba su mente acelerada. Mosaicos de oro de dos centímetros cuadrados y mosaicos de lapislázuli embaldosaban cada pared, dorado y azul claro cubrían el techo abovedado... Pero era la cúpula la que destacaba de los tesoros en esta habitación. Con azulejos en mosaicos de color azul nocturno en polvo con oro, la cúpula creaba la ilusión de un cielo estrellado.

Las esculturas de mármol decoraban la habitación como guardias eternos. Efigies romanas para el ojo inexperto, pero en realidad las estatuas de tamaño humano representaban a Odin, Freja y otras deidades nórdicas.

Era una habitación magnífica, apta para un rey.

Eirik nadó a través del agua tibia, cubriendo la longitud de la piscina bastante rápido. Cerró los ojos y sumergió la cabeza en el agua, peinando su cabello dorado con los dedos al salir.

Con los brazos cruzados sobre el borde de la piscina, El Divisor de Cráneos fijó una mirada expectante en la entrada. Un minuto después, el bebedor de sangre entró en la habitación siguiendo a su asistente.

«*Cualquier movimiento repentino podría ser mi final*».

Los pensamientos de Jiao Long brillaron e hicieron que Eirik sonriera. El Dragón tenía razón, la menor provocación le aseguraría a Jiao un viaje a *Hel*.

La mirada del vampiro se ensanchó mientras absorbía su entorno. A su izquierda y derecha la piscina se extendía en glorioso esplendor.

Eirik se movió hacia los escalones de la piscina. Subiendo lentamente, uno por uno, emergió. El agua goteaba de su pecho desnudo y sus fuertes brazos. Una ola escalofriante se extendió por su cuerpo cuando llegó a la orilla de la piscina donde su asistente esperaba con la bata extendida en sus brazos.

Encantado por la calidez de su túnica real de brocado rojo y dorado, Eirik barrió a su visitante con una mirada lenta, midiendo su valor.

«*Sígueme*». La orden silenciosa sacó al Dragón de su estado contemplativo.

Se mudaron al Gran Salón. Una vasta colección de alfombras orientales, tapices antiguos y muebles victorianos de terciopelo rojo alimentaron los curiosos ojos del vampiro.

Jiao Long se detuvo frente a la chimenea, admirando la repisa de mármol de Calacatta.

«*Tres ángeles cincelados en piedra... Qué extraño*», pensó. Leer la mente de Jiao Long no significaba ninguna dificultad para el poder preternatural de Eirik.

Sonrió. Las tallas de su chimenea eludían la comprensión de Jiao Long. Eirik yacía en el cómodo diván con dos dedos apretados contra la sien, verdaderamente imperial.

—Te escucho —dijo.

El bebedor de sangre se volvió. Hizo una reverencia y se acercó a él.

—Han pasado cincuenta años desde la última vez que presidiste una asamblea en La Cueva del Diablo.

—Volveré cuando lo considere adecuado —desestimó Eirik. ¿El Dragón había venido a darle un sermón?

—Por supuesto, Su Majestad. —Una respuesta rápida para reparar su error.

—Declara tu asunto, entonces.

—Lo haré. Hay un creciente descontento en medio de nuestros hermanos...

—Sigue.

—Es la más joven de la casa de Lockhart. —Hizo una pausa—. Ella caza en nuestros terrenos, rompiendo el acuerdo que hicimos con Iván Lockhart hace décadas. Se burla de las reglas del Velo Oscuro y supone una gran amenaza para todos nosotros... Debe ser detenida. —La certeza con la que Jiao hablaba tocó la felina curiosidad de Eirik.

—¿Debe serlo? —susurró Eirik—. ¿Qué daño podría significar para ti? —Y así de fácil, se separó del asunto. *Yo no soy el que está en peligro, ¿por qué debería importarme?*

—Ella también ha tomado varios amantes mortales. Debo enfatizar el peligro que esto representa para nuestra Hermandad. Si nuestra existencia fuera de alguna manera expuesta...

—Tomaré en consideración los hechos que me has presentado. —Eirik se puso de pie—. Sabrás mi decisión... pronto.

Una reverencia rápida, y Jiao Long se había retirado, y Eirik una vez más había recuperado su preciosa soledad. Con las manos entrelazadas sobre la espalda, se paseó por la habitación y se detuvo frente al hogar en llamas.

—No son ángeles —musitó, estudiando la talla de la repisa de la chimenea. Eran las tres Nornas aladas en el Pozo de Urd. Urd y Skuld estaban sentadas, y Verdandi se interponía entre ellos. Urd representaba el Pasado, se sentaba como Saga, la diosa de la Historia, inscribiendo la huella del tiempo en su tableta dorada. Skuld representaba el Futuro, su mirada perdida en el horizonte, soñando con lo que vendría. Verdandi sostenía la escala celestial en su mano, de pie como el omnipresente Ahora.

Las tres Nornas determinaban el destino de la humanidad en el Pozo de Urd, enhebrando la historia de cada hombre.

—Ángeles... —Emitió una risa sin alegría. El juicio de Jiao Long distaba mucho de ser confiable—. Tendré que ver a este vampiro rebelde... —Solo entonces, como si él fuera realmente una de las Nornas, Eirik decidiría su destino.

Canalizar sus habilidades antinaturales para levantar su voz de todos los demás en la ciudad había sido un juego de niños. Ser la única mujer miembro de la familia Lockhart la convertía en un blanco fácil, pero incluso entonces su



voz era única. Era prístina y mortal, pero no mundana, nunca mundana.

Al escanear su mente vampírica, se enteró de su guarida en Pacific Heights. Aunque pertenecía a la familia Lockhart, Iván Lockhart no era su creador.

Durante años, había hecho un juego de entrometerse en su vida, conocer sus intereses y descubrir la naturaleza de su desafío a las reglas vampíricas. Ninguna trama para destruir a sus hermanos moraba en su mente, ningún plan para exponer el aquelarre. Un profundo sentimiento de rebelión era inherente a su personalidad. No obtenía ninguna satisfacción rompiendo el código del Velo Oscuro. Ella anhelaba ser libre de cualquier límite.

Eirik no había planeado ser descubierto por ella durante la velada anual de Lockhart, aunque secretamente lo deseaba. Sucedió demasiado rápido, pero ese encuentro breve lo hizo querer más que el avistamiento ocasional.

Y luego, él la rastreó a La Cueva del Diablo. Y aunque había evitado el lugar y sus vampiros durante décadas, no dudó en hacer una aparición. La mayoría de los bebedores de sangre lo habían reconocido, por supuesto. Eirik despreciaba el tipo de bebedores de sangre que el aquelarre reagrupaba. Carecían de toda influencia, y no tenían ningún sentido de su herencia, ni pasión, ni propósito.

Los vampiros del aquelarre reconocían en él a un ser superior: después de todo, había pasado dos mil años en la Oscuridad. Luchaban por una guía, un estándar por el cual llevar sus vidas inmortales. Eirik había aceptado aconsejar a sus mayores e incluso ofrecer su juicio. Pero de ninguna manera fue él su líder, aunque lo proclamaron como su Rey.

Rey... Tenía un buen sonido, pero los títulos a menudo se desvanecían y Eirik se había cansado de ellos después de dos milenios. Afortunadamente, los vampiros de La Cueva del Diablo no se atrevían a contactarlo por temor a su reacción, lo cual era sabio en ellos.

Fue entonces cuando sus ojos se encontraron con ella, la vampiro rebelde, Marianne Taylor. Ella no estaba sola, sino comprometida con un demisangre. Cinco o seis vampiros la seguían en ese momento, pero si ella los había notado, no mostraba preocupación por sus acciones. La diferencia entre esos vampiros insípidos y ella era clara.

—No deberías subestimar la envidia de tus hermanos — musitó, instalándose en el sofá. El aquelarre la deseaba. Ansiaban lo que naturalmente era suyo, y como era imposible de alcanzar para ellos, conspiraban en su contra. Ellos anhelaban su sangre.

*Ya he visto suficiente. No tomaré parte en el plan vicioso del Coven, pero no solo eso. Los detendré, incluso si eso significa destruirlos a todos.*

Era una promesa que él tenía la intención de cumplir.

EL MOMENTO PARA QUE ELLOS SE CONOCIERAN HABÍA LLEGADO ESTA NOCHE. Eirik no podía posponerlo más. La encontró cazando en este barrio espantoso, un basurero elegido por Iván Lockhart.

Iván incitaba a Marianne a cazar en medio de los más humildes de la humanidad, consolado por un retorcido sentido de moralidad. Hubo un tiempo en que Eirik también creyó esto. Había disfrutado convirtiéndose en juez y verdugo, aunque solo fue por un siglo o dos. Había sido ingenuo, por supuesto. El tiempo le había revelado algo diferente.

No importaba si sus víctimas eran criminales o no. ¿Por qué pasar por la dificultad de cazar exclusivamente en medio de la depravación humana? La naturaleza misma desataba su furia catastrófica al azar, inconsciente e indiferente de los corazones de los hombres. Los justos y los corruptos, los hombres morían de todos modos.

Eirik Bjorn era una fuerza de la Naturaleza, y actuaba en consecuencia, matando en ataques incisivos al azar, dejando siempre un rastro de devastación.

La Matanza no era una cuestión de moralidad, sino una cuestión de propósito. La elección de los terrenos de caza por parte de Iván lo desviaba de su propósito, que era sobrevivir bebiendo la mejor sangre disponible. Pero, ah... Allí estaba ella, sola, de pie en este espantoso callejón de las preferencias de Lockhart.

Reacio a ocultar su presencia, había salido de las sombras. La sangre en sus venas ralentizó su curso, el aire se quedó en sus pulmones un momento más. El tiempo se congeló.

—Mi nombre es Eirik Bjorn —había dicho. Una súbita inquietud lo venció. Sin embargo, las palabras habían sido lanzadas al aire. El temor que su nombre evocaba siempre que se pronunciaba era tanto una maldición como una bendición, una predisposición impuesta por sus acciones pasadas, y algunas recientes también. Pero también era cierto que su nombre inspiraba respeto y admiración entre sus hermanos, incluso devoción.

A diferencia de otros miembros de su familia vampírica que cambiaban sus identidades con cada vida mortal, Eirik había mantenido su nombre

durante dos milenios. Su linaje escandinavo tenía demasiado significado como para marchitarse con cada siglo que pasaba... Si su nombre la asustaba o la aturdía, Marianne no lo reveló.

*Mi herencia es mi orgullo. No me inclino ante nadie. Yo soy el todopoderoso Divisor de Cráneos, el poderoso hijo de puta antinatural, bebedor de sangre y de larga vida que reclama lo que le place y toma lo que quiere. Sin preguntar.*

Entonces, ¿por qué, por primera vez en siglos, Eirik temía ser rechazado?

—Deberíamos conocernos —susurró, deteniéndose bajo el charco de luz mercurial de la farola—. Pero no aquí... Este lugar es deplorable, indigno de nuestra presencia no mundana. —Y tomando su mano, condujo a Marianne lejos de ese callejón espantoso.

## ANTOINE Y DENISSE

—Ella me va a matar. —Antoine se paseaba por el patio trasero de Deveraux Hall mordiéndose las uñas—. Oh, claro... No puede matarme, soy un vampiro. —Temía que sus pasos aplastaran la hierba como en uno de esos misteriosos círculos de cultivo.

El primer círculo de cultivos que se había encontrado en el mundo vino a su mente; la historia del Demonio Segador, publicado en panfletos alrededor del siglo diecisiete. Solo piensa en eso por un minuto. El Diablo, la encarnación del Mal, había tomado un tiempo de su apretada agenda para cortar las cosechas de algunos pobres agricultores...

Antoine se rió. Tal vez no era el Diablo, pero era un poderoso inmortal, paseándose bajo la ventana de su novia, nervioso porque estaba a minutos de confesarle que era un vampiro.

Había mantenido su distancia de Cassandra desde su despertar; después de todo, *soy un vampiro* no era exactamente la mejor línea para reparar sus diferencias. Pero bueno, ella venía de una familia de brujas, tal vez podría esperar un poco de clemencia.

—Prometo que te compensaré, Cassie... —musitó. Cuanto más se imaginaba sus grandes ojos soñadores, su piel pecosa y sus labios dulces, más ansiaba verla.

Antoine la haría enamorarse de él de nuevo, incluso se había alimentado antes de lo habitual. Un par de adolescentes habían sido suficientes para hacer que su piel se sonrojara y sus ojos brillaran.

Su estilo de matar estaba más que refinado ahora. Las víctimas se ofrecían a él, haciendo la caza demasiado fácil. El tiempo se había ocupado de reajustar su brújula moral como Phillip había dicho una vez. Su remordimiento

había disminuido después de cada asesinato, hasta que llegó a un punto en el que no pensaba más en el asunto... *Mira esas nubes, ¿lloverá?*

—¿Alguna vez vas a tocar? —dijo una voz—. ¡He estado esperando aquí durante horas!

Antoine se volvió. Allí estaba, apoyado contra el viejo roble, con las manos en los bolsillos y sonriéndole irónicamente.

—¡Baja la voz, Iván! —dijo.

—No me quedaré aquí un minuto más, esperando que te decidas. —Iván resopló, moviéndose hacia la puerta. Un rápido giro hacia el pomo de la puerta, y *voilà*, Iván señaló el camino con un gesto de su mano.

—No estoy listo para esto. —Antoine se mordió el labio inferior.

Iván suspiró.

—Es ahora o nunca. Debes decirle la verdad, Antoine.

—¿Y todo estará bien? —Levantando una ceja.

—Por supuesto que no —respondió su creador frunciendo el ceño—. Te odiará por un tiempo, y a mí también. Pero cuanto antes ocurra, más rápido podremos seguir adelante con nuestras vidas.

—Bien... —dijo Antoine en voz baja.

En cuanto puso un pie dentro de Deveraux Hall, no había vuelta atrás. Era extraño que todas las luces estuvieran apagadas... Ella podría estar en la cocina. Antoine dio un paso más y...

—¡Espera! —siseó Iván, tirando de su chaqueta.

Con el corazón latiéndole fuerte en los oídos y la sangre caliente corriendo más rápido por sus arterias, se volvió.

—¿Qué sucede? —susurró.

Iván no dio respuesta. Empujó a Antoine hacia atrás, avanzando él mismo con el elegante sigilo de un lobo al frente de la caza de la manada.

Bajando la guardia, Iván corrió hacia el rellano de las escaleras.

—¡No, no, no! —murmuró.

*Algo está mal, terriblemente mal.*

En un reflejo mortal, Antoine se apresuró a encender las luces.

—¿Qué demonios está pasando? —Con su visión nublada por la ansiedad, el enfoque defectuoso de Antoine captó bruscamente la silueta de Iván arrodillado al pie de las escaleras.

La luz ámbar de la araña se hizo más brillante y la escena pronto se hizo evidente.

—Esto no puede estar pasando. —Iván hizo una mueca.

Antoine se acercó.

—¿De qué estás hablando? —Sus ojos se abrieron de golpe. Cayó de rodillas—. ¿Cassie? —susurró. Su voz casi no se escuchaba, aturdida como él al encontrarla tendida en el frío piso de mármol.

La tomó en sus brazos, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡No, no! —sollozó—. Está muerta, Iván... ¡Cassandra está muerta!

—ES SUFICIENTE, ANTOINE. —IVÁN EXAMINÓ EL PASILLO CON UNA RÁPIDA mirada—. No está muerta. Ella duerme, eso es todo.

¿Ella dormía? Si esa era la manera en que su creador pensaba suavizar el golpe, había fallado. Antoine se aclaró las lágrimas de la cara con el dorso de la mano. Llevó a Cassandra a la sala de estar y la acostó en el sofá.

—Esto no está bien —musitó Iván, recogiendo del suelo rastros de polvo azul, el mismo polvo brillante que Antoine había notado en el rostro de Cassandra y en su pelo.

—¿Qué pasa, Iván? —preguntó, acercándose.

Iván se puso de pie, sus ojos entrecerrados se enfocaron en el polvo en sus manos.

—Esto es brujería... Cassandra ha sido maldecida.

Por sombrío que pareciera, había luz al final de este túnel, y las palabras de Iván le dieron a Antoine un atisbo de una salida.

—Una maldición del sueño... —dijo, volviéndose hacia ella.

Antoine se arrodilló junto a Cassandra. Alisó su mano sobre su mejilla, eliminando el rastro de polvo azul. Hundiendo los dedos en su suave cabello, se inclinó cada vez más cerca, hasta que sus labios se encontraron con los de ella en un beso sincero.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —La voz desdeñosa de Iván hizo eco en el pasillo.

Antoine se volvió.

—El beso de Amor Verdadero —dijo—. Rompe todas las maldiciones, ¿no es así?

—No esta maldición, Príncipe Encantador... —Con una risa sin alegría, sacando su teléfono de su chaqueta—. Esto requiere el toque de una bruja.

—¿Conoces alguna? —preguntó Antoine.

—Afortunadamente, tengo una en la marcación rápida. —Él guiñó un ojo, haciendo la llamada.

---

—*ALLEZ, ALLEZ!* —DENISE APLAUDIÓ. ELLA LO LLAMABA *LA LOCURA DE LA mañana*, hacer que sus hijas llegaran a la mesa a tiempo para servirles el desayuno antes que el autobús escolar llegara sonando la bocina.

Más de veinte años en esto, y ella aun no se acostumbraba.

—¡Tilly, Josie! —llamó hacia el vestíbulo.

Unos minutos más tarde, ambas chicas bajaron en estampida.

—¡No corran en la casa! —dijo Denise, sirviéndose su segunda taza de café y casi derritiéndose en el taburete de la cocina.

Su más pequeña se detuvo en seco en la entrada, congelada. Con una sonrisa orgullosa, las manita de Josie peinaron hacia atrás su flequillo oscuro, aunque volvió a caer de inmediato cubriéndole los ojos. *Dulce Josie...* Denise no podía creer que pronto cumpliría seis años.

—*Maman, où est la lait au chocolat?* —Mamá, ¿dónde está la leche con chocolate? Josie se sentó a la mesa con el ceño fruncido. Ella hacía la misma pregunta cada mañana, y cada mañana la respuesta de Denise era la misma.

—No hay chocolate con leche para ti, cariño —dijo Denise, tomando su taza de café.

Josie se desplomó en la silla.

—¿Pero por qué? —ella gimió, frunciendo los labios al final.

—Porque... —Denise respondió—, eres alérgica al chocolate, *ma petite*.

—¿Qué es *anérgico*? —respondió Josie, arrugando su nariz.

—Uff.. ¿Inglés, otra vez? —Tilly llegó arrastrando su mochila, que luego dejó caer junto a la puerta.

—Tilly... —dijo cálidamente Denise.

—Te lo dije una docena de veces, mamá. Ya no es Tilly, es Mathilde. —Mathilde frunció el ceño camino a la mesa y luego se sentó en la silla.

Mathilde era un diamante en bruto. Tenía quince años y era la más inteligente de su clase, aunque sus notas habían sufrido en el momento en que Denise se divorció de André. Este año había insistido en teñirse el pelo color arco iris... Denise lo permitió, pero no pasó un día que no echara de menos sus hermosas ondas rojas.

—¿Por qué tenemos que hablar inglés, mamá? —se quejó Mathilde, sirviéndose un vaso de jugo de naranja al tiempo que apartaba su plato.

Denise suspiró.

—Porque tu padre quiere que ambas lo practiquen, para que su esposa

pueda comprenderlas. —Otro sorbo de café. *Café, haz lo tuyo.*

—¿Cómo es que ella no aprende francés? —dijo Josie con elocuente encanto y luego le dio un mordisco a su pan tostado.

—Porque ella es estúpida, Josie. —Mathilde ahogó una carcajada.

—¡Lenguaje! —Denise se bajó del taburete y recogió la mochila de Mathilde. Luego alcanzó la lonchera de Josie sobre el mostrador, la puso sobre la mesa, tomó el jugo de naranja, abrió el refrigerador y... ¿Era eso una muñeca dentro de la nevera? *En serio.*

Denise le dio a Josie una mirada fulminante. La muñeca helada aterrizó sobre la mesa.

—¿Qué está haciendo Mimi dentro de la nevera? —preguntó frunciendo el ceño.

—Ella tenía calor —dijo Josie con descarada seguridad, tomando su muñeca.

Mathilde se levantó de la silla, abrió su mochila y deslizó una libreta dentro. Luego dejó la mochila en el suelo otra vez.

—. ¿Por qué debemos hablar Inglés nosotras? Si Mona quiere hablarnos debería aprender francés

—No puede porque es estúpida —recitó Josie, peinando el cabello frío de su muñeca con sus pequeños dedos.

—¡Josie! ¡Lenguaje! —dijo Denise, alcanzando la mochila de Mathilde—. No vamos a hacer esto ahora, Mathilde —ofreciéndole la mochila.

—¡Pero... mamá! —dijo Mathilde, tomando la mochila y deslizándose en la silla.

—Escuchen... —Denise se sentó frente a sus hijas—. Por cierto que sea, no podemos andar hablando mal de la chica esa... Especialmente no delante de tu padre. —Sonrió.

Las niñas se miraron y rieron.

La bocina del autobús sonó.

—¡Es hora, vamos! —Denise acompañó a las chicas. Tomó sus mochilas y corrió hacia la puerta. Y se fueron, y *la locura de la mañana* terminó por el día.

Denise cerró la puerta detrás de ella. Acabarse esa taza de café parecía una buena idea, y luego ir a abrir la tienda.

Mientras se dirigía a la cocina, Denise recogió su cabello castaño rojizo en un moño rápido. Una vez más, se sentó en el taburete junto al mostrador, abrió el periódico, tomó su taza de café y bebió un sorbo.



*Frío.*

Su teléfono móvil zumbó y vibró en el mostrador. Demasiado temprano en la mañana para charlar... ¿Quién podría ser?

—*Allô?* —dijo. Sus ojos se abrieron de golpe—. *Quoi?* Estaré allí tan pronto como pueda. Iván... ¡Mantenla a salvo!

Terminó la llamada. Denise trató de conservar la calma. El plan se le ocurrió rápidamente. No había tiempo que perder. Marcó el número y esperó a que él contestara, su corazón acelerado, su respiración cortada.

—¿André? —dijo ella con el tono más casual—. ¿Cómo estás? Si, estoy bien. Las chicas están bien, de hecho, acabo de recibir una llamada de Cassie .. Nos quiere allí para su cumpleaños... —Se levantó del taburete y paseó por la cocina—. Sí, le dije que iríamos todos... Sí, es una idea maravillosa... ¿Podrías recoger a las chicas de la escuela? Mi vuelo sale hoy. —Denise abrió su computadora portátil y buscó el sitio web de la aerolínea—. Bueno, ya conoces a Cassandra. Sí, te veré a ti y a las chicas de allá... De acuerdo, entonces. *Bisous.*

## PHILLIP

—¿Phillip Blackwell en La Cueva del Diablo? Esta es una agradable sorpresa... ¡Un verdadero honor! —Jiao se levantó del taburete, abriendo los brazos en un gesto de bienvenida.

Durante días Jiao Long había sido muy persistente, enviándole telegramas psíquicos: *ven a verme, esto no puede esperar* y cosas por el estilo. Phillip se había cansado de ignorarlo, por lo que decidió aparecer y descubrir qué era tan importante.

—Pensé que querías verme... Así que aquí estoy —bromeó, sentándose a su lado—. ¿Qué es este asunto que no puede esperar? —Phillip cruzó los brazos sobre el mostrador.

—Por supuesto. Pero primero, hay una carrera mañana. ¿Vendrás? —preguntó Jiao.

—No esta vez, Jiao... —Phillip frunció los labios y sacudió la cabeza.

El Dragón sonrió.

—Andas un poco escaso de valor, ¿cierto? Y, ¿quién no lo estaría después de haber estrellado ese magnífico Lambo? —Chasqueó la lengua—. Tengo que decírtelo Phillip. Perdiste con estilo... ¡Qué manera de volar fuera de un puente!

—Sí... Veo lo que estás haciendo... y no funcionará. —Phillip le dio una mirada de complicidad—. No voy a competir y eso es todo. —Hizo una pausa—. Supongo que tendrás asuntos más importantes en mente.

—Cierto... —Jiao inhaló bruscamente, acariciando su barba.

—Bueno, soy todo oídos.

—Ha llegado el momento de que reconsideres tu lealtad, Phillip —dijo Jiao, jugando con un trago de tequila entre sus dedos—. Iván ha dejado en

claro que se opone al aquelarre, pero no es demasiado tarde para ti. Independientemente de los deseos de tu creador, aún puedes unirme a nosotros.

Phillip frunció el ceño.

—¿Por qué debería elegir un lado? Veo que has encontrado grandeza en el liderazgo del aquelarre, pero mis ambiciones están en otra parte... con mi familia. No veo cómo se alinearían nuestros intereses.

Jiao apartó el vaso y fijó sus brillantes ojos color ámbar en él.

—¿Has visto la calidad de los vampiros por aquí? —Levantando una ceja—. El aquelarre necesita bebedores de sangre fuertes como tú para que mis planes tengan éxito.

Phillip echó un rápido vistazo a los vampiros en el club. Eran jóvenes, descuidados en sus roles como parte del mundo antinatural, pero él ya lo sabía.

—¿Y cuáles son esos planes tuyos? —preguntó Phillip.

—Quiero que salgamos de la Oscuridad y reclamemos lo que es legítimamente nuestro, lo que nos han negado durante siglos... Quiero que conquistemos el mundo humano. —Su mirada se alejó—. Es hora de un cambio, Phillip. Y que me lleve el diablo si tomo este aquelarre con solo la promesa de más sombras.

Phillip sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Lo que hablas es poesía... Es un espejismo, no es más que una ilusión.

—¿Oh? —dijo Jiao fingiendo asombro—. ¿Y qué pasaría si te dijera que tengo en mi poder la única arma para renovar nuestra Hermandad?

¿De qué demonios estaba hablando? Por primera vez en toda esta conversación, Phillip estaba genuinamente intrigado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Jiao Long deslizó su mano debajo del cuello de su camisa y tiró de la cadena de oro que llevaba. De este collar colgaba un pequeño frasco de cristal con un líquido rojo brillante dentro. Jiao sacudió el collar y el líquido se agitó.

—La tengo, Phillip... La Fuente y todo el poder que conlleva. Es mía. —La esquina de sus labios se curvó en una sonrisa siniestra.

Phillip se inclinó más cerca, entrecerrando los ojos.

—¿Cómo es posible?

—Tengo mis métodos. —Jiao se encogió de hombros—. El momento de beber esto se acerca. Este viernes será la noche más larga del año. Habrá una asamblea donde mi proclamación como líder del aquelarre será oficial. Y esa

noche compartiría este poder contigo... siempre y cuando te unas a mí.

Phillip no podía imaginar los métodos de los que hablaba el Dragón. Los planes de Jiao Long, la Fuente... Era demasiado y no podía manejarlo.

—Esto es una locura... —musitó Phillip, reuniendo sus pensamientos—. Hay una razón por la cual nuestra estirpe ha permanecido bajo tierra durante tanto tiempo, y es la misma razón de la permanencia de nuestra Hermandad.

»Nuestro sigilo innato, nuestros colmillos afilados, nuestras habilidades físicas y mentales superiores y nuestra belleza deslumbrante son características diseñadas para aprovechar nuestra condición de depredadores. ¿Por qué eliminarías nuestra principal ventaja de supervivencia? Y no me refiero en lo personal, sino como una especie completa.

»Tu deseo de reconocimiento te ciega ante el hecho de que tu plan pondría en peligro a todos los vampiros del mundo. Y estoy pensando que a la mayoría de los milenarios no les gustará eso. Es una invitación abierta a una catástrofe. No tiene sentido, Jiao.

El camarero se acercó a ellos y sin emitir sonido alguno deslizó una copa de cóctel delante de Phillip con una bebida roja brillante y una cáscara de limón. Parecía un Martini ordinario, excepto que esta bebida no era un Cosmopolitan, sino sangre recién adquirida, tal vez donada libremente por uno de los demisangres... Había tantos aquí.

—Estaremos listos para aquellos que se nos opongan, no te equivoques. —Jiao escondió el collar debajo de su camisa una vez más—. Somos muchos, como sabes. Los líderes de otros aquelarres me han prometido su lealtad. El momento de un levantamiento se acerca.

Phillip le dio media sonrisa.

—Sí... Pero verás, ese no es el punto. ¡No puedes borrar milenios enteros de la historia de los vampiros por capricho de vanidad! Y no es que no esté de acuerdo contigo, no es que no me interese revelar mi verdadera naturaleza a cada mortal que pase por la calle. Es simplemente que no puede hacerse, y cualquier intento de lograr esto terminará en tragedia.

»Si hay algo que he aprendido a lo largo de mis años mortales e inmortales es que el cielo es el límite cuando el ser humano se ve amenazado, y el resultado es siempre la guerra. Y nada bueno puede salir de eso. Estás pensando demasiado pequeño. No comprendes las repercusiones que tales esfuerzos implicarían. Una guerra entre mortales e inmortales... lo cambiaría todo.

—¡Eso es exactamente lo que quiero, Phillip! —Jiao habló

apasionadamente, nublado por su orgullo—. Quiero cambiar para siempre la historia de nuestra Hermandad, ¿no lo ves?

Phillip empujó la bebida con los dedos.

—No me interesa traer más caos a nuestro mundo oscurecido. — Levantándose de su asiento—. No te tengo mala voluntad, Jiao. Nunca la he tenido, ni Iván ni el resto de mi familia... Me has pedido que tome partido, mientras que yo siempre he optado por permanecer neutral. Déjame ser claro: no quiero formar parte de este plan.

—Ya has hecho tu elección —musitó Jiao.

Phillip se volvió.

—No voy a considerar más este asunto.

—La Era de la Oscuridad del aquelarre llegará a su fin, Phillip. —Jiao Long sonrió—. El cambio llegará, ¡lo quieras o no!

—No mientras yo esté vivo... —murmuró Phillip, alejándose del bar.

---

*¡JIAO LONG TIENE LA FUENTE!* PHILLIP LUCHÓ POR ENTERRAR ESOS pensamientos en lo profundo de su mente vampírica, por temor a que los bebedores de sangre del aquelarre los leyeran.

*Tengo que salir de aquí.*

Tomó la manija de la puerta, y justo cuando estaba a punto de salir del club nocturno, Phillip la miró.

¿Por qué estaba ella aquí? Le dolía demasiado haberla encontrado en La Cueva del Diablo. Sí, verla despertó más que una chispa en su maldito corazón, aceleró su paso, apresurando la adrenalina en todas sus extremidades; pero aun así, este no era lugar para ella.

—No deberías estar aquí, Elizabeth. ¡Es peligroso! —casi siseó, acercándose a la mesa.

Sentada a su lado estaba otra mujer, una demisangre. Sus agudos ojos azules lo miraron de pies a cabeza mientras daba un golpe a su cigarrillo.

«¿Por qué no te quedas con nosotros, vampiro?», le sugirió en silencio con una sonrisa provocadora.

Elizabeth se desplomó en la silla. Dispuesta o no, ella compartió con él una serie de imágenes: esta no era su primera visita a La Cueva del Diablo. La gente la conocía por aquí... Incluso había hecho amigos.

Una imagen en particular le dio un fuerte golpe: Elizabeth, alimentándose de uno de los bebedores de sangre del aquelarre. ¡Esos malditos vampiros! Encendía fuego en su sangre por haberlo visto, deseaba no haberlo hecho.

—Venga. Vamos —dijo Phillip, tomando su mano.

—Pero, yo... —Ella vaciló.

—¡Ahora mismo! —rugió, tirando de su mano, llevándola fuera del club.

—¿VIENES AQUÍ A MENUDO? —PHILLIP ALISÓ AMBAS MANOS SOBRE SU mandíbula, revisando cada centímetro de su rostro. Había soñado con esa cara por tanto tiempo... Pero, ¿estaba bien?

De pie bajo el haz de luz de la farola, los primeros signos de su cambio se volvieron claros: ojos brillantes, la tenue luminiscencia de su piel...

—¿Por qué? —susurró, empujando un mechón de pelo detrás de su oreja —. Esto tiene que parar... No puedo soportar verte así.

—Phillip —dijo ella—. Sé que eres un bebedor de sangre.

Él se mordió el labio inferior.

—Perdóname. No tuve corazón para... ¿Por qué estás aquí? No estás pensando en las consecuencias de tus enlaces con estos vampiros. Son seres egoístas y despiadados. Solo se preocupan por sus necesidades primarias... ¡Su crueldad no conoce límites!

—Sé lo que estoy haciendo —respondió ella, echando su pelo hacia atrás con la mano.

—No. No lo sabes. —Frunció el ceño—. Este comportamiento imprudente tiene que parar... ¿Por qué me lastimas así?

—¿Te duele, Phillip? —Su voz se rompió. Las lágrimas asomaron en sus ojos—. Tú me lastimaste primero, dejándome a mi suerte, desapareciendo de mi vida sin siquiera decir adiós.

—Para... —murmuró.

—¡Fuiste una ilusión, un sueño que arrojó luz en mi corazón una noche solo para dejarlo en la oscuridad al día siguiente!

—¡Por favor! —Phillip cerró los ojos—. ¡Detente!

Ella se acercó a él y se detuvo a centímetros de su rostro.

—Tú haz que se detenga. —Elizabeth desabotonó el cuello de su camisa. Los recientes cortes en su piel eran el resultado de una práctica común entre demisangres—. Termina lo que comenzaste. Hazme como tu.

Negando con la cabeza, Phillip dio un paso atrás.

—No debes decir esas cosas... —Pasó sus dedos por su cabello, mirando a la tentadora vista de su pulsante vena yugular.

—¿Y por qué es eso? —El desafío brilló en cada palabra.

—No puedo... —Frunciendo los labios. Los ojos de Phillip se llenaron de lágrimas, luchando contra la sed preternatural que lo obligaba a tomarla en sus brazos y hundir sus colmillos profundamente en su precioso cuello.

—¿No puedes o no quieres? —presionó ella, y lo acorraló en una esquina.

—¡Maldición, Elizabeth! ¡No terminaré con tu vida! —rugió, apartándose—. No de nuevo...

Apretando los puños, Phillip se apoyó contra la pared. Al levantar la mirada, una lágrima rodó por su mejilla. El pandemonio más enloquecedor se agitaba en su acelerado corazón.

Luego la miró duramente.

—No vuelvas a pedirme esto —dijo, y entonces Phillip desapareció justo ante sus ojos llorosos.

## EIRIK BJORN

**E**irik envolvió sus brazos alrededor de su cintura. Dio un salto en el aire a varios metros del suelo, elevándose cada vez más, hasta que el barrio desagradable se convirtió en una mota de luz bajo sus pies.

Su cuerpo preternatural se disparó en la brisa de la noche, otorgándole una maravillosa sensación de libertad. Y luego se le ocurrió: ¿dónde la llevaría? Había soñado con este día por mucho tiempo, pero el escenario de su reunión había escapado a sus planes.

¿Dónde ir? Tendría que ser algún lugar lejos de la ciudad, un lugar remoto, desprovisto de presencia humana. Las Islas Farallon vinieron a mi mente, pero los implacables gruñidos de los leones marinos serían muy irritantes... No serviría. Una atmósfera silenciosa era imperativa.

La cima de Bernal Hill proporcionaba una hermosa panorámica de la ciudad. El lugar le recordaba a casa. Las luces de la ciudad se reflejaban en el cielo en las noches de niebla, creando una versión industrial de la aurora boreal. Pero no, Bernal Hill carecía de la intimidad que él deseaba.

Sus pies tocaron el suelo.

Eirik abrió los ojos. Se encontraban en medio de un patio. Altos muros de piedra enrejados moteados de cálida luz los rodeaban, junto con una docena de cipreses italianos que transmitían la privacidad que tanto apreciaba.

Una exquisita fuente de Carrara se encontraba en el centro, esculpida en forma de árbol. Las ramas se extendían por el patio, el agua goteaba a través de sus innumerables hojas. El suave tintineo del agua en cascada lo sumió en un estado de ánimo más sereno.

Caminaron a través del arco de piedra oriental donde los jardines tenuemente iluminados con senderos empedrados conducían a la entrada del



señorío.

La esquina de sus labios se curvó en una media sonrisa. Cerrando los ojos, Eirik lanzó una risilla. Este era su castillo. No podría haber mejor lugar que esto.

Se detuvo en la terraza, su mirada preternatural se desplazó hacia el horizonte, capturando el azul oscuro del Océano Pacífico. Un minuto después, Eirik se volvió y con una sonrisa sincera abrió los brazos y dio la bienvenida a Marianne a su casa.

Dio un paso atrás, sorprendida por la magnificencia de la guarida de Eirik. Los dedos audaces de Marianne se alzaron para tocar una de las ramas del árbol. Se quedó quieta por un momento, con una mirada vacía mientras untaba el agua entre sus dedos.

—El árbol de la vida —musitó.

Eirik se acercó.

—Yggdrasil —dijo, satisfecho con su descubrimiento.

—Yggdrasil... —Marianne se paseó por la fuente—. Vida eterna... Somos este árbol.

—No —dijo con un tono suave, juntando sus manos detrás de su espalda—. No el Árbol, sino Nidhug, el dragón que se aferra a su raíz y se alimenta de la sangre de los muertos. —Hizo una pausa—. Poco importa... En cualquier caso, estamos aquí.

—¿Es este tu hogar? —preguntó, alejándose de su abstracción.

—Uno de muchos. —Con un simple gesto con la mano, Eirik la invitó a unirse a él junto a la balaustrada de piedra.

Marianne se detuvo a su lado. Se apoyó en la balaustrada, sus dedos se entrelazaron, grácil cuando su mentón aterrizó sobre ellos. A la clara luz de la luna, los ojos de Marianne brillaron como brillantes amatistas, y sus labios carmesí se separaron pero no emitió ningún sonido. Ella era etérea, mágica y desconcertante.

Ella se giró, dándole una mirada inquisitiva.

—No sabía que podíamos volar.

—Viene con el territorio. —Eirik soltó una risilla—. Tal vez algún día puedas volar también —sugirió con una mirada inocente.

—¿Por qué me trajiste aquí? —Marianne volvió a su actitud taciturna.

Eirik pasó sus dedos sobre sus labios.

—Hay tantas otras preguntas en tu mente... Pero podemos comenzar con esa, si ese es tu deseo.

—Has visto mis preguntas, ¿así que tienes respuestas para todas? —dijo y por un segundo sonó casi desafiante.

—Tengo respuestas a las preguntas en tu mente... —Él asintió—. Y tengo respuestas a las preguntas que aún tienes que construir. Pero verás, soy más que eso. Después de dos mil años de vagar por esta buena tierra, estoy seguro de que hay más en mí que un libro interminable de respuestas.

—¿Dos... mil? —Los ojos de Marianne se abrieron de golpe.

Eirik se inclinó más cerca, adorando la intimidad que se estaba gestando entre ellos.

—Nunca antes has conocido a un bebedor de sangre milenario —dijo. Luego, recuperando su aplomo, continuó—. Puedo ver la razón del desdén de la Hermandad hacia ti.

—¿Ah sí? —dijo ella, inclinando ligeramente la cabeza.

Deslizó sus manos en los bolsillos de sus jeans, absteniéndose de su deseo de tocar su delicado rostro.

—Has encontrado la gracia dentro de nuestra maldición, como lo hice yo hace mucho tiempo.

—La Sangre no me maldijo —respondió ella rápidamente—. En todo caso, me bendijo.

Sus palabras le sorprendieron.

—¿Qué dices, niña? —Se escapó de su lengua—. Por todos los dioses, ¿considerarías esto como una bendición?

—Hubiera muerto de no haber sido por la Sangre —simplemente afirmó.

—Oh, la Muerte... —dijo, lanzando un suspiro—. ¿Por qué rechazarla? Hubiera sido un dulce desprendimiento de este mundo.

Marianne no hizo ningún esfuerzo por ocultar su desaprobación.

—Si eso es lo que realmente crees, entonces dudo que alguna vez hayas estado cerca de morir. —Ella frunció el ceño—. Créeme, no hay nada en El Más Allá sino oscuridad y silencio. *Olvido* es una palabra demasiado buena para describirlo. El Gran Vacío de la Oscuridad sería un término más apropiado... *Un dulce desprendimiento*, dices. Es una subestimación romántica.

Le sorprendió escuchar su refutación. No tanto las palabras, sino la manera en que se había dirigido a él. ¿No sabía ella quién era él? Ciertamente, la apariencia de Eirik podía ser engañosa: su ropa informal, la suavidad de su piel bronceada, su rostro juvenil... Si no fuera por sus ojos azul hielo brillando bajo la luz de la luna, Eirik fácilmente habría pasado por un mortal ordinario.

(más como uno extraordinario). No... No podía culparla por no considerarlo como un poderoso vampiro milenario.

—No debí haber dicho eso... —Marianne se sonrojó.

Eirik sonrió, descartando todo el incidente.

—Ya veo —dijo—. Eres alguien que espera en las ruedas siempre giratorias del Tiempo. Encuentras placer y te regocijas en esta *bendición* como la llamas. —Su mano aterrizó en la balaustrada, a unos centímetros de la mano de ella—. Te diré esto: enfrenté la muerte más de una vez en mis días mortales. Pero debes comprender, en aquel entonces, la muerte no significaba para mí más que el último destino: un lugar de fiesta eterna y batalla sin fin. Este concepto corre profundamente en mi sangre, tanto que ni siquiera dos milenios han podido borrarlo.

»Y tal vez hablé por aburrimiento. Este siglo no ha sido más que desagradable para mí. Ciertamente, ha hecho que la noción de la muerte sea más seductora.

—¿Es por eso por lo que estoy aquí, entonces? —dijo, cruzando los brazos sobre su pecho—. ¿Estás aburrido y esperas encontrar algo de entretenimiento en mí? —Dio un paso atrás—. ¿Te divierto?

Eirik ocultó su sonrisa traviesa con el dorso de su mano, y una vez que recuperó su expresión neutral, habló.

—Como te he dicho antes, pensé que deberíamos conocernos. —Se alejó de la balaustrada—. Dime, ¿te ves como un sobreviviente de las eras, como yo? ¿Esto es algo que te atrae?

Marianne entrecerró los ojos.

—Estás jugando.

—Te lo aseguro, no es así. —Casi se ofendió por su comportamiento suspicaz... Casi.

—Para ser testigo de las mareas cambiantes del mundo, el cambio de la mente humana colectiva... Por supuesto que me atrae. —Apoyándose en la balaustrada, suspiró. Su mirada se desvió hacia el océano.

Eirik sin saberlo se adentró en sus pensamientos.

—Los vampiros del aquelarre... Te preocupan. —Sorprendente. A ella no parecía importarle ser perseguida por ellos. Pero tal vez en el fondo, sus juegos retorcidos la habían atormentado todo el tiempo—. Erews demasiado valiosa para ellos —dijo—. Una joya rara en medio de un montón de carbón. Ellos te desean. Y lo que no pueden tener, deben destruir.

—No sé qué hay en mí que encuentren tan valioso —dijo Marianne,

encontrándose con su mirada—. ¿Por qué querrían mi sangre? Si yo fuera ellos, codiciaría la sangre de otro vampiro... Probablemente la tuya.

Su honestidad lo hizo sonreír.

—Ellos sí quieren mi sangre —dijo—. Pero saben que estarían sellando su perdición si alguna vez sus pensamientos fueran a preceder a cualquier acción.

Marianne frunció los labios.

—No estoy segura de entender lo que quieres decir.

—Tal vez algún día te mostraré por qué me temen... —musitó, sin saber si eso le gustaría.

—Muéstrame ahora —dijo Marianne con una sonrisa.

Le sorprendió escucharlo.

—Tal apresuramiento... Eres muy joven —se recordó Eirik.

—Sí, soy joven. Pero como dijiste antes: en cualquier caso, estoy aquí. — Ella se encogió de hombros.

El viejo corazón de Eirik se aceleró, la calidez de su sangre se extendió a través de su cuerpo preternatural con cada latido.

—Muy bien, Marianne... Te mostraré.

---

LA TARDE CAYÓ EN PESCADERO, UN PEQUEÑO PUEBLO A POCOS KILÓMETROS DE San Francisco. Interrumpiendo la quietud de una noche tranquila, unas carcajadas los llevaron a un pub cercano.

Dos, tres... cuatro adolescentes se reunían afuera del pub, solo que no eran hombres comunes. Eran bebedores de sangre. Inmaduros, criados en la oscuridad sin ninguna guía, sin idea de su herencia... La clase de vampiros que Eirik despreciaba. Para ellos, reservaba un lindo apodo: *vamps*, una versión pop de su Hermandad.

Durante meses, estos vampiros habían violado el territorio de caza de Eirik, firmando sin saberlo su sentencia de muerte.

Cómo se pavoneaban en la calle desolada, con sus vestimentas negras y su maquillaje oscuro... Los vamps debían ser barridos de la faz de la tierra.

Eirik dio un paso adelante en tanto que Marianne permaneció oculta en las sombras.

—Escuchen esto —dijo uno de los vampiros—. Oye, Jim... ¿Cuál es el postre de un vampiro?

—No lo sé, Sean. ¿Cuál es el postre de un vampiro?

—Una nectarina.

El grupo se miró y se rió.

Qué halagador, estos vampiros realmente pensaban que Eirik Bjorn era un simple mortal. Si hubieran sabido que ante ellos estaba el legendario Divisor de Cráneos, habrían huido aterrorizados minutos antes.

—Es inútil correr —dijo otro vampiro.

—Nunca alcanzarás a hacerlo. —Eirik sonrió.

Confundido, el vampiro al que llamaban Sean se abalanzó sobre él en un intento poco inteligente. Eirik estiró su brazo y lo detuvo con su mano desnuda. Luchando por liberarse del fuerte agarre de El Divisor de Cráneos, Sean gruñó, revelando sus colmillos. Sin importarle la sonrisa amenazante del vampiro, Eirik cerró su puño y lo hundió profundamente en el pecho del vampiro, le dio un giro rápido, y luego sacó su corazón latiendo agarrado en su mano. Eirik aplastó el órgano vital y chorros de sangre gotearon en la calle, drenando hacia la cuneta, donde pertenecía.

Dos de los vampiros se congelaron con temor al presenciar la ejecución de Sean, pero uno de ellos intentó escapar. Con una velocidad antinatural, Eirik alcanzó al cobarde y lo agarró por la camisa, levantándolo del suelo, lo suficientemente alto para hacer que se estremeciera mientras Eirik le mostraba sus colmillos.

—¿Quién... quién eres, hombre? —dijo el vampiro con voz temblorosa.

Eirik sonrió.

—Soy Eirik Bjorn, El Divisor de Cráneos, El Invicto Señor de Guerra Escandinavo, uno de los pocos vampiros milenarios, nacido en la Sangre hace dos mil años. —Hizo una pausa—. Y tú... estás muerto. —Eirik luego saltó sobre la espalda del vampiro, empujándolo sobre sus rodillas. Con ambas manos apoyadas en la cabeza del vampiro, Eirik presionó las sienes hasta que el cráneo se abrió como una cáscara de huevo, salpicando su contenido acuoso en la calle. Luego sacó la masa cerebral con las manos y la proyectó contra las ventanas del pub.

Los brazos del vampiro se tambalearon como un insecto moribundo mientras chillaba el ruido más horrible. En un acto de misericordia, Eirik alcanzó la barbilla del vampiro y le dio un tirón rápido, arrancando la cabeza de su repugnante cuerpo. Y finalmente, el vampiro dejó de lloriquear.

—Quedan dos más —musitó, poniéndose de pie.

Uno de ellos corrió como un loco, kilómetros adelante. Eirik levantó su

mano y la extendió hacia el desvergonzado vampiro. Luego apretó su puño y lo dio vuelta.

Un grito desgarrador hizo eco en la calle desolada. El vampiro cayó al suelo, gimiendo de dolor absoluto cuando la primera chispa apareció en sus manos, seguida de otra en su cuello, luego en sus muñecas, hasta que todo su cuerpo estalló en llamas. No pasó mucho tiempo para que el cuerpo chamuscado del vampiro se desintegrara en cenizas esparcidas por el viento.

El último vampiro no huyó. Llorando incontrolablemente, sus rodillas se doblaron y tocaron el suelo. Eirik se acercó. Ningún pensamiento zumbaba en su mente, nublada como estaba por el más puro terror.

—Tienes razón en temerme —dijo Eirik—. Por esto, vivirás. —Hizo una pausa—. Corre, y cuéntales a los demás lo que has visto, y que Eirik Bjorn te mostró piedad, pero que no perdonará a nadie más que se atreva a invadir sus terrenos de caza nuevamente.

El vampiro asintió y luego desapareció de la calle.

—VAYA, VAYA... —DIJO MARIANNE, SALIENDO DE SU ESCONDITE—. NO ES DE EXTRAÑAR QUE INSISTAS EN QUE NO DEBERÍA TEMERTE. —Se detuvo para mirar alrededor de la devastadora escena—. El Divisor de Cráneos... Seguro que haces honor al nombre.

Eirik estaba perplejo por su reacción. ¿Estaba ella... aterrada, impresionada tal vez?

—No encuentro placer en esto. —Se encogió de hombros—. No me dejaron otra opción.

Cansado, e incluso un poco disgustado por el baño de sangre que ahora dejaba atrás, Eirik fue hacia ella. Y mientras evitaba pisar el rastro de masa cerebral y sangre en el pavimento, tuvo que preguntarse a sí mismo si su corazón negro realmente no se regocijaba después de destruir a esos vampiros.

La emoción de la batalla era nula, porque los débiles no significaban ningún desafío a su fuerza preternatural. Tal vez esa era la razón de la amargura que se gestaba dentro de él.

De un humor generoso, había perdonado al último bebedor de sangre... Pero en realidad no. La verdad era aún más simple. Su misericordia había sido un mensaje, y el mensaje era claro:

*Que ellos se enteren de que estoy vivo. Que sepan que soy tan poderoso y tan despiadado como alguna vez temieron que sería. Que jamás vuelvan a*

*interferir en mis asuntos.*

---

ATERRIZARON EN LA CIMA DE UNA DE LAS TORRES DE GRACE CATHEDRAL, LO suficientemente cerca de la guarida de Marianne en Pacific Heights.

Esta vez, Marianne lo sostuvo más tiempo después de tocar el suelo. Mientras se deslizaba lejos de sus fuertes brazos, justo antes de retroceder, las manos de Eirik tocaron las de ella, tan solo por unos segundos. Su mirada se clavó en la de ella, y una chispa genuina se encendió entre los dos en un momento que pareció durar una eternidad. Cuando retrocedió, el hechizo se rompió y el tiempo siguió su curso.

Eirik estaba al borde de la torre. La firmeza de su cuerpo preternatural lo estabilizaba lo suficiente como para resistir los gélidos vientos. Cientos de luces parpadeaban a lo lejos, y una espesa neblina se elevó desde el mar, amenazando con tragarse la ciudad en cuestión de minutos.

Él deslizó sus manos en los bolsillos de sus jeans; de lo contrario, la abrazaría fuertemente y le sellaría los labios con un beso oscuro apasionado. Había pasado más de un siglo desde que había experimentado tal felicidad. Su corazón había despertado de su largo estupor y todo era por ella.

—Esta es una linda vista —dijo Eirik, mirando el horizonte.

Marianne se unió a él.

—No estoy segura de eso —dijo—. La terraza de tu guarida tiene una vista mucho mejor.

Eirik soltó una breve risa.

—Déjame ser claro —dijo, frente a ella—. Esta es una vista agradable, mientras que la que has mencionado es magnífica.

»Verás, lo mismo sucede con nosotros. Hay aquellos bebedores de sangre a quienes considero agradables. Son lindos, interesantes de vez en cuando, pero carentes de sustancia y por lo tanto no vale la pena estudiarlos por mucho tiempo.

»Pero luego hay otros, una rara desviación de nuestra Hermandad. Estos son propensos a la grandeza y merecen todos los privilegios que conlleva nuestro Don de la Oscuridad porque sostienen el mundo en sus manos preternaturales, a veces, sin siquiera darse cuenta. Estos son los magníficos. Son preciosos, raramente se encuentran entre nuestros hermanos, por lo que

son únicos.

»Y es por eso que deseaba conocerte, Marianne. Eres magnífica. Dentro de ti yace el potencial para la grandeza, lo reconocí tan pronto como te vi.

»Fue esto lo que me trajo a ti, no el aburrimiento, te das cuenta; ya que no busco entretenimiento. Busco una compañera, alguien que esté dispuesto a sumergirse en las profundidades de la eternidad a mi lado.

Los labios delicados de Marianne se separaron, pero no se oyó ningún sonido. Tardó unos minutos en reunir sus pensamientos y hablar.

—Pero apenas me conoces... —susurró, confundida.

—No estés tan segura de eso —dijo—. Te conozco desde hace bastante tiempo... Esta reunión solo ha confirmado lo que sabía que era cierto.

—No sé qué decir...

—No espero que digas nada, al menos, no ahora. —Hizo una pausa—. Por favor entiende que depende de ti conocerme y decidir si aceptarás mi propuesta.

—Está bien... —susurró—. Puedo hacer eso.

—Me alegra que finalmente nos hayamos encontrado —confesó, acercándose un centímetro más a ella.

Marianne se sonrojó y permaneció en silencio.

Eirik se acercó aún más, lo suficiente como para salirse con sus caprichos y robar un beso de sus labios carmesí. Su mano se alisó en su mandíbula mientras empujaba un mechón de pelo detrás de su oreja.

—Te veré pronto —susurró. Y tras mirarla por última vez, Eirik Bjorn desapareció.



## MAL D'AMOUR

**H**abían pasado trescientos años desde que Iván había recibido a una bruja Deveraux en su guarida, y como el destino lo hubiera querido, la historia se repitió esta noche cuando trajo a Cassandra a Villa Belle Vedere. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Dejarla en Deveraux Hall, donde los perpetradores de este crimen podrían haber regresado? La guarida de Iván era sagrada, no había mejor lugar para albergar a una bruja Deveraux.

Antoine había permanecido inseparable de ella desde el momento en que la acostó en la cama de la habitación de huéspedes. Se había negado a cazar o dormir hasta que llegara la madre de Cassandra. Afortunadamente, Iván esperaba a Denise dentro de un par de horas, por lo que no tendría que soportar este absurdo romántico un minuto más que eso.

Echó un vistazo a la habitación y, efectivamente, allí estaba. Antoine se arrodilló al lado de su cama, su mano se cerró en la suya, susurrándole palabras de consuelo en el oído.

—Enloquecerás encerrado aquí —dijo Iván, entrando en la habitación—. ¿Quieres que ella despierte para descubrir en ti no solo a un vampiro, sino también a uno hambriento? —Presionó su hombro—. Vamos, Antoine. Debes comer algo y tomar un poco de aire fresco, un cambio de ropa tampoco te vendría mal. —Se rió.

Las palabras de Iván finalmente le hicieron sentido, y Antoine se apartó de Cassandra.

—Supongo que tienes razón... —dijo—. Tomaré un baño rápido y luego buscaré algo... *alguien*, quiero decir.

—Me alegra escuchar eso —dijo Iván—. Ten la seguridad de que Cassandra estará a salvo.

MIENTRAS CRUZABAN EL VESTÍBULO, IVÁN PASÓ EL BRAZO POR LOS HOMBROS DE Antoine.

—Normalmente aconsejo no cazar en nuestro propio vecindario, pero hay un viejo camino para bicicletas al otro lado del jardín, ¿lo sabías? Hay muchos turistas allí.

Pálido y agotado, Antoine sonrió. Sin decir una palabra, atravesó la terraza hacia los jardines, siguiendo la sugerencia de Iván. Iván se detuvo junto a las puertas corredizas de cristal y lo observó alejarse hasta desaparecer en la distancia.

—*Mal d'amour...* —Mal de amor, dijo, lanzando un profundo suspiro. ¿Alguna vez él había estado enfermo de amor? Por supuesto que sí. No importaba cuánto intentara enterrar esos recuerdos, Alisa hacía todo lo posible para que volvieran a su corazón.

—Eso no fue amor... —musitó, alisando sus dedos sobre la tapa del piano —. Eso fue una total tontería.

Iván se sentó en el banco y deslizó sus dedos sobre las teclas. A pesar de que había practicado lo suficiente durante sus días mortales, Alisa era el verdadero músico de los dos. Durante décadas, ella destacó tocando el virginalis, más tarde el clavecin, y estaba seguro de que ya debía haber conquistado el piano.

—Te encontraré, Alisa... —dijo—. Y cuando lo haga, te dejaré ir de una vez por todas.

Presionó una tecla, y una inminente cascada de notas siguió, y la *Pavane Pour Une Infante Défunte* de Ravel resonó en el pasillo. La canción le trajo buenos recuerdos de sus años con Denise, calmó la confusión de su corazón por un momento.

Denise tenía dieciséis años cuando se vieron por última vez. Apasionada por el deseo de trazar su propio destino, había desafiado las tradiciones conservadoras de los Deveraux al huir con su entonces novio, André Reynaud. No ayudó su caso que ella lo hiciera estando embarazada de Cassandra.

Disuadir a Denise de sus planes había sido una hazaña imposible. Y en su última noche en la Mansión Deveraux, extendieron sus despedidas. *Nada va a cambiar entre nosotros, Iván*, le había dicho. *Voy a tener un bebé, eso es todo*.

Pero eso no fue todo. Denise se había alejado del alcance de los

Deveraux, cortó todos los lazos con la familia para formar una familia propia. Unos años más tarde, se casó con André. Y aunque Iván la había vigilado de cerca durante los primeros años de su exilio voluntario, nunca interfirió. Su felicidad era lo único que importaba, y durante un tiempo, ella fue genuinamente feliz. Décadas más tarde, André solicitó el divorcio y Denise quedó devastada. Pero para entonces Iván ya vivía en la isla de Belvedere. Pronto se enteró de que André se mudaría a Estados Unidos y que su hija mayor, Cassandra, se uniría a él cuando instalaran su nuevo hogar en San Francisco.

Estaba predestinado. La suerte le había dado a Iván otra oportunidad de arreglar las cosas con los Deveraux. Y ahora Cassandra estaba allí, maldita por una bruja de poca monta, e Iván le había fallado los Deveraux una vez más.

EL DIABLO EN TACONES ALTOS ENTRÓ A SU CASA. PERMANECIÓ EN EL VESTÍBULO por un minuto, apoyada contra la pared, escuchando mientras tocaba.

Antoine entró a la sala de estar. Cerró las puertas corredizas de cristal detrás de él. La Caza había restaurado el brillo de sus ojos marrones oscuros. Regresó con los labios sonrosados y las mejillas sonrojadas, e incluso el indicio de una sonrisa maliciosa que lo hacía tan condenadamente atractivo.

—Luces muy glamorosa, Marianne —dijo Antoine con una voz sensual, sus sentidos aún estimulados por la Matanza—. ¿Cuál es la ocasión?

Iván ni siquiera se había dado cuenta de su atuendo. Ella llevaba un vestido corto de lentejuelas azul oscuro. Pero, ¿en verdad era glamoroso? No estaba tan seguro.

Marianne se sonrojó.

—Oh, tengo un evento... —dijo, jugueteando sus dedos alrededor de un mechón de su cabello—. No es nada en realidad. Solo vine a buscar mi bolso...

«*Phillip nunca puede saber nada de Michael*».

Interesante cómo los pensamientos de Marianne la traicionaban. Iván los atrapó sin buscar siquiera. No pudo evitar sonreír. Vivía para este tipo de juegos.

«*Y, ¿quién es este Michael?*». Iván le envió la pregunta en silencio y esperó pacientemente su reacción.

La súbita interrupción de su tranquilidad lo confirmó, Marianne había

escuchado cada una de sus palabras. Sus ojos abiertos se llenaron de temor y volvieron su mirada directamente hacia él. Mmm... Esto requería una melodía más adecuada. El *Claro de Luna* de Beethoven encajaba bastante bien.

Esta vez, escudriñó su mente con una curiosidad despiadada, sacando de ella cada fragmento de información que satisfacía sus intereses.

«¿No es Michael Reese, el cantante?», añadió Iván con la misma voz silenciosa, dándole una mirada de desaprobación.

Marianne apretó sus labios rojos, casi frunciendo el ceño mientras enviaba su respuesta.

«No es asunto tuyo». Ella tomó su bolso y se dirigió rápidamente a la puerta.

—Oye, Marianne... —dijo Antoine—. Pórtate bien... Pero si te portas mal, llámame. —Le guiñó un ojo.

Marianne sonrió tanto como pudo, dadas las circunstancias.

No fue tan divertido como inquietante descubrir el romance secreto de Marianne con esa estrella de rock mortal. Sería un golpe terrible para Phillip, e Iván no tenía la intención de darle noticias tan devastadoras a su aprendiz.

---

SALIR DE ESA CASA LE DIO A MARIANNE UN ALIVIO INMEDIATO. CERRÓ LOS OJOS mientras se apoyaba contra la puerta y suspiró. El miserable Iván y sus juegos... ¿Qué tanta información le había robado de su mente? Se sentía lo suficientemente ruin por salir con Michael a espaldas de Phillip, pero esto podía complicarlo todo.

—¿Sucede algo, cariño? —Estaba detrás de uno de los pilares del porche, una mano en el bolsillo de sus vaqueros y un cigarrillo encendido en la otra.

Afortunadamente, siendo Phillip su creador no podía escuchar el desastre que irrumpió en sus pensamientos. Cálido y cariñoso, Phillip siempre guardaba una palabra amable para Marianne... Le debía su vida preternatural, por todos los cielos.

*¿Cómo puedes hacerle esto? Ya está. Lo terminaré todo con Michael esta noche.*

Phillip apagó su cigarrillo y se dirigió hacia ella, seguramente notando su ansiedad.

—¿Te sentarías conmigo un momento antes de irte? —preguntó con la

sonrisa más encantadora al final.

Tomando sus brazos, ella asintió.

Al sentarse juntos en los escalones del porche, parecían unos chicos de preparatoria. Marianne se mantuvo en silencio.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? —Phillip se rió.

Marianne no pudo evitar sonreír. Había escuchado esta historia de boca de Phillip una y otra vez, y le encantaba más cada vez que él la contaba.

—Era una tarde lluviosa... —dijo, citando el comienzo de esta anécdota.

—Te encontré leyendo junto a la ventana de la biblioteca, y eras la criatura más hermosa que jamás había visto con mis ojos preternaturales... —Se inclinó más cerca, tocando su frente con la suya. Las pupilas de Phillip se ensancharon cuando sus miradas se encontraron.

—Estabas empapado —agregó ella—, de pie en medio de la biblioteca... Te ofrecí mi manta. —Marianne se sonrojó—. Qué ingenua era yo.

—Marianne... —susurró, alisando su mano sobre su mejilla—. Estabas muriendo lenta y dolorosamente. Y aún así, tu sola preocupación en ese instante fue consolarme.

—Parecías tan triste... —dijo ella.

—Estaba triste y dolido. Pero todo eso desapareció en el momento en que te vi. —Sonrió—. Me hiciste recordar que nada en este mundo puede ser tan terrible, no para nosotros los vampiros.

Marianne sabía a dónde iba todo esto.

—Y siento que ahora es mi turno de recordártelo... —La abrazó con cariño—. No hay nada que temer para aquellos que son el miedo mismo encarnado. Lo que sea que esté causando estragos a tu corazón, debes saber que nada es definitivo. No hay finales para nosotros seres inmortales.

Marianne saboreó sus lágrimas saladas cuando apretó los labios. Se rindió al calor de los brazos de Phillip y al suave aroma de su colonia. Este era su hogar... ¿Era esto amor?

Aunque bendecido con una apariencia juvenil, Phillip navegaba su octava década mortal, y ella ya no era la niña de dieciocho años que se había enamorado de él. Sus sentimientos habían cambiado tanto desde entonces que a penas los comprendía ahora.

—Creo que me estoy enamorando de ti, Phillip Blackwell... —Marianne besó su mejilla. Phillip alzó sus cejas, notablemente complacido, y sorprendido a la vez.

La luz de un par de faros apareció en el camino de entrada. Era hora de

marcharse. El conductor salió de la limusina y se detuvo junto al portón.

Ambos se pusieron de pie.

—Phillip, yo...

—Marianne —dijo, tomando su mano—. Quiero que sepas esto: entiendo que debes entrar al mundo y vivir la vida que has elegido. Nunca te recriminaré por ello. Eres libre de experimentar lo que tu corazón desee. — Hizo una pausa, sus ojos azules brillantes se perdieron en los de ella—. Siempre estaré aquí, esperando pacientemente tu regreso... Ya sea que tome un día, un año o décadas por venir.

Los ojos de Marianne se llenaron de lágrimas.

Phillip insinuó una sonrisa.

—Adelante... Vive un poco —le susurró al oído—. Tú y yo tenemos todo el tiempo del mundo, pero el mundo no esperará por siempre.

Sus palabras fueron más reconfortantes de lo que él podría imaginar.

---

—¿ESTÁ SEGURO DE QUE ESTE ES EL LUGAR CORRECTO? —LE PREGUNTÓ Denise al conductor mientras se asomaba por la ventana. La limusina estacionada delante de ellos finalmente se movió, y ahora podía obtener una vista más clara de la propiedad.

—Sí, señora —dijo el conductor.

Imposible ver la fachada grandiosa de la villa y no recordar la Mansión Deveraux, la gran casa con su gran libro de reglas... Un escalofrío corrió por su espalda. ¿Acaso Iván ahora seguía el estilo de vida de su familia? *Mon Dieu!* Ojalá no fuera así.

—Bueno... —Suspiró—. Entonces por favor, tome el camino de entrada.

Cuando el taxi se estacionó ante las puertas de la villa, ella lo miró: un hombre de pie en el porche. Era un vampiro, por supuesto. Denise podía reconocer un bebedor de sangre a kilómetros de distancia... Eran hermosas criaturas pretenciosas, pero esta lucía bastante apesadumbrada.

—Hola —le dijo al enfurruñado vampiro.

En cuanto la vio, el bebedor de sangre reajustó su posición, adoptando una postura militar: cabeza, tronco y muslos en línea recta con el mentón hacia arriba y el pecho hacia adelante.

—Buenas noches —dijo con una voz aterciopelada, relajándose un poco

—. Permítame, por favor. —Tomó la maleta de Denise tan pesadamente internacional de veintiocho kilos y la cargó como si no pesara nada.

—Gracias —dijo ella, quitándose los guantes.

—Debe ser la madre de Cassandra. —El vampiro abrió la puerta y fue solo entonces—cuando la luz del foyer se derramó sobre él—que ella notó su tersa piel y sus profundos ojos azules. Era un hombre bastante guapo, pero la mayoría de los bebedores de sangre lo eran.

—Por favor, llámame Denise. —Una súbita agitación se apoderó de ella cuando cruzó ese umbral. Fue como retroceder el reloj treinta y ocho años, cuando su vida estaba llena de sombras por las reglas de los Deveraux, e Iván Lockhart era su único consuelo y escape de la lúgubre realidad.

—Es un placer conocerte, Denise. —El vampiro la condujo a través del vestíbulo—. Aunque desearía que fuera en otras circunstancias... Mi nombre es Phillip, Phillip Blackwell.

Ella habría respondido algunas palabras de cortesía, pero la enorme exhibición de candelabros de cristal pendiendo de los techos blancos estucados y el vívido colorido de las alfombras orientales le distraía demasiado. Pero no tenía tiempo para apreciar cada maravillosa singularidad ofrecida por la casa de Iván. Denise tenía que ver a su hija.

A través del lujoso recibidor llegaron a una espaciosa sala de estar con impecables muebles blancos, una acogedora chimenea encendida y puertas corredizas de vidrio que ofrecían la vista panorámica de un espléndido jardín. Y en la esquina, sentado detrás de un piano blanco estaba su mejor amigo: el vampiro Iván Lockhart.

*Así debe ser el encuentro con un amigo imaginario de la infancia recortado en carne y hueso.*

Pero Iván había sido muy real.

—Ravel... —musitó, y su corazón bombeó más fuerte y más rápido.

Iván dejó de tocar el piano. Sus fieros ojos verdes se volvieron hacia ella.

—¿He perdido práctica con esta cosa? —preguntó, señalando el instrumento.

Denise negó con la cabeza. La melodía le despertaba la misma sólida sensación de hace veintiún años, del mismo modo que no había cambio en sus ojos verdes brillantes, mandíbula fuerte y labios cincelados... Iván Lockhart lucía exactamente como ella lo recordaba, y tal vez incluso mejor.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo, colocando su mano sobre la tapa del piano.

—Demasiado —dijo ella.

Iván se puso de pie y fue a recibirla con un cálido abrazo. Denise cerró los ojos, y en ese momento, el reloj retrocedió veintiún años, y ella era una adolescente otra vez.

La calidez de su cuerpo presionado contra ella y la seductora fragancia de su colonia hizo que se le doblaran las rodillas... *Contrólate, Denise. Recuerda por qué estás aquí.*

Dio un paso atrás y se deslizó lejos de sus brazos. El hechizo se rompió y ella ya no era la chica de dieciséis que soñaba con dejar la Mansión Deveraux. Denise había vuelto a convertirse en *Mamá*.

—Muy bien. —Denise respiró profundamente—. ¿Dónde está ella?

—Está arriba —dijo Iván—. Te llevaré.

---

*ELLA NO ESTÁ MUERTA. ELLA DUERME, ESO ES TODO.* LAS PALABRAS DE IVÁN hacían eco en las profundidades de la mente de Antoine. Las repetía en silencio, una y otra vez, recordándose a sí mismo que aún había esperanza para Cassandra.

Estaba tendida en la cama como una princesa de cuento de hadas: con los ojos cerrados, los labios rosados y las manos cruzadas sobre el pecho. Pero él no era un caballero de brillante armadura, y su beso no la había despertado de su profundo sueño.

La puerta de la habitación se abrió lentamente. Detrás estaba una mujer. Su largo y ondulado cabello rojo ocultaba su rostro. Se inclinó para alcanzar una gran bolsa negra del piso, luego levantó la barbilla, y lo miró con ojos penetrantes de color verde oscuro.

El parecido era innegable. Pómulos altos, nariz y labios delicados...

—Eres la madre de Cassie... Denise —dijo Antoine.

—Sé quién soy. —Frunció el ceño—. ¿Pero quién eres tú?

Denise colocó la bolsa en el sofá, pero su mirada permaneció fija en él. Esa mirada desenredaba las telarañas de su alma, le sacudía los nervios. Antoine se alejó de la cama de Cassie, y solo entonces Denise dirigió sus ojos hacia su hija.

—Tenemos que hablar... —Phillip tiró del brazo de Iván.

—Este no es el momento —desestimó Iván. Luego se volvió hacia la



madre de Cassandra—. Ha estado así desde que la encontramos.

—Magia Negra... —musitó Denise, barriendo con sus dedos el polvo azul de la camisa de Cassandra. Ella se quitó su collar y lo sujetó al rededor del cuello de Cassie. El pendiente era una piedra negra que se encendió en cuanto aterrizó en el pecho de Cassandra.

Contrario a lo que Antoine esperaba de la madre de Cassie, ella no se desmoronó al verla inconsciente. La mujer mantenía una actitud fría y desprendida, examinándola como lo haría un médico.

—Su rostro estaba cubierto con este polvo azul... —musitó Antoine con voz quebradiza.

Denise se giró para mirarlo, y por primera vez desde su llegada, ella le dirigió una cálida mirada.

—Quienquiera que haya hecho esto, no quiso matarla —dijo, y volviéndose hacia Iván, agregó—: Pero definitivamente la quería fuera del camino.

—¿Puedes ayudarla? —preguntó finalmente Antoine.

La pregunta le irritó, pero no tanto como para obtener un regaño de ella. Denise frunció el ceño y se volvió hacia él.

—Conozco esta maldición —dijo—. Es posible que la rompa esta misma noche.

—Pero creí que ya no practicabas la magia... —No debería haber dicho eso, solo la molestaría más. Pero Antoine lo había soltado, y no había nada que pudiera hacer ahora.

Estrechando sus ojos, ella inclinó su cabeza, estudiándolo por un minuto más o menos antes de darle una respuesta.

—Parece que sabes mucho sobre mí y sobre mi vida, mientras que yo no sé nada de ti, bebedor de sangre...

—Denise —intervino Iván—. Antoine fue quien la encontró.

—Oh —dijo, genuinamente sorprendida—. Bien, Antoine. Creo que debería agradecerte. Y para que lo sepas, salí de la familia, pero nunca abandoné la Magia. —Hizo una pausa y lanzó una mirada inquisitiva hacia Iván, como si algo finalmente hubiera hecho clic en su mente—. ¿Qué tramaban tú y Cassie, Iván?

Iván se mordió el labio inferior.

—Se trata del collar —dijo—. Lo necesito. Cassandra me estaba ayudando a encontrarlo.

—¿El collar? —Los ojos de Denise se abrieron de golpe.

—Sé que ha pasado mucho tiempo desde que tomaste parte de los asuntos de los Deveraux, pero, si tienes alguna idea de dónde pudo haberlo escondido Annette... —Iván se apoyó contra la pared, con las manos entrelazadas detrás de la espalda y su mirada perdida en Cassandra.

—Solo lo he visto en las fotos de Katherine —dijo, sacudiendo la cabeza—. Mi madre nunca lo mencionó... ¡Ni siquiera sabía que ella lo tenía!

Denise abrió su bolso, revelando parte de lo que parecía un equipo de química: viales multicolores y cajas pequeñas con hierbas. Ella se apresuró a mezclar algunas hierbas y pociones en un vaso.

—¿Tienes el grimorio? —le preguntó a Iván.

—Por supuesto —dijo, abriendo el cajón del escritorio. Sacó un gran libro de cuero y se lo dio.

Con sumo cuidado, Denise sostuvo el libro, examinando página tras página, confiando en que encontraría lo que necesitara en esas arrugadas hojas de pergamino.

—Aquí vamos —musitó, señalando un pasaje con el dedo.

Denise sacó de su bolso una vela blanca y la puso sobre la mesa de noche. Encendió la vela y luego, en la más baja de las voces, leyó el libro. Esas palabras le susurró al oído a Cassie, y lo hizo tres veces antes de separarse de ella.

Abrió su bolsa de tela y sacó una pequeña daga de bronce. ¿Cómo demonios había logrado pasar eso por la aduana? Denise quitó la ornamentada vaina de bronce incrustada en símbolos mitológicos y pinchó su dedo con la cuchilla. Tres gotas de sangre cayeron en el vaso. Luego tomó la mano de Cassie y siguió los mismos pasos con ella.

Denise revolvió el vaso como si fuera un cóctel. Su sangre giró en el agua y se mezcló, disolviéndose en segundos. Con un pequeño cuentagotas, administró una sola gota en la boca de Cassandra.

—Y ahora... a esperar —dijo Iván—. Las dejaremos solas por un momento.

---

LAS PUERTAS DE LA BIBLIOTECA SE ABRIERON DE GOLPE CUANDO IVÁN ENTRÓ.

—¿Qué te parece, Phillip? —dijo, paseándose por la habitación, inquieto—. Mi búsqueda del collar se ha convertido oficialmente en una empresa

inútil, ¡tan inútil como la búsqueda del Santo Grial!

—Hay algo que debes saber... —Phillip lo siguió adentro y se detuvo junto a la chimenea.

—Mientras tanto, Alisa está atrapada en la mazmorra en la que Jiao Long eligió encarcelarla, más allá de mi alcance... Te digo, no puedo soportar esto más. ¡Nunca me he sentido tan impotente en mi vida inmortal! Todo se ha puesto patas arriba debido a ella. ¡Ojalá nunca le hubiera dado ese maldito collar!

—¡Iván, por favor! ¡Escúchame! —Phillip se plantó delante de él.

—¡Está bien! ¿Qué pasa, Phillip? —gritó. La impaciencia era un raro estado de ánimo para su aprendiz, lo que haya sido que sacudiera sus nervios, tenía que ser importante.

—Me encontré con Jiao Long el día de hoy...

—¿Por qué harías eso? ¿Quieres que te maten? —Agitando sus manos, con las palmas hacia arriba—. Ese niño puede ser tu compañero de carreras, pero créeme, ¡no lo pensará dos veces antes de hacerte daño para llegar a mí!

Phillip frunció los labios y deslizó sus manos en los bolsillos de sus jeans.

—Me convocó —dijo casualmente—. Y por cierto, Jiao Long es un vampiro poderoso, más viejo que tú. No veo por qué lo llamarías un niño.

—Oh, ¿en serio? —Cayendo en picado en el sofá junto a la chimenea—. Entonces, ¿por qué actúa como uno? —Iván hizo una pausa—. Eres demasiado noble, Phillip, es por eso que ese diablo se comunica contigo. Jamás se ganaría un gramo de mi atención. Si fuera por mí, lo golpearía hasta que revelara la ubicación de Alisa, pero no puedo amenazar su seguridad tan egoístamente... Entonces, ¿qué es lo que quiere ahora?

Phillip se sentó en la silla frente a él.

—Me dijo que estás en contra de sus planes...

—Uff... —Iván rodó sus ojos hacia atrás—. ¿Sigue divagando acerca de su búsqueda maníaca de dominación mundial? Sus planes no han sido pensados. Nadie lo seguirá en la locura de su delirio. Marca mis palabras.

—Le dije lo mismo, pero él no me escuchó. El aquelarre está fuera de control, Iván. No podemos permitir que Jiao Long nos exponga a los peligros de sus planes... Algo debe hacerse. —Se inclinó hacia adelante, uniendo sus manos y cruzando los dedos, una mala señal. *Phillip quiere algo.*

Iván suspiró.

—¿Y qué quieres que haga, Phillip? —preguntó—. Mientras Jiao Long tenga a Alisa, mis manos están atadas. Además, ya le ofrecí mi opinión al

respecto.

—Escuché todo sobre eso, y él me pareció muy molesto por ello.

—Tan solo le dejé claro que su plan era simplemente estúpido. Jiao no tiene visión. Por todos sus años en la Sangre, el niño carece de sabiduría y liderazgo.

»Por supuesto que sería maravilloso para los vampiros llegar a la luz de este nuevo milenio, pero no revelando nuestra existencia a los mortales y así convertirnos en el blanco perfecto para sus actividades destructivas. Ahí es donde falla su plan. No tiene creatividad, ni imaginación.

»La visión de Jiao Long es demasiado estrecha. Si nuestra Hermandad quiere ganar cualquier victoria sobre los hombres, debe basarse en la ciencia, no en la guerra. La ciencia es la clave para desentrañar el desorden asombroso de nuestro ADN. Es la única manera, si alguna vez queremos vivir bajo el sol de nuevo.

Phillip levantó sus cejas.

—Nunca te había visto tan apasionado por ningún otro tema. —Se detuvo a considerar sus siguientes palabras—. Debo admitir que este lado de tu personalidad es bastante atractivo. Podría escucharte hablar así por horas sin perder el interés...

Iván se encogió de hombros por el cumplido.

—Durante demasiado tiempo me imaginé viviendo en la Luz, pero no para oprimir a la humanidad... Sueño con un día en el que podamos vivir abiertamente entre ellos, por tonto que parezca. Sueño con un día en el que ser vampiro no signifique para ellos más que ser etiquetado como gótico, gay o ateo. El vampirismo simplemente es... Somos lo que somos, quiénes somos, y los mortales deberían acostumbrarse a ello.

Phillip sonrió.

—Te refieres a *lidiar* con ello, por supuesto. Porque a diferencia de cualquier joven gótico o gay, somos asesinos. Somos los cazadores en este juego, y ellos son la presa. —Hizo una pausa—. Lamento traer algo de sentido a tu hermosa fantasía, ¡pero eres un soñador! Te ves a ti mismo como humano, mortal como ellos, ¿verdad?

La calidez en sus palabras le transmitió gran cariño. ¿Era eso un brillo de admiración en los ojos de Phillip?

—Nunca dije que sería fácil... —Iván suspiró—. Aún así, debes estar de acuerdo, mis sueños son mucho más atractivos que el estúpido plan de Jiao para dominar el mundo.

—Es utópico, Iván. —Phillip sonrió—. Pero sí, te seguiría sin importar nada.

—Y también lo harían los otros aquelarres —musitó Iván—. Pero estoy divagando... No debes preocuparte por los planes de Jiao. No saldrá nada de ellos.

Phillip se puso de pie y se detuvo junto a la chimenea, perdido en sus pensamientos.

—Tal vez sí... —dijo, volviéndose hacia Iván—. Esto es lo que he querido decirte toda la noche. Fue Jiao Long quien maldijo a Cassandra. Él tiene la Fuente.

Las manos de Iván se entumecieron. Una ola helada enfrió su cuerpo preternatural.

—¿Qué estas diciendo? Qué te hace estar tan seguro? Lo que sea que ese demonio te haya dicho, ¡no puedes confiar en él!

—Ojalá ese fuera el caso, pero vi el frasco. Lo lleva con él alrededor del cuello. —Phillip frunció los labios, y por un segundo pareció inseguro de continuar con el resto de la historia—. Me convocó esta noche para hacerme una oferta, la oportunidad de unirme a su aquelarre. Por supuesto, me negué.

—¡Ese vampiro idiota! —Iván saltó sobre sus pies, apretando sus puños.

Las puertas de la biblioteca se abrieron. Detrás de ellos estaba Antoine. Cara pálida, manos temblorosas... Parecía haber visto un fantasma.

—¡Iván, Phillip...! —Recuperando el aliento—. Tienen que subir, rápido. Cassandra despertó de la maldición.

## M A R I A N N E

—**E**sto es realmente pesado —dijo Michael, dejando el disco de platino sobre la mesa de café.

Marianne se quitó los tacones y recogió su cabello en un moño rápido.

—Deberías dejar de ganar, entonces. —Ella se burló de él con una sonrisa tentadora.

—¿Estás bromeando? Te quiero en cada premiación a partir de ahora, cariño. —Él envolvió sus brazos alrededor de su cintura y acercándola, besó sus labios—. Eres mi estrella de la suerte.

Michael apretó su abrazo, sus manos errantes buscaban más que un beso apasionado. Marianne se rindió a sus caprichos... *No, espera. Juraste que terminarían esta noche, y eso es lo que vas a hacer.* Sería una ruptura limpia y honesta, bueno, tal vez no tan honesta.

Él deslizó su lengua en su boca, haciéndola temblar por dentro, anhelando tenerlo una vez más. Mientras la conducía al sofá, Marianne deslizó sus manos debajo de su camisa, sabiendo muy bien cuán poco control tenía sobre el impulso de su deseo.

Su respiración acelerada le calentaba el cuello mientras sus labios descendían.

—Te deseo, Marianne —susurró con una voz profunda, alisando su mano por su muslo, deslizándose por debajo de su falda.

*Esto termina esta noche, Michael Reese.* Pensó en las palabras, quería decirlas.

—Te cabalgaré duro, Michael. —¿Qué? ¿Qué estaba diciendo ella? Oh, ¡al diablo con eso! Una última noche juntos sería la despedida perfecta.

—Esta vez no —dijo con voz sensual—. Es mi turno ahora. —Las manos

de Michael aterrizaron en su cintura y espalda, deslizándola en el sofá. Impaciente, le levantó la falda y al entrar en ella rápidamente, gimió.

Una ola electrizante se extendió por sus extremidades, aumentando en pulso tras pulso de éxtasis. Marianne gimió, y en este éxtasis, el hambre se agitó dentro de ella. Guiada por su instinto letal, lo agarró por la nuca y lo atrajo hacia sí. Su boca se ensanchó lo suficiente como para medir el tamaño de su mordisco, y acercándose aún más, sus afilados colmillos rozaron la piel de Michael.

*Sigue. ¡Ve a por ello!*

Michael se empujó dentro de ella una vez más, excitando cada nervio en su cuerpo. Marianne lloró de delirio, y aprisionada por sus fuertes brazos, fue a buscar esa bebida oscura que la satisfaría por completo. Sus colmillos de vampiro rasgaron la piel de Michael, luego se hundieron en su cuello sin piedad.

—¡Oye! —dijo, separándose de ella. Su mano alcanzó la herida en su cuello—. ¿Qué fue eso?

—Lo... Lo siento...—Marianne se acurrucó en el sofá.

Michael sonrió.

—No lo hagas —Inclinándose hacia ella—. Sólo un pequeño aviso sería agradable, eso es todo. —Alisó las manos en su mandíbula y besó su cuello, bajando su cuerpo sobre ella como si nada hubiera sucedido.

—Espera, ¿no estás asustado en lo más mínimo? —le preguntó con la mano sobre su pecho, empujándolo ligeramente lejos.

—Nena, soy el cantante principal de una famosa banda de rock... —Se rió—. He visto cosas... Bueno, no quieres saber lo que he visto. Pero créeme, esto no es nada. —Michael se detuvo, examinando la expresión de incredulidad de Marianne—. Está bien, escucha. Si te gustan este tipo de cosas, lo entiendo.

—Este no es un juego sexual extraño, Michael... —Bajando su vestido, se puso de pie. ¿Ella realmente iba a hacer esto?

Él estaba tumbado de lado en el sofá, apoyándose en el codo, con la mano en un lado de la cara.

—¿Oh? ¿Entonces que es?

Marianne se arrodilló ante él.

—Bueno, soy un vampiro.

—Entonces seré el cazador de vampiros que se enamora de su presa. —Se rió entre dientes—. Vamos, cariño. Lo que sea que te traiga de vuelta aquí,

estoy dentro.

Él estaba en negación, eso tenía que ser. De lo contrario, no podría explicarlo.

Michael se levantó del sofá.

—No me malinterpretes, cariño... Respeto todo eso de *soy vampiro*... — Quitándose la camisa, la vista de su pecho desnudo y cincelado la atrajo aún más—. ¿Toma una ducha conmigo?

—Me temo que esta fiesta ha terminado —dijo una voz.

Marianne escaneó la sala de estar y no encontró a nadie.

—¿Michael...? —Ella se giró y fue entonces cuando vio al alto vampiro rubio parado detrás de él.

—Liam... —susurró, poniéndose en una posición de combate sin siquiera pensar en ello. Marianne lo conocía desde hacía años... Era uno de los vampiros del aquelarre que la acechaba—. Liam... No lo hagas. —Verdadero miedo enfrió la sangre en sus venas.

La esquina de los labios de Liam se curvó en una sonrisa maliciosa, y en un instante, sus colmillos se hundieron en el cuello de Michael.

—¡Nooooo! —rugió Marianne. Pero era demasiado tarde, la sangre le corría por el pecho, Michael ya estaba inconsciente—. ¡Déjalo ir! —dijo, arremetiendo contra él cuando ese demonio huyó de ella con Michael todavía en su poder.

—No lo creo —se burló con los labios y los dientes teñidos de sangre.

—¡Maldito tú y tu aquelarre! —El corazón de Marianne se rompió en mil pedazos. *Puedo traerlo de vuelta, ¡solo necesito su cuerpo!* Se detuvo para analizar el siguiente movimiento de Liam y lo engañó con un ataque para sorprenderlo.

Listo para cargar contra el demonio una vez más, otros dos vampiros aparecieron en la habitación. Vinieron por los lados, el de su derecha era joven y lo suficientemente tonto como para atacar primero. Marianne lo agarró por el cuello de la camisa, lo atrajo hacia sí y le abrió la garganta con un rápido corte de sus colmillos. El bastardo se desangró en segundos.

Marianne arrojó el cuerpo del vampiro a un lado, preparándose para enfrentarse al otro vampiro mientras se acercaba a Michael. ¡Unos centímetros más y casi podía alcanzarlo!

Aparecieron dos bebedores de sangre más, y con velocidad diabólica, tomaron sus brazos y la empujaron sobre sus rodillas.

Liam chasqueó la lengua.



—Es por eso que nunca debes romper las reglas —dijo lentamente—. ¡Dile adiós a tu novio, Marianne! —Hundió sus colmillos profundamente en su cuello, esta vez, directamente hacia la arteria carótida, drenándolo en segundos, matándolo instantáneamente. Liam dejó caer su cuerpo como si ahora no valiera nada.

Un fuerte gruñido resonó en la habitación. Venía de Marianne, desesperada por salvar a Michael pero consciente de que era demasiado tarde.

*¡No! ¡Esto no puede ser el final de Michael!*

Invocando una fuerza que desafió sus límites vampíricos, ella se liberó del agarre de los vampiros. Cuando llegó a Michael en el piso, Marianne cortó su muñeca con sus uñas y fue a presionar la herida contra su boca. Pero una fuerte tracción la separó de él antes de que la sangre incluso tocara los labios de Michael.

—Se acabó, Marianne —dijo Liam, arrodillándose ante ella.

Debería haber luchado, tenía la fuerza, pero la pérdida de Michael la lastimaba profundamente. La desesperación rompía su alma, devorando todo deseo de vivir.

*Bienvenida Muerte, el desprendimiento más dulce.*

Con los ojos llenos de lágrimas, Marianne bajó la cabeza, esperando el golpe final.

*«Corre, Marianne...»*

¿Qué demonios? Era la voz de Michael. Ella se volvió hacia él rápidamente. No había signos de vida pulsando en su cuerpo.

*«¡Corre!»*, dijo la voz otra vez.

Abriendo los ojos, se volvió para encontrarse atrapada dentro de la intriga de Jane Ensor. Grotescos miembros del aquelarre la rodeaban, burlándose de su dolor.

Sus brazos y piernas resbalaron en el piso hasta que se liberó de los vampiros de nuevo. Pero esta vez, siguió las órdenes de Michael y tan pronto como se puso de pie, corrió a la terraza y saltó de la balaustrada, un salto que hubiera significado la muerte segura de cualquiera, excepto un miembro de los No-Muertos.

Sus pies tocaron el suelo, sus piernas temblaban. La Harley estaba a unos metros de distancia. Las llaves estaban puestas.

—¿Cómo demonios...? —No había tiempo que perder. Ella saltó sobre la motocicleta, encendió el motor y se alejó rápidamente.

LAS LÁGRIMAS DE MARIANNE SE UNTARON EN SUS MEJILLAS CONTRA EL VIENTO rugiente. El puente Golden Gate se alzaba adelante.

Una rápida mirada al espejo lateral fue suficiente para hacerle saber que Liam y los demás también la seguían en motocicletas.

—¡Maldición! —dijo ella mientras los vampiros se acercaban—. ¡Tengo que perderlos!

Marianne zigzagueó a través del tráfico nocturno del puente, desafiando su naturaleza inmortal. Pero funcionó: dos de ellos se estrellaron contra un autobús, dejando dos más que eliminar.

Las motos se cerraron sobre ella, una a cada lado: Liam y otro vampiro, quien de repente saltó del vehículo y cayó sobre su espalda. El tirón repentino de su pelo la hizo girar. La tortuosa criatura siseó en su oreja, ambos colmillos afilados listos para darle el mordisco de la muerte.

—Oh, no... ¡No lo harás! —Marianne se echó hacia atrás y tirando de él por la camisa, lo jaló frente a ella. Y revelando sus colmillos de vampiro en una sonrisa maliciosa, lo abrazó y le abrió el cuello de una sola mordida. Riachuelos de sangre corrieron por la herida. El shock llenó los ojos abiertos del vampiro. Marianne luego arrojó su cuerpo sobre el puente, directo al océano.

La isla Belvedere se dibujaba en el horizonte.

—Casi llego —musitó. La guarida de Iván Lockhart era el único lugar en el que podía pensar en ese momento.

*¡Oh, Michael! ¡Michael!* Esos pensamientos volvieron, y por un segundo, Marianne se sintió débil y cansada... Un momento. ¿Dónde estaba Liam? Había desaparecido en medio del tráfico.

¿Por qué dejaría de perseguirla repentinamente? ¿Había descubierto adónde se dirigía y tenía miedo de Lockhart?

—Mejor prevenir que lamentar... —Marianne se volvió solo para asegurarse. *No hay rastro de él.* Ella suspiró. Al mirar hacia adelante, una masa negra de ropa y cabello rubio claro apareció frente a sus ojos. Un fuerte golpe le pegó de frente. El metal chirrió contra el pavimento cuando la motocicleta se ladeó, deslizándose por la calle con una velocidad demoníaca. Marianne apretó el manillar con fuerza.

Todo se volvió negro. Ella estaba fuera.

## CASSANDRA

—¿Una maldición? —Cassandra saltó de la cama, sentándose—. ¿Fui maldecida?

—¿Qué pasa, Denise? —Antoine corrió al lado de Cassie. Él apretó sus manos, estaban frías—. ¿Cómo es que ella no lo recuerda?

—¿Recordar? —dijo ella—. ¿Qué debo recordar?

—Es perfectamente normal —dijo mamá, moviéndose hacia ella. El tono tranquilizador de su voz calmó su creciente ansiedad—. Es un efecto secundario de la maldición.

—¿Qué?

—Cassandra... —Mamá se sentó al otro lado de la cama—. Estuviste dormida por mucho tiempo. Todo se aclarará en un momento. Tomó una taza de té humeante de la mesa de noche y se la ofreció—. Bebe tu té, *ma petite*.

Sosteniendo la cálida taza entre sus manos, se volvió hacia Antoine. Ella buscó consuelo en sus ojos oscuros, pero algo sobre ellos había cambiado. No podía precisar de qué se trataba.

—Mamá —dijo, volviéndose hacia ella—. ¿Por qué estoy aquí? Espera. ¿Por qué estás tú aquí?

—¿Hasta cuándo recuerdas, Cassie? —preguntó mamá, casi demasiado calmada. *Esto debe ser serio... ¿Me estoy muriendo?*

Invocar sus últimos recuerdos le produjo un dolor de cabeza. Nada le venía a la mente. *Rien de rien*. Ah, pero tan solo mirarlo... Su apuesto Antoine estaba de pie junto a la ventana. Los pocos rayos de luz que penetraban en la habitación aterrizaban en su rostro.

Cassandra lo estudió con su ojo de pintora. Todos los colores en la habitación se entrelazaban en la oscuridad de su iris marrón. Su piel rosada no

la engañaba porque conocía esos ojos mejor que nadie, se había perdido en su profunda oscuridad más de una vez.

Sus ojos habían cambiado. Antoine había cambiado.

*No es humano.*

—No puedo recordar... —murmuró.

Consciente de su mirada inteligente, Antoine frunció los labios y miró hacia otro lado. Sus delicadas manos cubrieron su boca.

El corazón de Cassandra se rompió en silencio. El salto de Antoine a la oscura inmortalidad era un trato hecho. Ninguna palabra de desaprobación podría deshacer su transformación.

—Bebe un poco más, cariño —insistió su madre.

Ella tomó otro sorbo de té, notando su entorno. Lockhart estaba allí, y también Phillip. El grimorio yacía sobre la mesa de noche y... *¡El libro!* Algo hizo clic en su mente.

—Mona Mai —dijo ella—. ¡Ella me hizo esto!

—¡Esa zorra! —siseó Denise—. ¡Es una bruja!

Cassandra se llevó la taza de té a la boca y bebió un poco más. El té hacía maravillas, tranquilizaba su ansiedad e incluso daba alivio al dolor de haber perdido a su Antoine para siempre. Sabía a manzana y canela, pero estaba segura de que tenía algo más.

—Espera —agregó. Las piezas faltantes del rompecabezas cayeron en su lugar—. Mona no estaba sola en esto. Había un tipo muy guapo con ella... Un bebedor de sangre.

—Jiao Long... —Iván murmuró.

—Ese es el nombre, sí. —Cassandra hizo una pausa—. Mamá, ¿hiciste algo con este té?

Sin decir una palabra, mamá le guiñó un ojo.

*Tengo que verlo. Quiero ver el cambio en él con mis propios ojos...* Con un tirón rápido, Cassie retiró el edredón, lista para correr hacia los brazos de Antoine. Pero cuando trató de pararse, sus piernas no respondieron.

—Mamá, ¿qué pasa con mis piernas? ¡No puedo sentir mis piernas!

Mamá se arrodilló ante ella. La serenidad de sus ojos verdes la calmó mejor que cualquier hechizo. Ella acarició el cabello de Cassie con cariño.

—Todo va a estar bien, *ma petite* —dijo—. Tus piernas están débiles debido a la maldición de Mona. Te recuperarás en unos minutos... Dale tiempo.

—Tiempo... —Cassie musitó—. ¡Eso es! —Nuevamente, ella trató de

mover sus piernas. *Maldición...* Un leve hormigueo se extendió por sus muslos y rodillas.

—*Merde!* —masculló, golpeando el colchón con su puño. Mamá le dirigió una mirada de regaño, pero guardó silencio—. ¡El reloj, Iván! El hechizo... La invocación... ¡Funcionó!

—¿Funcionó? —Iván se acercó. Se sentó al pie de la cama—. ¿Qué reloj?

—¿Qué invocación? —preguntó mamá, desagradablemente sorprendida.

—No funcionó al principio —dijo Cassandra—. Pero Granny vino... ¡Lo hizo!

Los ojos de mamá se abrieron.

—¿Invocaste a mi madre?

Cassandra tomó otro sorbo del té especial de mamá.

—Ella regresó, tenía dos años y saltó por las escaleras. ¡Annette me llevó al reloj!

—¿El reloj de Katherine? —preguntó Iván.

—¡Bingo! —Cassie sonrió—. Iván, encontré el collar. ¡Annette lo escondió dentro del reloj de Mora!

Iván hizo una mueca. Enterró su cara en sus manos.

—Y ahora, Jiao Long lo tiene y también tiene la Fuente. —Suspiró—. No hay otra manera... Debo enfrentarlo.

—No entiendes. —Cassie se inclinó hacia adelante—. Jiao Long no tiene la Fuente.

—Pero, yo la he visto —intervino Phillip—. Él me mostró el frasco esta noche. Lo usa alrededor de su cuello.

—Ah... Él solo cree que la tiene. —Cassandra entrecerró los ojos, insinuando una sonrisa traviesa—. Cuando Jiao Long apareció en mi puerta exigiendo la Fuente y amenazando con matarme, tuve poco tiempo para pensar en una salida. —Hizo una pausa—. Vi una poción en la repisa de la chimenea y así fue como me vino la idea. ¡Le dije que esa era la Fuente, y él cayó en mi trampa por completo! —Abriendo los ojos, Cassandra sonrió con la boca abierta. *Genial, ¿no? ¡Engañé a un vampiro!* Ella lo habría dicho, pero había demasiados vampiros en la habitación.

—¿Y qué poción tomó el vampiro en cambio? —preguntó mamá.

Cassandra se mordió el labio inferior. Con una rápida mirada a su madre le suplicó que retirara la pregunta, pero ya era demasiado tarde para eso.

—Um... Fue la poción de Canción de Sirena de Katherine. —Pronunció las palabras en la más baja de las voces.

—Pero eso no tiene sentido... Esa poción atrae a los vampiros —dijo mamá frunciendo el ceño—. ¿Por qué prepararías esa poción?

Cassie se sonrojó. Bajando su barbilla, le dio a Antoine una mirada de reojo.

—No se necesitaba ser un genio para saber que estabas a un paso de convertirte en vampiro... —Hizo una pausa—. Planeaba usar la poción de Katherine para que no me olvidaras cuando eso sucediera.

La actitud distante de Antoine se desvaneció. Desplegando sus brazos de su pecho, se acercó a ella y se arrodilló junto a la cama.

—*Ma belle* —susurró, presionando su mano contra sus labios—. Nunca podría olvidarte o dejar de amarte.

Sus palabras calentaron su corazón. Cassandra alisó su mano sobre su mandíbula. La piel de Antoine era fría y dura como el mármol.

—Eso es muy dulce y todo... —dijo Iván poniéndose de pie—. Pero, ¿dónde está el collar?

—Está en mi bolso...—Ella frunció el ceño—. En Deveraux Hall.

—¿Es esta bolsa? —preguntó Antoine, recogiendo una bolsa de mensajero de cuero del piso.

—¡Oh, Antoine! —dijo emocionada—. ¡La trajiste contigo! —Cassie se volvió hacia su madre, esperando que notara lo increíble que era su novio.

Antoine se encogió de hombros.

—Pensé que la necesitarías cuando te despertaras —dijo, entregándole la bolsa.

Refulgente de alegría, Cassandra abrió la bolsa.

—Todo este tiempo... —dijo—, la caja estaba dentro del reloj, en un compartimento secreto. ¿Quién lo hubiera pensado? —Con el cofre de madera en sus manos, se lo ofreció a Iván.

Iván miró el cofre por un minuto más o menos sin decir una palabra.

—Annette lo hizo —dijo con media sonrisa—. Ella sabía que nunca me acercaría a ese maldito reloj.

Negando con la cabeza, Phillip dio un paso atrás. Se sentó en la silla en la esquina de la habitación.

—Invocaste su espíritu... —musitó—. Y ella vino.

—Encuétrala, Iván —dijo Cassandra—. Pero antes de que te vayas... llévate esto contigo. —Ella se quitó el colgante de turmalina negro y lo colocó en su mano—. Te protegerá contra la Magia Negra.

Iván sonrió.

—Cassandra, no necesito...

—Por favor —insistió ella—. Haz esto por mí. —Mmm... su pie se movió. El hormigueo en sus piernas desapareció.

—Está bien. —Iván tomó el talismán y se lo abrochó al cuello.

Cassandra movió sus piernas.

—¡Mira, mamá! —dijo, doblando las rodillas. Convocó la fuerza suficiente para deslizarse hasta el borde de la cama y sentarse allí, balanceando sus piernas.

—Eso fue rápido —dijo mamá—. Me alegro. Deberíamos irnos a casa, hija. A Deveraux Hall.

—¿Está lo suficientemente fuerte? —preguntó Antoine—. Podría quedarse aquí un par de noches...

—Mamá tiene razón, Antoine. —Cassandra se levantó de la cama con la ayuda de su madre—. Debería irme a casa... Ahora me siento mucho mejor.

Inquieto, Antoine frunció los labios. Deslizó sus manos en los bolsillos de sus jeans y asintió rápidamente.

Cassandra le envió un mensaje en silencio—: «*Necesito tiempo*».

—Vamos, *ma petite* —dijo mamá—. Tenemos una fiesta de cumpleaños que planear.

## IVÁN

Sentado en el piso de la sala, en la santidad de su habitación, Iván tenía el cofre de madera en su regazo. Se apoyó contra la pared. Su mirada se desvió hacia el retrato de Alisa mientras suavemente alisaba un dedo sobre su rostro.

Había pasado una hora desde que la caja había caído en sus manos después de casi un siglo de distanciamiento. Iván no pudo evitar recordar los muchos momentos de los que este cofre había sido testigo a lo largo de sus años en la Sangre.

Abrió el cofre y sacó el bolso de terciopelo negro. Vertiendo el contenido de la retícula en su mano, apareció el collar de perlas con su broche de zafiro. En silencio, Iván leyó la inscripción en la parte posterior del broche.

*"El amor es demasiado joven para saber lo que es la conciencia".  
A. Lockhart, 1671.*

Cena a la luz de las velas en la azotea de su alojamiento parisino, el recuerdo brilló ante sus ojos con una claridad prístina. Él le había dado el collar esa noche, y ella había prometido usarlo en todas las ocasiones sociales. Estaba tan feliz, pero no fueron las joyas las que le hicieron llorar. La inscripción del broche resonó profundamente en el corazón de Alisa. ¿Quién podría haber previsto que las palabras de Shakespeare lo atormentarían más tarde para siempre?

—Pensé que estarías aquí...

Iván lo barrió con una mirada rápida: oxfords de gamuza marrón, jeans



oscuros, suéter de jersey verde oscuro y una chaqueta marrón de aviador.

—Phillip, solo estoy...

—Es un hermoso collar —dijo. Phillip se apoyó contra la pared y se deslizó hacia abajo hasta que se sentó a su lado.

—Mmm, lo es... —Iván musitó—. Y finalmente ha vuelto a estar en mis manos.

—¿Por qué tan triste entonces? —El aprendiz de Iván frunció el ceño con un aire de inocencia, convirtiéndose en la criatura más tentadora que jamás haya vagado por la tierra.

—Esta caja está llena de recuerdos... —dijo Iván, mirando hacia abajo.

—Buenos, espero.

—Y malos también —agregó Iván.

—Siento escuchar eso.—Phillip frunció los labios.

Iván apreciaba la compañía de su aprendiz, sin duda calmaba su mente acelerada. Pudo haber permanecido en silencio y aun así darle consuelo. Pero bueno, ese era Phillip Blackwell.

Deslizando su uña debajo de la placa metálica del broche, Iván la abrió. Dentro del montaje del zafiro yacía un pequeño frasco plateado.

—¿Eso es...? —Phillip se acercó.

—La Fuente —dijo Iván—. Lo es. —Levantó el frasco al nivel de los ojos, estudiándolo—. Este pequeño frasco me lo regaló mi creador el día en que me lanzó al mundo como vampiro.

—Fue un poderoso milenario, por lo que me has contado. —Phillip inclinó la cabeza, observando el frasco—. Debe haber sido un hombre sabio.

—¿Lo era? —Iván levantó sus cejas—. No lo creo... Confío en mí, lo suficiente como para dejarme la tarea de proteger su posesión más valiosa. Y le fallé.

—¿Le fallaste? —preguntó Phillip—. ¿Qué quieres decir?

—Hasta ahora, Alisa ha compartido contigo su parte de la historia —dijo Iván—. Pero esto es lo que no sabes... —Hizo una pausa—. Ella y yo viajamos por Europa en el Grand Tour, Venecia era nuestro destino final. A nuestra llegada a La Serenissima, me encontré con mi creador. —Una mirada vacía se apoderó de él mientras hablaba—. Él me hizo lo que soy... Me dio este Don de la inmortalidad.

—Alisa me mostró su angustia y desilusión... —dijo Phillip.

—Por supuesto, convertirme en vampiro me mantuvo lejos de ella por un tiempo, e incluso admitiré que le rompí el corazón traicionándola con Juliette

Deveraux...

—¿La bruja? ¿Ella era una Deveraux? —Los ojos de Phillips se agrandaron.

—Hay más en esta historia de lo que parece, Phillip —Lanzando un suspiro—. El punto es que le revelé a Alisa mi oscuro secreto, y lo codició desde entonces.

—Ella quería convertirse en vampiro —musitó Phillip—. Y entonces le diste la Sangre, y ella se convirtió en tu primer aprendiz. —Hizo una pausa—. Todavía no veo cómo le fallaste a tu creador.

—Alisa y yo construimos nuestra propia vida. Nos instalamos en Londres, y en París más tarde... Décadas después, llegó el día en que ella me pidió regresar a Venecia. Dijo que reavivaría nuestro amor. Me pidió conocer a mi creador, la fuente de nuestra felicidad... Dios mío, la amaba tanto que le concedí todos sus caprichos.

»Nos instalamos en el palazzo que una vez fue testigo de mi despertar. Pasaron las semanas, y luego Dristan, mi padre preternatural, regresó.

»Verlo de nuevo aceleró la sangre en mis venas. Me abrazó como lo haría un padre, orgulloso y cálido, pero el remordimiento llenó sus ojos en el momento en que la vio. —Iván tocó el retrato de Alisa con el dedo—. Me recordó lo imprudente que había sido al crear un vampiro siendo tan joven yo mismo. Alisa estaba resentida por sus palabras, y el odio se acumuló en su malvado corazón desde ese momento en adelante.

Phillip presionó su brazo.

—Pero seguramente, ningún daño podría haber venido de eso —dijo con una voz aterciopelada—. Quizás, si te encuentras con Dristan una vez más...

—Ese es el punto, Phillip. Jamás lo volveré a ver —dijo Iván—. Ella lo mató.

Phillip se estremeció.

—¿Qué?

Saliendo del trance, Iván se volvió hacia su aprendiz.

—Alisa planeó el final de Dristan en silencio. El odio habitó en su corazón. Ella esperó pacientemente, hasta que llegó el día en que fui llamado a Roma por negocios.

»A mi regreso, fui recibido con el cuerpo sin vida de mi creador. —Un nudo se acumuló en su garganta. El calor de las lágrimas se acumuló en sus ojos—. Ella lo drenó hasta la última gota de su sangre milenaria... Este collar fue todo lo que dejó atrás. Lo encontré en el puño ensangrentado de Dristan.

Phillip permaneció en silencio, incapaz de procesar la historia de Iván.

—¿Tienes problemas para creerlo? —preguntó Iván, cínico como siempre—. Han pasado trescientos años y todavía me resulta difícil de creer. —Hizo una pausa—. No solo destruyó a mi creador, sino que destrozó mi corazón. Ella salió de mi vida sin siquiera decir adiós.

Phillip frunció el ceño. Luego se volvió hacia Iván.

—¿La has visto desde entonces?

Iván negó con la cabeza.

—Puedo ver ahora que toda esta terrible experiencia no ha significado más que tortura para ti —dijo su aprendiz, consternado.

—Nada me gustaría más que dejarla a su suerte —dijo Iván—. Pero no tengo corazón para ignorar su llamado, no importa cuánto me haya lastimado en el pasado. —Abrió la tapa del frasco.

—¡Iván, espera! —Phillip sostuvo su muñeca—. ¿Sabes lo que esto te va a hacer, beber la sangre del primer linaje de vampiros? Sus efectos pueden ser devastadores. ¡No me arriesgaré a perderte!

Iván sonrió.

—Entonces, yo lo haré por ti —dijo, vertiendo la Fuente dentro de su boca.

Agrio y rancio, el líquido espeso bañó su paladar. Se lo tragó como un niño que toma esa temida cucharada de medicina que envuelve su horrible sabor con la promesa de restauración.

No pasó nada.

—¿Estás bien? —Phillip se inclinó más cerca, sus ojos azules se llenaron de preocupación.

—Yo... creo que sí. —Iván revisó su cuerpo preternatural. No sintió ninguna diferencia. La leyenda de la Fuente podría haber sido un mito después de todo... Hizo una mueca. Un repentino golpe de dolor atravesó su estómago. El dolor se extendió a su cuerpo en pulsos impactantes que palpitaban dentro de cada una de sus extremidades.

—¡Argh! —Gruñó. Tumbado en el suelo, Iván dobló sus rodillas sobre su pecho.

—¿Qué pasa? —Desesperado, Phillip se arrodilló a su lado—. ¿Iván? ¡Quédate conmigo! —Los lamentables gritos de su aprendiz se convirtieron en un sonido amortiguado que pronto se desvaneció.

Iván cerró los ojos. El dolor fulgurante desgarraba cada fibra en su ser preternatural... ¿Qué había hecho? ¿En qué estaba pensando, bebiendo de un

misterioso elixir? ¡Podría haber sido veneno por lo que él sabía!

Una brillante sangre carmesí llenó la pantalla de su mente. Girando en una danza hipnótica, la sangre se entrelazó con tonos de verde, revelando el denso follaje de una jungla. Más allá de la jungla se extendía un vasto jardín. Fuentes en cascada con aguas brillantes reflejaban los cálidos rayos del sol.

Las voces susurraban en los árboles. Se hicieron más fuertes y se unieron en una cacofonía insoportable que resonó en su cerebro.

*«Esta es la Sangre del Rey»*

*«¡Está prohibido!»*

*«Bebe, y vivirás para siempre»*

Un horrible chillido irrumpió en las voces, desgarrando su mente, obstaculizando su capacidad de pensar. Iván cubrió sus orejas con sus manos. Gritó lo suficientemente fuerte como para silenciar las voces, y ese ruido... ¡Ese espantoso ruido!

De alguna manera, funcionó. Iván dejó de gritar. La cacofonía desapareció, las voces volvieron a convertirse en susurros y el dolor disminuyó lo suficiente como para que se volviera tolerable.

Iván abrió los ojos.

—¡Dios! Iván, ¿estás bien? —Los ojos de Phillip se asomaron.

Iván se sentó en el piso.

—Yo... no sé —dijo, revisando sus brazos y piernas. Nada lucía mal. Todo parecía estar bien, sin escamas ni cuernos puntiagudos. ¿Qué diablos le había pasado?

*«¿Cómo pudo hacerme esto, convertirse en un vampiro? No sé si alguna vez podré perdonarlo...»*

—¿Qué dijiste? —preguntó Iván.

Phillip frunció el ceño.

—No dije nada.

*«No me extraña que la haya dejado. Ella no tenía idea de que esto estaba sucediendo. ¡La mujer no tiene idea!»*

*¿Qué demonios está pasando?*

Más y más voces se amontonaron en las primeras hasta que eran demasiadas para distinguirse unas de otras. Un pandemonio se agitó en su mente. Iván llevó sus manos a sus oídos y gruñó.

—¿Qué pasa, Iván?

—¿No los escuchas? —gritó, tratando de bloquear las voces con la suya —. No puedo soportarlo, Phillip... ¡Me está volviendo loco!

«*Oh, soledad... Mi elección más dulce...*»

—¡Esa voz! —dijo Iván, poniéndose de pie.

—¿Qué voz? ¡Iván, no escucho nada!

Pero él sí la escuchaba, y su vitalidad estaba profundamente grabada en su corazón.

«*Lugares dedicados a la noche, lejos del tumulto y del ruido... ¡Cómo se deleitan mis inquietos pensamientos!*»

Iván conocía esa canción. Era una de sus favoritas en su juventud, ¡y cómo resonaba aún en los laberintos de su mente!

—¡Es ella! —dijo—. ¡Es Alisa!

—¿Qué estás diciendo, Iván? ¿Puedes oírla? —preguntó Phillip, notablemente preocupado—. Debes tomar esto con calma. ¡No sabemos los efectos de esa cosa! —Señalando el frasco.

—He perdido el tiempo suficiente. —Iván se ancló a los pensamientos de Alisa, evitando todas las otras voces de su audición preternatural. La imagen brilló ante su mente: playas de arena blanca, un sendero empedrado tragado por una jungla y un imponente complejo de seguridad en lo alto de un acantilado.

—Sé dónde está ella.

—Iván, ¡por favor! —Phillip sostuvo su brazo.

—Tengo que ir —dijo—. ¡Esto no puede esperar un minuto más! —Iván se volvió hacia la puerta, dispuesto a huir de la habitación cuando su cuerpo se elevó en el aire y golpeó con fuerza contra el techo—. ¡Ay! ¿Qué demonios?

El cuerpo de Ivan parecía estar pegado en el techo. Agitó los brazos, luchando por bajar, ¡pero fue inútil!

—¿Estás... volando? —dijo Phillip con incredulidad.

—¡No lo sé! ¿Lo estoy haciendo? —Su corazón latía fuerte y rápido. *¡Respira, Iván!* ¿Qué pasaría si volaba a través de la ventana y seguía subiendo a la estratosfera como un globo perdido?

*¡Debo tomar el control sobre esto!*

Cerrando los ojos, Iván respiró hondo. Lentamente, se relajó, centrando sus pensamientos en volver al suelo.

Funcionó.

Siguiendo el mismo método, bajó su cuerpo lo suficiente para que sus pies tocaran el piso.

—Creo que estoy aprendiendo —Se rió, volviendo al aire.

—¡Increíble! —dijo Phillip con asombro, su mirada se volvió hacia

arriba.

Ivan voló a la ventana del dormitorio.

—No me esperes —se volvió para decir. Y con una sonrisa, salió volando hacia el cielo de San Francisco.

## MARIANNE Y JIAO LONG

Oscuridad. El suelo húmedo transfería su frescura a sus pies descalzos. Un olor pútrido rezumaba de las paredes de piedra y penetraba en sus fosas nasales con violencia.

*Nauseabundo.*

A Marianne le dolía cada miembro. Un dolor de cabeza pulsante no desaparecería. *¿Cómo llegué aquí?* Ella alisó sus manos sobre la pared húmeda y se puso de pie.

*Tengo que salir de aquí.*

Todo encajó en su lugar cuando la encantadora sonrisa de Michael brilló en su mente. Su comprensión y aceptación de la condición vampírica de Marianne la había dejado sin palabras. *Si te gustan ese tipo de cosas, yo lo entiendo*, había dicho.

La imagen inquietante de Liam de pie detrás de Michael listo para hundir sus colmillos en él apareció de repente y las rodillas de Marianne se doblaron. Se quedó sin aliento y su corazón se aceleró con pánico mientras lo recordaba.

*Está muerto... Michael está muerto.*

Y ella estaba aquí, atrapada en un sótano oscuro. *En las películas nunca termina bien el personaje que está encerrado en el sótano...* Se estremeció.

Su respiración acelerada resonó dentro de esas cuatro paredes repugnantes. Guiada por su mano, encontró una puerta de metal. Cerrada.

El pánico le atravesó el estómago como una cuchilla afilada, pero luego la ira tomó su lugar. Todo era culpa de Liam, y ella lo odiaba por eso.

—¡Sáquenme de aquí! —gritó, golpeando la puerta con fuerza, y furiosa por tener que recurrir a medios tan indefensos.

No hubo respuesta. En cualquier caso, el puño de Marianne golpeó la puerta como si su vida dependiera de eso, porque así era. Suficientes minutos pasaron cuando se dio cuenta de que todos los esfuerzos serían inútiles. Desesperada por liberarse, Marianne se apoyó en la puerta y se deslizó hacia abajo hasta que volvió a sentarse en el suelo.

La realidad la golpeó una vez más.

—Michael está muerto... —susurró, calentándose los brazos con las manos, llorando en la oscuridad.

---

JIAO LONG CERRÓ LA PUERTA DETRÁS DE ÉL. MARCHÓ A TRAVÉS DE LA habitación y se paró frente al escritorio, ambas manos aterrizaron en su superficie. Tardó unos minutos en tomar el control de su respiración rápida. Sus labios se apretaron en una mueca de frustración.

—¡Tenías un solo trabajo, Liam! —Barrió ambas manos, arrojando todo desde su escritorio en un ataque de furia—. Esta no es la primera tarea que pongo en tus manos, ¿por qué no la mataste?

Liam estaba de pie junto a la puerta como un guardián de piedra, con ambas manos cruzadas frente a él. Parpadeó y eso lo hizo parecer vivo.

—¡Respóndeme!

—Dadas las circunstancias, tuve que improvisar... —dijo en la más baja de las voces.

—Entonces, ¿dónde está ella? —preguntó, finalmente sentándose en la silla.

—Está en el sótano —dijo Liam—. Escucha, no es lo que piensas. Perdí a Tyler y Mark en la persecución, ella terminó a Lou con un solo mordisco.

—Deberías estar avergonzado —musitó Jiao—. Un vampiro hizo todo eso... Nunca he tenido una sola queja sobre ti, Liam. Pero ellos... —Señalando afuera—. ¡Son inútiles, todos ellos! No es de extrañar que El Divisor de Cráneos ya no respalde a nuestros hermanos.

—Maté a su amante mortal, Michael Reese. —Liam dio un paso adelante.

—Bueno, al menos alguien está muerto —dijo Jiao—. ¡Pero ahora estoy atrapado con la protegida de Lockhart bajo mi techo! ¿Por qué querría eso, mmm? —Entrecerrando los ojos—. ¿Por qué ella no está muerta todavía?

Liam estaba parado frente al escritorio. Sus fieros ojos azules brillaron



por un segundo, y la esquina de sus labios se curvó en una maliciosa sonrisa.

—Ella es cebo — dijo—. Hacemos saber a Lockhart que la tenemos a ella, junto con su hermana, y que los terminaremos a los dos a menos que esté dispuesto a aparecer. Eso debería sacarlo de su guarida y directamente a la boca del Diablo... Y entonces...

—Y entonces —agregó Jiao Long—, los destruiremos a todos. Oh, me gusta cómo suena eso.

Liam se deslizó en la silla.

—El aquelarre necesita un propósito —dijo—. Un propósito proporcionará un sentido de unidad a nuestros hermanos... ¿Y cuál es el único deseo que todos tenemos en común?

—Terminar con el linaje de Lockhart. —Jiao sonrió—. Te juzgué mal, Liam. Me has servido bien. Si destruyo a los Lockhart...

—Ganas la lealtad del aquelarre —completó Liam.

—Que se enteren todos... —Levantándose de la silla—. Quiero que cada vampiro sepa de mi brillante plan.

Liam sonrió, e inclinando la cabeza, salió de la habitación.

## ELIZABETH Y PHILLIP

**E**lizabeth apagó el motor del auto. Bajando la ventana, miró la imponente puerta de hierro que conducía a los jardines de la villa. Una casa grande como esa... No se sentía cómoda tocando a la puerta principal.

Obtener la dirección había sido una odisea. Incluso había entrado furtivamente en la oficina del concesionario y había revisado los archivos; pero el registro mostraba la dirección de una fundación, no una dirección personal.

Fue hasta que Elizabeth se topó con Bryan en La Cueva del Diablo que tuvo éxito. Era un viejo amigo de Phillip y le dijo dónde encontrarlo.

Mirando hacia abajo, suspiró.

—Soy oficialmente una acosadora de vampiros. —Suavemente presionó su frente contra el volante.

¿Era lo correcto? Tal vez no era el mejor momento para inmiscuirse en los asuntos de Phillip. *Otro día quizás... Pero no hoy.*

—¿Por qué hoy no, Elizabeth?

—¡Jesús! —Ella saltó del asiento y golpeó su cabeza contra la visera.

—¿Jesús? —Phillip lanzó una risilla—. ¿Has olvidado mi nombre tan pronto? Debo decir que estoy un poco dolido.

Elizabeth le golpeó el brazo, su corazón latía incontrolablemente.

—¡Me asustaste muchísimo!

—Lo siento. —Sonrió, levantando las manos en el aire, encogiéndose de hombros—. Ví tu auto estacionado aquí y no pude resistirme.

—Ahora entiendo —musitó.

Phillip la miró, suavizando su expresión. Se inclinó hacia ella, alisando su mano sobre su mandíbula mientras sus ojos se clavaban en una mirada sincera.

—Estoy feliz de verte, Elizabeth—susurró.

*Eres tan provocador, Phillip Blackwell... ¿Por qué eres tan irresistible?*

—Yo también—dijo, sintiendo el calor subiendo por sus mejillas.

—Ha pasado mucho tiempo... —Phillip se relajó en el asiento.

—¿Ah sí? Oh, no lo sé... —Pero ella sí lo sabía. Cómo olvidar su último encuentro en La Cueva del Diablo, cuando tuvieron aquella horrible discusión. Ella quería la Sangre y él no lo haría.

—No importa—dijo—. Estás aquí ahora. ¿Querías verme?

—Sí, sobre eso... —Elizabeth sacudió las llaves del auto con los dedos—. Tenemos que hablar.

—Muy bien—dijo, abrochándose el cinturón de seguridad—. Conozco un gran lugar para tener una conversación tranquila.

Elizabeth frunció el ceño. Phillip era un bebedor de sangre, un ser inmortal... ¡Había sobrevivido a un accidente automovilístico devastador, por todos los cielos! ¿Por qué le importaría usar el cinturón de seguridad?

—Deberías ponerte el tuyo también—dijo, divertido—. Vamos, es tu turno de conducir.

—¿POR QUÉ AQUÍ? —PREGUNTÓ ELLA, ABRIÉNDOSE PASO ENTRE LA MULTITUD que se empujaba.

—Me gusta este lugar. —Una respuesta simple, y una que no podía disputar.

El café de Elizabeth estaba a reventar. El lugar solía ser una casa hace mucho tiempo. Había adaptado cada habitación con cómodos sofás y sillas y acogedoras mesitas de café. Todos los muebles eran vintage.

Phillip la siguió por la entrada a un estrecho pasillo. Al final había una pesada puerta de roble.

—Guardo este lugar para mí—confesó, volviéndose—. Elizabeth empujó la puerta, y la maravillosa vista del patio interior los recibió.

Un alto roble estaba en el centro, entrelazado con relucientes luces de color ámbar alrededor de sus muchas ramas. Una única mesa yacía ante ellos, iluminada por velas.

La mirada de Phillip vagó por el patio, absorbiendo cada detalle de su ambiente acogedor.

—Tus clientes se están perdiendo de esto... —murmuró.

Phillip se movió hacia la mesa. Tirando de la silla, esperó a que ella se

sentara. Estos encantadores gestos suyos bastaban para enamorarla de nuevo. Elizabeth se sentó y esperó a que él hiciera lo mismo.

—Así que... ¿Cómo has estado? —preguntó, siguiendo el protocolo social obligatorio, y lo amaba por ello.

—Yo... No sé cómo decir esto —dijo, evitando su mirada. ¿Era demasiado tarde para que cayera una tormenta o algún cataclismo que hiciera que esta conversación terminara?

*¿Cómo puedo decirle que conocí a una inmortal irresistible, tan atractiva que me obligó a seducirla y beber su sangre, y que solo entonces me di cuenta de que ella era su aprendiz?*

—Ah... —musitó, alzando las cejas—. Has conocido a Marianne.

Phillip había leído cada pensamiento en su mente. Y ella estaba conforme con eso porque le ahorraba la torpeza de poner en palabras ese encuentro obscenamente delicioso.

—Ella está en peligro —dijo Elizabeth.

La actitud de Phillip cambió por completo. Los músculos de su mandíbula y cuello se tensaron. Y aunque trató de ocultar su angustia, ella podía leerla en su expresión.

—¿Qué te hace decir eso? —preguntó, esforzándose por no perder el control.

—Hay rumores en La Cueva del Diablo... —dijo ella, obteniendo una rápida mirada de regaño de él—. Planean destruir a tu familia.

Phillip frunció los labios.

—Esos repugnantes bebedores de sangre... —masculló—. Pero esto no es nada nuevo, Elizabeth. Siempre han guardado resentimiento hacia nuestra familia. Desprecian cualquier cosa que muestre la más mínima gracia entre nuestros hermanos.

—Eso no es todo —dijo ella. Elizabeth tomó una respiración profunda—. Hace unas noches, Marianne se aventuró en La Cueva del Diablo con tu hermano de Sangre, Antoine... Al aquelarre no le causó gracia su visita. —Hizo una pausa—. El grupo de Liam la rastreó. Mataron a su amante mortal, Michael Reese.

Phillip tragó saliva. ¿No sabía sobre la aventura de Marianne?

—¿Y por qué debería preocuparme eso? —preguntó, cruzando los brazos sobre el pecho e inclinándose hacia atrás en la silla.

—Porque... —dijo Elizabeth—, la tienen a ella.

Phillip perdió todo rastro de su orgullo herido. Sus labios se abrieron, sus

ojos se agrandaron y de repente perdió el aliento. Se tomó un minuto para reunir suficiente fuerza y concentración para hablar.

—Dime todo lo que sabes sobre esto —dijo, inclinándose hacia adelante—. ¿Quién es el diablo detrás de esta locura? Liam no es tan estúpido como para emprender algo así solo.

—¿Quién más? —dijo Elizabeth—. El nuevo líder del aquelarre, Jiao Long.

—¡Ese bastardo! —gruñó, golpeando ambas manos sobre la mesa. Phillip se puso de pie. Sus ojos brillaban con un fuego salvaje—. ¿Dónde la tienen?

—Phillip, por favor... —Elizabeth retrocedió de él en la silla. Apenas lo reconocía—. Te contaré todo lo que sé. Solo por favor... Mantén la calma.

—Perdóname —dijo, volviendo a su habitual serenidad. Se sentó en la silla—. Continúa, por favor.

—La encerraron en las mazmorras del aquelarre.

—¡Esos demonios! —La ira se formó dentro de Phillip como Elizabeth jamás había visto. A pesar de que parecía calmado y recogido, había rabia en su respiración acelerada, orificios nasales ensanchados y sus labios apretados.

—No hubo asamblea. Jiao Long quería que su anuncio fuera público tanto para vampiros como para demisangres. —Hizo una pausa—. Phillip, él ha declarado la guerra contra ti, y no descansará hasta que haya destruido a cada miembro de tu familia.

Phillip le dio una risa sin alegría.

—Déjalo intentarlo.

—Jiao Long mencionó a Eirik Bjorn... —agregó.

—¿El... Divisor de Cráneos? —preguntó.

Elizabeth asintió.

---

PHILLIP EMPUJÓ A LOS MORTALES FUERA DE SU CAMINO. ABRUMADO POR LA calidez de la habitación, se detuvo en la esquina de la cafetería para tomar un poco de aire. No podía respirar. Necesitaba un cigarrillo. Necesitaba salir de allí... Necesitaba tenerla viva y sana, ¡al infierno con todo lo demás!

*¡Mierda! ¿Qué demonios voy a hacer? ¡Con Eirik Bjorn involucrado, cualquier intento de rescatarla será prácticamente inútil!*

Phillip no podía derribarlo, no solo. Y no había forma de saber cuándo

volvería Iván o si alguna vez tenía la intención de regresar.

Eirik Bjorn había dirigido La Cueva del Diablo durante siglos. Los vampiros no lo habían visto mucho en los últimos años, pero al ser un bebedor de sangre milenario podía permitirse esa distancia. Era conocido como El Divisor de Cráneos, y la razón de este apodo... Bueno, era bastante obvio.

Eirik se adhería religiosamente al Velo Negro, siempre y cuando conviniera a sus intereses. Era conocido por infligir duras penas a quienes se atrevían a desafiar su autoridad.

Cruel, despiadado y sin remordimientos, este vampiro era uno que debía evitarse a toda costa. Para nada un enemigo adecuado...

Marianne a merced del aquelarre... La idea hacía que se le revolviera el estómago.

—Phillip, ¿estás bien? —Elizabeth sostuvo su brazo—. Saliste corriendo del patio sin decir una palabra. Luces terriblemente pálido.

—No me he alimentado en toda la noche... —musitó, sus pensamientos vagando.

—Desearía poder ayudarte con eso, pero...

—Está bien. —Phillip se rió a pesar de su presente estado de ánimo—. Elizabeth, por favor ten cuidado. El aquelarre no es de fiar. Si Eirik o cualquiera de esos bebedores de sangre sospechan lo mínimo de su deslealtad, sería su final. Nadie podría protegerte, ni siquiera yo... Creo que sería mejor que dejaras la ciudad por un tiempo, mantenerte fuera de su radar. Las cosas pueden ponerse complicadas por aquí.

—No te preocupes por mí —dijo, tomando su mano—. Temo por ti, Phillip. Sé que Eirik Bjorn es un vampiro milenario poderoso y cruel...

Él presionó su cálida mano contra sus labios.

—Querida, querida Elizabeth... —dijo, insinuando una sonrisa—. Debes irte. Hazlo pronto. —Y soltando su mano, Phillip desapareció entre la multitud.

## IVÁN

**L**os pies de Iván aterrizaron en la arena. Detrás de él, las olas se estrellaban contra la playa con un ritmo hipnótico.

A simple vista, una lujosa mansión se extendía en lo alto de un acantilado. Pero este lujoso hogar guardaba un secreto. Era una prisión, el lugar donde Jiao Long había confinado a Alisa por alguna razón perversa.

La idea apareció en su mente en ese momento: Alisa estaba aquí. No sabía cómo se sentía al respecto, en realidad. Algo se revolvió en su estómago mientras se agitaba, le producía náuseas. Pero no había tiempo para analizar sus sentimientos. Tenía que moverse.

Aprovechando las sombras, Iván pronto llegó a la entrada de la mansión. Había cámaras de seguridad en cada pared, guardias armados hacían sus rondas nocturnas. Obtener acceso a esa casa sin ser notado sería imposible... ¿Pero recuerdan esos poderes preternaturales? Él podía volar ahora.

Escondiéndose en la densa jungla, Iván esperó a que un guardia se alejara. Y tan pronto como tuvo la oportunidad, se movió y llegó a la pared. Dando un salto en el aire, se elevó. Iván arañó la pared, ganando suficiente impulso para dirigirse a la azotea.

Agachado como una gárgola barrió los jardines con una mirada rápida. A pocos metros encontró un patio desolado. Dio el salto y se detuvo ante un juego de puertas corredizas de cristal. Iván las abrió y entró en una extravagante oficina redonda decorada al estilo Art Deco de Shanghai. El escritorio era de madera pura de Makassar. Una pantalla de Makassar mostraba lotos marchitos y una garza cazada por un dragón chino, todo grabado en oro.

Iván merodeó por la oficina, curioseando. Había unos pocos papeles sobre

el escritorio, el encabezado estacionario era un dragón alado.

—Demasiados dragones... —musitó, apartando los papeles.

Se detuvo para rastrear el complejo de seguridad en busca de la presencia de Jiao Long. Él no estaba cerca de la isla. *Qué bien.*

Iván se movió hacia la chimenea, buscando alguna pista que revelara la ubicación de Alisa. La repisa de la chimenea también era de Makassar, tallada con exquisitos motivos orientales.

—Seguro que amas tu Makassar —dijo Iván, barriendo la chimenea con su dedo—. Ah y mira qué tenemos aquí... Otro dragón. —Su mano aterrizó en la pesada escultura de hierro. Algo hizo clic. El sonido vino de la pared.

Iván dio un paso atrás. Una grieta entre la chimenea y la pared arrojó luz a la habitación. Empujó el panel de la pared y allí estaba. Una habitación secreta.

Cruzó al otro lado. Un oscuro y estrecho corredor conducía a un ascensor. Había un solo botón en el panel, Iván lo presionó y entró.

*«Los recuerdos son todo lo que me queda... ¿De qué sirven ahora?».*

La voz de Alisa se hacía más fuerte.

Las puertas se abrieron a la cara rubicunda de un guardia de seguridad. La mirada del hombre enloqueció en cuanto Iván salió del ascensor. Las manos temblorosas del guardia tomaron la pistola sujeta a su cadera derecha. Pero la velocidad diabólica de Iván burló su insensata intención.

En un instante, Iván se movió detrás de él, envolvió un brazo alrededor de su cuello y presionó lo suficiente para que el guardia se desmayara. Luego dejó su cuerpo en el suelo sin hacer ruido.

Mientras daba la vuelta al guardia, Iván se detuvo. La cara del hombre se había vuelto azul.

—Oye, amigo... Amigo, ¿estás bien? —preguntó, dando una ligera patada a la pierna del hombre. El guardia no respondió—. ¡Maldición! —No había tenido la intención de matarlo. Parecía que su fuerza vampírica excedía sus expectativas. No pasaría mucho tiempo para que alguien notara su ausencia. Iván tenía que moverse rápido.

Siguió el túnel de piedra y llegó a una puerta de seguridad de acero inoxidable. Al lado había un panel de control digital con un pequeño teclado conectado.

Iván se giró, no había forma de moverse sino avanzando. ¿Es aquí? ¿He llegado al final de mi búsqueda? ¿La encontraré al otro lado de esta puerta? Ningún pensamiento llenaba su corazón con más dolor. Se apoyó en el panel



de control y suspiró.

Al tocar el panel, una serie de imágenes pasaron por su mente: Jiao Long estaba frente a la puerta. Le acompañaba una mujer. Abrió la caja del panel e ingresó la contraseña en el teclado.

SMART8526307

—Veamos si esto funciona... —dijo Iván, presionando las teclas.

Un rugido metálico resonó en el túnel cuando varios engranajes internos se desencajaron. Segundos después, el estruendo se detuvo. Iván probó la manija de la puerta. Se movió. La abrió, revelando el otro lado del túnel.

La diferencia drástica entre ambos extremos lo inquietó. Detrás de él había un búnker crudo y decadente. Pero ante él, arañas de cristal colgaban de un techo de estuco blanco y viejos tapices colgaban de las paredes. Esto ya no era un túnel, sino un pasillo que se parecía a la casa de su familia en Winterbourne.

Andar por este corredor era como retroceder al siglo diecisiete. Se sentía mal y le hacía estremecer. Iván no podía evitar la sensación de estar a punto de tener un encuentro con su padre o su hermano Víktor, lo que habría sido peor. Es irónico que él encontrara aquí a su hermana.

Iván siguió el pasillo alfombrado con pasos lentos y pensativos. Había una habitación al final de este corredor, allí estaba ella.

A unos metros de la entrada, se detuvo. Respiró hondo y estiró los brazos, tratando de liberar la tensión.

En el transcurso de trescientos años Iván a menudo había pensado en este momento. Pero nada podría haberlo preparado para eso. En el otro lado de esa puerta, su destino esperaba.

Se apoyó contra la jamba de la puerta. Ajena a su presencia, Alisa estaba junto a una chimenea eléctrica, tan lujosa que parecía real.

Vestía un sari de color vino, bordado con miríadas de lentejuelas multicolores. Su largo cabello negro caía en cascada sobre sus hombros. Sus ojos azules delineados de kohl brillaron cuando su mirada se posó en las llamas.

Iván observó cada detalle de este momento. Lo mantendría en su corazón durante siglos por venir. El dolor insondable y el dolor de su traición se marchitaron instantáneamente. Una abrumadora necesidad de abrazarla y decirle lo mucho que la amaba lo desarmó por completo.

—El gusto de Jiao Long es demasiado pasado de moda —dijo.

Alisa se volvió y lo encontró de pie junto a la puerta. Asombrada, sus labios se separaron y ella se sonrojó. Cuando sus ojos brillaron con lágrimas que se aproximaban, ella abrazó sus brazos, apoyándose contra la pared.

¿Por qué ella no corría a sus brazos? Trescientos años de distanciamiento se interponían entre ellos, esperando ser aplastados, y ella no se había movido ni un centímetro.

—Me hizo recordar nuestra casa —dijo con una sonrisa.

—Poco me importan esos recuerdos. —Los ojos de Iván se fijaron en ella y solo ella.

—Me hizo recordarte a ti —agregó.

Bueno, eso lo calló.

Finalmente Alisa se movió hacia él. Rodeado de tantas antigüedades, Iván no podía evitar recordar sus años juntos. Hermano y hermana, confidentes y almas afines; luego amantes, y más tarde, creador y aprendiz.

Pero todo era una ilusión. Este no era su hogar. Esta era una prisión, y tenían que salir de allí, rápido.

—¿Te importaría salir? —dijo.

—Me encantaría, pero no puedo.

—¿Qué quieres decir?

Alisa se detuvo junto a la puerta y reflejando la postura de Iván, se apoyó en la jamba. Con los ojos llenos de anhelo, acercó su mano. A centímetros de tocar la cara de Iván, una chispa brilló alrededor de sus dedos. Alisa hizo una mueca de dolor.

—¿Qué está causando esto? —Iván dio un paso atrás, examinando el marco de la puerta en busca de cualquier dispositivo eléctrico.

—Está encantado —dijo ella, lanzando un suspiro—. No puedo salir.

—Mmm.. No puedes salir. —Iván alisó las manos sobre el marco de la puerta. Luego deslizó su mano a través de la puerta—. Pero yo puedo entrar. —Entrando en la habitación, sonrió.

—¡Oh, Iván! ¡Querido Iván! —Corrió a abrazarlo y enterró la cara en su pecho—. ¡Creí que estabas muerto!

Iván la abrazó.

—¿Qué? —Frunció el ceño—. Engañar a la muerte es lo que hago, cariño. No lo olvides. —Sus dedos levantaron suavemente su barbilla. Lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Salgamos de aquí, ¿de acuerdo? —susurró.

Alisa asintió, aclarando las lágrimas de su rostro.

Iván sintió la pared, buscando un punto débil donde pudiera golpear el muro y posiblemente, derribarlo.

—Las paredes están revestidas de acero —dijo ella.

—Oh, tienes razón... —dijo en voz baja—. Debe haber varias capas de acero y concreto detrás. —Hizo una pausa—. No creo poder atravesarlo lo suficientemente rápido.

Alisa sonrió ante su último comentario.

—Esa infeliz bruja, Mona Mai... Ella es quien maldijo esta celda. —Hizo una pausa—. Siempre he odiado a las brujas, ¡pero la Magia Negra es más que despreciable!

—Magia Negra... —Iván musitó, deteniéndose en medio de la habitación—. ¿Qué tal si...? —Alcanzó la turmalina negra pendiendo de su cuello—. Ella dijo que me protegería contra la Magia Negra.

—¿Qué es eso?

Iván retiró el amuleto de su cuello.

—Este talismán podría ser tu boleto de salida. Averigüémoslo, ¿te parece? —Ofreciéndole el collar.

—No —dijo, dando un paso atrás—. Odio la magia. Tú lo sabes.

—De cualquier modo.. —Iván colocó el talismán alrededor del cuello de Alisa.

Echando hacia atrás los ojos, Alisa extendió su mano a través de la puerta, segura de que otra chispa explotaría; pero no pasó nada. De nuevo, cruzó su mano hasta su muñeca sin recibir ningún daño.

Asombrada, ella se volvió.

—Funcionó —dijo Alisa.

Se fue la luz. Luces rojas parpadearon a lo largo del pasillo junto con la ensordecedora sirena de la alarma de la prisión.

—¡Debo haber activado esa alarma! —dijo Alisa.

—No. Yo lo hice. —Iván corrió hacia la puerta—. Lo han encontrado.

—¿Encontrado, a quién?

—Al guardia que maté —respondió—. Tenemos que darnos prisa.

Juntos corrieron por el túnel, dejando el espléndido corredor varios metros atrás. Iván se detuvo en el ascensor. Alguien lo había llamado, y ese alguien solo podía ser el Dragón. Pero por razones que eludieron su comprensión, no pudo sentir la presencia de Jiao Long.

—Es él. Ya viene —dijo Alisa.

—Déjalo, que venga —murmuró—. Lo haré pagar de una vez por todas.

—¡No! —dijo ella.

—¿Qué? —Iván hizo una mueca—. ¡Ese demonio te mantuvo prisionera, Alisa! ¿Intercederás por él ahora?

—Su final no está escrito aquí —dijo sosteniendo su brazo, instándolo a moverse—. ¡Vamos, por aquí!

—¿Adónde vamos? —preguntó Iván.

—Esto es un búnker —dijo ella—. Solo puedo pensar en una salida —Mirando hacia arriba. En el techo del túnel, tuberías rojas, amarillas y azules marcaban la ruta de ventilación.

—¿El respiradero principal? —dijo Iván frunciendo el ceño—. Tienes que estar bromeando.

—Vamos —dijo ella.

Alisa tomó la delantera, siguiendo las tuberías hasta el otro extremo del túnel. En cuestión de minutos, encontraron una puerta de mantenimiento. Alisa la abrió. Ante ellos había un largo pasillo. Una puerta blindada al final era la única forma de avanzar.

Una estampida resonó en el túnel, el ruido cada vez más fuerte.

—Esos no son guardias... —Iván murmuró, sintonizando sus habilidades recién adquiridas—. Son vampiros.

—¡Tenemos que seguir! —le instó, tomando su mano.

—¡Ni un paso más! —dijo una voz.

Iván se volvió. Al menos dos docenas de vampiros llenaban el corredor detrás de ellos. Nada podía evitar su ataque. Eran más de los que podría enfrentar.

—Es el final del camino para ustedes dos —dijo otro bebedor de sangre.

Agazapados como espectros listos para devorar sus almas, los bebedores de sangre se acercaron a ellos mostrando afilados colmillos y garras.

Temiendo lo peor, Iván agarró la muñeca de Alisa y tiró de ella detrás de él.

—¡Alto! —ordenó, mostrando su mano a la amenazante horda.

Los vampiros más cercanos a él se encogieron, sus caras se contorsionaron en una mueca de dolor. Gritos de agonía se elevaron entre los bebedores de sangre mientras su piel se enrojecía con un brillo escarlata. Algunos cayeron de rodillas, otros colapsaron por completo; pero todos y cada uno de ellos estallaron en llamas. Los cuerpos llameantes se retorcieron en formas antinaturales, chillando y aullando mientras ardían.

Alisa dio un paso adelante, contemplando la angustiada escena con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo hiciste...?

*¿Qué he hecho?*

—Vámonos —dijo Iván, sin poder perder un minuto más, a pesar del horror que se arrastraba bajo su piel.

Al llegar a la puerta de acero, Iván giró la manija de cinco puntas y la abrió. Alisa se apresuró a entrar. Iván cerró la pesada puerta detrás de ellos.

Maquinarias pesadas se agitaban y zumbaban en la habitación. Un largo ducto de concreto se extendía sobre ellos con un ventilador de aspecto ominoso que giraba al final. Pero más allá de eso, Iván vislumbró el cielo estrellado.

—Esa es nuestra salida, supongo —dijo, volviéndose hacia Alisa—. Bien. Yo iré primero.

No importaba cuánto hubieran aumentado sus poderes preternaturales, Iván necesitaba algo para detener el movimiento del ventilador. Una rápida mirada sobre la habitación le bastó para encontrar la herramienta perfecta para su plan: una tubería de cobre.

Iván tomó el tubo y lo fijó contra su espalda con su cinturón, listo para subir.

—¡Ten cuidado! —dijo Alisa.

Con media sonrisa, Iván se volvió.

—Créeme, no tengo intención de ser reducido a trocitos de vampiro —se rió—. Espera mi señal.

Iván subió por una vieja escalera oxidada y se detuvo a unos metros del amenazante ventilador. Agarró con firmeza el tubo con una mano y luego lo lanzó al ventilador giratorio. La pieza chocó contra una de las aspas del ventilador, chirrió un sonido espantoso y rebotó hacia su cara.

Gracias a su ingenio rápido y reflejos vampíricos, Iván atrapó el tubo a escasos centímetros de aplastarle la mandíbula. Lo acercó a su pecho mientras recuperaba el equilibrio.

*Está bien, Iván. Concéntrate.*

Tomó una respiración profunda. Esta vez, usaría sus habilidades vampíricas. Cuando sus ojos se enfocaron en el ventilador giratorio, el tiempo se congeló y se dividió en cuadros; eligió el cuadro que le permitiera lanzar la tubería entre las cuchillas. El tubo de cobre llegó a su destino, paralizando el movimiento del motor hasta que se detuvo.

—¡Puedes subir ahora! —dijo, deslizándose a través de las grandes cuchillas del ventilador. Golpeó la malla de acero detrás de ella y retiró una gran rejilla metálica, finalmente revelando su amado cielo vespertino.

Iván saltó del ducto de aire y esperó a Alisa. Alcanzó su cintura y la sacó del ducto. Y liberándose de su agarre, Alisa intentó huir.

—¡Espera! —Iván agarró la cintura de Alisa y la atrajo hacia sí.

Los rizos negros y ondulados de Alisa bailaron en la brisa del océano cuando se dio cuenta de que estaban parados en el borde del acantilado. Ante ellos no había nada más que océano, y kilómetros debajo de ellos, un nido de las rocas más amenazadoras esperaba su caída.

Ella se acurrucó contra su pecho.

—¡No hay forma de salir! —dijo contra el rugido del viento.

—Sí, la hay —le dijo al oído. *Será mejor que tenga razón sobre esto.* — ¡Agárrate bien! —Iván apretó a Alisa en sus brazos y dio un salto en el aire. Su cuerpo preternatural se disparó en el viento helado.

Cuando Iván miró hacia atrás, la isla se convirtió en una mota de luz en la oscuridad.

---

ALISA SE ACURRUCÓ BAJO LA PESADA MANTA DE LANA QUE LE ENVOLVÍA LOS hombros. Estaba parada frente a la ventana panorámica. Cientos de pinos cubiertos de nieve formaban una bella postal de invierno.

¿Por qué la había traído aquí, a esta cabaña en la montaña? Era un lugar lo suficientemente alejado de la ciudad, un refugio decente para que descansaran cómodamente y tal vez incluso pronunciaran las palabras que no se habían dicho entre ellos.

Iván estaba junto a la chimenea de cantera. Había empezado el fuego hacía unos minutos, no por el clima helado, sino porque el calor de la chimenea tranquilizaba su mente.

De vez en cuando, Iván se volvía y la estudiaba desde lejos. Esto no era un sueño. Habían pasado tres siglos desde su último encuentro, y ese había sido un día lleno de tristezas. Iván esperaba que el tiempo hubiera borrado esos recuerdos; pero apartarlos de su mente habría significado perderla en el olvido, y eso no podría soportarlo.

No se habían pronunciado palabras entre ellos desde su llegada a la

cabaña. Alisa, de pie junto a la ventana, permanecía inmóvil. Ella lo evitaba mientras reunía sus pensamientos, que Iván no se atrevía a leer.

Acercó una silla al hogar y allí se sentó, quién sabe por cuánto tiempo.

—Tu aprendiz, Phillip... —susurró—. Me escuchó.

—No —dijo Iván—. Yo te escuché.

—¿Tú? —Se giró, su mirada atravesándolo—. Y, ¿qué hay de lo que hiciste allá? Los quemaste, Iván. ¡Volaste!

Iván pensó en una docena de respuestas, pero eligió el silencio.

—Bebiste de la Fuente —dijo. Con el sigilo innato de un gato, Alisa se acercó.

—Tuve que hacerlo para encontrarte.

Las manos de Alisa estaban heladas cuando aterrizaron en las suyas.

—Me alegra que lo hayas hecho —dijo ella, arrodillada junto a él—. Jiao Long quería la Fuente. Me usó para quitártela...

—Ese demonio... —murmuró, apretando los puños.

—Te he extrañado, Iván —dijo, sus pupilas dilatadas fijas en él.

El sonido de su nombre en sus labios lo despertó.

—¿Lo has hecho? —susurró.

—Mm-hmmm —Asintió—. He soñado con este momento durante siglos...

—Las manos de Alisa tomaron los lados de su rostro. Sus ojos delineados de kohl brillaban de deseo. Sus labios aterrizaron en los de él en un beso lento.

Atrapado por su hechizo, Iván gimió. Deslizó su lengua en su boca. Clavando sus dedos en su sedoso cabello negro, la atrajo más cerca, exigiendo más que el suave roce de sus manos debajo de su camisa.

Una voz resonó en el fondo de su mente como una campana incesante, interrumpiendo su línea de pensamiento. La campana era una advertencia. Y a pesar de que el recuerdo de este beso prohibido se había quedado con él a lo largo de siglos de soledad y desesperación, esta noche, despertaba más que su deseo eterno por ella. Despertaba miedo.

*Ten cuidado, Iván.*

Se apartó de la silla, liberándose de su tentador abrazo. Y lo que era peor, ella incluso se atrevió a parecer sorprendida por su reacción.

—Me abandonaste, Alisa... —dijo en la más baja de las voces—. ¡Tú lo mataste!

Con la boca abierta y el ceño fruncido, Alisa se puso de pie.

—¿Dristan? —preguntó ella—. ¿De eso se trata todo esto? —Se contuvo—. Tuve que matarlo, Iván. ¡Me habría matado si le hubiese dado la

oportunidad! —Una chispa de indignación brillaba en sus ojos.

—¡Tonterías! —Se volvió hacia la chimenea.

—Después de todo este tiempo, ¿no puedes verlo todavía? Dristan no soportaba saber que compartiste la Sangre conmigo. ¡No podía soportar compartirte! —Contuvo el aliento, frenando la pasión en su voz—. Lo hice por nosotros.

—Lo hiciste por ti... Codiciaste la sangre milenaria de Dristan —musitó con la mirada perdida en las llamas—. Eres una verdadera maestra del engaño, Alisa. Te concederé al menos eso.

—No digas eso... —susurró ella, herida.

—Pero debe ser dicho. —Iván se volvió—. Me engañaste. Regresar a Venecia, conocer a mi creador, lo planeaste todo desde el principio. Y una vez que bebiste hasta la última gota de la sangre milenaria de Dristan, desapareciste en el éter.

—¡Eso es mentira!

—La cosa es que... Si hubiera sabido el verdadero anhelo de tu corazón, habría hecho todo para complacerte. —Iván soltó una risilla, sorprendido de oírse decirlo—. Si hubiera sabido cuánto ansiabas este poder, habría compartido la Fuente contigo... No tenías que matarlo.

—Entonces, ¿esto es lo que piensas de mí? —preguntó, acercándose—. Tu mirada al encontrar el cuerpo de Dristan habló en silencio a mi corazón. Decía: *él nunca te perdonará*. Tuve que irme.

—¿Estaba allí? —Sus palabras arrojaron un rayo de esperanza a su dolor—. Es verdad, tu astuto plan me horrorizó tanto como la frialdad de tu crimen. Pero yo hubiera permanecido a tu lado a pesar de todo... Pensé que lo sabías.

—Ahora lo sé —dijo. Alisa apretó los labios—. Dime, ¿cómo puedo obtener tu perdón? Quiero que estemos libres de este... odio.

Iván miró hacia otro lado. No se atrevió a enfrentarla por lo que estaba a punto de decir.

—No te odio... Nunca podría odiarte, Alisa. —Hizo una pausa—. He pasado siglos sin odiarte, mi amor.

—Quiero recuperar tu corazón —susurró, a escasos centímetros de él.

Cuando Iván se volvió, cada fragmento de dolor y resentimiento desapareció en sus ojos azules y llorosos.

—No tengo corazón, Alisa —dijo Iván—. Desapareció el día que me dejaste... Y lo has tenido todos los días desde entonces.

Una sonrisa sincera floreció en sus labios. Y cuando Alisa cerró los ojos,



saboreando el momento, las lágrimas cayeron y rodaron por sus mejillas.

Iván la envolvió en sus brazos, permitiendo que su corazón latiera una vez más solo por ella. Y en este cálido abrazo, besó sus lágrimas, besó su frente y su nariz cincelada. Y finalmente, besó sus labios con una pasión que evocaba sus días bajo el sol, días del carnaval veneciano, cuando por primera vez sus corazones mortales se encerraron en un poderoso instante.

—Esto es de lo que está hecha la eternidad... —le susurró al oído. Iván apretó sus brazos alrededor de su cintura y la llevó al dormitorio.

Sus ropas fueron arrojadas rápidamente. Iván yacía en la cama, prisionero de todos sus caprichos mientras ella se sentaba en su regazo, a horcajadas sobre él. Sus manos se deslizaron sobre sus muslos y se encontraron alrededor de la parte baja de su espalda. Su cuerpo respondió a su cercanía. Iván cerró los ojos, embriagado por el aroma de su piel: rosas y bergamota, una fragancia demasiado familiar que agitaba sus sentidos hasta el frenesí.

Alisa se inclinó para morder la punta del lóbulo de su oreja. Luego trazó una ruta de besos que se detuvo a medio camino en su cuello. Sus afilados colmillos rozaron su piel. La presión sobre su arteria carótida lo excitó más allá de lo razonable. Su intención de ir por el trago de éxtasis del que había sido privada por tanto tiempo lo volvía loco de deseo, lo suficientemente loco como para dejar que se saliera con la suya...

—¡No! —Iván se apartó de ella jadeando. Fijó su mirada en el techo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con el ceño fruncido y un atractivo aire de ingenuidad.

—No puedes... —Iván respiró hondo y luego suspiró—. Cualquier veneno que fluya en mi sangre, podría matarme mañana por lo que sé.

Alisa se acurrucó junto a él.

—Bueno... —susurró ella con una voz sensual—. Entonces moriré contigo. —Un destello de su sonrisa traviesa y ella hundió sus colmillos en su pecho. Y a medida que la sangre le llenaba la boca, Iván pensó que se desmayaría, embriagado en la inconmensurable excitación de esta Oscura Dicha.

## PHILLIP

*"Lo encontraron asesinado en su Penthouse..."*

*"Las autoridades aún no han determinado la causa de la muerte..."*

*"La carrera de Michael Reese se había disparado recientemente después de una exitosa gira nacional..."*

—**M**ira eso —dijo Antoine, cambiando canales—. Está en todas las noticias.

—¿Podrías por favor apagar la televisión? —Phillip dio un golpe profundo a su cigarrillo, nervioso como un demonio mientras caminaba en la cocina.

Antoine hizo clic en el control remoto y la pantalla se volvió negra.

—Iré contigo —dijo, dejando a un lado el control.

—¿Por qué harías eso? —preguntó Phillip, frunciendo el ceño. ¿No le importaba lo suficiente su nueva vida? ¿Por qué arrojaría Antoine los dados en una apuesta que por supuesto estaba destinado a perder?

—¿Ya lo has olvidado? —dijo, parado frente a él—. Tú y yo somos familia, Phillip. Hermanos en la Sangre. —Por un segundo, las palabras no hicieron que Phillip se encogiera de miedo como antes.

—Mi plan no requiere a nadie más —musitó Phillip, apagando el cigarrillo. Pero, ¿qué plan? No había un plan. Irrumpir en el La Cueva del Diablo, matarlos a todos y luego rescatar a Marianne. Eso no era un plan, eso era un suicidio.

Phillip alisó su mano en las paredes. Había pasado tanto tiempo desde que la última vez que tuvieron necesidad de armamento, ¿dónde estaba esa caja de seguridad?

Por fin, tuvo suerte. Un panel hizo clic al presionarlo. Presionó una vez más y la puerta secreta se abrió para revelar la caja fuerte. Al ingresar la combinación en el panel digital, se abrió la puerta de metal. Decenas de cajas transparentes se encontraban adentro.

—¿Guardan un arsenal en la cocina? —preguntó Antoine, asombrado.

—Para algo tenía que servir la habitación... —Se encogió de hombros. Luego sacó un estuche y lo abrió. En sus manos, examinó la cuchilla circular.

—Nunca he visto algo así —dijo Antoine—. ¿Qué es?

Phillip sonrió.

—Es una espada de anillo... ¿Te gusta? —preguntó, ofreciéndole el arma. Antoine la tomó sin titubear, y cuando la examinó, el metal de la hoja brilló contra sus ojos abiertos.

—Me gusta mucho —dijo.

—Pues a mi no. —Phillip tomó la espada de anillo de sus manos y la puso dentro del estuche—. Es de Iván.

Sacó otro estuche de la bóveda. Una espada de más de veinte pulgadas salió de la caja.

—Ahora esta... Esta sí me gusta. —Phillip sostuvo la espada contra la lámpara de la cocina, probando su filo con los dedos.

—Esta es una espada Khopesh, Antoine —dijo en su voz de maestro—. Es convenientemente pequeña y liviana, y su hoja es lo suficientemente afilada como para cortar una cabeza en un golpe rápido... Es muy útil cuando se trata de enemigos en un rango de distancia corto.

—Suenan letal —murmuró Antoine—. ¿Pero eso es todo lo que te llevarás? Quiero decir, necesitarás más que eso si piensas enfrentarte a todo el aquelarre.

Phillip sonrió. El concepto de Antoine de un cazador de vampiros estaba muy lejos del cliché de Van Helsing: el viejo martillo y la estaca en el corazón. Antoine seguramente esperaba algo más en la línea de El Exterminador.

—Debería bastar con esto, si se usa adecuadamente —dijo Phillip.

Antoine parecía reacio a creerle, ladeando la cabeza y levantando una ceja.

—Iré contigo, no importa lo que digas. Dos vampiros es mejor que uno.

Phillip levantó su mano en el aire.

—Por favor, no me lo tomes a mal, Antoine... —dijo—. Pero esta no es tu pelea... Ni la de Iván, para el caso.

—¿Y dónde está Iván? —preguntó Antoine—. ¡No lo hemos visto desde hace días!

—Y no espero que lo veamos pronto... —Phillip colocó la espada dentro de su vaina ajustada a su cadera y se volvió hacia la puerta.

—¡Phillip, detente! —Insistió Antoine—. No estás pensándolo bien... Esto es una locura. ¡No puedes ir allí solo!

—¿Ir a dónde? —preguntó Iván, entrando por la puerta trasera. No estaba solo.

—¿Alisa? —dijo Phillip, aliviado de verla en carne y hueso por fin.

Vestía jeans ajustados y oscuros con botas altas de cuero negro. Su suéter de cachemira azul claro realzaba el tono azul de sus ojos. Su cabello largo y ondulado cayó bajo sus hombros cuando se inclinó hacia él con una sonrisa de bienvenida.

—Phillip Blackwell... —dijo, y su voz fue suave y sensual.

—Bueno, eso solo lo deja a él. —Iván hizo un gesto al referirse a Antoine—. Este es Antoine Somerset, el miembro más reciente de nuestra familia oscura. —Hizo una pausa—. Antoine, te presento a Alisa Lockhart, mi aprendiz y tu hermana en la Sangre.

La salvaje belleza de Alisa lo dejó sin palabras.

—Ahora que terminamos con las presentaciones... Casi tengo miedo de preguntar esto, pero... ¿Qué hay de nuevo? —dijo Iván, sentándose en una silla.

—Es Marianne —espetó Antoine—. El aquelarre la tomó prisionera. Phillip tiene la intención de enfrentar a esos vampiros él solo, ¿crees que puedas meterle en la cabeza algo de sentido común?

—Nada de eso —dijo Phillip desdeñosamente, cubriendo la espada Khopesh con su chaqueta—. Solamente iré para discutir los términos de la liberación de Marianne.

—Esa espada dice lo contrario —se burló Alisa, señalando la empuñadura de la espada de Khopesh.

Expuesto más allá de la refutación, Phillip no pudo evitar sonreír. «*Eres una dama de cuidado*», le dijo en silencio. Alisa curvó la esquina de sus labios en respuesta.

—Phillip, ¿estás loco? —Iván estalló en indignación—. No saldrás de esta casa, ¡y eso es definitivo!

—Bien dicho, Iván. —Antoine cruzó los brazos sobre el pecho y asintió.

—No hasta que yo haya hablado con Eirik Bjorn —agregó Iván.

—Hablarás con El Divisor de Cráneos... —dijo Phillip con una mirada cínica—. Iván, ¡él es quien está detrás de todo esto! ¡No puedes confiar en él!

—¿El Divisor de Cráneos? —Alisa frunció el ceño, acercándose a Iván—. No me gusta el sonido de eso.

—No debes preocuparte, Alisa. —Iván le tomó la mano y la presionó contra sus labios. Parecían estar en muy buenos términos—. Estoy seguro de que todo se puede resolver con una simple conversación...

—Entonces de ninguna manera deberías ir solo —dijo.

Iván insinuó una sonrisa traviesa.

—Y sin embargo, iré solo —dijo, divertido. Ningún poder en la tierra podría cambiar la mente de su creador ahora.

—Al menos deberías ir armado —sugirió Phillip—. Toma mi espada.

—No necesito armas —interrumpió Iván—. Pero si tuviera que elegir un arma para encontrarme con el Lord Vikingo, definitivamente no tomaría la espada Khopesh. ¡Elegiría la espada de anillo en cualquier momento sobre la Khopesh! —Se burló.

—¡No me hagas hablar de eso, Iván! —Phillip se rió—. ¿Recuerdas la última vez, cómo esa miserable espada de anillo quedó atrapada en el vientre de aquel vampiro? Estabas más que disgustado con la grasa en la cuchilla. Luego él no se moría y yo terminé resolviendo ese asunto.

—¿Cómo podría olvidarlo? —dijo Iván—. Me has recordado esa historia durante los últimos veinte años...

—Bien —murmuró Phillip—. Vete desarmado. Supongo que si las cosas van mal siempre podrías volar.

Iván le dio una risa sin alegría en respuesta. Alisa soltó una risilla y se volvió hacia él. Sus ojos se encontraron en la mirada más íntima... ¿Qué había pasado exactamente entre esos dos?

—¿Debo entender que realmente puedes volar? —preguntó Antoine, escéptico mientras entrecerraba los ojos.

—Resulta Antoine... que sí puedo. —Iván se levantó del asiento—. Dejaré que Phillip te cuente todos los detalles; es tan bueno contando historias —le dio unas palmaditas en el hombro a Phillip—. Debo cambiarme. Me encontraré con un Lord Vikingo. Esto no puede esperar otro minuto.

Antes de que Phillip pudiera decir otra palabra para disuadir a su creador, Iván corrió hacia la escalera, terco como un niño.

—Está bromeando, ¿no? —le preguntó Antoine a Alisa—. No puede volar. Alisa se apoyó en la mesa de la cocina y sonrió. El centelleo de travesura

en sus ojos azules lo explicaba todo sin palabras. Esta mujer valía pasar por alto cualquier cosa, incluso trescientos años de dolor.

—Parece que me he perdido de mucho recientemente... —musitó Antoine.

Phillip sonrió.

—Eso es lo que sucede cuando pasas mucho tiempo con brujas.

## IVÁN

**L**e pareció extraño que los graznidos de las gaviotas simplemente no se desvanecieran a pesar de la hora tardía. Y mientras Iván paseaba por la calle Bridgeway de Sausalito, se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había venido a este lugar. Aquella noche había quietud en el pueblo pesquero, con los vientos invernales corriendo con dureza, y eso hacía que le gustara aún más. Disfrutaba de su pequeña caminata por la costa bordeada de piedras.

Cuán osado de él había sido convocar a un Antiguo. Tal vez sus talentos recién adquiridos le habían dado suficiente valor para emprender una misión tan temible, aunque en realidad Iván nunca se había considerado a sí mismo prudente.

Había sido lo suficientemente sabio como para enviarle a Eirik un mensaje claro, diciendo que no quería hacerle daño y que deseaba hablar con él. Él no había respondido, lo que Iván había tomado como una buena señal ya que significaba que su audacia no había despertado la legendaria ira de Eirik. Y a pesar de que Bjorn había permanecido bajo el radar de los vampiros durante casi medio siglo, Iván sabía que vivía. Percibía su presencia bastante cerca de él, en realidad.

Iván le había sugerido encontrarse con él en una pequeña cafetería que ahora estaba frente a él. El lugar para su reunión importaba muy poco, pues si Eirik intentaba convertir a Iván en polvo podría hacerlo en cualquier lugar que quisiera. Bjorn podría haberlo hecho antes, pero no lo había hecho, y eso le dio a Iván una sensación de tranquilidad al entrar en la tienda.

Era un lugar razonable, lejos de la ciudad pero dentro del alcance mundano. Le había concedido a Bjorn la oportunidad de estudiarlo antes de

decidir si entraría en este pintoresco establecimiento después de haber seguido los pasos de Iván durante casi una hora... Oh sí. Sabía que Eirik lo seguía. El tipo era curioso, ¿no?

Se sentó a la mesa en la esquina de la tienda y pidió un expreso doble. Iván no pensaba beberlo, pero disfrutaba de su calidez y deliciosa fragancia, especialmente en una noche fría como esta.

El repicar de las campanas de la puerta anunció su entrada. Sin embargo, su presencia era mucho más fuerte que ese sonido ridículo.

Vestía vaqueros azules y un jersey azul marino de Armani que acentuaba sus fieros ojos azules. Al entrar en la tienda, Eirik atraía invariablemente la mirada de los pocos hombres que merodeaban por el lugar a esa hora... Incluida la de Iván. Tenía que admitir que había algo terriblemente atractivo acerca de este inmortal. Medía un poco más de un metro ochenta, con el cabello dorado de un dios. Su piel ligeramente bronceada alivió su corazón, haciéndolo ignorar el hecho de que Eirik era un duro asesino y verdugo de su propia estirpe. El Divisor de Cráneos.

Eirik caminó hacia su mesa y se sentó frente a él.

—Ha pasado mucho tiempo, Iván.

—Así es. —Iván puso sus manos sobre la mesa, un dedo jugando con el mango de la taza.

—Esto debe ser importante entonces —sugirió Eirik mientras fijaba sus ojos en él. Había cierto aire de superioridad mientras hablaba. Pero, por supuesto, tenía derecho a él después de casi dos milenios viviendo en la Sangre. Y no solo por su edad, sino por la historia y el legado que había construido para sus hermanos.

—Es muy importante. —Iván suspiró—. O al menos para mí lo es.

—Muy bien, habla entonces. ¿Qué es tan urgente como para llamarme en medio de mi retiro, tan *de repente*, como ahora dicen?

Eirik había estado yaciendo bajo. Por una vez, deseaba permanecer separado de todos los asuntos relacionados con vampiros. Vagabundeaba por San Francisco de vez en cuando, solo para volver a su pasión por los viajes y disfrutar de las vistas del mundo... Transmitía a Iván estas cosas en silencio.

«*He volado desde Venecia para esta reunión*», agregó a esos pensamientos.

—Solo quiero que sepas cuánto significa Marianne para mi familia. Sé que puede ser intrépida e impulsiva, y a veces ignora las reglas que unen a nuestros hermanos, pero es joven. Y además, ¿quién no lo ha hecho entre



nosotros? Si me lo preguntas, el Velo Oscuro necesita desesperadamente algunas revisiones; los tiempos han cambiado demasiado desde su creación.

»Puedo entender por qué sería perseguida por liarse con un mortal, y más aún tratándose de una estrella de rock. Sí, podría poner a nuestra Hermandad en el foco de atención, y sí, debería ser advertida contra eso. Pero aprisionarla y destruirla es ir demasiado lejos, ¿no? —dijo finalmente.

Eirik hizo poco por ocultar su sorpresa y alarma al escuchar esas últimas palabras.

—¿Destruirla, dices? —inquirió, inclinándose más cerca de Iván sobre la mesa. Quería leer la mente de Iván, si no hubiera estado bloqueada lo habría hecho horas antes.

La reacción de El Divisor de Cráneos intrigó a Iván. ¿De verdad Eirik no sabía nada sobre la conspiración del aquelarre para destruir a Marianne? Y también, ¿qué tanto sabía él sobre ella para tan siquiera preocuparse por su destino?

—Los miembros del aquelarre intentaron matarla hace una semana —dijo—. Mataron a su amante mortal y la mantienen encerrada en las mazmorras de La Cueva del Diablo desde entonces. —*¿No lo sabes?*, Iván quiso agregar, pero se contuvo.

La actitud de Eirik cambió. Iván casi podía ver la cólera que lentamente se gestaba dentro de sus entrañas. Caliente y efervescente, se acumulaba y retrocedía como el corazón de un volcán activo a punto de lanzar su furia contra toda una población de tontos ignorantes.

Eirik le permitió a Iván curiosear en sus pensamientos. Le reveló que Jiao se había acercado a él para pedirle consejo unos meses antes y Bjorn había permitido esta audiencia por la bondad de su corazón inmortal. Él había abierto las puertas de su guarida y escuchado las preocupaciones de Jiao. Y más tarde, le había dicho que no sería prudente perseguir una trama tan viciosa, que el castigo excedía su crimen y que él, Eirik Bjorn, ¡estaba firmemente en contra de eso!

—El Dragón me ha desafiado por última vez —musitó Eirik.

Iván permaneció en silencio.

Si Jiao realmente había sido la única mente detrás de este plan, entonces tenía dos cargos por los que responder. No solo había encarcelado a Alisa con la esperanza de clavar sus garras en la Fuente, sino que también tenía la intención de destruir a la familia vampírica de Iván.

*Oh, Jiao pagará por todo. No saldrá vivo de esta.*

Eirik se sobresaltó cuando se enteró de la despiadada intención de Iván, y también se dio cuenta del secuestro de Alisa.

«*¿La fuente? ¿Está en tu poder?*», preguntó Eirik en silencio.

Iván respondió de la misma manera. «*Oh, así es. Bebí de ella*».

—Puedo ver que el asunto sirve a los intereses de ambos—dijo Eirik.

*¿Nuestros intereses? ¿Qué interés podría tener él en mi familia?* Iván guardó este pensamiento para sí mismo.

El Divisor de Cráneos entrelazó los dedos y cerró los ojos por un momento, reflexionando sobre las palabras que seguirían a su silencio.

Tomando una respiración profunda, abrió los ojos.

—Jiao Long será castigado. Tienes mi palabra.

## EIRIK BJORN

Llovía. Era una tormenta eléctrica, tan fuerte que las mismas paredes de esta sala temblaban con sus retumbantes truenos. Los dioses seguramente estaban mirando.

Entró en la habitación como si fuera el mismo Thor, listo para emitir juicios y desatar su furia sobre aquellos que se habían atrevido a desafiarlo. Su mirada se desplazó de una cara a otra de los cientos reunidos en la asamblea. Lo miraron con terror y asombro, ignorando el motivo de su repentina aparición en medio de ellos.

Eirik llegó al final del pasillo. Subió los tres escalones sagrados y se dirigió al Trono Rojo. Le molestó descubrir una marcada diferencia en su trono. Yggdrasil—su sigilo—había desaparecido, reemplazado por un dragón alado bordado con hilo dorado.

*La Casa del Dragón. El sigilo de Jiao Long.*

Su sangre hirvió al verlo. Deslizando la mano sobre la silla forrada de terciopelo, Eirik reclamó su trono una vez más. Y ante los ojos hipnotizados del aquelarre, se sentó.

Escaneó las mentes de los bebedores de sangre reunidos en la habitación, identificando fácilmente a los que se mantuvieron leales a su decisión de los lo suficientemente tontos como para haberlo traicionado.

Eirik se cubrió los labios y la nariz con el dorso de la mano. Bajando su barbilla, sus fieros ojos se fijaron en los traidores que señalaría de entre la multitud. Pero primero, él habló en sus mentes.

*«Estoy aquí porque han actuado contra mí. Me han traicionado, y al hacerlo, han traicionado a nuestra Hermandad. Soy alguien que muestra misericordia ante el arrepentimiento, pero no encuentro pena en sus*

*corazones. Solo veo tontos ambiciosos, cegados por la voz del primero que habló en mi contra, Jiao Long. Y por esto, pagarán en sangre. No hay escapatoria.*

*«Yo soy Eirik Bjorn, El Divisor de Cráneos, El Señor de la Guerra, El Escandinavo Invicto. Y me han traicionado por primera y última vez en su lastimosa existencia. Tengan por seguro que no habrá piedad para ustedes.»*

Los aliados de Jiao Long sobresalieron de la multitud al instante por su inquietud y miedo. Un par de bebedores de sangre se movieron dentro de la muchedumbre, tratando de escapar. Al darse cuenta de esto, Eirik los señaló con una sola mirada. Los vampiros que los rodeaban se apoderaron de los traidores y los trajeron ante su rey.

El Divisor de Cráneos estaba de pie con una sonrisa siniestra en su rostro. Bajó y se acercó a los miserables vampiros. Los estudió como dibujando sus figuras con sus penetrantes ojos azul hielo.

—¡Perdóname, por favor! —dijo uno de ellos.

Eirik se volvió hacia él, sorprendido por su elección de palabras.

—Te perdono —dijo mientras colocaba sus manos sobre los hombros del vampiro y las movió hacia sus sienes—. Es por eso que te irás rápido. — Luego presionó sus manos hasta que el cráneo se aplastó debajo de ellos y se partió en dos mitades, rezumando sangre y un líquido cristalino.

La cara del vampiro se convirtió en una masa desaliñada de carne. Su cuerpo se retorció como un insecto moribundo. Eirik sostuvo la parte de atrás de su cuello y tiró hasta que se rompió.

El bebedor de sangre dejó de moverse. Eirik tiró más fuerte, arrancando su cabeza, y la sostuvo por el cabello para que todo el aquelarre la viera. Luego la colocó en el piso, al lado del cuerpo empapado de sangre.

El otro traidor se estremeció al ver su crueldad. ¿No había tenido en cuenta el despiadado corazón de Eirik cuando prometió lealtad a Jiao Long? Este no era el momento de huir de sus convicciones. Su destino yacía ante él. Pero Eirik no se convertiría en verdugo de este asqueroso bebedor de sangre.

En un gesto magnánimo, con los brazos abiertos, se dirigió a la asamblea.

—¡Dense un festín hermanos! —Al instante, una nube multicolor de vestiduras envolvió al pecador, este traidor a sus hermanos. Le atravesaron y le arrancaron la piel. Bebieron su sangre traicionera hasta que su cuerpo se encogió y se convirtió en un cadáver blanco de carne y huesos.

Uno de los vampiros cargó el cuerpo a través de un túnel empedrado y lo encerró en una celda. Oh, él no estaba muerto. No. Solo había sido privado de

todo líquido vital, pero su conciencia no estaba perdida. Sería testigo del próximo año, encerrado en esta celda, y quizás entonces, Eirik lo destruiría.

—Invoco a aquellos que servirían su mejor juicio para que presten atención a mi consejo. —Hizo una pausa—. La breve rebelión de Jiao Long ha llegado a su fin. Tráiganlo esta noche, y tal vez entonces perdonaré al resto de ustedes.

Luego, pasó lentamente junto al cadáver del vampiro sin cabeza y salió de la habitación.

## PHILLIP

No había guardia de seguridad en la puerta trasera, ninguna multitud en fila esperando ser inspeccionada. La Cueva del Diablo estaba absolutamente desolada, y sus puertas, cerradas.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto —dijo Phillip, escaneando las instalaciones con sus ojos de vampiro en busca de cualquier señal de sus enemigos. No había una maldita alma a la vista—. No creo que debamos confiar en Eirik Bjorn.

—Ya nos habría destruido si satisficiera sus caprichos Phillip —susurró Iván, abriendo la puerta trasera—. No tenemos otra opción.

—Tranquilízate... Esto terminará antes de lo que imaginas —dijo Alisa, presionando el brazo de Phillip. Luego siguió a Iván a la boca del Diablo.

—Eso es exactamente lo que me temo... —murmuró Phillip, dando una rápida mirada detrás de él. Al otro lado de la calle, Antoine estaba parado junto al automóvil, hablando por el teléfono móvil, presumiblemente, con Cassandra.

—¿Qué diablos cree que está haciendo? —Agitando su mano, Phillip lo instó a que finalizara la llamada y se uniera a ellos. Antoine levantó su mano en respuesta y terminó la conversación. Luego trotó para encontrarse con Phillip en la puerta.

—Lo siento —dijo Antoine, su aliento se vaporizaba en el aire frío. Deslizó sus manos dentro de los bolsillos de su chaqueta y siguió a Phillip a La Cueva del Diablo.

—Debe haber un pasadizo escondido en alguna parte... —Iván musitó, deslizando su mano sobre las paredes mientras se movía por la sala principal.

—Debemos hacer el menor ruido posible —susurró Phillip—. Este lugar

está plagado de vampiros.

—¡Eh, chicos! ¡Miren lo que encontré! —La voz de Antoine hizo eco en el pasillo.

Phillip rodó sus ojos hacia atrás.

—¿Es en serio? —dijo, ambas manos en sus caderas—. ¿De quién fue la idea de traer al vampiro novato?

Alisa le dio una sonrisa de complicidad. No necesitaba decir nada, siempre había sido idea de Iván; pensaba en esta salida como el perfecto curso acelerado de Antoine para la supervivencia de los vampiros.

Juntos siguieron la voz de Antoine y llegaron al final de un pasillo. Antoine echó hacia atrás una pesada cortina de terciopelo, revelando un estrecho túnel con muros de piedra y una escalera que se extendía varios metros bajo tierra.

—Esto debe ser... —dijo Iván.

—Las puertas del infierno —murmuró Phillip, asomándose por el empinado túnel.

Iván dio el primer paso por la estrecha escalera, Phillip y el resto lo siguieron. A medida que descendieron, la temperatura cambió rápidamente, volviéndose más fría y húmeda. Unos metros más adelante, la luz parpadeante de las antorchas bañaba las paredes, mientras detrás de ellos, una oscuridad absoluta tragaba el túnel.

Llegaron a un gran salón circular al final de las escaleras. Pilares intrincadamente ornamentados se prolongaban en altos arcos que se extendían formando un techo abovedado. Otros dos túneles como el que los había llevado a este antiguo salón estaban tallados en la piedra y corrían profundamente.

Más allá de lo que parecía una antecámara ceremonial, yacía otra habitación. Dentro, Phillip descubrió un estrado que conducía a una silla vacía tallada en caoba, forrada con terciopelo rojo y bordada en oro. La silla estaba debajo de un baldaquino de terciopelo rojo.

Esta no era una silla ordinaria. Phillip había escuchado las leyendas, pero jamás imaginó que algún día estaría frente al Trono Rojo.

—No me gusta esto en absoluto —dijo Phillip—. No hay nadie aquí...

—Yo no diría eso. —Iván lanzó una risilla, señalando un cadáver sin cabeza en el piso. La cabeza estaba cuidadosamente colocada en el primer escalón del estrado.

*Repugnante.*

Docenas de estandartes de terciopelo rojo colgaban del techo; bordado en ellos estaba el mismo sigilo que había encontrado en el trono.

—El Dragón... —musitó Phillip.

—No te acostumbres demasiado. —La voz hizo eco en la habitación—. El Dragón pronto caerá. Yggdrasil tomará su lugar, como debe ser.

La voz se acercó, pero no estaba a la vista.

—Iván Lockhart, estás aquí... —dijo—. Y veo que has traído a tus polluelos contigo.

—Algo de compañía no me hacía mal —dijo Iván, barriendo la habitación con una mirada rápida.

—Confías en mí, ¿verdad? —dijo la voz. El vampiro milenario estaba detrás del Trono Rojo, agarrando la parte posterior con una mano, la otra descansando sobre su cintura.

—¿Podrías culparme si no lo hiciera? —dijo Iván con encantadora audacia.

Eirik Bjorn sonrió burlonamente cuando sus penetrantes ojos azules se posaron en el arma de Phillip.

—Has venido armado. —El Divisor de Cráneos desapareció en el aire y reapareció a centímetros de Phillip—. ¿Por qué necesitarías ese instrumento? —Paseándose a su alrededor como un tigre cazando su presa del día.

Phillip permaneció inmóvil, sin responder a los juegos burlones de El Divisor de Cráneos.

—Ah, sí... Es joven. Y tu otro aprendiz no es más que un Niño en la Oscuridad. —Eirik hizo una pausa—. Pero ella no. —Su mirada se posó en Alisa. Se observaron mutuamente por un minuto más o menos. Las palabras silenciosamente intercambiadas entre ellos permanecieron como un misterio.

—No teman... —El Divisor de Cráneos se detuvo para mirar el cadáver sin cabeza que yacía en el suelo—. Aquellos que me traicionan siempre llegan a su fin.

Había algo intrigante y realmente tranquilizador sobre Eirik Bjorn. Todo su comportamiento era atractivo, desde el ligero bronceado de su piel hasta la resonancia de su voz aterciopelada. Todo en él atraía a Phillip. *Cuanto más convincentes son, más peligrosos*, se recordó a sí mismo.

—¡Déjenme ir! ¡Libérenme en este instante! —La voz de un hombre gruñendo y siseando acompañó fuertes pasos acercándose.

Iván, Alisa y Phillip volvieron a las sombras de la habitación, ocultando su presencia. Phillip tiró de la chaqueta de Antoine, llevándolo de vuelta a



donde su presencia pasaría desapercibida ante ojos no deseados.

La horda del aquelarre arrastraba a un vampiro a la Sala del Trono. Pelirrojo, despertado en la Oscuridad a la mitad de los cuarenta, sangre fresca goteaba de la esquina de sus labios.

—¡Aléjense de mí! —rugió el vampiro—. ¡El Dragón escuchará sobre su traición! ¡Pagarán caro por esto!

Eirik Bjorn estaba de pie junto al Trono Rojo, su brazo casualmente apoyado contra el respaldo. Sus analíticos ojos azules se entrecerraron mientras estudiaba al bebedor de sangre que traían ante él. Levantó levemente su barbilla.

—¿Dónde está el Dragón? —exigió Eirik—. Lo quiero a él, no a esto.

—Estaba con Jiao Long cuando lo encontramos —respondió un joven vampiro—. Arrodíllate, tonto. Estás en presencia del Rey de nuestra Hermandad. —Agarrando al prisionero por la nuca, lo empujó hacia abajo, obligándolo a ponerse de rodillas.

El tumulto de otra multitud se dirigió hacia la habitación. Una risa malvada resonó en la bóveda principal cuando se acercaron. La rugiente horda de bebedores de sangre arrastraba una gran bolsa de fieltro negro sujeta con una pesada cadena y cerradura, como la que usan los magos durante sus hazañas de escapismo... Lanza esa bolsa al océano y espera cinco minutos para descubrir si el ilusionista sale de ella viva.

Dejaron la bolsa junto al vampiro pelirrojo. Profundos gruñidos y rugidos de furia se escuchaban desde dentro.

Eirik curvó la comisura de sus labios en una sonrisa maliciosa. Todo este espectáculo de terror lo divertía mucho por lo que parecía. Los vampiros del aquelarre se reunieron en el salón en silencio, esperando el juicio de El Divisor de Cráneos.

Inclinando su cabeza hacia un lado, la mirada de Eirik Bjorn aterrizó sobre el vampiro pelirrojo. Se movió unos pasos más cerca hasta que se paró frente al bebedor de sangre, sin descender ni un solo escalón.

—No te necesito —susurró Eirik con las pupilas dilatadas, sus ojos brillando con una feroz flama azul.

El vampiro gruñó e hizo una mueca, cayendo al suelo en una repentina convulsión. Su piel brillaba rojo brillante. Su cuerpo dio una última sacudida violenta antes de que se detuviera. Y mientras el bebedor de sangre yacía allí, inmóvil, la sangre manaba de su nariz, sus ojos y su boca en lentos riachuelos que corrían por el suelo de mármol.

*¿Qué demonios fue eso?* Phillip nunca había visto algo así.

«*Su sangre hirvió a mi orden*». Las palabras traspasaron los pensamientos de Phillip. Eirik los había enviado para despejar las dudas de su mente, pero nunca se volvió hacia él.

El Divisor de Cráneos bajó del estrado y se paró frente al bolso de fieltro negro. Un fuerte repique resonó en la Sala del Trono cuando el candado se abrió por si solo y golpeó el frío piso.

Una figura emergió lentamente del bolso: pelo oscuro alborotado, labios fruncidos y ojos angulosos llenos de odio.

—Jiao Long —murmuró Phillip, saliendo de las sombras, dispuesto a acabar con ese bastardo con un rápido tajo de su espada cuando alguien lo detuvo.

Con su mano firme presionando su pecho, Iván se colocó a su lado, sus ojos vigilantes escaneando las caras de asombro de la asamblea del aquelarre.

—Phillip... —dijo Iván en la más baja de las voces—. No.

A pesar de su terrible situación, Jiao Long sonrió al ver a Phillip. El despreciable bastardo burlón se atrevió a burlarse de él.

—¡Déjame, Iván! —Phillip luchó por escapar del fuerte agarre de su creador, inútil como era—. ¿Tú diste la orden, Jiao? —Gruñó—. ¡Respóndeme! ¿Tú diste la orden del encarcelamiento de Marianne? Porque si lo hiciste, te prometo que lo último que verán tus malditos ojos será mi rostro manchado en tu sangre inmunda.

Jiao Long rió a carcajadas, y su risa resonó en el salón abovedada.

—Eres tan ingenuo, Phillip... ¡Todavía lo dudas! —dijo con cinismo—. ¡Tu corazón aún tiene una pizca de esperanza de que yo pueda ser inocente del castigo de tu aprendiz!

—¿Por qué lo hiciste? —siseó Phillip.

—Se llama avaricia, muchacho —dijo Eirik—. La necia suposición de ser lo suficientemente valioso como para reclamar el dominio sobre mi aquelarre. —Se paseó alrededor de Jiao Long—. Lo querías todo. Pensabas que podías gobernar La Cueva del Diablo y llevar el linaje de Lockhart a su fin... Jiao Long, codiciaste más de lo que debías. Y ahora, pagarás por tu pecado.

—Estás cometiendo un gran error, Bjorn —dijo Jiao—. ¿Crees que los Lockhart son tus aliados... Pues no lo son.

»¡Durante medio siglo, has despreciado a nuestros hermanos, renegados de la Naturaleza en tus ojos, criaturas indignas de llevar el nombre de vampiro! —Jiao Long deslizó su mano debajo de su camisa, tirando de la cadena

alrededor de su cuello—. Esto termina esta noche, Bjorn —Sosteniendo el frasco de cristal que colgaba del collar. Abrió el frasco y vertió su rojo contenido en su boca.

—Eres tan ingenuo, Jiao Long... —susurró Phillip.

El Dragón frunció el ceño, su confusión aumentaba.

—Me temo que eso no va a funcionar, niño. —Iván sonrió, liberando a Phillip de su agarre.

—¿Qué diablos estás diciendo? —Jiao Long dio un paso atrás.

—Verás, la Fuente está en mi poder... De hecho, la bebí —dijo Iván, alzando sus cejas—. Lo que acabas de beber fue un señuelo, una simple poción de brujería que desafortunadamente no te salvará de esta situación incómoda.

Los ojos cada vez más abiertos de Jiao Long se llenaron de horror. Miró el frasco y lo tiró.

—Pueden pensar que esto termina conmigo, pero están equivocados —dijo con una mirada desafiante—. El momento de un levantamiento se acerca. ¡La Era de los Milenarios llegará a su fin! —Dirigiéndose a Eirik—. Mátame, si quieres —pero otros vendrán, te lo aseguro—. ¡Este es sólo el comienzo!

—Interesantes últimas palabras —dijo Eirik con una risilla despectiva. Toda la diversión se desvaneció de su rostro, y una mueca ominosa se alzó en su expresión.

—Jiao Long de la Casa del Dragón, estos son tus crímenes:

»Por arrogancia y codicia, has roto varias de las reglas del Velo Oscuro: has actuado contra mí con tu desafío y traición, has actuado contra Iván Lockhart al orquestar el secuestro de Alisa Lockhart, y has actuado contra Phillip Blackwell amenazando con quitar la vida a su descendencia.

»Pero el más grave de los crímenes que has cometido es el de alta traición, y la penitencia por esta traición a tu rey y tu Hermandad es la muerte. —Eirik hundió su puño en el pecho del dragón, girando el brazo a favor de las manecillas del reloj. Sacó su mano, agarrando el corazón latiente de Jiao Long.

—Este corazón es legítimamente tuyo para aplastar o alimentarte —dijo, volviéndose hacia Phillip—. Haz lo que quieras con él. —Y perdiendo todo interés en el pulsante órgano, Eirik Bjorn dejó el corazón en las manos de Phillip, la sangre goteaba entre sus dedos, acumulándose en el piso de mármol blanco.

—Así es como termina todo para ti, querido... —Alisa salió de las

sombras, su mirada indolente lo cubrió.

—¿Alisa? ¿Cómo has...? —La sangre desapareció de la cara de Jiao Long.

—No tenía que terminar así, Jiao... —susurró Phillip.

—Deberías haber muerto en ese accidente automovilístico, Phillip Blackwell... Y tu amante mortal también—escupió Jiao.

Phillip se estremeció. Si Jiao Long había causado el accidente... ¿Qué más había hecho para dañarlo a él y a su familia? ¿Por qué haría estas cosas? ¿Por qué ir a extremos tan terribles?

Ya no importaba.

—Entonces no mereces otra cosa. —Phillip aplastó el corazón del Dragón en su puño. Desenvainó la espada Khopesh, y con un tajo rápido, cortó la cabeza de Jiao Long.

«Niño misericordioso», le dijo Eirik en silencio. «Le diste una muerte rápida e indolora, una muerte que no se merecía».

Phillip arrojó la espada. Su corazón se llenó de dolor y decepción. La adrenalina bombeaba con fuerza en sus arterias. Un gusto rancio se acumuló en la parte posterior de su lengua. Sus rodillas se doblaron y golpearon el suelo. Y allí se quedó por un momento, con la mirada vacía, su fe en su Hermandad hecha añicos.

—Vamos, Phillip... —Alisa le susurró al oído, tomándolo por los hombros—. Todo ha terminado ahora.

Pero no había terminado, todavía no.

Eirik se sentó en el Trono Rojo. Sus labios se estiraron en una sonrisa victoriosa. Alisó sus manos sobre los brazos de terciopelo del trono, saboreando su victoria.

—¿Dónde está Marianne? —exigió Iván a la horda de vampiros.

Su nombre despertó un soplo de vida en su alma una vez más, pero no pudo deshacerse de las últimas palabras de Jiao Long... *Otros vendrán. Esto es sólo el comienzo.*

«Déjalos venir, niño». Eirik volvió a entrar en su mente. «Anhele una confrontación que valga mi tiempo».

Phillip se volvió hacia El Divisor de Cráneos y asintió.

—Dije... —Iván insistió—, ¿en dónde está Marianne?

Los vampiros del aquelarre permanecieron en silencio, esperando la aprobación de su Rey. Pero Eirik Bjorn estaba demasiado perdido en sus recuerdos de guerra. Imágenes de sangrientos combates en virtud de fuertes tormentas se vertían hacia la mente de Phillip, ya fuera que el Divisor de

Cráneos hiciera esto intencionalmente o no.

Por fin, Eirik levantó algunos dedos del brazo del trono y le dio un rápido asentimiento al aquelarre.

—La mazmorra —dijo el joven vampiro. Debía haber sido creado en su adolescencia.

Las noticias le provocaron descontento a Eirik: los músculos de su cuello se pusieron rígidos y sus uñas se hundieron en el forro de terciopelo del trono.

—Tráela a mí —dijo en voz baja, apenas audible.

Su orden se acató rápidamente. En cuestión de minutos, el vampiro adolescente regresó con Marianne en sus brazos. La dejó sobre el estrado y dio un paso atrás con reverencia.

Eirik Bjorn saltó del Trono Rojo. Phillip podría haber jurado que Eirik estaba a punto de correr al lado de Marianne cuando él se arrodilló junto a ella. Antoine se unió a él.

—Estoy aquí, cariño —le susurró Phillip al oído—. Vas a estar bien. Saldremos de aquí ahora.

—¡Bastardos! —dijo Antoine, volviéndose hacia la asamblea—. ¿Qué le han hecho? ¡Solo mírala!

Moretones recientes teñían la piel de Marianne, sin mencionar las varias marcas de mordiscos en sus brazos y piernas. La palidez de su piel alarmaba más a Phillip. Esos desdichados demonios la habían desangrado, ¡no era de extrañar que estuviera inconsciente!

—¿Quién de ustedes hizo esto? —preguntó Eirik con tanta serenidad que heló la sangre en las venas de Phillip, porque esa calma solo podía anunciar la peor de las tormentas—. ¿Fuiste tú, Alvar? —Volviéndose hacia el vampiro adolescente.

—N... No, Su Majestad. ¡No fue cosa mía! —dijo con voz temblorosa—. Fue Liam.

—¿Y dónde está este tal... Liam? —preguntó Bjorn, juntando sus manos detrás de su espalda.

—Se ha ido, Su Majestad. Está fuera del radar.

La mirada de El Divisor de Cráneos se alejó de Alvar y aterrizó sobre Marianne.

—Por ahora... —dijo—. El crimen de Liam no quedará impune.

Pero a Phillip le importaban poco las garantías de El Divisor de Cráneos. Suavemente colocó a Marianne en sus brazos y la sacó del estrado, echando una dura mirada a la asamblea antes de unirse a su familia.

—Vamos, Phillip... —Iván apretó su brazo—. Salgamos de aquí.  
Phillip se mordió la lengua, pero su mente tejía pensamientos de venganza.

—¿VA A ESTAR BIEN, IVÁN? —PREGUNTÓ ANTOINE EN EL MOMENTO EN QUE salieron de La Cueva del Diablo. Pero Iván no le dio respuesta.

Estos eran terrenos peligrosos, y no importaba cuán complacientes hubieran sido hacia sus demandas, el odio del aquelarre hacia la familia de Phillip seguía siendo tan implacable como siempre. La asamblea de esta noche no había sido más que un acto, inspirado por el temor de los bebedores de sangre por sus vidas miserables.

Mientras cruzaban la calle, Phillip sintió que les seguía una mirada penetrante. Detrás de la ventana del club nocturno estaba Alvar, el vampiro adolescente. *¿Qué demonios quiere con nosotros?* Phillip ya no sabía ni le importaba. Una abrumadora desolación se apoderaba de su corazón, imposibilitándole detenerse en asuntos tan frívolos.

Antoine se metió en el asiento trasero del automóvil, la cabeza de Marianne descansó en su regazo.

—No te preocupes, Phillip —dijo—. La tengo.

A unos metros de ellos, Alisa e Iván conversaban en privado. A Phillip no le importaba prestar atención a nada de lo que decían, pero notó los delicados gestos de Alisa, como tomar la mano de Iván y mirarlo directamente a los ojos mientras hablaban... Como si el resto del mundo no existiera.

Había compartido ese tipo de intimidad con Marianne. Anhelaba que esos momentos regresaran.

Phillip apretó los labios. No podía esperar para salir de estos malditos terrenos del aquelarre, pero de repente se encontró mirando al estacionamiento, donde en medio de la niebla, una figura emergió. Paseando con sus manos en los bolsillos de sus jeans, el hombre se acercó a ellos. Cuando se disipó la niebla, Phillip se dio cuenta de que no era un hombre, sino El Divisor de Cráneos.

—¿Cómo está ella, Iván? —preguntó bastante ansioso.

Iván negó con la cabeza.

—No se ve bien. —Sus palabras congelaron el corazón de Phillip. Perderla no era una opción.

—Puedes asegurarte de que ella se recupere, si es necesario. —Era lo más extraño, Eirik lo había hecho sonar como una sugerencia cuando de hecho

podría haber sido una orden directa, incluso una súplica. —Ella superará esto... Es más fuerte de lo que parece.

—Me temo que tu ayuda generará mucha confusión entre los hermanos del aquelarre —dijo Iván. A Phillip no le importaba en absoluto cómo se sentía el aquelarre.

Eirik inhaló bruscamente.

—Los destruiría a todos si no me dejaran otra opción. —Se encogió de hombros—. Cuídala a ella Iván, yo me ocuparé de ellos.

Phillip todavía lo encontraba difícil de creer. Traicionado por nuestros propios hermanos... *Nuestro mundo ya no se siente seguro*. Todo en lo que una vez había creído había sido una mentira.

—No te desanimes, niño —dijo Eirik—. Todavía hay esperanza para nuestra Hermandad.

Phillip no pudo evitar sonreír. Se hubiera reído, a pesar de su presente estado de ánimo, pero por respeto a El Divisor de Cráneos, se había abstenido de hacerlo.

—Si hay esperanza para nuestra Hermandad, yo no la veo... —dijo.

---

PARECÍA LA *NINFA DURMIENTE* DE CANOVA, TUMBADA EN EL SOFÁ NEGRO. SUS delicadas manos se unían bajo su barbilla, pero a diferencia del trabajo magistral del artista, los ojos de Marianne estaban abiertos, aunque su mirada vacía imitaba las cualidades del mármol cincelado.

Phillip se arrodilló junto a ella, su corazón se hizo añicos.

—No te hagas esto, Marianne —susurró—. No rechaces el mundo y cierres tu mente.

Los ojos llorosos de Marianne se fijaron en él. No dijo una sola palabra. Desde que se había recuperado por completo, Marianne se afligía día y noche. Lloraba la muerte de su compañero mortal, sufría por haber perdido el control cuando su cuerpo se convirtió en un instrumento de tortura para los demonios del aquelarre, y lloraba por haber perdido a la mujer que era antes de que esto sucediera.

Phillip frunció los labios, conteniendo sus propias lágrimas.

—Intenta dormir un poco, cariño —dijo, acariciando un lado de su rostro.

No hubo respuesta. Su mirada se volvió vacía una vez más mientras

miraba hacia otro lado.

—Estaré afuera si me necesitas —dijo. Luego besó su frente y se puso de pie.

Cuando salió de la habitación, Phillip tuvo que preguntarse si Marianne aún lo necesitaba, aunque fuera un poco. Deseaba que así fuera.

Entró en la sala de estar y se apoyó contra las puertas corredizas de cristal, buscando la cajetilla de cigarrillos en el bolsillo de su camisa. Una ligera lluvia caía, refrescaba el viento y aliviaba su ansiedad. Dio un golpe profundo a su cigarrillo, relajándose aún más mientras exhalaba los vapores venenosos en el aire fresco de la noche.

—¿Cómo está ella? —Iván se detuvo detrás de él.

—Dímelo tú —dijo Phillip sin mirar atrás—. Tú eres el que tiene los superpoderes.

Su creador le dio una risa sin alegría en respuesta.

—No ha dicho una palabra desde que sucedió —agregó Phillip—. Sí, ella caza y se alimenta. Va y viene de esta guarida, pero siempre en silencio. —Hizo una pausa—. Si hubiera algún modo de saber qué pasa por su mente...

—¿Qué? —Iván se estremeció, sorprendido por la sugerencia implícita de Phillip—. ¿De repente me convertí en un espía vampiro simplemente por mis nuevas habilidades? —Frunció el ceño—. Oh, ya veo cómo es... Muy bien. ¿Exactamente qué quieres saber?

—Sus pensamientos —dijo Phillip, sin perder el tiempo con disculpas fingidas—. ¿Qué has visto en ellos?

—No he visto nada —desestimó Iván.

—Por favor, no me mientas.

—¡Es la verdad! —espetó Iván—. Demasiadas imágenes inundan su mente, apenas puedo enhebrarlas para que tengan sentido.

Inclinando su cabeza, Phillip leyó la expresión de su creador. Lo conocía lo suficiente como para ver la inquietud detrás de su actitud estoica.

—¿Qué cosa no me estás diciendo?

Iván se mordió el labio inferior.

—Nada bueno puede salir de esto —musitó.

—Eso lo decidiré yo. —Phillip lo instó a hablar, haciendo un gesto con los dedos.

—Si debes saberlo —lanzando un profundo suspiro—, es la misma imagen, una y otra vez. Marianne siendo torturada por Liam... No hay nada más que contar.



—¡Liam, ese demonio cobarde! —Nada le dolía más que saber al bastardo fuera de su alcance. No había absolutamente ningún rastro o señal de su paradero.

—Olvídate de él. Se ha ido —Iván dijo, presionando su hombro—. Pero ella está aquí, y debemos ayudarla a volver a ponerse de pie. Somos su única oportunidad de recuperación.

—¿Recuperación? —Phillip alzó sus cejas. No quería ser cínico, Iván hacía un mejor trabajo en ello que él; pero, ¿cómo podía alguien superar lo que ella había sufrido? Desde aquella noche miserable, la oscuridad la había abrazado. Phillip temía que el dolor reflejado en sus ojos nunca desaparecería.

—Ella nunca será la misma —susurró, apagando el cigarrillo.

## IVÁN

**T**razos de rojo sangre teñían el cielo oscurecido. Brillantes nubes de algodón púrpura se extendían en el horizonte donde el mar se unía al sol poniente. El graznido constante de las gaviotas se fusionó con las rugientes olas que se estrellaban detrás de ellas en un ciclo tranquilizador.

Mientras daban un paseo de regreso desde la playa, Iván le tomó la mano, suave y cálida. Se detuvo en el momento en que llegaron a la calle.

—No vendrás conmigo, ¿estás seguro? —Alisa alzó sus cejas, un destello de esperanza brillaba en sus ojos azules.

Iván le besó el dorso de la mano y luego la presionó contra su pecho.

—Nada llena mi corazón de más alegría que la idea de compartir otra vida contigo... —Su mirada se desvió hacia el océano.

—Pero... —murmuró ella, sabiendo que alguna razón para no unirse a ella seguiría.

—Pero... —Suspiró—. Me temo que no estoy listo para decir adiós a esta vida. Todavía no.

La esquina de sus labios se curvó en una sonrisa de perdón.

—El tiempo es todo lo que tenemos, cariño. Nuestro tiempo llegará... Puedo esperar.

—No me lo perdería por nada en el mundo —dijo Iván.

Cruzaron la calle y se detuvieron frente a la estación.

—Llegó mi transporte. —Alisa se encogió de hombros con una sonrisa entrañable, juntando sus manos con tal dulzura que la hacía aún más encantadora.

—¿El tren? —Iván frunció el ceño. Era extraño que un inmortal eligiera el transporte público—. Podrías volar... —sugirió.

Alisa arrugó la nariz y negó con la cabeza.

—Nunca me ha gustado volar... —Hizo una pausa—. Y, esta me parece la forma correcta de despedirnos.

Iván no pudo reprimir una risilla.

—Desesperadamente romántica, como siempre. —Deslizó su mano debajo de su mejilla—. ¿Adónde irás?

Alisa le dio una mirada de complicidad.

—Podrías encontrarme sin preguntar, con tus nuevas habilidades vampíricas... —bromeó.

—Yo nunca...

—Tengo una pequeña guarida en Kerala —dijo, divertida por la reacción de Iván ante su juego—. Es mi retiro del mundo, por así decirlo... Puedes visitarme en cualquier momento.

—Siempre he soñado con viajar a la India —respondió—. Quizás más adelante lo haré.

Ella apretó los labios y en sus ojos se asomó un inminente brillo de anhelo.

—Te extrañaré mucho, Iván... —dijo ella.

Iván deslizó su mano dentro del bolsillo de su chaqueta. Sacó el bolso de terciopelo negro y lo colocó en la mano de Alisa.

—Creo que esto te pertenece a ti.

Al abrir la bolsa, Alisa vertió su contenido en su mano. Y allí se quedó con su mirada fija en el collar de perlas. Su broche de zafiro brillaba como si fuera nuevo.

—¿Es el amor demasiado joven para saber qué es la conciencia? —preguntó ella.

Iván insinuó una sonrisa.

—Nuestro amor siempre será joven. —Tomando sus manos, él se inclinó más cerca hasta que sus labios se encontraron con los de ella en el más dulce beso de un adiós.

## CASSANDRA

—¿Lista, Cassie? —le preguntó mamá. La vieja cámara Nikon colgaba de su cuello. Mamá estaba decidida a hacer de esta fiesta de cumpleaños un éxito total, a pesar del cambio de lugar de última hora.

Cassandra no estaba satisfecha en absoluto cuando se estacionó en el camino de entrada.

—Quieres decir... —comenzó—, que si estoy lista para celebrar mi cumpleaños en la casa de mi madrastra, quien por cierto, me maldijo hace dos semanas. —Cassie salió del auto.

—Lo siento. Tuvo que ser así, *ma petite*... Tu padre insistió... Y también es su casa. —Mamá apretó los labios. Con una patada del talón, cerró la puerta del automóvil. Iba con los brazos llenos: una gran caja de cartón con docenas de regalos, un puñado de cordones atados a globos multicolores y casi todas las baratijas que ella había pensado que harían un agradable recuerdo de este día infernal.

—Por supuesto que papá insistió, mamá. Él no sabe nada de la maldición, ¡o el hecho de que está casado con una malvada bruja! —murmuró Cassandra, abriendo la puerta—. ¡Tenemos que advertirlo!

—Hoy no, Cassie —dijo mamá—. Hoy quiero que disfrutes de una celebración de cumpleaños inolvidable. Tus hermanas ya están aquí... *C'est magnifique, n'est-ce pas?* —Alzando las cejas—. Nada estropeará este día.

—Pero, mamá... —Cassandra ya estaba en el pórtico.

—*Nada* lo arruinará. —Mamá sonrió—. Recuerda lo que te dije, Cassie. Mona pensará que todavía estás sufriendo amnesia por la maldición.

—Realmente vamos a fingir que no pasó nada... —musitó Cassie cuando tocó el timbre.

—Solo por hoy mi precioso bombón, es tu cumpleaños. Podemos hechizarla mañana si todavía estás animada para hacerlo. Lo prometo. — Mamá le guiñó un ojo.

—Fiesta hoy, hechizo mañana, ¿eh? —dijo Cassandra—. Eres todo un demonio, Denise.

Mamá sonrió.

—Soy infinitamente mejor que eso, hija mía —respondió ella—. Soy una Deveraux.

CASSANDRA ESTABA EN EL VESTÍBULO, DESCONCERTADA POR EL GIGANTESCO retrato que colgaba sobre la chimenea... Esa espantosa foto de la boda. Algo no le parecía bien, y no era el falso fondo de la playa. Fuera lo que fuese, ella lo descubriría.

—¡Cassie! ¡Cassie! —La pequeña Josie bajó corriendo las escaleras directamente a sus brazos—. ¡Ya está aquí! —gritó, su voz hizo eco en el pasillo.

—¡Mamá! —Mathilde corrió escaleras abajo y rápidamente envolvió sus brazos alrededor de Denise, que parecía sorprendida por su repentino impulso.

—¿No vas a abrazar a tu hermana, Mathilde? —dijo mamá con una mirada de complicidad.

Tilly frunció el ceño.

—Está bien. —Cassandra se encogió de hombros—. No tienes que hacerlo si no tienes ganas.

—No es eso... —murmuró Mathilde.

—Tilly está enojada porque nos dejaste —Josie dijo cantando con la voz resbaladiza que viene tras la pérdida de un diente.

—Lo siento —dijo Cassie—. Me encanta tu cabello arcoíris —acariciándolo con cariño—. Te he echado de menos, Tilly.

Las rubicundas mejillas de Mathilde ardieron. Sus ojos brillaron con lágrimas.

—¡Te he echado mucho de menos! —dijo, abrazándola con fuerza.

—¿Es la chica de cumpleaños la que oigo? —André salió de la cocina. Una gran caja de regalo en sus brazos bloqueaba su rostro. Pero, ¿cómo lograba moverse hacia ellos sin tropezar?

—¿Papá? ¡Apenas puedo verte! —dijo Cassie.

André dejó la caja sobre la mesa de café.

—¿Qué tal ahora? —dijo, sosteniendo a Cassie en un cálido abrazo—. ¡Feliz cumpleaños, hija! ¡Mira quién viene con el pastel!

*Mona Mai.*

Con un corto vestido negro ceñido y tacones altos, con un impecable peinado de salón y deslumbrante maquillaje, Mona entró en la habitación llevando un pastel blanco de tres niveles decorado con rosas. Mona estaba de luto. Ella vestía de negro a diario desde la pérdida de ese malvado abuelo suyo, Jiao Long.

—Feliz cumpleaños, Cassandra... —dijo con voz hosca, dejando el pastel sobre la mesa de café. Apuñaló velas en el glaseado de fondant blanco veintiún veces—. Veintiún años... Ya eres una mujer adulta. —Fingió una sonrisa.

Cassandra apretó los puños y marchó hacia Mona. *Soy una bruja adulta, y te haré pagar por lo que hiciste*, quería decir, pero mamá le cogió la mano y la retiró suavemente.

—Siéntate junto al pastel para que pueda tomar una foto, por favor —dijo mamá, llevándola lejos de Mona—. ¡Ah! ¡Y no olvides pedir un deseo, Cassie! Este es un cumpleaños muy especial.

Cassie se dirigió al sofá y se sentó ante el espléndido pastel. Lanzando un profundo suspiro, se inclinó hacia delante, cerró los ojos y formuló su deseo.

*Ojalá Mona Mai desapareciera de nuestras vidas. Ojalá mamá y papá volvieran a estar juntos, y que pudiéramos ser una familia como antes...*

Demasiados deseos, tal vez. Cassandra abrió los ojos y miró a la lente de la cámara con expresión cansada. Mamá tomó la foto, ella podría apagar las velas ahora. Cassie inhaló profundamente, porque soplar veintiún velas... Un momento. Las luces de la casa parpadearon. Un fuerte zumbido eléctrico sonó en toda la casa. Cada bombilla brillaba con un destello ambarino incandescente y luego se convirtió en oscuridad. Si no fuera por las llamas arremolinadas de las velas, la casa habría sido tragada por una oscuridad total.

—Revisaré la caja de fusibles —dijo papá.

Cassandra entrecerró los ojos, fijando su mirada en las llamas. Por un segundo, creyó ver... No, era imposible. Una vez más, se centró en las llamas. Giraban dibujando formas, las formas eran letras... No, ella no estaba imaginando cosas. Esto era real.

Cassie se inclinó más cerca y leyó el mensaje rápidamente:

MARCO ROTO  
ACABA EL JUEGO

—¿Significa... lo que creo que significa? —musitó Cassie.

—¿Estás bien, cariño? —dijo Mona con aire de sospecha.

Pero, ¿podía ser tan simple como eso? Sin hechizo o algún encantamiento especial, ¿así de fácil? *La solución más simple a menudo es la solución correcta...*

—Vale la pena intentarlo —susurró Cassandra.

Rápida y ágil como un zorro, Cassandra agarró el cuchillo del pastel, saltó al sofá y de ahí brincó a la repisa de la chimenea.

—¡Cassandra! —dijo mamá, boquiabierta de incredulidad—. ¿Qué estás haciendo, niña?

Josie se levantó del sofá con los ojos muy abiertos, maravillada ante las acrobacias de Cassandra.

—¡Se ha vuelto loca! —dijo asombrada, presionando sus pequeñas manos contra sus ruborizadas mejillas.

—¡Aléjate de ese retrato! —Mona gruñó, levantándose de la silla.

—Prepárate, Mona —dijo Cassie, volteándose solo para darle una mirada perversa—. ¡Esto podría doler un poco! —Hundió el cuchillo en medio del retrato. Sosteniendo el mango con ambas manos, empujó el afilado cuchillo, partiendo por la mitad la fotografía de la boda de Mona y papá.

—Marco roto, acaba el juego... —musitó, satisfecha. Cassandra saltó al sofá y luego a la alfombra. Dejó el cuchillo sobre la mesa de café y se limpió las manos con la sonrisa más confiada.

—¡Pagarás por esto, bruja! —Mona rugió. En un instante, Mona se abalanzó sobre Cassandra, derribándola al piso. Lucharon en la alfombra, rodando y gruñendo como dos luchadores en el ring.

—¡Duro, Cassie! —gritó Mathilde, trepando en el sofá junto a ellos.

—Lo estoy.... ¡intentando! —dijo Cassandra, agarrando la muñeca de Mona para alejar de su rostro las puntiagudas uñas negras de esa zorra.

—¡Ya basta! Detengan esto de una vez, ¡las dos! —Denise se tiró al piso, dispuesta a separarlas. En la lucha, el flash de su cámara disparó varias veces.

—¡Arg! ¡No puedo ver! —Mona gritó, cubriendo sus ojos con ambas manos.

Cassandra aprovechó el momento y, en un movimiento rápido, rodó sobre Mona. Se sentó sobre sus hombros, inmovilizándola en el piso.

Las luces volvieron.

—Pues no fue la caja de fusibles —dijo André, saliendo de la cocina—. Pero bueno, ¿qué tal una rebanada de...? ¡Oigan! ¿Qué está pasando aquí? —Papá se detuvo a mitad de la sala de estar—. Cassie, ¿por qué estás sentada encima de esa chica?

Incapaz de moverse del candado de Cassandra, Mona gruñó.

—¡André! ¡No! —Ella murmuró.

Papá se acercó.

—Lo siento —dijo, inclinando la cabeza cuando se dirigió a Mona—. ¿La conozco, señorita? —Hizo una pausa—. Cassandra, ¿dónde están tus modales? Por favor, suelta a la jovencita.

*¿Esto realmente está pasando?* Cassandra se puso de pie y se alejó de Mona. La zorra corrió a los brazos de papá.

—¡André, por favor trata de recordar! —gritó Mona—. ¡Soy tu esposa!

Papá se estremeció.

—¿Mi esposa? —dijo, y soltándose del abrazo de Mona, dio un paso atrás—. Tienes edad suficiente para ser mi hija... Nunca podría casarme contigo. Amo a Denise —Envolviendo su brazo alrededor de la cintura de mamá—. La amo desde que éramos niños.

Con labios temblorosos y ojos inyectados en sangre, Mona se acercó.

—¡No, André! ¡Yo soy tu esposa! ¡Esa es la foto de nuestra boda! —Señalando el retrato rasgado encima de la chimenea.

André frunció el ceño.

—¿Es una broma? —Se rió, dirigiéndose hacia la chimenea—. Mira esa cosa. Es un lienzo en blanco, y está dañado. Deberíamos tirarlo.

Cassandra miró el retrato. ¡La fotografía había desaparecido por completo! Se volvió hacia su madre, y cuando sus miradas se encontraron, Cassie notó su asombro. La pequeña Josie estaba boquiabierta, sujetando su muñeca con fuerza. Mathilde deslizó su mano sobre la barbilla de Josie y la levantó, cerrando su boca.

—Lo siento mucho, jovencita... Pero esta es una celebración familiar. Es el cumpleaños de nuestra hija. —André abrió la puerta de entrada—. Vamos, estoy seguro de que tus padres deben estar preocupados por ti.

Mona arrebató su bolso del sofá.

—Pero, André...

—No se diga más, jovencita. —Papá la acompañó a salir de la casa.

Derrotada, con el talón de su mano, Mona se talló la máscara manchada de



la cara. Recogió sus Jimmy Choos del piso y salió por la puerta.

Papá cerró la puerta, y cuando se volvió, se llevó las manos a las caderas y suspiró.

—Esa chica necesita ayuda, —dijo él—. Me pregunto si debí haber llamado al 911. —Apretó los labios.

—Creo que hiciste lo suficiente —dijo mamá.

—Oh, bueno... —André sonrió y tomó la mano de mamá—. ¿Dónde estábamos?

—Cariño... —Mamá susurró—. Tenemos que hablar.

—Claro, querida Dee —dijo papá—. Pero primero, ¡vamos a cortar ese pastel! —Cogió a Josie y la cargó sobre sus hombros. Josie se rió y los llevó de vuelta a la sala de estar, señalando el camino con el dedo.

Los tres salieron del vestíbulo, Mathilde se quedó atrás.

—¿Cassie? —preguntó Mathilde—. ¿Qué deseo pediste exactamente?

Cassandra insinuó una sonrisa traviesa.

—No me creerías si te lo dijera... —dijo, envolviendo un brazo sobre los hombros de Mathilde, ambas rieron mientras se dirigían a la sala de estar.

## M A R I A N N E

**H**abían pasado meses desde la última vez que había visto a su familia preternatural. Marianne no se atrevía a regresar a Villa Belle Vedere, no después del asunto del aquelarre. Ella no podría enfrentar a Iván. Seguramente estaba molesto con ella por haber puesto a toda la familia en riesgo de aniquilación. Y no podía pensar en volver a ver a Phillip, la traición de Marianne debía haberle destrozado el corazón.

Ella nunca debió haber roto las reglas. Si se hubiera mantenido alejada de Michael probablemente él estaría vivo hoy. El solo pensamiento la torturaba interminablemente.

Más que nunca, Marianne deseaba creer que la muerte era un dulce desprendimiento de este mundo, como Eirik había sugerido una vez. Desafortunadamente, no lo creía.

La cálida brisa de verano despeinó su largo cabello. Desde la azotea de su guarida en Pacific Heights, la mirada de Marianne se perdió en el paisaje sereno de la bahía. Le gustaba pasar el tiempo en esta parte de la casa, aunque casi nunca dormía allí.

—¿Cómo está tu corazón? —preguntó una voz, rompiendo su línea de pensamiento.

Marianne se volvió. Estaba parado allí, con sandalias de cuero marrón, jeans casuales y una camisa blanca de Armani con las mangas dobladas debajo de los codos. Su cabello dorado estaba recogido en una coleta baja, y sus penetrantes ojos azules eran cálidos y atentos cuando su mirada se posó en ella. Pasó un minuto antes de que él se sentara a su lado.

—¿Mmmm? —preguntó, levantando las cejas de la manera más entrañable. La hizo sonreír.

—Ha visto días mejores —dijo, bajando la mirada.

—Va a sanar —susurró—. Toma tiempo.

—Te he echado de menos, Eirik —confesó Marianne, un calor inmediato se apresuró a su rostro. ¿Realmente se estaba sonrojando? No lo había visto en tanto tiempo...

Parecía gratamente sorprendido.

—Yo también te he echado de menos, Marianne. —Eirik desvió la mirada, estirando los labios en una sonrisa tímida, una mano frotándose la nuca.

—A menudo he pensado en lo que sucedió. —Marianne se mordió el labio inferior—. Sé que tengo que agradecerte a ti por mi liberación... y mi vida.

Eirik desestimó todo el hilo de la conversación con un rápido gesto con la mano, sacudiendo la cabeza.

—También me enteré de tu terrible fama —dijo ella, burlándose de él al alzar las cejas.

—¿Oh? —dijo—. ¿Lo has hecho? —Hubo un atisbo de inquietud en su voz aterciopelada.

—Mm-hmmm —asintió ella—. Eirik Bjorn, El Divisor de Cráneos. El bebedor de sangre milenario que no muestra misericordia.

Aceptó su juego con un rápido asentimiento.

—Has olvidado *Señor de la Guerra, el Escandinavo Invicto...* —Soltó una risilla, a pesar de sí mismo—. Pero eso suena bien.

—Tu nombre despierta tanto temor como devoción en medio de nuestros hermanos. —Hizo una pausa—. Lo que me hace aún más agradecida por el papel que jugaste en mi rescate.

Eirik se volvió. Marianne descubrió una profunda sensación de anhelo en sus ojos azules.

—Estás a salvo y eso es todo lo que importa —dijo, finalizando el tema—. Desearía poder devolver el brillo de alegría a tus ojos.

—Estoy segura de que lo harás —dijo. Su mano aterrizó sobre la de él, suave y firme como el mármol.

Eirik deslizó su mano lejos. ¿Había hecho algo mal? La esquina de sus labios se curvó en una suave sonrisa. Sus fuertes brazos la envolvieron en un largo abrazo.

En esta cercanía, se inclinó cerca de su oreja.

—Ven conmigo —susurró. Su mirada serena se clavó en la de ella—. He viajado por el mundo solo para encontrarlo aburrido sin tu compañía... —Hizo una pausa—. Te quiero a mi lado, Marianne.

Quizás *te necesito a mi lado* habría sonado mejor a sus oídos. Pero las palabras habían sido pronunciadas y ahora permanecían en el aire, y Marianne las guardaría en su corazón.

Durante meses ella había pensado en este preciso instante. En el fondo de su mente, siempre había sabido que llegaría el momento de hacerse la pregunta... ¿Permanecería allí, en su ciudad natal, muriendo un poco más cada día mientras los recuerdos atormentadores devoraban su alma? O tal vez, solo tal vez, por primera vez en su vida, ella se lanzaría al mundo.

¿Lo arriesgaría todo por la promesa del amor verdadero? La respuesta fue una que descubrió en los brillantes ojos azules de Eirik.

—Sí —dijo ella—. Me iré contigo.

## CASSANDRA E IVÁN

Cayó el crepúsculo. Los árboles de magnolia soltaban una fragancia cítrica mientras el viento cálido agitaba sus hojas. Casandra abrió los ojos. El servicio de mudanza colocó la última caja dentro de la camioneta. Cerraron las puertas y se marcharon.

—La vida sigue... Ese viejo cliché —musitó. Un suave torbellino giró ante ella, llevando pétalos blancos y rosas y hojas verdes.

Se sentía como el final de una era, cerrar esas puertas detrás de ella. Quizás pasaría un largo tiempo antes de que volviera a cruzar el umbral de Deveraux Hall.

Había sido un deseo hecho realidad. Sus padres habían resuelto sus diferencias. Eran una familia otra vez. Entonces, ¿por qué un rastro de amargura empañaba su alegría?

La vida de Cassandra había cambiado mucho en los últimos meses... Ella había cambiado. La noche de su vigésimo primer cumpleaños, una docena de abogados desfilaron en Deveraux Hall, solicitando hablar con ella. Cassie había sido designada como heredera universal de la fortuna de Deveraux. El reloj de Mora y el grimorio de Annette habían sido muestras del afecto de la abuela, pero esto estaba mucho de ser un regalo de cumpleaños. Enfrentar el legado de los Deveraux era una gran responsabilidad. ¿Estaba lista para tal cosa? Tenía que estarlo ahora.

El timbre de su móvil sonó.

—*Allô?* —dijo. Era su prima Jeanette que llamaba desde París. —*Oui, bien sûr.* —Saliendo del porche—. Te veré en el aeropuerto... *Bon. Bisous.*

El Mercedes negro se detuvo en la entrada. Su chófer abrió la puerta y esperó a que entrara.

—¿Al aeropuerto, señorita? —preguntó, mirándola por el espejo retrovisor.

—Todavía no —dijo ella—. Llegaremos primero a la casa de un amigo. — Cassandra se puso sus gafas de sol y se relajó en el cómodo asiento. Se puso los EarPods y encendió su iPod.

---

IVÁN NOTÓ UNA CARA FAMILIAR EN EL PÓRTICO DE SU CASA CUANDO SALIÓ DE SU automóvil. Afortunadamente, acababa de cenar fuera. Estaba de humor para la interacción social.

—Esto es inesperado. —Se quitó las gafas de sol y sonrió.

—Pensé que aparecería yo en tu casa para variar. —Ella se encogió de hombros.

Cassandra se veía positivamente escolar en su falda corta blanca y suéter de cachemira a rayas blancas y negras, pero algo más era diferente.

—Te cortaste el pelo —dijo, asombrado. La corta melena oscura justo debajo de su mandíbula le sentaba bastante bien e incluso le daba un aire de madurez.

Ella se rió.

—No más flequillo —dijo él, abriendo la puerta principal de la villa—. Es lo justo después de todas las veces que irrumpí en tu casa... —Se rió por lo bajo—. Te ofrecería un poco de té o café, pero como no tengo ninguno...

—No te preocupes, Iván. —Cassandra negó con la cabeza—. Estoy bien.

Pasaron a la sala y se sentaron en el sofá. Antoine estaría feliz de verla, no se habían visto en semanas. Era todo de lo que hablaba últimamente. Iván realmente estaba esperando su reunión.

Ahora acostumbrado a sus nuevas habilidades vampíricas, Iván agudizó sus sentidos preternaturales, detectando a Antoine rápidamente. Estaba camino a su casa, a minutos de atravesar esas puertas. Seguramente ya había percibido la presencia de Cassandra.

—Yo... Mmm... —Cassandra empujó un mechón de pelo detrás de su oreja—. Vine a despedirme.

—¿Qué dices? —Ciertamente él no había esperado escuchar eso—. ¿Te irás?

Ella asintió.

—Me mudaré a París con mi familia —dijo—. Mamá me va a enseñar el *oficio familiar*. —Abriendo más los ojos.

—Así que Denise y André realmente están juntos de nuevo —murmuró—. Bueno... supongo que es una buena noticia. —Iván inclinó la cabeza, sopesando las posibilidades.

—Lo es —dijo ella—. Todo cambió después del incidente de Mona Mai.

—No subestimes tus habilidades, Cassandra. —Soltó una risilla—. Lo que hiciste fue malditamente brillante. ¡Habría matado por ver la expresión de Mona cuando tu padre la echó a la calle!

Cassandra reprimió una sonrisa.

—Fue bastante divertido...

—¿Qué fue de ella? —Iván comenzaba a disfrutar de esta charla. Podría acostumbrarse a ello, pero Cassandra ya no estaría allí... *Muy mal*.

—Lo último que escuché es que se mudó a Los Ángeles... —Cassandra leyó la hora en su reloj de pulsera con una rápida mirada—. No nos ha molestado desde entonces.

—Suen a uno de los hechizos de protección de Denise. —Suspiró—. Pues bien, buena suerte en París. —¿Qué recuerdos evocaba la ciudad en su mente preternatural! Había invertido demasiadas vidas mortales en La Ville Lumière.

—Iván... —Cassandra frunció los labios—. Gracias por creer en mí. Las palabras la llevaron a las lágrimas, pero mantuvo su compostura.

—Oh, vamos... —Iván se encogió de hombros—. Nada de eso.

—Es verdad. Creíste en mí más de lo que alguna vez creí en mí misma —dijo, jugueteando con sus dedos—. Me hiciste recordar quién soy.

—Eres una Deveraux, Cassandra —dijo—. Nunca olvides tu poderoso linaje de nuevo... Entonces, ¿cuándo sale tu vuelo?

—Mmm.. Sale esta noche. —Ella medio sonrió—. Me gustaría despedirme de Antoine, ¿está en casa?

*Ya no*, él quería decir. La presencia de Antoine se había desvanecido minutos antes, justo cuando Cassie había mencionado que se mudaba a París.

—Sabes, no creo que esté aquí... —dijo—. Tal vez, podría...

—No tienes que protegerme. —Ella se encogió de hombros—. Sé de tus superpoderes vampíricos.

—Lo siento, Cassie... —Iván se desplomó en su asiento.

—Está bien —Una sonrisa amarga, poniéndose de pie—. ¿Dile adiós por mí?

Iván asintió.

Permanecieron en silencio mientras caminaban hacia la puerta. Cassandra se adelantó. Llegó a los escalones del pórtico y de repente se detuvo. Cuando ella se volvió, sus ojos llorosos se clavaron en los de él. Mordiéndose el labio inferior, Cassandra corrió a sus brazos. Él nunca lo esperó, pero su abrazo llenó de calidez a su corazón.

Iván la abrazó.

Esto era lindo.

Cassandra había trabajado su hechizo más poderoso todavía. En ese momento, Iván se había convertido en algo más que el guardián preternatural de los Deveraux... Se convirtió en parte de su familia.

—Adiós, Iván. —Cassie insinuó una sonrisa.

—Esto no es un adiós —susurró—. Te veré pronto.



## PHILLIP

Las gotas de lluvia golpeaban el frío cristal de la ventana, calmando su ansiedad. Un panorama impresionista yacía ante sus ojos: manchas verdes, blancas y rosadas, desordenadas por la copiosa lluvia.

Phillip colocó la revista sobre su regazo. El clima nublado le había permitido salir de casa temprano. Él amaba este tipo de noche.

Una chimenea eléctrica crepitaba extendiendo calidez en la pequeña oficina. El ambiente acogedor de la habitación lo llevó de vuelta a los maravillosos días de su juventud. Sally Porter—su primer amor mortal—vino a su mente de forma inesperada, junto con el recuerdo del primero de sus muchos besos.

Sally Porter... Ella había sido un sueño. Una linda chica de diecisiete años con largo cabello castaño dorado, encantadores ojos color avellana y piel de porcelana, labios carmesí y mejillas sonrosadas. El año era 1916, un año antes de que su padre fuera llamado a la Guerra. Alto y bien formado, Phillip parecía tener más de dieciséis años de edad, lo que le daba una tremenda ventaja en sus actividades amorosas.

Su primera noche juntos había sido una atisbo del cielo. Casi podía escuchar su canción sonando a lo lejos: *I love you best of all* de Harry Macdonough.

Devolvió la revista al escritorio. Los diferentes modelos de automóviles tendrían que esperar, y también la memoria de Sally Porter, porque alguien más exigía su atención. Ella había llegado a la oficina minutos antes.

Hacer caso omiso de cualquier asunto era fácil en su presencia. Sus ojos capturaron cada detalle de su figura curvilínea sin una pizca de discreción. Ella se sonrojó al notar la mirada escrutadora de Phillip.

*¿Qué ves en mí? Un hombre guapo, un cliente potencial... ¿Una aventura de una noche?*

—Lamento interrumpir, Sr. Blackwell —dijo—. ¿Ha elegido un modelo en particular?

—Así es —dijo—. Pero me gustaría verlos antes de comprometerme con uno.

—Amor... —Ella se sonrojó—. Quiero decir, *amo* mi trabajo. Le mostraré las últimas importaciones.

—Eso me gustaría mucho. —Se levantó de la silla y la siguió fuera de la oficina.

Llegaron al garaje. La cortina metálica estaba cerrada. Ella sacó la llave de su bolsillo y quitó el candado.

—Por favor —dijo él, interviniendo—. Permíteme. Estas puertas se atascan de vez en cuando...

## IVÁN

**S**e suponía que no debería estar aquí. Debería estar cazando en los barrios más desagradables, buscando su bebida nocturna.

Iván apagó el motor del automóvil y abrió la puerta. Se apoyó contra su Ferrari Spider, mirando hacia el lugar a través de su ventana. Las luces estaban apagadas, pero ella estaba allí.

*¿Qué demonios estoy haciendo aquí?*

La pregunta apareció en su mente inmortal. Pero, ¿por qué importaría dónde estaba, dónde había elegido estar en este momento?

Realmente no era importante saber por qué vagaba por la pequeña cafetería. El hecho de que había decidido seguirla, ese era un tema más interesante de analizar para su materia gris vampírica. Pero no le daría un momento más de reflexión.

La cuestión era que invariablemente se había dirigido a su calle. Le había resultado imposible no detenerse y pasear por este lugar pintoresco y encantador de Little Italy.

Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que la había visto. Iván había tratado de mantener una distancia prudente con respecto a ella, aunque no sabía por qué. Sabía de la pasión de Elizabeth por los de su especie, ¿tal vez su presencia la atraería aún más hacia el círculo vicioso de sus hermanos? ¿Quién sabía por qué hacía lo que hacía! El caso era que él estaba aquí ahora, ¡al diablo con la prudencia y la medida!

Iván se movió más adentro por un estrecho corredor. Al final había una puerta de madera ligeramente abierta. Un pequeño haz de luz se vertía a través del espacio. Lentamente empujó la puerta y salió a la pequeña terraza.

Hermosas luces blancas colgaban de las ramas del árbol central, creando

una atmósfera deliciosa y casi mágica.

La encontró sentada frente a una mesa redonda, garabateando en un diario. Elizabeth había estado tan inmersa en esta actividad que no había notado la presencia de Iván, aunque él ya no la ocultaba.

—¿Soñando en tus historias? —bromeó.

Sus hombros se sobresaltaron un poco cuando escuchó su aterciopelada voz interrumpiendo el silencio de este jardín sagrado, su refugio del mundo.

—Ha pasado algún tiempo, Iván. —Ella sonrió. «*Te he echado de menos*». Las palabras irrumpieron en su cerebro.

Se sentó en la silla junto a ella.

—¿Te interrumpo? —¿Qué era lo que ella escribía con tanto interés? Quería saber, pero pensó que sería grosero hacer la pregunta contundente, por lo que no la hizo. *Mírame, preocupado por la corrección y las convenciones sociales. ¡Es la primera vez!*

Ella cerró la libreta y la deslizó a un lado. Por un momento a Iván le apetecía juntar ese diario y curiosear su contenido con euforia egoísta. Le tomaría solo un par de minutos aprender sus secretos.

—Para nada —dijo mientras se servía una copa de vino tinto—. Supongo que no gustas, ¿verdad? —Elizabeth hizo una oferta rápida con la botella en la mano. Iván asintió—. ¿Qué te trae por aquí?

*Por largo tiempo he entretenido la idea de ofrecerte la Sangre Oscura*, quiso decirle. Ansiaba la compañía, con todo en su mundo al borde del colapso: el desapego de Antoine, la independencia de Marianne, y lo más importante de todo, los propios problemas de lo mundano de Phillip, alejándolo cada vez más de su creador.

—Tú —dijo simplemente—. ¿Acaso no puede un vampiro hacer visitas sociales de vez en cuando? —Una breve sonrisa.

—Es algo más, ¿no? Veo que estás preocupado. ¿Qué te preocupa? —Elizabeth no sabía hablar con rodeos. Ella iba directamente al grano. A Iván le gustaba eso, y ella lo sabía.

—¿Qué es esto, un *reality* sobre las preocupaciones más profundas de un inmortal? —Sonrió—. Pero sí, tienes razón. Estoy preocupado. Sin embargo, no deseo detenerme en las razones de mi inestabilidad en este momento. Vengo aquí buscando exactamente lo opuesto: una liberación de esos problemas que atormentan mi mente preternatural. Y tú querida, eres el remedio perfecto para llevar mi atención a otra parte, a un lugar más bonito, si puedo decirlo.

Elizabeth le dio media sonrisa.

—Tomaré ese cumplido. —Ella extendió la mano sobre la mesa de madera y presionó la de Iván. Debe haber notado que estaba terriblemente fría.

—Sabes, a menudo he pensado en esa noche en el hospital... —dijo él—. ¿Te acuerdas?

—Nunca la olvidaré mientras viva.

—Cuán frágil me pareciste cuando te tumbaste en esa cama, tu cuerpo herido al borde de la muerte —musitó—. Cuando te vi, tengo que decirlo, la idea de convertirte cruzó mi mente preternatural... Y ni siquiera te conocía. — Un breve gesto de asombro.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Honestamente, no lo sé. —Se encogió de hombros. Él estaba siendo completamente sincero—. A menudo me lo he preguntado: qué me impidió hacerlo, qué redirigió mis pensamientos hacia la curación con mi sangre ancestral en su lugar... Lamento no poder darte una mejor respuesta en este momento.

Ella desestimó sus preocupaciones con un leve movimiento de cabeza.

—Te diré otra cosa. —Se inclinó sobre la mesita y le habló al oído, un gesto deliciosamente íntimo que envió una oleada de emoción a través de todos sus miembros—. Me doy cuenta de que has probado mi sangre, más que un gusto de hecho. Sin embargo, no he tenido tanta suerte con respecto a la tuya. Y no puedo evitar preguntarme... —Se deslizó más y rozó sus sedosos labios contra el lóbulo de su oreja.

El apetito de Iván por ella era innegable. Durante demasiado tiempo había reprimido su deseo de tomar un trago de su sangre, solo una bebida simple, nada más. A Phillip no le importaría, ¿verdad? Iván era, después de todo, su salvador de la muerte. Eso contaba para algo, ¿no?

—Entonces... ¿qué dices? —susurró en un tono seductor. Otra primera vez para él. Normalmente, tomaba lo que quería sin hacer preguntas. Pero luego sucedió algo que lo asombró aún más. Y fue la respuesta de Elizabeth a su propuesta traviesa.

—¿Quién te está deteniendo? —dijo ella.

Iván sonrió. Soltó una breve y tranquila risa. Ella era una pequeña diablilla. Eso le gustaba. Deslizó su mano en su nuca. Sus labios rozaron una vez más su cálida y atractiva piel, y luego, sus afilados colmillos la atravesaron lentamente.

Elizabeth soltó un gemido bajo. Rápidamente, él abrió la pulsante arteria y tomó esa bebida obscena de dicha que lo libraría de todas sus preocupaciones.

Había sido solo un gusto, a pesar de que había querido seguir esta deliciosa bebida. Pero se había mantenido fiel a su promesa, y restringió su apetito voraz, por una vez.

Iván se mordió la lengua mientras se separaba de este maravilloso sitio de gloria en su cuello, y una vez que su sangre se derramó, selló la herida al lamer su preciosa piel.

Elizabeth tembló de placer. Iván sonrió. Esto era exactamente lo que él había querido: una satisfacción sin igual en ambos extremos.

—Y ahora estamos a mano —susurró mientras acariciaba su hermoso cabello castaño rojizo, separándose de ella.

—Sí... Lo estamos. —Ella debe haber estado un poco mareada después de experimentar tal éxtasis. Elizabeth se relajó en la silla. Sus ojos color avellana se cerraron, y ella se sumió en un profundo sueño.

## ANTOINE Y CASSANDRA

Un fuerte murmullo continuo embotaba sus sentidos mientras Antoine se movía a través de la multitud empujándose, dirigiéndose a las pantallas. El signo intermitente de Salidas llamó su atención.

### VUELO AF3058 A PARÍS ... ABORDANDO

Empujando a la gente a un lado, Antoine se dirigió al puesto de control de seguridad. Se detuvo ante una imponente oficial, alta y de hombros anchos, con la expresión menos amistosa del planeta.

—Disculpe, señor... —dijo la mujer, frunciendo el ceño—. ¿Tiene su boleto?

*Habilidades de vampiro... hagan lo suyo.* Había visto a Iván hacerlo un millón de veces, debería ser bastante fácil.

—No necesito un boleto... Me dejarás pasar. —Pronunció las palabras, confiado en su capacidad de persuasión.

La oficial de seguridad frunció el ceño aún más.

—Mmm.. Necesita un boleto, señor. Y no, no lo dejaré pasar sin uno. — Ella casi le gritó.

—No entiendo... —murmuró. ¿Por qué no había funcionado?

—¿Me escuchó? —insistió ella—. Ahora, o me muestra un boleto o se hace a un lado, señor.

—¡Uff! Está bien... Te conseguiré un boleto —dijo Antoine. *Y una mordida en la arteria carótida más tarde.*

---

MINUTOS ANTES DE ABORDAR, CASSANDRA GIRÓ EL TELÉFONO MÓVIL EN SU mano. Revisó la pantalla... Ningún mensaje. Ninguna llamada.

—¿Esperas una llamada, Cassie? —dijo papá, formado en la línea de embarque.

—No, papá... —Una risa nerviosa escapó de ella.

—No puedes esperar para llegar a casa, ¿verdad? —Papá le dio una sonrisa sincera—. Apuesto a que te encantará la nueva casa...

—Sí, acerca de eso... —Mordiéndose el labio inferior—. Probablemente debería haberte dicho algo antes, pero eh... Jeanette me recogerá en el aeropuerto. Le prometí que pasaríamos el fin de semana en la casa de Saint-Tropez.

—*Le Jardin du Paradis*... —dijo papá con tono pensativo—. Mmmm ... Está bien. Mereces una escapada por ayudarme con las cajas de la mudanza.

Cassandra lanzó una risilla.

—Disculpe, señor —dijo un hombre, dando palmaditas en el hombro de papá—. ¿No es usted André Lefevre, el famoso arquitecto?

*Aquí vamos... Otro admirador de papá.* Le encantaba la atención. Amaba hablar sobre su trabajo.

La línea de abordaje avanzó, y también lo hizo papá junto con su nuevo amigo y próximo compañero de charla durante todo el vuelo.

Cassie respiró hondo. Una nueva vida yacía ante ella, y todo lo que podía pensar era en él: Antoine Somerset.

Todo había cambiado entre ellos. Ellos habían cambiado. Antoine se había convertido en un ser inmortal que bebía sangre humana para sobrevivir, y Cassandra había sido empujada a una nueva realidad como heredera del legado Deveraux... No podían retomar las cosas donde las habían dejado. Era imposible para ellos estar juntos. Las brujas y los vampiros eran una mala combinación, todo el mundo lo sabía.

Oh, pero no importaba cuán inadecuada fuera su relación, Cassie lo amaba. Con todo su corazón, ella deseaba verlo una vez más.

—Siguiente, por favor... —La mujer detrás del mostrador agitó su mano.

Cassandra miró el pase de abordar con los ojos llenos de anhelo.

—Ya es hora —dijo, lanzando un suspiro. Dio un paso adelante cuando un tirón en su brazo la sacó de la línea de abordaje.

—¡Oye! —gruñó ella, pero toda su ira pronto se desvaneció. Grandes ojos



oscuros, labios rosados que se extendían en una sonrisa placentera... Era el bebedor de sangre más guapo que jamás había visto—. ¡Antoine!

Él la envolvió en sus brazos.

—Tenía que verte —le susurró al oído, tomando los lados de su rostro mientras se separaba de ella.

Cassie se sonrojó.

—Yo... Fui a buscarte a casa de Iván. Quería decirte... —*Que te amo, que te he extrañado, que sé que de alguna manera podremos hacer que esto funcione.*

La esquina de sus labios se curvó en una sonrisa tentadora.

—Lo sé, *chérie* —susurró. Los ojos de Antoine brillaron de emoción—. No me importa a dónde vayas o cuánto tiempo pase antes de volver a verte... Mis sentimientos nunca cambiarán. Con cada latido de mi corazón inmortal, te amo.

—Yo también te amo... —Cassandra se retorció.

Antoine empujó un mechón de cabello detrás de su oreja y se acercó. Sus cálidos labios aterrizaron en los de ella en un tierno beso. Luego deslizó su lengua en su boca, presionando su cuerpo contra el de ella, y se separó rápido.

Miles de mariposas revolotearon en su estómago.

—Te llamaré... —dijo ella con una sonrisa tímida. Sus manos se deslizaron lejos. Dio un paso atrás, hacia la vacía puerta de abordaje, boleto en mano. Y su corazón se aceleró con emoción porque esto era mejor que retomar todo donde lo habían dejado.

Este era un nuevo comienzo.

---

EL TÚNEL DE LA PUERTA DE ABORDAJE SE CERRÓ.

Antoine deslizó sus manos en los bolsillos de sus jeans. Regresó al estacionamiento. Su mente zumbaba en cada paso del camino.

La agridulce despedida se adhería a su corazón. Por supuesto que estaba contento de haberla alcanzado antes que abordara ese avión; pero al verla irse...

—¡Oh! ¡Lo siento tanto! —Antoine chocó contra alguien, estaba tan distraído—. ¿Estás bien? —preguntó, presionando el hombro del hombre.

—No hay daño hecho —respondió él. A la sombra de su gorra plana

brillaban los ojos color avellana. Un metro ochenta y dos, vestía un suéter de lana gris Oxford y pantalones oscuros de mezclilla.

—¿Estás seguro de eso? —insistió Antoine. El hombre debe haber estado en sus treintas, joven y fuerte—. Tropecé bastante duro contigo. Déjame compensarte.

—Mmmm... —El hombre sonrió, entrecerrando los ojos—. Bueno, ¿qué tal un trago?

—Es curioso que digas eso. —Antoine lanzó una risilla—. Sucede que tengo el mejor club nocturno de la ciudad... Podría llevarte allí ahora mismo. ¿Te interesa? —Dios sabía que necesitaba la compañía.

—Me parece una buena oferta —dijo, satisfecho.

—Déjame ayudarte con eso. —Antoine recogió el maletín del hombre—. Mi auto está de este lado.

—BELLO AUTOMÓVIL... —EL HOMBRE ALISÓ SU MANO SOBRE EL NUEVO Porsche plateado de Antoine.

—Gracias. —Dejó caer el maletín en el asiento trasero y saltó detrás del volante—. Vamos, vámonos de aquí.

Conocer a este hombre había sido algo realmente fortuito. Le había quitado de la cabeza la tortura de saber que el amor de su vida estaba a miles de kilómetros de distancia.

Antoine le debía su tranquilidad a un completo desconocido, y al comprarle una bebida o dos estaría lejos de mostrar su agradecimiento.

¿Estaba aquí de vacaciones? ¿Estaba visitando a su familia? Tal vez era un viaje de negocios... No llevaba equipaje, después de todo.

Antoine se apresuró por la carretera interestatal en su camino a El Salón de la Mazmorra. El hombre había guardado silencio desde que abandonaron el aeropuerto. Las luces parpadeantes de la bahía lo mantenían en trance.

—¿Has estado alguna vez en la ciudad? —preguntó Antoine.

El hombre sacudió su cabeza.

—Soy nuevo en la ciudad.

—¿Negocios o placer? —Una pregunta ineludible.

—Un poco de ambos, supongo —Se tomó su tiempo para responder.

—Ambos está bien —dijo Antoine, conduciendo hacia el puente de la bahía. No pudo evitar sonreír—. Lo siento, olvidé preguntar tu nombre.

—Mi nombre es Dristan —respondió, divertido.

—Apuesto a que te encantará este lugar, Dristan —dijo Antoine.

Mientras el corazón de San Francisco se alzaba en el horizonte, los ojos de Dristan se llenaron de asombro. Y volviéndose hacia Antoine, le lanzó una sonrisa.

—Estoy seguro que así será...

*De Silvana G. Sánchez*

**HECHIZO DE SANGRE**

## AGUA

Hay agua en el piso de madera embaldosada. El sendero conduce a una puerta. Esa puerta está cerrada. Mi mano se extiende y la empuja hacia afuera.

En la esquina de la habitación, parcialmente oculto en medio de las sombras, lo veo. El cabello rubio y húmedo, los penetrantes ojos azules que me atraviesan, la camisa blanca empapada pegada a su espalda arqueada, el agua goteando de las yemas de sus dedos.

Un miedo tan agudo como mis malditos colmillos corre a través de mi corazón acelerado, mi garganta apretada, la presión en la boca de mi estómago. Temblando, doy un paso atrás y me detengo en el umbral de la habitación. Nunca apartando mi vista de él, me apoyo contra la puerta que luego se cierra detrás de mí.

No hay tiempo para cuestionar la realidad, no hay tiempo para discutir con mi razón. El hecho es que él está aquí y han pasado más de trescientos años desde la última vez que nos vimos.

Mis labios temblorosos se separan y pronuncian el nombre del miedo mismo.

—¿Viktor?

Una sonrisa sardónica en respuesta.

Cierro los ojos, y como un niño, rezo. Por primera vez en tres siglos, ruego a Dios que mi hermano muerto desaparezca.

Un suspiro superficial y abro los ojos solo para descubrir que mi hermano no se ha ido. Él ya no está en la silla. Se encuentra a unos pocos metros de mí, con la piel apretada y encogida hasta los huesos, la pálida luminiscencia de la muerte como su halo... Pero no es un ángel.

Copyright © 2019 por Silvana G. Sánchez

*De Silvana G. Sánchez*

**LA CANCIÓN DEL DIABLO**

## TODOS SE HUNDEN

A menudo los veo hundirse en las aguas heladas. Encajes andrajosos y terciopelo empapado flotan entre los restos. Sus suaves mechones de cabello rubio se entrelazan en una danza etérea, alejándose lentamente de su rostro pálido. La mirada vacía de sus ojos ensanchados se fija en mí, ni una chispa de vida brilla dentro de ellos.

Un escalofrío me recorre la espalda.

Debajo de la sombría visión de mi madre muerta, mi padre cae profundamente en el abismo como una pesada estatua con los brazos estirados en un último esfuerzo para escapar de su destino.

Esas vívidas imágenes se han quedado conmigo durante las últimas tres semanas. Y aunque no son más que las divagaciones de mi imaginación luctuosa, pasan ante mis ojos más a menudo de lo que me gustaría admitir.

Silencio mi dolor creyendo que las temperaturas extremadamente bajas del mar podrían haber aliviado su paso, pero la verdadera paz solo viene cuando canto. La canción llena mi mente de tal manera que no deja espacio para esos pensamientos atormentadores.

La música es mi única delicia, una ventana para escapar de la amarga realidad que irrumpió en nuestras vidas en el momento en que llegó la noticia. *Sus padres están muertos*, el doloroso golpe provino del abogado de nuestro padre, junto con otras terribles noticias: *No tiene un centavo, signorina Leone...*



## ACERCA DEL AUTOR

Silvana G. Sánchez teje lo paranormal en el romance histórico. Las posibilidades de lo inexplicable son la fuente de los mundos de su creación, incluida la serie de La Hermandad Antinatural y la saga de las Brujas Deveraux.

Su infinita fascinación por los viajes y la investigación histórica producen una prosa evocadora que transporta a los lectores siglos atrás y los envuelve en paisajes europeos prístinos donde ciudades antiguas se convierten en personajes.

Ella vive en la Ciudad de México con su amado esposo Éric, sus gemelos Iker (†) y David, y sus adorables cachorros ShihTzu: Wookiee y Padme.

Cuando no está cortando y sanando ojos en su práctica médica como Oftalmólogo, se le puede encontrar merodeando en Twitter o Facebook. Asegúrate de saludarla, no muerde—bueno, no siempre.



*Para más información:*

[silvanagsanchez.com](http://silvanagsanchez.com)

[sgs.author@gmail.com](mailto:sgs.author@gmail.com)



## AGRADECIMIENTOS

*Un agradecimiento en especial para mi amiga  
y compañera autora Julie Jude Cocaigne  
por su inestimable ayuda y gran apoyo.  
Je te remerci beaucoup, ma chère!*

OTRAS OBRAS DE SILVANA G. SÁNCHEZ

Escrito en Sangre, Una Novela de la Hermandad Antinatural.

The Unknown, A Collection of Thirty-One Creepy Poems.

Written in Blood, A Novel of The Unnatural Brethren.

Call of Blood, A Novel of The Unnatural Brethren.